

EL DEVOTO JOSEFINO

Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum. (*Jesús de Teresa*)

Querría yo ver a todo el mundo devoto de mi padre y señor san José. (*Teresa de Jesús*)

Súplica a Jesús y María

El deseo de satisfacer de alguna manera una deuda sagrada de amor y gratitud ha puesto la pluma en nuestras manos para componer, en obsequio del Santo de nuestro corazón, este libro titulado *El Devoto Josefino*.

Y al meditar, después de compuesto el libro, cómo presentarlo al Santo, hemos creído que por ningunas manos mejor que por las vuestras podríamos hacerlo, oh Jesús, Hijo de Dios y María, Madre de Dios. Porque vos, oh buen Jesús, sois Hijo adoptivo de san José, a quién honrasteis y obedecisteis como a padre acá en la tierra; y vos, oh María, sois esposa virginal de san José, a quien honrasteis, amasteis y servisteis como a verdadero esposo vuestro. Tomad, pues, con amor este pobre doncecito, y presentadlo con vuestras purísimas manos a vuestro santísimo padre y esposo José, que de esta suerte no lo podrá desechar, y rogadle que mirando más al afecto que al don, lo acepte con agrado, lo bendiga con amor, lo prospere con su gracia, y alcance por fin con su intercesión poderosa una santa vida y preciosa muerte.

EL AUTOR

Dedicatoria

A sus muy amadas hijas en el Señor Jesús y su Teresa, las hermana novicias de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Flores las más tiernas y delicadas de esta obra de celo, sobremanera alabada y recomendada por su santidad León XIII.

Fruto bendito, sin duda, de la poderosa intercesión del Santo de nuestro corazón, el glorioso san José.

Que os criáis con la leche de la devoción al excelso patriarca, para ser un día maestras de oración y modelos de unión con Jesús.

Y que habéis experimentado, antes que todas vuestras hermanas, la eficacia de la protección del Santo en vuestra hermana Dolores del niño Jesús, al morir santamente en esta Casa Noviciado de Jesús, de Tortosa, el mismo día del Santo, según sus deseos y predicción, ofrece y dedica El Devoto Josefino como prenda del amor de predilección que en Jesús y su Teresa os profesa, vuestro padre y capellán,

Jesús de Tortosa, 15 de julio de 1890.

Advertencia

¿Por qué un libro más en obsequio de san José? Esto ocurrirá tal vez a los que lean este anuncio, porque en verdad, ¿qué puede decirse o escribirse en obsequio o loor del Santo que no hayan dicho o escrito ya tantos sabios y santos?

Pero un ruego, un pensamiento y una deuda han puesto la pluma en nuestras manos, para hacer este obsequio al excelso patriarca y a los devotos josefinos.

El ruego es de amigos muy queridos y enamorados del Santo, los cuales al leer la *Nueva Novena* que compusimos en su honor, nos instaron fuertemente a que completásemos la obra, escribiendo su mes y recopilando, si no componiendo, todas sus principales devociones, para mayor comodidad de sus devotos. *Ex ómnibus unum*.

El pensamiento, además del amor que profesamos al Santo bendito, nos lo sugirió san Agustín, que al contestar a la misma pregunta o reparo de nuestros lectores dice: *Auctor ab augendo dicitur*. Pues bien, aunque no seamos originales y digamos y repitamos lo que otros ya han dicho, si aumentando con uno más los libros que traten de la devoción del santo patriarca, cae el nuestro por ventura en manos de quien no tiene ninguno de dichos libros, o es parte para despertar o avivar en una sola alma tan excelente y provechosa devoción, ya hemos logrado nuestro intento.

Una deuda de gratitud nos obliga también a ello, y es que estando gravemente enfermo en este mismo año, tanta fuerza hicieron con sus oraciones nuestros amigos y devotos del santo a la divina clemencia, desde los parvulitos hasta los príncipes de la Iglesia, que no dudamos deber a la intercesión del excelso patriarca con la de María su esposa y santa Teresa de Jesús, haber recobrado la salud para consagrarle este obsequio, que tanto tiempo deseábamos.

Finalmente, como la materia de las excelencias y bondades de san José es como un abismo sin fondo, por mucho que de ellas se hable y se escriba, siempre queda más por decir, y en este caso, por ventura el amor que al Santo profesamos dará a nuestro entendimiento conceptos que no dio a otros o comunicará a nuestras palabras fuego y eficacia de persuadir que no tienen otros del mismo estilo, pues acontece muchas veces que el Señor escoge lo más débil e ignorante para confundir lo más fuerte y lo más sabio. Y esto sería gracia de san José.

Más ¡ay!, ¡que esta misma idea nos estremece y nos espanta! Porque solamente el *pretender* tratar muy por menudo de las excelencias y bondades del señor san José, fuera como entrar en un mar sin fondo y sin ribera, donde nos anegáramos sin poder tomar puerto. ¿Qué hacer, pues? Navegaremos solo por las orillas, costa a costa, diciendo algunas particularidades de tan soberanas bondades y excelencias del Santo bendito, sin igual. Si alguna vez el soplo del divino Espíritu hincha las velas de nuestra ánima y nos empuja a engolfarnos en alta mar, no resistiremos a su suave y divino impulso; pero entiéndase que es gracia de san José, a quien sea la gloria con Jesús y María de todo lo bueno que dijéremos. Lo desacertado será nuestro; pues no está muy claro, diremos con mayor razón que la Santa de nuestro corazón, Teresa de Jesús, “está muy claro que cuando algo atinare a decir, entenderán no es mío, pues no hay causa para ello si no fuere tener tan poco entendimiento como yo habilidad para cosas semejantes, si el Señor por su misericordia no lo da”.

Por caridad pide a todos los devotos josefinos una súplica a san José.

EL AUTOR

El mejor obsequio a san José será cumplir con fidelidad este.

Reglamento de vida Josefina

1º. *Cada día.* Tus primeras palabras al despertarte, y al dormirte las últimas serán: *Jesús, María y José.* Asimismo, cada día le rezarás al Santo bendito, mañana y noche, a lo menos un *padrenuestro, avemaría y gloria*, recordando uno de sus siete dolores y gozos, con la siguiente jaculatoria:

Bondadoso san José, padre adoptivo de Jesús y virginal esposo de María, protegédnos y socorrednos, protegéd a la Iglesia y al sumo pontífice León XIII.

Oración

Dios mío, que con tu inefable providencia te has dignado elegir a nuestro señor y padre san José por padre adoptivo de Jesús y virginal esposo de María; concédenos, te rogamos, que tengamos por intercesor en el cielo al que veneramos por protector en la tierra. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Haz luego el cuarto de hora de oración.

2º. *Cada semana.* Conságrale el miércoles, y en este día rézale los siete dolores y gozos.

3º. *Cada Mes.* Conságrale el día 19 y confiesa y comulga o el domingo inmediato, si no puedes en dicho día. Hazle la visita y el ejercicio propio de aquel día, y guarda más silencio y recogimiento y retiro.

4º. *Cada año.* Conságrale el mes de marzo y haz siete días de ejercicios espirituales, si te es posible.

5º. Celebra sus fiestas: desposorios, patrocinio, huida a Egipto, etc. Sobre todo el día de su fiesta principal (19 de marzo) con grande aparejo; esto es, confesando y comulgando, ayunando y haciendo alguna limosna u obra de misericordia en honor del Santo.

6º. Haz los siete domingos, como preparación *remota* a su fiesta y la novena, como preparación *próxima* a la misma; y siempre que necesites alcanzar por intercesión del Santo alguna gracia especial.

7º. En todo tiempo y lugar hazte un deber de imitar las virtudes del Santo, y de alabar, invocar y pregonar sus bondades y excelencias, propagando su devoción y culto siempre que tengas ocasión propicia. Sobre todo, ante todo y más que todo, pide a Dios, por intercesión del santo patriarca, la gracia de la buena muerte, porque es la gracia de las gracias, y todas las otras gracias sin ella serían para ti mayores desgracias. A este fin séate muy familiar la jaculatoria:

Jesús, José y María, expire en paz con vos el alma mía. (*100 días de indulgencia*).

No olvides por fin, devoto josefino, que las devociones y practica de piedad que más agradan al santo patriarca, son las que logran más eficazmente que Jesús viva por amor y gracia en las almas y muera el pecado, y que , por consiguiente, la oración, confesión y comunión frecuentes son las devociones que más le agradan. Ora, pues, confiésate y comulga lo más a menudo que puedas, y con esto, no lo dudes, merecerás la protección y amor del Santo en vida y en la hora de la muerte. Haz esto, devoto josefino, y serás feliz en el tiempo y por toda la eternidad.

Ejercicio de los Siete Dolores y siete Gozos de san José

Instrucción

Pensamientos

1. La meditación o rezo devoto de los siete dolores y gozos de san José, es la más agradable de todas las devociones u obsequios que se pueden tributar al santo patriarca.
2. Esta devoción sola basta para merecer la protección y amor del Santo; las otras, sin esta, muy poco o nada aceptas le serán.
3. Esta devoción es como la salsa con que se han de condimentar todos los otros obsequios josefinos, y sin la cual serán insípidos al Santo.
4. En todas las devociones al Santo no dejes nunca el rezo o meditación devota de sus dolores y gozos.
5. Porque la devoción es la práctica bien entendida de la gratitud, reverencia y amor; y para amar, venerar y ser agradecidos a un santo, es necesario que conozcamos su vida, sus virtudes.
6. Los siete dolores y gozos de san José compendian su santísima vida, demuestran su amor a Dios y a los hombres, son la prueba más fehaciente de su poder, dignidad, méritos, gracia y gloria.
7. Como todas las prácticas de devoción a los santos se dirigen a engendrar, despertar o avivar y perfeccionar la confianza y amor de los fieles en su protección, por eso en todos los ejercicios, aunque guisado, digámoslo así, de varios modos para evitar fastidio, propondremos el rezo devoto o meditación de los dolores y gozos del Santo bendito.

Indulgencias concedidas a los que rezaren con devoción los Siete Dolores y Gozos de san José.

El Papa Pío VII concedió 100 días de indulgencia cada día que se recen; 300 días cada miércoles y cada uno de los nueve días que preceden a las fiestas de san José y de su patrocinio; a más, una indulgencia en estas dos fiestas, y otra una vez al mes confesando y comulgando y orando por las necesidades de la Iglesia. Pío IX (20 de enero de 1856) concedió siete años y siete cuarentenas de días de indulgencia en cualquier día que se rece esa devoción.

Instrucción general para practicar provechosamente todos los ejercicios devotos en obsequio del santo patriarca.

Pensamientos

1. La devoción a san José debe, como su más precioso fruto, engendrar o avivar en las almas el espíritu de oración y unión íntima con Jesús y María, porque san José es santo de vida interior, vida toda escondida en Cristo, en Dios.
2. Debe, por consiguiente, el devoto josefino, hacer todos los ejercicios con espíritu de fe, con recogimiento, oración y unión con Jesús. Debe procurar orar con fervor, meditar con atención y rezar con devoción.
3. Debe distinguirse y brillar el devoto josefino en todas partes por su devoción bien entendida, por su piedad ilustrada, por su espíritu de oración y unión con Jesús.

4. No reces *a destajo*, por tener poco tiempo y sobrecargarte de muchas devociones. Más vale un *Padrenuestro* rezado con pausa y devoción, que mil deprisa y corriendo, porque el aprovechamiento del alma está no en pensar ni en rezar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más te despierte a amar, eso procura hacer, repetir siempre. (*Santa Teresa de Jesús*).

5. De devociones a bobas nos libre Dios. Bobos son los que rezan mucho, pero mal, sin atención y aprisa. Merecen estos tales oír el reproche de san Agustín: “¿Oras o insultas a Dios?”.

6. Los rezadores *a destajo*, esto es, los que rezan mucho, pero aprisa, sin atención ni devoción, más bien lograrán enojar al Santo que hacérselo propicio.

7. Si una palabra, oración, meditación, dolor o gozo del Santo encienden o enternecen tu alma, no pases adelante; sino párate, rumia, ama, alaba, adora, admira, pide, duélete, propón. Deja entonces *engordar la voluntad*, que es el fruto más codiciado de toda oración y devoción. (*Santa Teresa de Jesús*).

Primer modo de rezar los siete Dolores y Gozos

Primer dolor y gozo

Por no saber el misterio de la encarnación, deliberáis dejar secretamente a vuestra virginal esposa María: ¡qué dolor! Mas, un ángel os quita todo recelo al revelaros que María ha concebido por obra del Espíritu Santo: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, oh Padre mío san José, libradnos de los juicios temerarios, y alcanzadnos verdadera caridad con el prójimo. *Medítese un momento y récese un Padrenuestro, Avemaría y Gloria.*

Segundo dolor y gozo

El buen Jesús nace de María Virgen, que le envuelve en pobres pañales y le recuesta sobre pajas en un pesebre, en el rigor del invierno, en la cueva de Belén, porque no hubo lugar para ellos en el mesón: ¡qué dolor! Mas luego le veis adorado de los ángeles, pastores y reyes: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo alcanzadnos que desapeguemos nuestro corazón de las criaturas, y busquemos y hallemos a Cristo Jesús nuestro Dios. *Padrenuestro, etc.*

Tercer dolor y gozo

Derrama sangre en la circuncisión el tiernecito e inocente niño Jesús: ¡qué dolor! Mas le imponéis el nombre dulcísimo de Jesús, que salvará a su pueblo: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, alcanzadnos que con todos seamos mansos y con nosotros rigurosos, por la mortificación y abnegación cristianas, y vivamos y muramos con Jesús y por Jesús. *Padrenuestro, etc.*

Cuarto dolor y gozo

Profetiza Simeón la terrible Pasión de Jesús y de María: ¡qué dolor! Mas os anuncia los frutos de su pasión y la salvación de infinitas almas: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, alcanzadnos que, atendiendo con todo ahínco a nuestra propia salvación y perfección, seamos siempre los primeros en conocer y amar a Jesús y a María, y hacerles conocer y amar salvando infinitas almas por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio. *Padrenuestro, etc.*

Quinto dolor y gozo

Huís de noche precipitadamente a Egipto con Jesús y María: ¡qué dolor! Mas libráis de esta suerte a Jesús del furor de Herodes, y veis caídos a su presencia los ídolos de los egipcios: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo, alcanzadnos la perseverancia en el amor de Jesús huyendo siempre de todo pecado y ocasiones de pecar. *Padrenuestro, etc.*

Sexto dolor y gozo

Al recibir aviso del ángel volvéis a Judea con Jesús y María, pero teméis a Arquelao, no menos cruel que su padre Herodes: ¡qué dolor! Mas el ángel os disipa toda inquietud, y os retiráis a tierra de Galilea y venís a morar en vuestra casita de Nazaret con Jesús y María: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo alcanzadnos el vernos siempre libres de la tristeza e inquietud, para servir al Señor con paz y alegría. *Padrenuestro, etc.*

Séptimo dolor y gozo

Perdéis a vuestro dulcísimo Jesús: ¡qué llanto!, ¡qué dolor! Mas le halláis al cabo de tres días en el templo, sentado en medio de los doctores, pasmados de su sabiduría y de sus respuestas: ¡qué gozo! Por este dolor y gozo alcanzadnos la gracia de ser siempre todos de Jesús, salvarle el mayor número posible de almas, y por fin cantar eternamente las misericordias del Señor en vuestra compañía y de Jesús y María. Amén. *Padrenuestro, etc.*

Añã. Fili quid fecisti nobis sic? Ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te.

R. Sub umbra illius, quem desideraveram sedi.

V. Et fructus ejus dulcis gutturi meo.

Oremus. Sanctissimae Genitricis tuae Sponsi Joseph, quaesumus, domine Jesu, meritis adjuvemur; ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen.

Segundo modo

1° Ignorando el misterio de la encarnación, quiere José dejar a María su esposa preñada: ¡qué dolor! Mas un ángel le revela que María ha concebido por obra del Espíritu Santo: ¡qué gozo!

Medítese un momento y récese un Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

2° Nace Jesús en suma pobreza: ¡qué dolor! Mas le ve adorado de los ángeles, pastores y reyes: ¡qué gozo! *Padrenuestro, etc.*

3° Derrama Jesús sangre en su circuncisión: ¡qué dolor! Mas oye de boca del ángel que se llamará Jesús y salvará a su pueblo: ¡qué gozo! *Padrenuestro, etc.*

4° Profetiza Simeón la Pasión de Jesús: ¡qué dolor! Pero anuncia sus frutos y su gloria: ¡qué gozo! *Padrenuestro, etc.*

5° Huye de noche precipitadamente a Egipto por salvar a Jesús y María: ¡qué dolor! Mas caen los ídolos de Egipto y Jesús queda libre del furor de Herodes: ¡qué gozo! *Padrenuestro, etc.*

6° Ha de volver a Judea, donde reina Alquelao, no menos cruel que su padre Herodes: ¡qué dolor! Mas el ángel le disipa toda inquietud: ¡qué gozo! *Padrenuestro, etc.*

7° Pierde tres días a Jesús: ¡qué dolor! Mas le halla en el templo asombrando a los doctores con la sabiduría de sus preguntas y respuestas: ¡qué gozo! *Padrenuestro, etc.*

Aña. Ecce fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus super familiam suam.

V. Ora pro nobis, sancte Joseph.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oremus. Deus, qui ineffabili providentia Beatum Joseph sanctissimae Genitricis tuae Sponsum eligere dignatus es; praesta, quaesumus; ut quem protectorem veneramus in terris, intercessorum habere mereamur in coelis. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen.

Tercer modo

I. ¡Oh castísimo esposo de María, glorioso san José!, tanto como fueron terribles los dolores y las angustias de vuestro corazón, cuando creísteis deber separaros de vuestra inmaculada esposa, tanto fue vivo el gozo que experimentasteis cuando el ángel os reveló el misterio de la encarnación.

Os suplicamos, por este dolor y este gozo, que os dignéis consolar nuestras almas ahora y en nuestros postreros momentos, alcanzándonos la gracia de llevar una vida santa y tener una muerte semejante a la vuestra entre los brazos de Jesús y de María.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria Patri.

II. ¡Oh dichosísimo patriarca, Glorioso san José, que habéis sido elevado a la eminente dignidad de padre nutricio del Verbo hecho carne! El dolor que sentisteis al ver nacer al niño Jesús en tanta pobreza, se os trocó bien pronto en un gozo celestial cuando oísteis los armoniosos conciertos de los ángeles y fuisteis testigo de los gloriosos acontecimientos de aquella memorable y resplandeciente noche.

Os suplicamos por este dolor y este gozo, que nos alcancéis después de llegados al término de esta vida, la gracia de ser admitidos a oír los cánticos de los angeles y a gozar de la gloria celestial.

Padrenuestro, etc.

III. ¡Oh modelo perfecto de sumisión a las leyes divinas, glorioso san José! La vista de la sangre preciosa que el Redentor niño derramó en su circuncisión, traspasó vuestro corazón de dolor; pero la imposición del nombre de Jesús le reanimó llenándoos de consuelo.

Alcanzadnos, por este dolor y este gozo, que después de haber extirpado todos nuestros vicios, durante la vida, podamos morir con gozo y alegría, invocando con todo fervor el santísimo nombre de Jesús.

Padrenuestro, etc.

IV. ¡Oh Santo fidelísimo, a quien fueron comunicados los misterios de nuestra redención, glorioso san José! Si la profecía de Simeón os causó un dolor mortal, haciéndoos saber lo que Jesús y María habían de sufrir; os llenó al mismo tiempo de una satisfacción al anunciaros que sus padecimientos serían seguidos de la salvación de una multitud innumerable de almas que resucitarían a la vida de la gracia.

Pedid por nosotros, en memoria de este dolor y este gozo, para que seamos del número de aquellos que, por los méritos de Jesucristo y la intercesión de la Virgen María, resucitarán para la gloria.

Padrenuestro, etc.

V. ¡Oh vigilantísimo guardián del Hijo de Dios hecho hombre, generoso san José! ¡Cuánto habéis sufrido por servir al Hijo del Altísimo y proveer a su subsistencia, particularmente durante la huida a Egipto! Pero también ¡cuánto debisteis gozar de tener siempre a vuestro lado al Hijo de Dios, y de ver caer a su llegada los ídolos de los egipcios!

Alcanzadnos, por este dolor y este gozo, que teniendo siempre al tirano infernal alejado de nosotros, sobre todo con la pronta huida de las ocasiones peligrosas, merezcamos que caigan de nuestros corazones todos los ídolos de las afecciones terrenas, y que enteramente consagrados al servicio de Jesús y de María, no vivamos sino para ellos, y les ofrezcamos con gozo nuestro último suspiro.

Padrenuestro, etc.

VI. ¡Oh ángel de la tierra, glorioso san José que visteis con admiración al Rey del cielo sometido a vuestras órdenes! Si el consuelo que experimentasteis al conducir de Egipto a vuestro querido Jesús, fue turbado por el temor de Arquelao; a su vez tranquilizado por el ángel, permanecisteis gozoso en Nazaret con Jesús y María.

Obtenednos, por este dolor y este gozo, que libres de todos los temores que puedan sernos nocivos, gocemos de la paz de una buena conciencia, vivamos tranquilos en unión con Jesús y María, y en sus manos entreguemos nuestra alma en el momento de la muerte.

Padrenuestro, etc.

VII. ¡Oh modelo de santidad, glorioso san José, que habiendo perdido al niño Jesús, sin que hubiese culpa por parte de vos, le buscasteis durante tres días con inmenso dolor, hasta el momento en que experimentasteis un gozo indecible, el más grande de vuestra vida, al encontrarle en el templo en medio de los doctores!

Os suplicamos, desde lo íntimo de nuestro corazón, por este dolor y este gozo, que os dignéis emplear vuestro valimiento cerca de Dios, a fin de que nunca nos suceda perder a Jesús por el pecado mortal; y si desgraciadamente nos acaeciera esta desdicha, la mayor de todas, haced que le busquemos de nuevo con el más profundo dolor, hasta que le encontremos favorable, sobre todo en el momento de la muerte, para poder luego gozar de Él en el cielo y bendecir con vos sus infinitas misericordias por toda la eternidad.

Padrenuestro, etc.

Aña. Jesús contaba ya la edad de treinta años cuando aún era tenido por hijo de José.

V. Rogad por nosotros, san José.

R. Para que seamos hechos dignos de las promesas de Cristo.

Oración. ¡Oh Dios, que con tu inefable providencia te has dignado elegir a nuestro señor y padre san José por esposo de tu Madre Santísima, concédenos, te rogamos, que tengamos por intercesor en el cielo al que veneramos por protector en la tierra! Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

Cuarto modo

Primer dolor y gozo

José santísimo, os acompaño en el dolor que padecisteis al ver encinta a vuestra esposa, ignorando vos el misterio. Pero también me regocijo con vos por el gozo que os causó el ángel anunciándoos la encarnación del Hijo de Dios en el seno virginal de María. Haced, Santo glorioso, que los ángeles me guarden de consentir en tentación alguna, y que especialmente en la hora de mi muerte aparten de mi lado los espíritus infernales.

Os lo pido, en memoria de este dolor y gozo, con un *Padrenuestro*, *siete Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Segundo dolor y gozo

José santísimo, os acompaño en el dolor que padecisteis al ver a Jesús recién nacido, reclinado en un pesebre sobre un montón de paja, sin haber podido proporcionarle otra morada ni otra cuna. Pero también me regocijo con vos por el gozo que os causó el verle alabado y adorado por ángeles y pastores. Haced, Santo glorioso, que mi muerte sea tan feliz, que después de ella pueda alabar con los ángeles a Dios eternamente. Os lo pido, en memoria de este dolor y gozo, con un *Padrenuestro*, *siete Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Tercer dolor y gozo

José santísimo, os acompaño en el dolor que padecisteis en la circuncisión del divino Infante, viéndole derramar sangre. Pero también me regocijo con vos por el gozo que inundó vuestra alma al imponerle el admirable nombre de Jesús, según os fue revelado por el ángel. Haced, Santo glorioso, que expire yo invocando los dulces nombres de Jesús, María y José, para alabaros eternamente en la gloria. Os lo pido, en memoria de este dolor y gozo, con un *Padrenuestro*, *siete Avemarías* y un *Gloria Patri*.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Cuarto dolor y gozo

José santísimo, os acompaño en el dolor que padecisteis oyendo de Simeón que una espada de dolor atravesaría el corazón de vuestra santísima esposa, y que Jesús sería el blanco de las mayores contradicciones. Pero también me regocijo con vos por el

gozo que os causó el saber que con tales trabajos quedaría el hombre redimido. Haced, Santo glorioso, que en la hora de mi muerte pueda recoger el fruto de esa redención y alabar con vos en el cielo a mi divino Salvador. Os lo pido, en memoria de este dolor y gozo, con un *Padrenuestro, siete Avemarías y un Gloria Patri*.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Quinto dolor y gozo

José santísimo, os acompaño en el dolor que padecisteis al tener que huir a Egipto, para librar a vuestro amado Jesús de la persecución de Herodes. Pero también me regocijo con vos por el gozo que os causó el ver cómo se caían, a la presencia de Jesús, los ídolos de aquel pueblo pagano. Haced, Santo glorioso, que la muerte halle libre a mi alma de los ídolos de la culpa, y llena de amor divino. Os lo pido, en memoria de este dolor y gozo, con un *Padrenuestro, siete Avemarías y un Gloria Patri*.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Sexto dolor y gozo

José santísimo, os acompaño en el dolor que padecisteis al tener que regresar a vuestra casa, reinando Arquelao, hijo de Herodes, temiendo peligrase vuestro amado Jesús. Pero también me regocijo con vos por el gozo que os causó el ángel anunciándoos que con toda seguridad podíais morar en Nazaret. Haced, Santo glorioso, que mi alma en la hora de mi muerte esté libre de culpas que la impidan el ir a veros en la gloria. Os lo pido, en memoria de este dolor y gozo, con un *Padrenuestro, siete Avemarías y un Gloria Patri*.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Séptimo dolor y gozo

José santísimo, os acompaño en el dolor que padecisteis cuando la pérdida de vuestro dulce Jesús, en Jerusalén, por tres días. Pero también me regocijo con vos por el gozo que os causó el hallar a vuestra prenda querida en el templo enseñando a los doctores de la ley. Haced, Santo glorioso, que me arrepienta de las veces que he perdido a Jesús por mis culpas, para hallarle benigno en la hora de mi muerte, y poder cantar con vos sus alabanzas en el cielo por toda la eternidad. Os lo pido, en memoria de este dolor y gozo, con un *Padrenuestro, siete Avemarías y un Gloria Patri*.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

EJEMPLO

He aquí un hecho referido por autores muy graves y dignos de fe, que prueba cuán agradable es a san José la consideración de sus principales dolores y gozos, que es lo que forma, digámoslo así, la esencia de todas las devociones al santo patriarca.

Dos padres franciscanos navegaban por las costas de Flandes, cuando se levantó una horrorosa tempestad que sumergió el buque con trescientos pasajeros que llevaba. La divina providencia dispuso que estos dos religiosos se amparasen de una de las tablas del buque, sobre la cual se sostuvieron entre la vida y la muerte durante tres días, teniendo siempre el abismo debajo de ellos, que amenazaba tragarlos. Siendo muy devotos de san José, llenos de confianza en su protección poderosa, se encomendaron a él como verdadera tabla de salvación, y como benigna estrella que debía conducirles al puerto. Apenas terminada su plegaria, fueron atendidos; la tempestad cesó, el cielo se puso despejado y sereno, la mar se calmó y la esperanza volvió a tener cabida en el fondo de sus corazones. Pero lo que colmó su alegría fue el presentárseles un joven lleno de gracia y majestad, quien después de haberlos saludado bondadosamente, se ofreció a servirles de piloto, lo que hizo con tanta felicidad, que al cabo de poco saltaban ya en tierra. Allí los dos religiosos se arrojaron a los pies de su libertador, y después de haberle declarado con afectuosas palabras su eterno agradecimiento, le rogaron encarecidamente que se dignase decirles quién era. “Yo soy José, les respondió; si queréis hacer algo que me sea agradable, no dejéis pasar día sin rezar devotamente siete veces la oración dominical y la salutación angélica en memoria de los siete dolores con que mi alma fue afligida y en consideración a los siete gozos con que mi corazón fue consolado en grado eminente, durante el tiempo que pasé sobre la tierra viviendo con Jesús y María”. Dichas estas palabras desapareció, dejándolos llenos de alegría y penetrados de un sincero deseo de honrar y servir durante toda la vida a su glorioso Protector.

Devoto josefino, acepta esta promesa y está seguro que el mejor medio de alcanzar los favores de este gran Santo es, como él mismo lo ha declarado terminantemente, tomar parte en sus dolores y sus gozos, rezando con esta intención las oraciones aprobadas y enriquecidas de indulgencias por los sumos pontífices. Los sentimientos que llenarán tu corazón meditando estos tiernos misterios, serán uno de los más poderosos testimonios de amor que puedes tributar a san José y le inclinarán infaliblemente a protegerte en vida, a socorrerte en todas tus necesidades y a alcanzarte una santa muerte.

Mes de san José

Instrucción

Pensamientos

1. Un cuarto de hora pasado cada día en la escuela de san José, meditando sus virtudes, sus dolores y sus gozos, nos hará ganar el cielo. ¿Cuánto más un mes?
2. Un mes pasado en la escuela de san José, oyendo sus lecciones con docilidad, nos puede hacer grandes santos. ¡Qué felicidad!
3. Toda la vida pasada con la consideración en la casita de Nazaret en compañía de Jesús, María y José, sería como una antesala al cielo, un ensayo de la vida eterna. ¿Puede haber mayor dicha? Pues, ¿Por qué no lo hacemos?
4. San José, considerado en su veneración y culto, mostrando los modelos más eficaces de su devoción; san José, considerado como maestro universal y modelo de todos por sus virtudes; san José, considerado como patrón universal por su poderosa intercesión; como consolador universal por sus dolores; su gloria en el cielo, en la tierra y la que le espera en los tiempos venideros, serán la materia de meditación de este mes. ¿Pueden ofrecerse temas más interesantes y prácticos al devoto josefino?

5. Como no basta la oración o meditación, si no va acompañada de obras buenas, ofrecemos cada día un ejemplo del poder de intercesión del Santo, un obsequio y una jaculatoria. Aprovechémonos bien de gracias tan preciosas.

6. Tejamos con esto una hermosa guirnalda josefina, y orlemos con ella las sienas augustas del santo patriarca, para que a la vez ciña con su Jesús las nuestras, con una corona de inmortalidad en la gloria al darle un eterno abrazo.

7. Lo que sembrare el hombre en el tiempo, eso cogerá en la eternidad. Es negocio personal, no lo descuidemos. Este mes es tiempo aceptable; sus días, son días de salud. Aprovechémoslo bien.

Ejercicios del Mes de San José

Por la señal de la santa cruz, etc.

Oración para todos los días

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, en quien creo y espero, a quien adoro y amo con todo mi corazón, y me pesa de haberos ofendido por ser bondad infinita; os doy gracias por haber honrado sobre todos los santos al glorioso patriarca san José con la dignidad incomparable de padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios, y de esposo verdadero de María, Madre de Dios. Dadme gracia copiosa para honrarle dignamente en este día, merecer su protección en vida y en la hora de la muerte, y conseguir el favor especial que solicito en este mes. Y si mis culpas, oh Dios de amor, impiden el recibir estas gracias, yo las detesto con toda mi alma por ser ofensas de vuestra infinita bondad, y propongo de todas veras nunca más pecar, apartarme de todas las ocasiones peligrosas, y hacer una buena confesión de todos mis pecados, con vuestra gracia y la intercesión de María y san José. Amén.

Oración a san José

Santísimo patriarca san José, padre adoptivo de Jesús, virginal esposo de María, patrón de la Iglesia universal, jefe de la Sagrada Familia, provisor de la gran familia cristiana, tesorero y dispensador de las gracias del Rey de la gloria, el más amado y amante de Dios y de los hombres; a vos elijo desde hoy por mi verdadero padre y señor, en todo peligro y necesidad, a imitación de vuestra querida hija y apasionada devota santa Teresa de Jesús. Descubrid a mi alma todos los encantos y perfecciones de vuestro paternal corazón: mostradme todas sus amarguras para compadeceros, su santidad para imitaros, su amor para corresponderos agradecido. Enseñadme oración, vos que sois maestro de tan soberana virtud, y alcanzadme de Jesús y María, que no saben negaros cosa alguna, la gracia de vivir y morir santamente como vos, y la que os pido en este mes, a mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.

DÍA DE PREPARACIÓN

MEDITACIÓN

Honremos a san José. Amemos a san José. Confiemos en san José.

Composición de lugar. Contempla a la beatísima Trinidad que te dice con amor: “Acude a san José”.

Petición. Dadme, Dios mío, a conocer y amar las excelencias y bondades de mi señor y padre san José.

Punto primero. Honremos a san José, porque es el Santo más honrado del cielo y de la tierra. Dios Padre le honró confiando a su custodia su hijo Jesús y su hija María, las dos prendas más amadas de su corazón. Dios Hijo honró a san José llamándole padre, obedeciéndole y confiando su vida a la solicitud y cuidado de san José. El Espíritu Santo le honró entregándole su esposa, la Virgen María, por esposa suya. Jesús y María, después de haberle honrado estándole sujetos por treinta años consecutivos, asistieron a su preciosa muerte. La Iglesia le honra instituyendo fiesta en su honor, declarándolo patrón de toda la Iglesia, y asegurando que es digno san José de sumos honores y alabanzas. Los santos, los fieles todos invocan a san José a porfía con un entusiasmo y amor siempre crecientes, como al Santo sin igual, socorredor en toda necesidad, amparador en todo trabajo, consolador en toda tribulación y protector especial en todos los accidentes de la vida y en la hora de la muerte. Levántanse por todo el orbe altares a san José, iglesias, pueblos, ciudades. Institutos religiosos, todo en obsequio del Santo. En dignidad y gracia, en santidad y gloria, no hallarás, devoto josefino, otro Santo, después de María, más honrado de Dios y de los hombres... ¿Y solo tú, alma mía, estarás tibia, o muda, temerás excederte, pusilánime, en honrar a san José, el Santo más honrado de Dios y de los fieles? Enmiéndate.

Punto segundo. Amemos a san José, porque es el santo más amado de Dios. Cuanto un santo es digno de mayor honra, es por ende digno de mayor amor; porque denota mayor excelencia y bondad su mayor dignidad.

Porque Dios al escoger para un alto cargo u honra a algunos de sus siervos, dales siempre las partes o dones que les competen para desempeñarlo bien. Si san José, pues, es el santo más honrado de Dios, es porque es el santo más amado de Dios, y por consiguiente el más digno de nuestro amor. Considera cuánto ama Dios hecho hombre al Santo bendito, pues llámale padre y como tal, le besa, le acaricia, le obedece y le regala. Contempla cómo si las gorjerías y regalos que los niños hacen con sus padres son incentivos y centellas de amor, qué llamaradas de amor divino saldrían de la boca del niño Jesús cuando besase a san José. Mira al niño Dios, brasa de fuego de amor, recostado sobre el pecho de san José muchas veces, contemplando este los misterios encerrados en Cristo, y robándole Aquel con sus latidos de fuego todo el corazón, abrasándose, desmenuzándose y haciendo en él miles de heridas de amor. Contempla y adora al niño Jesús. Fuego divino y abrasador, abrazado y colgado del cuello de su padre san José, enfervorizándole con sus caricias. Principio de amor el más eficaz y estrecho es este abrazo divino... ¡Oh quién pudiese amarte, Santo mío, y abrazarte como te amó y te abrazó el Hijo de Dios! Devoto josefino, ¿temerás excederte en amar a tu señor y padre san José? ¿Cuándo le amarás tanto o a semejanza de cómo le amaron Jesús y María? Imítalos.

Punto tercero. Confiemos con ilimitada confianza en san José. La confianza en los santos se debe al poder de su intercesión. Y ¿quién tuvo y tiene mayor poder de intercesión con Dios que san José? La mayor eficacia de las oraciones de los santos, enseña santo Tomás, depende de su mayor unión con Dios. ¿Y quién más unido a Jesús y a María que san José? Mandó san José a Jesús Hijo de Dios, como padre; mandó a María, Madre de Dios, como esposo, y conversó con ellos por espacio de treinta años con la mayor intimidad. Jesucristo es la plenitud de la gracia, de la gloria y del poder. María es la emperatriz soberana de cielos y tierra, dispensadora de todas las gracias. ¿Qué no podrá, pues, el Santo bendito en favor de sus devotos? Las súplicas de san José tienen fuerza de mandatos con Jesús y María. Ningún santo en el cielo puede llamar hijo al Rey de la gloria, como san José; ningún santo puede llamar esposa a María, reina de cielos y tierra, como san José. ¿Qué no podemos esperar, pues, con estos fundamentos, del poder de intercesión de san José? ¡Oh!, todo lo podemos y debemos esperar. Lo dicen los santos, lo repiten sus devotos, lo publican todos los fieles por consoladora experiencia: san José no es como los otros santos, que socorren en una necesidad. Este glorioso Santo, señor y padre mío san José, socorre en todas. Nunca jamás se ha oído decir que ninguno saliese desconsolado al recurrir al patrocinio de san José. ¿Lo dudas, lector mío? Pues te repetiré lo que dice la Santa más amante y amada de san José y que experimentó mejor que nadie los beneficios de su poderosa intercesión, la sin par heroína española santa Teresa de Jesús: “Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca, señor y padre mío san José, y tenerle devoción”. ¿Quién no confiará alcanzarlo todo por intercesión de san José?

Oración final para todos los días

Acordaos, oh castísimo esposo de la Virgen María, dulce protector mío san José, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han invocado vuestra protección e implorado vuestro auxilio, haya quedado sin consuelo. Animado con esta confianza, vengo a vuestra presencia y me recomiendo fervorosamente a vuestra bondad. ¡Ah!, no desatendáis mis súplicas, oh padre adoptivo del Redentor, antes bien acogedlas propicio y dignaos socorrerme con piedad.

(300 días de indulgencia, Pío IX. Breve 26 de junio de 1863. Indulgencia plenaria al mes rezándola todos los días, confesando, comulgando y visitando una iglesia).

Pídase con toda confianza la gracia que se desea alcanzar por intercesión de nuestro padre y señor san José.

Recemos los siete dolores y gozos para mejor alcanzar las gracias pedidas.

EJEMPLO. *Beato Gaspar de Bono.*

Este ejemplar y devotísimo religioso de los Menores, distinguíase por su tierna, filial y sólida devoción para con el santo esposo de María. Después del Salvador y de su Madre Santísima, era José el santo de quien hablaba con mayor estima y por quien trabajaba con mayor afecto. Este afecto extraordinario se manifestaba en la invocación de su nombre suavísimo, que siempre juntaba a los inefables de María y de Jesús.

En toda su vida, así como en la hora de su muerte, esta fue su peculiar divisa, este su santo y seña contra los enemigos de su alma, este su consuelo: Jesús, María y José; de suerte que nunca hablaba, nunca escribía, nunca emprendía cosa ninguna sino en nombre y con el auxilio de Jesús, María y José. Estaba íntimamente convencido de que todo su bien se hallaba encerrado en esta trinidad terrenal, y de que todos los tesoros de gracia le habían de venir de Jesús, como de su fuente, por María como canal y de José como de caño, por el cual llegarían a su alma. Estos nombre augustos eran tales para él, cuales dijo un devoto de esta trinidad humana:

Haer tria nomina
Bona sunt omnia,
Et mundi lumina
Et coeli limina.

Eran su dulce consuelo, nombre de buen agüero, faros del mundo y umbrales del cielo. Tan grabados los tenía en su alma, que a cada instante brotaban de sus labios invocándolos con gran afecto y devoción. ¿Tenía que salir de casa y pedir al portero que le abriese la puerta? Al encontrarle exclamaba: “¡Jesús, María, José! Hermano mío, ¿me hará la caridad de abrirme la puerta?” Si encontraba por la calle algún conocido que le detuviera, al instante le decía: “¡Jesús, María, José! ¿Qué se le ofrece a usted, mi buen amigo?” ¿Llegaba de otra casa a su convento algún religioso? Su saludo era: “¡Jesús, María, José! Mi padre, ¡qué sea usted bienvenido!” Y en todas ocasiones y por cualquier motivo prorrumplía con gran dulzura en esta invocación: “¡Jesús, María, José!”.

Y como vivió, así deseó morir: de manera que en su última enfermedad suplicó con vivas instancias a los que le cuidaban que cuando lo vieran en la agonía, próximo a expirar, no le sugiriesen otra jaculatoria sino su favorita: “Jesús, María, José”; como si todos sus afectos y esperanzas se comprendieran y encerraran en estos tres nombres, y en ellos cifrara su consuelo al entregar su espíritu al Señor: y el Señor satisfizo sus ardientes deseos, dado que sus últimas palabras, después de haber exclamado: Bone Jesu, miserere mei! “Mi buen Jesús, ¡tened compasión de mí!” fueron: “¡Jesús, María y José!” ¡Dios nos conceda a todos tan santa o parecida muerte!

Obsequio. Procurar que alguna persona se haga devota de san José.

Jaculatoria. Oh glorioso san José, santo sin igual, alcanzadnos del Señor la perseverancia final.

PRIMERA SEMANA

San José honrado en la tierra sobre todos los otros santos. –Su devoción y culto universal.

DÍA PRIMERO

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

Cristo Jesús, modelo de devoción a san José.

Composición de lugar. Contempla a Jesús que te dice, mostrándote a san José: “Este es mi padre muy amado; hónrale como yo le honré”.

Petición. Jesús mío, haz que te imite en honrar a san José.

Punto primero. La vida de Cristo es un modelo divino, digno de toda nuestra admiración e imitación. Y si la devoción es la expresión fervorosa del respeto, amor y gratitud, nadie como Cristo honró, amó y fue agradecido al glorioso san José. Como el eterno Padre destinó a san José para que hiciese sus veces en la tierra con su hijo Jesús, Jesús siempre lo respetó y veneró como a padre, tributándole los mismos obsequios de respeto, cariño y amor que si fuese su padre natural. El antiguo José fue tipo y figura, según León XIII, de nuestro Santo, y así como aquel vio en sueños que le adoraban el sol, la luna y las estrellas, así nuestro Santo se vio honrado de Jesús, divino Sol de justicia; de María, mística luna de la gracia, y de todos los santos, estrellas en el firmamento de la Iglesia. Sí, nadie ha cumplido con más perfección el precepto divino de honrar a los padres que el buen Jesús, que bajó del cielo para enseñar a los hombres la observancia de la divina ley. Jesús obedece, reverencia, honra y respeta a san José por espacio de treinta años. Se deja llevar donde él quiere, hace las labores que él quiere, trabaja, descansa, crece y vive bajo la tutela y la obediencia de san José. “Les estaba sujeto el Hijo de Dios a María y a José”, dice el santo Evangelio, y en esta sola expresión nos cuenta casi toda la vida del Hijo de Dios hecho hombre. Tantos millones de santos y varones esclarecidos que desde la eternidad vio el Señor, y solo escogió al glorioso Santo para ser padre adoptivo de su Hijo Jesucristo, esposo de su santísima Madre y ángel del gran consejo para llevar a cabo ordenadamente la obra de redención del mundo, entrando en el conocimiento de los secretos del Altísimo, que a ningún otro reveló antes que a san José... ¿Cómo no admirar y respetar tanta grandeza? ¿Cómo no imitar tan divinos ejemplos? ¡Oh excelso patriarca! Admitidme en el número de vuestros más devotos siervos, pues quiero honraros como a mi padre, abogado y protector.

Punto segundo. Jesús, modelo de devoción a san José por su amor. Ningún santo ha habido jamás ni puede haber, que haya recibido, por espacio de treinta años, pruebas más tiernas, más fervientes, más delicadas, más repetidas de amor de parte de Cristo Jesús, que el glorioso san José. Fijémonos tan solo en el título de padre que a boca llena dispensaba el buen Jesús al Santo bendito.

El beso, el abrazo, las caricias, son pruebas evidentes de amor. ¿Qué Santo ha sido más veces besado, abrazado y regalado por el Hijo de Dios, que el glorioso san José? Las miradas, las palabras, la conversación, comunicación y trato íntimo y continuado encienden el amor. ¿Qué santo ha logrado dicha igual que san José en estos puntos? Jesús comía con san José y dábale de comer; mirábale con amorosos y piadosos ojos, y tornábale a mirar; conversaba familiarmente con él, comunicábale y tratábale como padre y como hijo que moran en paz bajo un mismo techo ejerciendo un mismo oficio por treinta años... ¿Quién tuvo, pues más ocasiones de mostrarle su amor a san José que el buen Jesús?

Punto tercero. Jesús, modelo de devoción a san José por la gratitud. Si la devoción es la expresión de gratitud, ¿quién debía ser más devoto del santo patriarca que el buen Jesús? Aunque no supiésemos que es Hijo de Dios y por consiguiente, infinito en toda clase de perfecciones, y por lo mismo en la gratitud, solo recordar lo que hizo, sufrió y

llevó a cabo el Santo a favor del Hijo de Dios en su infancia y adolescencia, basta y sobra para darnoslo como acabado modelo de devoción al Santo. Belén, Nazaret, Jerusalén, Egipto... ¿Cómo pronunciar o recordar esos nombres el buen Jesús sin que su nobilísimo Corazón se deshiciese en muestras de amor y cariño a su augusto ayo, bienhechor, padre, protector, guía, tutor y salvador? Por ti soy salvo, diría muchas veces, reconocido el buen Jesús al santo patriarca. Por ti vivo, por ti puedo, como Cordero de Dios, sacrificarme en el tiempo prefijado por mi Padre celestial para consumir mi obra, la obra de la redención del género humano. Benditas manos que por mí trabajaron, benditos brazos que me sustentaron, bendita frente que por mí sudó, benditos pies que por mí se fatigaron, benditos labios que me besaron, benditos ojos que me miraron y regalaron, bendita lengua que me enseñó a hablar de Dios. ¿Quién, con verdad, puede dirigir al santo José expresiones de gratitud iguales que el Hijo de Dios? ¿Y no debes tú algún favor al Santo? ¿Cómo andas, devoto josefino, en esta virtud del agradecimiento?

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

(En atención a la grande importancia de la materia, en lugar de los ejemplos acostumbrados, referiremos hoy algunas de las maravillas que tuvieron lugar en los desposorios de san José)

Escribe san Jerónimo y refieren graves escritores, que habiendo la Virgen María llegado a la edad de catorce años, la indicó el sumo sacerdote que se dispusiese para el desposorio, según prescribía la ley. Turbada la Virgen, contestó que no podía acceder a ello, por haber consagrado su virginidad al Señor. Pareció extraño el caso en un siglo en que la virginidad era mirada como un oprobio, por renunciar así la dicha de contar al Mesías entre sus parientes; resolvieron pues, consultar al Señor: cuando al verificarlo, he aquí que sale una voz del propiciatorio mandando se junten todos los varones solteros de la sangre de David; y que aquel sobre cuya cabeza repose el Espíritu Santo en figura de paloma, será el esposo de la Virgen. Hácese así, reúnen todos los mozos descendientes de David, y cuando más ansiosos aguardan todos la señal del cielo, florece la vara de José y desciende el Espíritu Santo sobre la cabeza de nuestro patriarca, que dice tácitamente a todos: "¡Este es el varón en quien me he complacido: este es el digno esposo de María!" Los sacerdotes procedieron enseguida a la ceremonia, conforme mandaba la ley. Puso José un anillo en el dedo de la Virgen María, como prenda de fidelidad conyugal que le prometía, recibiendo una promesa recíproca de parte de la Virgen con la aceptación del anillo, reliquia preciosa que se conserva en la Basílica de san Lorenzo de Perusa, Italia.

Devotos josefinos, y todos los que deseáis acertar en la elección de estado: imitad la conducta de san José, y no lloraréis después vuestros desaciertos. Orad y consultad.

Obsequio. Haz celebrar u oye una misa en sufragio del alma más devota de san José.

Jaculatoria. Bondadoso san José, esposo de María, protegédnos y socorrednos, protegéd a la Iglesia y al sumo pontífice.

Día II

Por la señal etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

María Inmaculada modelo de devoción a san José

Composición de lugar. Contempla a María que te dice desde el cielo: “Ama a mi esposo san José como yo lo he amado”.

Petición. Virgen Santísima, dadme gracia de imitar las virtudes de vuestro esposo.

Punto primero. La devoción consiste en el respeto y amor que se tributa a algún santo, a proporción de la dignidad que le adorna y de los beneficios que nos dispensa. La gloria de ser escogido san José por esposo de la Virgen María, es la primera prerrogativa del Santo, y por consiguiente la fuente y raíz de sus glorias y privilegios, de sus gracias y dignidad incomparables. Todos los ángeles y santos llaman a María su reina, su señora; solo san José la llama su mujer, su esposa. Dios mandó que el marido fuese cabeza de la mujer, que la mandase y gobernase y que las mujeres fuesen súbditas del marido, y le estuviesen sujetas. Modelo de todos los estados, María debía serlo de las esposas, en la obediencia y respeto a san José. Va María a Belén, huye a Egipto, vuelve a Judea, trabaja y mora en Nazaret, obediente siempre a la voz de su esposo san José. “Yo fui humilde siempre, dijo la Virgen a santa Brígida (*l. 7, c.25*), y no me desdeñé de servir y de guisar de comer para José y para mi Hijo, porque también mi Hijo servía a José” ¡Oh dichoso tal carpintero José, que mereció en la tierra ser servido de la Reina a quien todos los ángeles sirven en el cielo; dichosa comida guisada por tales manos como las de María, que en buen provecho entraría a José; dichoso esposo que halló mujer tan fuerte, tan cabal y perfecta, que vale más que todo el oro de Arabia y que las perlas y piedras preciosas traídas de los últimos confines de la tierra! ¿Qué rey, ni que emperador, ni qué monarca ha habido en el mundo que haya sido servido, honrado, respetado y obedecido de tales dos personas, Jesús y María, como lo fue san José? ¿Respetas tú así a tus mayores y superiores?

Punto segundo. María, modelo de devoción a san José por el amor que le profesó. “Donde esta Cayo allí Caya”, decían los antiguos, para significar la identidad de voluntades que debe haber entre los casados. “Toda criatura ama a su semejante”, dice el Espíritu Santo (*Eccl. III*). Cercanos parientes eran María y José (los padres de María y José eran, hermanos). Además, sienta muy bien el amor sobre las almas puras. De ellas se escribe: “Holgárase el esposo con la esposa, y morará el mancebo con la virgen” (*Is. LXII*).

El amor se muestra en querer bien a quien se ama, y el amor de las buenas mujeres para sus maridos suele ser grande, porque son dos corazones en una carne (*Gen. II*); y como ninguna fue tan santa y perfecta como María, ninguna se le igualó en el amor a su esposo. Manda san Pablo que los maridos amen a sus esposas y mutuamente, como Cristo a su Iglesia. (*Col. V*). Y como este amor es inefable, inefable fue el amor de María a su esposo san José. La mujer es ayuda semejante al hombre. (*Gen. II*).

Así es que María, amando con perfección a su esposo san José, cumplió la ley que lo manda; y como en el Santo solo hallaba motivos de amor, de ahí que todo era amor entre estos dos esposos, los dos vírgenes, los dos enamorados de Dios, los dos de idéntico querer, escogidos para llevar a cabo la grande obra de la Redención; nunca se

han visto dos querer tan idénticos. ¡Oh! ¿Qué amor con el trato y comunicación de tantos años había de engendrarse y avivarse en el corazón de los dos esposos? Solo por arrimarse al sol, al fuego, se conserva largo tiempo el calor. Por estar al lado de una rosa, o de una esencia aromática, se lleva y se esparce pues, muy por lo lejos su olor, ¿qué no había de participar el Santo con tantos años de comunicación? ¿Cuánto, por fin, debió de aumentarse este amor al ver cómo el Hijo de Dios e Hijo suyo, Jesucristo, le respetaba como a padre, le servía como a señor y le escuchaba como a maestro suyo?

Punto tercero. Era María de condición agradecidísima, como lo son todos los buenos y principalmente los que obtienen nobleza, porque el desagradecimiento y olvido de los beneficios recibidos es indicio de ánimos villanos y groseros, y conforme a los beneficios crece el agradecimiento, y a su medida es el amor. Y después de Jesús, ¿quién participó más de las bondades de san José que María, su esposa? Basta recordar o pronunciar los nombres de Belén, Nazaret, Jerusalén, Egipto, para que luego se comprenda cuánto debía mostrarse agradecida la Virgen a san José. El fue su esposo fidelísimo que guardó el secreto del misterio de la Encarnación. San José fue guardián y custodio de la virginidad de María, defensor de su honor, consuelo en sus penas y tribulaciones. San José fue sombra del Espíritu Santo para María, el confidente de sus secretos, el ayudador y socorredor y amparador de María en todo peligro y necesidad. ¿Cómo no amar, pues, la Virgen santísima a su casto esposo a quien consideraba como su principal o único bienhechor en este mundo, después de Dios? “¿Qué mujer casada hubo en el mundo, dice un piadoso escritor, que más buenas obras haya recibido de su marido, que María de José? Por causa de José no la apedrearón, si la acusara de adulterio, y con ella a su Niño en el vientre, con que ella perdiera la vida y sus parientes la honra: por José no le mataron su Hijo en sus brazos, como a otras madres inocentes; José la sustentó, consoló, acompañó y sirvió con tanta voluntad y gracia como se puede pensar.” Y si María amaba a Jesús más que a sí misma, ¿cuánto agradecería la Virgen los trabajos y sudores que pasó san José para salvar y sustentar a su hijo Jesús? El trato continuo y familiar y la conversación hacen crecer el amor; pues, ¿quién podrá comprender el amor que resultaría en María y José de la conversación de treinta años que moraron juntos? ¡Oh qué hermoso modelo de devoción a san José es María! Imitémosle.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO. *San José, fomento de devoción al Santísimo.*

Dice el P. Pedro Morales en su preciosa obra sobre Jesús, María y José, que conoció un venerable sacerdote, muy devoto de la Virgen y de san José, que para disponerse fervorosamente a celebrar la santa Misa, solía meditar detenidamente el Evangelio que se canta en la fiesta del Santísimo Sacramento. Aplicaba diferentes sentencias a diferentes pasos del Sacrificio incruento, y al llegar a la consagración y comunión pareciale con toda viveza que ante sus ojos se presentaban alegres y con rostro risueño la Virgen y san José, los cuales mirando tan presto a Jesús en el Sacramento, como al mismo celebrante que lo tenía enfrente, rezaban alternativamente los versículos del indicado Evangelio, y principiando primeramente la Virgen, decía: *Caro mea vere est cibus*: “Mi carne es verdadera comida”. Después san José proseguía: *Et sanguis meus vere est potus*: “Y mi sangre es verdadera bebida”. Y así continuaban alternando hasta concluir el Evangelio, con gran consuelo de su alma. ¡Oh qué dulzura para su corazón pensar: comulgando, como la carne de la Virgen, pues se formó en sus entrañas!, ¡Comulgando, bebo la sangre divina sustentada con los ardientes sudores de san José!

Con esta consideración y contemplación sentíase el sacerdote regalado con dulcísimos e inefables afectos de fervor divino. Inflamado, de esta suerte, con tales consideraciones, parecíale ver salir al ángel san Gabriel con gran solicitud, el cual, postrándose de rodillas entre la Virgen y san José, adoraba repetidas veces al divino sacramento de la Eucaristía, y clamaba: *¡Ecce panis Angelorum, factus cibus viatorum!* “¡He aquí el pan de los ángeles, hecho manjar de mortales!” Y en esto recibía en su corazón el Huésped divino, sintiéndose todo abrasado en llamas de amor de Dios.

Así se enervorizaba aquel ministro de Dios para celebrar el máximo de los sacramentos, figurándose participar a la vez de la carne purísima de María y de los sudores de san José.

Obsequio. Haz una limosna a un pobrecito en obsequio de san José.

Jaculatoria. Virgen María, ame como vos a san José el alma mía.

Día III

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

La Iglesia Católica, modelo de la devoción a san José

Composición de lugar. Contempla a los vicarios de Cristo que dicen al pueblo fiel: Id a José.

Petición. Dios mío, vaya yo a José y halle remedio en mis necesidades siempre.

Punto primero. La Iglesia católica, modelo de la devoción a san José por lo que enseña respecto al Santo. “Por la sublime dignidad de san José, padre adoptivo de Jesús, que Dios confirió a este Siervo fidelísimo, *siempre*, o en todos tiempos, *la Iglesia honró con sumos honores y alabanzas al bienaventurado san José*, después de la Virgen Madre de Dios, su esposa, e imploró su mediación en casos angustiosos”, enseña el inmortal Pio IX al decretar a san José los honores de patrón de la Iglesia católica en las angustiosas circunstancias de su prisión (8 de diciembre 1870).

“Como Dios había constituido, añade, al antiguo José, hijo del patriarca Jacob, intendente de toda la tierra de Egipto, a fin de guardar el trigo para el pueblo; así, llegando la plenitud de los tiempos, cuando iba a mandar a su Hijo Unigénito Salvador del mundo, escogió a otro José, del cual era el primero tipo y figura, lo constituyó príncipe de su casa y de su posesión y lo eligió guardián de sus principales tesoros, por cuanto tuvo por esposa a la Inmaculada Virgen María, de la cual por obra del Espíritu Santo nació Jesús que entre los hombres fue tenido por hijo de José y estúvole sujeto”.

Lo mismo repite León XIII, cuando *el poder de las tinieblas* parece atreverse a todo para acabar con el nombre cristiano. (Carta encíclica 15 de agosto de 1889). “Las causas y razones especiales, dice, por las que se tiene a san José en particular por patrono de la Iglesia, y esta a su vez se promete muchísimo de su tutela y patrocinio, son haber sido el esposo de María y padre adoptivo de Jesucristo. De aquí dimana toda

la dignidad, gracia, santidad y gloria de san José”. ¿Puede enseñarse en menos palabras cosa mejor en honra del Santo? No es posible.

Punto segundo. La Iglesia es modelo de devoción a san José por lo que ha hecho en su honor. “El ayo o custodio de su Señor será glorificado, dice el Espíritu Santo. (*Prov. XXVII, 18*). Celebra la Iglesia católica tres fiestas principalmente en obsequio de san José: 1ª la de su gloriosa muerte, 19 de marzo; 2ª la de su patrocinio, dominica tercera después de Pascua, y 3ª la de sus desposorios con la Virgen Santísima. En algunas iglesias celébrase la Misa propia en honor de san José para impetrar una buena muerte, inscrita en algunos misales romanos con autorización de la Sagrada Congregación de Ritos. Puso su nombre en las Letanías de los santos después del Bautista. En la oración *A cunctis* de la santa Misa, después de María nómbrese inmediatamente a san José, su esposo. Y en la oración prescrita por el papa León XIII a todos los sacerdotes del orbe católico, manda que se invoque a san José antes que a san Miguel arcángel. Manda hacer del Santo conmemoración antes que de los apóstoles en los sufragios de los santos, en el rezo divino. España, a petición de Carlos II, obtuvo del papa Inocencio X, por breve de 19 de abril de 1679, que san José fuese venerado patrón de todo el reino y sus dominios. Derogolo, es verdad, Urbano VIII (30 de agosto de 1680), porque el Arzobispo y clero de Compostela temían amenguase el patrocinio de Santiago. El papa Sixto IV (1481) declaró fiesta de riguroso precepto el día de san José, lo que no surtió todo su efecto hasta que Gregorio XV (1621) decretolo otra vez y confirmolo Urbano VIII. El rezo del Santo, simple y común en un principio, fue elevado a doble, con himnos propios por la Congregación de Ritos, a ruegos e instancias de una preclara hija de santa Teresa de Jesús, sor Clara María de la Pasión. Los himnos los compuso el papa Clemente X, y Clemente XI con notables mejoras los prescribió a toda la iglesia (3 de febrero de 1714). Es verdad que en los primeros siglos, ya por las herejías, ya porque solo o principalmente a los mártires se levantaban altares, *apparent tamquam rari nantes ingurgite vasto*, son raros los monumentos de devoción al Santo. No obstante, en Oriente, cuna del Cristianismo, cerca de Belén, descúbrese un lugar donde se había levantado un oratorio consagrado a san José. En la suntuosa basílica levantada por santa Elena, había una capilla consagrada a san José.

Antes del siglo IV ya se le honraba de un modo solemne, en especial el día 26 de diciembre. En Occidente hállase la imagen del Santo entre las de Jesús y María, ya en el Nacimiento, ya en la adoración de los Magos, ya en el hallazgo del Templo, ya por fin con la Virgen que tiene en su regazo al niño Jesús.

Su manto en Roma, su anillo en Perusa, su cingulo en Joinville, ciudad de Francia, demuestran que es antigua la devoción al Santo.

Por fin, el vicario de Cristo nómbrale en nuestros días patrón de la Iglesia universal, compone oraciones y las indulgencias, y prescribe se reciten en público perpetuamente en todas las iglesias del orbe católico durante el mes de octubre, después del rezo del santo Rosario.

¿Puede hacerse más en obsequio del Santo bendito?

Punto tercero. La Iglesia, modelo de devoción al Santo con sus exhortaciones. La Iglesia, agradecida, viendo los modelos de devoción a san José en Jesús y en María, ha querido resarcir en estos últimos tiempos los solemnes cultos que no le dio en los primeros siglos. Tenía presente que José con sus obras heroicas había cooperado a la encarnación del Verbo, mejor que los patriarcas antiguos con sus oraciones y lágrimas y suspiros. Conocía que fue necesario san José, no solo para que Jesús naciera sin deshonra, sino también para que tuviese quien con solicitud y amor de padre y con el trabajo de sus manos le socorriese hasta los treinta años. Comprendía que guardando san José a Cristo en Egipto, sufriendo las amarguras del destierro, conservó la vida de Jesús hasta que dio principio a su predicación. Si san José no hubiese huido a Egipto, Herodes corta la vida a tan hermosa flor antes de tiempo y no se hubiese obrado la redención del linaje humano. Considerando la Iglesia estos beneficios con que el padre de Jesús se constituyó ilustre bienhechor de todo el linaje humano, ha querido que, en señal de agradecimiento, le honre todo el orbe católico con sus cultos, y como al antiguo José, figura y tipo del nuestro, le ha dado la suprema intendencia de la Iglesia y ha puesto debajo de su imperio toda la Iglesia. Por eso nos dice a todos: “Id a José, id a José” y pone en boca del Santo en su patrocinio: “En cualquier tribulación que clamaran a mí, les atenderé, y siempre seré su protector. ¡Oh Dios!, añade, admirable en tuss, pero más admirable en san José, a quien nombraste dispensador de los bienes celestiales”. ¿Pueden darse más tiernas y eficaces exhortaciones para que acudamos a la protección del limosnero real del Monarca supremo de cielos y tierra? Segura esperanza de la vida, sostén del mundo, y ministro de su salud, le llama en los himnos de su fiesta, y como si esto fuese poco, nos dice por su vicario el sapientísimo León XIII: “En verdad, pues, hay motivo para que todos, de cualquier condición y lugar, se encomienden y confíen al patrocinio del bienaventurado san José. En José tienen los padres de familia el modelo más excelente de la vigilancia y providencia paternales; tienen los esposos el dechado perfecto del amor, concordia y fe conyugal; tienen los vírgenes el ejemplar y, al mismo tiempo, protector de la virginal integridad”.

“Poniéndose delante la imagen de José, aprendan los que nacieron de linaje noble, a conservar, aun en medio de las ruinas de su fortuna, la dignidad; entiendan los ricos cuáles son los bienes que deben principalmente apetecer y con todas las fuerzas allegar. Mas lo proletarios, los obreros, cuantos se hallan en inferior condición, a José deben con derecho suyo propio acudir y de Él tomar ejemplos que imitar”. ¿Puede con más eficacia y en menos palabras exhortarse a todo el mundo y a todas las clases de la sociedad, a acudir a san José con la seguridad de alcanzar remedio? ¡Oh! ¡Vayamos todos a san José, y él nos remediará en toda necesidad! Nuestra salud está en sus manos.

Oración final, dolores y gozos.

EJEMPLO

Estando el venerable Fr. Tomé de Jesús estudiando en el colegio de los padres Agustinos de Coimbra, en Portugal, fue un día con otros religiosos a bañarse en el río Mondego. Mas, teniendo pocas fuerzas y no sabiendo nadar, comenzó a sumergirse, hasta verse a punto de perecer ahogado. Viéronlo los religiosos y poniéndose de rodillas suplicaron a san José, de quien el joven había sido devotísimo desde niño, que le librase de tanto peligro. Oyó el Santo la oración, y el joven pudo llegar ileso a la orilla. Agradecidos a este prodigio, Fray Luis de Montoya, que estaba levantando entonces el colegio de Coimbra, edificó una

capilla en honor a san José, y le nombró patrón del colegio, y Fray Tomé de Jesús prometió emplear toda su vida en servicio de Dios y del Santo. Cumplió la promesa tan bien, que estando cautivo en Marruecos, a pesar de verse desnudo, cargado de cadenas, mal comido y azotado todos los días bárbaramente, escribió los dos libros de oro intitulados: *Trabajos de Jesús*; pero ¿cómo? Con rara perfección y sin más ayuda que la oración, sin más luz que la que le entraba en ciertas horas del día por unas rendijas que habían en el calabozo. Murió el 17 de abril de 1582, con grande opinión y fama de santidad.

Obsequio. Propagar los escritos y libros que tratan de san José.

Jaculatoria. Glorioso san José, Santo de mi corazón, haced que nadie me gane en extender vuestra devoción.

Día IV

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

Los santos, modelos de la devoción a san José.

Composición de lugar. Contempla cómo se abren los cielos, y los santos te dicen mostrándote a san José en su excelso trono de gloria al lado de la Virgen: “Nadie ha sido tan honrado como san José. Hónrale”.

Petición. Alcanzadme, santos del cielo, imitaros en el amor a san José.

Punto primero. Todos los santos son santos porque creen, esperan, aman y adoran a Cristo Jesús. No se puede ser santo sin conformarse a la voluntad de Dios, y la voluntad de Dios es que todos los predestinados sean conformes a la imagen de Cristo Jesús: y ¿cómo imitar a Jesús sin conocer su vida y doctrina? ¿Cómo pensar, como observa la seráfica Doctora, en el buen Jesús, sobre todo en su nacimiento, infancia y adolescencia, sin pensar en san José, ayo, tutor, guardián y padre nutricio de Jesús? Es imposible conocer la vida de Jesucristo sin sentir a la vez en el pecho una centellica de amor y gratitud al Santo sin igual, el más honrado de Dios. “Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que le ayudó”. (V., c. 6).

Orígenes, Tertuliano, san Doroteo, san Andrés Cretense, san Atanasio, san Epifanio, san Agustín, san Ambrosio, san Juan Crisóstomo, san Basilio, san Gregorio, san Jerónimo, etc., etc., al exponer los libros sagrados, no son sino otros tantos pregoneros y panegiristas de las glorias del Santo. Oigamos por todos a san Agustín, que dice estas palabras en loor del Santo: “El ministerio apostólico es bajo Jesús y por Jesús; mas el ministerio de san José es por Jesús y sobre Jesús”. ¿Puede decirse más en elogio del santo en menos palabras? ¿Y solo tú, alma mía, estarás muda en este concierto universal? Bendice, loa, ensalza y engrandece y glorifica a san José, y serás un día glorificado en el cielo con Él.

Punto segundo. Los santos hasta el siglo XV, modelos de devoción a san José. Se ha notado siempre, que los santos que más se esmeraron en honrar a María han sido los más entusiastas devotos de san José.

San Pedro Crisólogo llamara *maritum conscientia Mariae* a san José (*Ser. 175*)

Oigamos el melífluo Bernardo, que no puede decirse cosa más regalada en obsequio de san José. “¡Ea, pues pecador dice el Santo, si no te atreves a presentarte al Hijo de Dios, acógete a su padre san José, y descúbrele tus crímenes y miserias; y Él manifestará por ti a la Virgen, su esposa y Madre de los pobrecitos delincuentes, sus callos y sudores, y ella mostrará por ti a su Hijo sus pechos y sus lágrimas, y este descubrirá por ti a su Padre eterno, sus cardenales y heridas, y el Padre recibirá al Hijo mediando, y el Hijo escuchará a la Madre intercediendo, y la Madre atenderá a su esposo suplicando”. Por donde añade Bernardino de Bustos: “El que suspire por alcanzar cualquiera gracia del Altísimo, tome por abogado a san José ante la Virgen su bendita esposa y nuestro Señor Jesucristo, y todo lo conseguirá del Padre celestial”. San Bernardino de Siena, entusiasta panegirista del Santo dice: “De ningún modo se ha de pensar que Jesucristo en los cielos no otorgue a san José, como hijo a su padre, la familiaridad, reverencia y dignidad sublimísima que le concedió en la tierra, antes bien, debe confesarse que allí las completó y consumó”.

El angélico maestro santo Tomás enseña en honor del Santo: “Otros santos socorren en alguna especial necesidad, pero al santísimo José se le ha concedido por Dios en todo negocio y necesidad socorrer y defender, prosperar y amar con paternal afecto a todos los que a él piadosamente acudan. (*D. 45, g. 5*).

Medita estas graves enseñanzas, devoto josefino, y aumenta tu confianza y amor a san José.

Punto tercero. Todos los santos después del siglo XV, en estos últimos tiempos, se han distinguido por su devoción a san José; pero entre ellos sobresale san Pedro de Alcántara, beato Gaspar de Bono, san Francisco de Sales, san Alfonso de Liguorio, y muy especialmente santa Teresa de Jesús. A esta pléyade de santos devotísimos de san José deben agregarse los nombres de tres venerables siervos de Dios, que aunque no han sido declarados santos, merecen no obstante citarse con honor por sus escritos como modelos y propagadores los más ilustres de la devoción josefina. Estos son: el celeberrimo canciller Gerson, el venerable P. Gracián, confesor de santa Teresa de Jesús, y el primer general de la Reforma descalza, y el P. Isidoro de Isolani o de la Isla, gloria de la esclarecida Orden de santo Domingo. Los discursos del primero y sus trabajos josefinos en el célebre Concilio de Constanza, y su preciosa *Josefina*, la admirable *Josefina* del segundo, y la incomparable *Suma de los dones de san José* del último, nos obligan, aunque no sean santos, a hacer especial mención de ellos, pues fueron apóstoles de la devoción al Santo los más fervientes, y sembraron o cultivaron las semillas de la devoción al santo patriarca, que hoy día tan pujante, tan floreciente está, y tan extendida por nuestra España y por todo el mundo. ¿Qué gozo en el cielo no han de reportar las almas de estos celosos propagadores de la devoción del Santo, al ver cómo ha fructificado el grano de mostaza que ellos sembraron en muchos

corazones y regiones, o cultivaron con sus sudores? Y tú, devoto josefino, ¿qué haces, qué piensas hacer por propagar la devoción al Santo sin igual? Despierta de tu apatía, resuelve, y enmiéndate. Así no puedes vivir.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

La Rvda. M. Changy, una de las primeras religiosas de la Visitación, para su ingreso y después de su ingreso en el convento de Annecy, experimentó dulcísimos y preciosos efectos de la paternal bondad de san José, como lo evidencian su vocación y perseverancia en el Orden indicada. Sentía ella en su interior una fuerte aversión por el claustro; y con todo, la llamaba el Señor para ser uno de sus principales apoyos y su esplendente ornamento. Dispuso para ello la divina Providencia que santa Juana Francisca Fremiot, la cual estaba con lazos de sangre allegada, habiendo en sus correrías llegado a Borgoña, la encontrase en casa de su hija la señora Touloujón. Como la santa Juana Chantal penetrara y conociese los designios de Dios sobre su deuda, trató que esta los comprendiera también. Empezó con sus finas y edificantes maneras a insinuarse en su alma; y consiguió de ella que le abriera el corazón y le descubriese los nobles y elevados sentimientos que le animaban.

En esta expansiva y familiar comunicación fue tal el ascendiente que la Santa obtuvo sobre aquel generoso espíritu, que logró de ella que, holladas sus preocupaciones contra el claustro, la siguiese a Annecy para encerrarse en su convento. Grande pero costosa fue la victoria. A su llegada a aquel lugar de santo recogimiento, el demonio, lleno de ira y de envidia por aquella conquista preciosa, excitó en el alma de la joven Changy tan revuelta tempestad, que la puso a punto de zozobrar y desistir de su religioso empeño. Renació de nuevo en su pecho la profunda aversión que sentía por el claustro, y aun se aumentó con creces. Y por más que la devota doncella trataba de disimular las borrascas que agitaban su espíritu, habría esta salido al exterior, y la habría anegado en sus ondas, sin el amparo del santo patriarca. Ella misma aseguraba después que, sin la protección de san José a quien invocaba en aquellos tristes momentos, habrían naufragado sin remedio; por lo cual en lo sucesivo lo miró siempre como ángel tutelar de su sacrificio.

Esta alma tan noble y generosa, después de varios combates sostenidos con valor heroico, se entregó por completo al impulso de la gracia, y con ella hizo notables progresos en la perfección religiosa. En este camino tuvo que sufrir duras pruebas de todo linaje, pero todas ellas no sirvieron sino para dar mayor realce y solidez a sus virtudes. En uno de sus más dolorosos conflictos, en que su alma entenebrecida en medio de espesas nieblas se veía agitada de perplejidades y temores, llena de santo ardimiento tomó un punzón y grabó los dulcísimos nombres de Jesús, María y José en su pecho, como se admiró después de su preciosa muerte.

Durante su vida ejerció por espacio de algunos años el oficio de procuradora, y señaladamente por la época en que se hicieron en la iglesia grandes reparaciones. Para ello era preciso pagar todas las semanas el jornal a los trabajadores; pero no pocas veces se hallaba con la caja exhausta y se encontraba sin una blanca. En estos apuros, ¿qué hacía la piadosa ecónoma? Una diligencia bien sencilla. Prosternábase ante el altar de san José, llevando en la mano la bolsa vacía, y suplicaba al Santo que se la llenase, para cumplir con los pobres jornaleros.

El corazón del Santo provisor de Nazaret no podía resistir a fe tan sencilla como piadosa; y así, casi siempre, después de semejante preces llegaban al convento socorros inesperados que enviaban personas acaudaladas y desconocidas. ¡Tan dadivoso se muestra san José con sus devotos!

Vienen en confirmación de lo mismo lo que dijo un superior de una de las casas profesas de la Compañía de Jesús, las cuales en virtud de sus Reglas viven de solas limosnas. Aseguró dicho Padre que había aprendido de los padres respetables por sus virtudes y por sus canas, y que se lo había confirmado la experiencia, que acudir a san José en todas las ocasiones, era medio eficaz para experimentar plausibles efectos de su paternal protección.

Obsequio. No pasaré día sin hablar de las excelencias y bondades de mi padre y señor san José.

Jaculatoria. Sednos, José, abogado en esta vida mortal.

Día V

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

Santa Teresa de Jesús, modelo de devoción a san José.

Composición de lugar. Contempla a san José, que te dice, mostrándote a su apasionada devota, santa Teresa de Jesús: “Esta es mi hija muy amada, a quien debo mi principal gloria en la tierra”.

Petición. Santa Teresa de Jesús, hacednos como vos, devotos verdaderos de san José.

Punto primero. Santa Teresa de Jesús, modelo de devoción al Santo por lo que hizo en vida en su obsequio.

Muchos santos y escritores han trabajado para dar a conocer al excelso patriarca, pero ninguno contribuyó tanto como una virgen elegida por el cielo para esta obra grandiosa, cual fue santa Teresa de Jesús, dice un piadoso autor. “A ninguno cede la palma, añade otro sabio y piadoso autor, a ninguno cede la palma santa Teresa de Jesús en la devoción a san José; porque esta Santa, con el ejemplo y exhortaciones, hizo que por toda la Iglesia católica se venerase con especialísima devoción la fiesta de san José, y que continuamente fuese invocado; y que al Santo se recurriese en las tentaciones y en las necesidades, así públicas como privadas”. Lo mismo aseguran los bolados en la vida de la santa. Lo mismo aseguró el glorioso patriarca al aparecerse con la Santa a su hija, la venerable Francisca del Santísimo Sacramento. ¿Qué hizo la seráfica Doctora para que su señor y padre san José, que así le llamaba, fuese conocido, amado e invocado y honrado por todos los fieles? Léase su vida, y se verá mejor que nosotros podamos apuntar, cuánto hizo la Santa en obsequio de su padre y señor san José. La vida de la incomparable heroína española es una invocación y obsequio continuo al Santo. Si hace alguna fiesta con inusitada pompa, es la fiesta del glorioso san José. Si va a fundar, siempre lleva consigo una imagen de san José. Si emprende un negocio, no lo hace sin encomendarlo antes a san José. El primer convento, la primera Iglesia que hizo fue bajo la advocación de san José. A trece de sus monasterios les puso el nombre de san José, y a todos los colocó bajo su protección. Si se hallaba enferma, en apuros y necesidades y peligros, el socorredor y provisor en todas ellas era san José. Si es madre espiritual de innumerables hijos e hijas, los cría con la leche de la devoción a san José. Si recorre todos los grados de la oración y contemplación la más altísima, lo hace guiada y amaestrada por el glorioso san José. Si recibe en vida gracias especialísimas de Jesús y María, casi siempre interviene san José.

Si vive, trabaja, padece por Jesús, y muere en sus brazos, y su alma penetra en forma de cándida paloma en el pecho de Cristo al expirar, es asistida del glorioso san José.

¿No es verdad, devoto Josefino, que santa Teresa de Jesús puede llamarse con toda propiedad Teresa de José? Aprende de la Santa a honrarle y a propagar su devoción. Para ello sé también muy devoto de santa Teresa de José, y pídele que te alcance dicha gracia.

Punto segundo. Santa Teresa de Jesús, modelo de devoción a san José por lo que ha hecho después de su muerte.

Nuestro padre, el sapientísimo León XIII, en su breve de 28 de enero del año 1890, al decretar para España fiesta de precepto el día de san José, dice estas gravísimas palabras en obsequio de la Santa y de su devoción al excelso patriarca: “La castísima virgen Teresa de Jesús, insigne por el ejercicio de todas las virtudes, enardecida en el vehementísimo amor de Jesús, y venerando con una *devoción increíble* la eximia dignidad de san José, a quien Jesucristo nuestro salvador quiso que se respetara como su padre, predicó su patrocinio y promovió su culto”. Mas la Santa, como hemos visto, no solo predicó el patrocinio de san José y promovió su culto de un modo increíble por sí misma y mientras vivió, sino por medio de sus hijos e hijas, que han sido y son apóstoles de la devoción al Santo, después de su muerte. Su hijo predilecto, el venerable Gracián, escribió *La Josefina*, libro de los más sabia y piadosamente escritos en obsequio del santo patriarca. En el siglo pasado tenía la Orden del Carmen descalzo más de ciento cincuenta monasterios e iglesias fundadas bajo la advocación de san José. En nuestra Cataluña eran tan conocidos por su devoción especial al Santo, que les llamaban comúnmente los *Josepets*, los *Josefinos*. Manifestose la devoción y celo de la gloria del incomparable patriarca en que arde la seráfica Virgen, cuando fue canonizada; porque tratando muchos de sus hijos, con licencia del provincial, de cambiar el título de san José por el de la Santa, que tenían muchos de sus monasterios, enojada por esta pretendida mudanza se apareció a su hija, la venerable Isabel de santo Domingo en Ávila, y le mandó: “Dirás al padre provincial que quite el título de mi nombre a los monasterios y les restituya el de san José”. De modo que así como todos confiesan que los hijos del Carmelo antecesores a santa Teresa de José fueron los primeros y más diligentes propagadores de la devoción al Santo en Oriente y después en Occidente, así santa Teresa de José, con sus hijos fueron los más activos propagadores de dicha devoción en Occidente y en todo el mundo con su ejemplo, con sus predicaciones y con sus escritos. Bien dijo el sabio Fr. Fernando Blanco, obispo de Ávila y después dignísimo arzobispo de Valladolid, que Teresa de Jesús púsose en medio de la Trinidad de la tierra con su travesura santa y su amor y celo incomparables, siendo y apellidándose con toda verdad lo mismo Teresa de Jesús, que Teresa de María y Teresa de José.

¡Oh santa bendita, benjamina y secretaria de Jesús, de María y de José! Inflama nuestro corazón en el amor de Jesús, María y José, para que formen nuestras delicias en el tiempo y por toda la eternidad. Amén.

Punto tercero. Santa Teresa de Jesús, modelo de la devoción a san José por sus escritos.

No puede, en verdad, con palabras persuadirse con mayor eficacia la devoción al glorioso patriarca, que lo hace la Santa en el libro de su *Vida*, C VI, cuando escribe: "Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendeme mucho a él: vi claro que así desta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento; mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas; para el mal y curiosidad, y vanidad tenían gran maña y diligencia; el Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso patriarca, y tenerle devoción: en especial personas de oración siempre le habrían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino".

¿Puede escribirse más bella y completa historia del patrocinio universal de san José, que la que nos ha dejado la Santa escrita en estas palabras? ¡Oh, no es posible! Probemos, pues, con la experiencia la verdad de lo que dice, y bendiciremos como ella las bondades de san José.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO. *Santa Teresa de Jesús o Teresa de José.*

Miles y miles de gracias recibió la Santa por intercesión del santo patriarca, pues como ella escribe, nunca le pidió cosa que la dejase de hacer, y como en su accidentada vida millares de veces había de necesitar del favor del cielo, claro está que siempre vio logrados sus deseos por intercesión del Santo. Mas entre todos merece citarse lo que la Santa escribe recibió el día de la Asunción de nuestra Señora, en Ávila, en la Iglesia de Santo Tomás, de Padre Dominicos, dónde iba a confesarse. “Estaba considerando (dice) los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida; vínome un arrebatamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Senteme, y aún pareceme que no pude ver alzar ni oír Misa, que después quedé con escrúpulo desto. Pareciome, estando así, que me veía vestir una ropa de mucha blancura y claridad; y al principio no veía quien me la vestía: después vi a nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre san José al izquierdo, que me vestían aquella ropa: dióseme a entender que estaba ya limpia de mis pecados. Acabada de vestir yo, con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso san José; que creyese, que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se servirá mucho el Señor y a ellos dos: que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquella joya. Parecíame haberme echado al cuello un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de lo de acá, que no tiene comparación; porque es su hermosura muy diferente de lo que podemos acá imaginar, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa ni cómo imaginar el blanco que el Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco con grandísimo resplandor: no que deslumbra, sino suave. Al glorioso san José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho, que no se ven: parecíame nuestra Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, yo con grandísima gloria y contento (más a mi parecer que nunca le había tenido y nunca quisiera quitarme de él), pareciome que los veía subir al cielo con mucha multitud de ángeles; yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada, y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio que menearme ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios y con tales efectos, y todo pasó se suerte que nunca pude dudar (aunque mucho lo procurase) no ser cosa de Dios nuestro Señor. Dejome consoladísima y con mucha paz”.

Obsequio. No dejaré pasar día sin invocar a san José y acudir a él en todas mis necesidades.

Jaculatoria. Jesús, José, Teresa y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Día VI

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

El pueblo cristiano, modelo de la devoción a san José.

Composición de lugar. Mira al pueblo cristiano que en todo el mundo en sus necesidades exclama: Vayamos, recurramos a san José.

Petición. Glorioso san José, dadme la gracia de conoceros y amaros con todo mi corazón.

Punto primero. La voz del pueblo cristiano es voz de Dios, porque así como hay un sentido común en la naturaleza racional, que es la expresión fiel del alma racional, así hay un sentido común entre el pueblo fiel, que es expresión acabada de lo que cree el alma cristiana. El alma naturalmente racional es en este caso, según la expresión de un sabio apologista de los primeros siglos, alma naturalmente cristiana. Y ¿qué dice el pueblo fiel acerca de la devoción al Santo? Dice que es el Santo más grande de los cielos, el más amado y amante de Dios y de los hombres, el tesorero y dispensador de todos los tesoros del Rey de la gloria, el protector y provisor universal de la gran familia cristiana, el socorredor en toda necesidad, consolador en toda tribulación, amparador en todo peligro, para todos los cristianos, de todas las edades, sexos y condiciones, sin que exista uno solo que haya acudido a él pidiéndole socorro y no haya sido atendido. ¡Oh que es gran Santo el glorioso san José, Santo sin igual, Santo bendito! Asistidnos y aparadnos. Santo glorioso, el más honrado y amado de Dios y de los hombres, socorrednos y protegédnos en todo peligro y necesidad. Amén.

Punto segundo. Si lo que se dice es reflejo en las almas sencillas de lo que se siente, y la fineza del sentir, como atinadamente observa el gran filósofo Fray Luis de León, es del campo y la soledad, claro está que la rudeza de la lengua y de los conceptos del pueblo sencillo y fiel no puede declarar todo lo que siente acerca de las excelencias del Santo. Percibió el pueblo cristiano la fragancia divina que esparce esta humilde violeta del bosque, san José, en los primeros siglos de la Iglesia con sus celestiales virtudes, y aunque oculta por su humildad, prendado no obstante, de su aroma divino, ha querido tributarle inmenso honor, colocándola en el punto más principal del jardín de la Iglesia, al lado de María y de Jesús. Y ha dicho al Señor (*Esdras, lib. 4*): “Vos, señor de todas las selvas y campos con sus árboles, escogisteis una sola viña, de toda la tierra, una sola morada; entre todas las flores, un lirio o azucena; entre todos los abismos del mar, una sola fuente; de todas las ciudades, a sola Sion; entre todas las aves, una paloma; entre todo el ganado, una oveja”; y he ahí que entre todos los hombres del mundo, para guarda de esta paloma, para pastor de esta oveja, de quien nació el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, por patrón y cabeza de esta ciudad y morada, por defensor y custodio de la pureza de este lirio, escogisteis a nuestro señor san José. ¡Gloria, honor, claridad, bendición y acción de gracias a tan privilegiada criatura! Y este himno de honor y gratitud resuena en todo el mundo, y resonará hasta la consumación de los siglos. ¡Oh, bendito seas, ensalzado, honrado y venerado, glorificado e invocado sobre todos los santos, glorioso padre mío y señor mío, san José!

Punto tercero. Pero nada nos demuestra mejor lo que siente y lo que dice el pueblo cristiano acerca de la devoción a san José, que el ver lo que hace, pues la expresión más fiel de sus sentimientos son las obras. Y ¿qué ha hecho y hace el pueblo fiel por san José? ¡Oh! Es inexplicable; menester serían tomos en folio para relatarlo. Léase el *propagador* de la devoción al Santo, y se verán las funciones, obsequios, etc., etc., que de mil maneras demuestran el amor al Santo bendito. No hay ciudad que no tenga alguna iglesia de san José, ni iglesia que no le venera en alguno de sus altares, ni pueblo que no tenga alguna calle de san José, ni familia que no tenga alguno de sus vástagos que lleve el nombre de José, ni fiel cristiano que no le rece y no le obsequie más o menos cada día o en su fiesta.

¡Oh! bendito Santo mío, san José, ¡Santo de mi corazón! Bendito seas por esta explosión de amor y gratitud, de entusiasmo, honra y estimación del pueblo fiel hacia ti. Tú, humilde violeta del bosque en los primeros siglos de la Iglesia, aunque esparces siempre fragantísimo olor a lo divino por tus virtudes, no obstante estábanos oculto, y solo a algunas almas privilegiadas dabas recreo con tu devoción. Mas hoy, colocado sobre los altares, venerado por los sumos pontífices, que claman a todo el pueblo fiel, acosado por el hambre del pan espiritual: “Id a José, e invocadle”, todos a porfía te levantan templos (y España el más grandioso del orbe, el de Barcelona); te erigen altares, piden tu fiesta de precepto... ¡Bendito seas, Santo mío, san José, Santo de mi corazón, bendito seas! Toda criatura te honre y glorifique como tú mereces. Amén. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Decía santa Teresa no haber conocido a persona devota de san José que no fuera recogida y sólidamente piadosa. ¿No se desprende ya de este principio que san José debe ser pro ello serenador de almas atribuladas y agitadas por escrúpulos? Porque cuanto impiden estos los progresos sólidos en la verdadera piedad, lo enseñan los doctores místicos y lo confirma una triste experiencia. Siendo, pues, el glorioso patriarca protector de los que se consagran a la vida interior debe ser también poderoso médico contra los escrúpulos: así efectivamente lo confirman muchos ejemplos.

Escribían de Irlanda que cierta persona, joven aún, dotada de excelentes cualidades y feliz disposición para la piedad, tuvo la desgracia de dejarse avasallar por escrúpulos exagerados, viniendo a parar en un estado deplorable, que daba mucho que temer y que sentir a sus cristianos padres. En vano se ensayaron varios medios para sacarla de sus dudas afanosas y tristes perplejidades: porque cada vez los escrúpulos iban en aumento, martirizando sin provecho su revuelto corazón. Por último, después de varias tentativas inútiles, desesperando ya de halagüeños resultados, se acudió como a postrer recurso, al amparo de san José; y san José la protegió visiblemente.

Hízose una novena a honra del Santo, con el fin de conseguir gracia tan suspirada; y al tercer día encontrase la paciente más tranquila, y las inquietudes y angustias habían ya desaparecido. El último día, llena de santa paz y alegre serenidad, escribía estas líneas a una amiga, en quien tenía gran confianza:

“¡Bendito sea Dios! Yo no sé cómo se han disipado mis dudas y mis temores de conciencia, pero es lo cierto que se han desvanecido completamente. Antes de conseguir gracia tan señalada por intercesión del santo patriarca, había, consultado a todos los confesores que pude, pero sin obtener jamás éxito satisfactorio. Lo único que alcanzaba era quebrar la cabeza de mi padre y de mi madre, a quienes con mis ideas estrambóticas, con mis salidas peregrinas y extravagantes, y con mi tenaz y temerosa porfía lograba sacar de quicio y sumir en un mar de amargura. Pero ahora, ¡gracias sean dadas al Señor!, bajo el patrocinio de san José, en un abrir de ojos, recobré la calma perdida, y con ella la serenidad de mi alma y la paz y gozo de mi cristiana familia”.

¿Qué maestro de almas entregadas a la vida interior puede gloriarse de tales y tan presto triunfos en personas parecidas? Lo que muchas veces no se logra con industrias humanas, se obtiene por mediación de san José. Acudamos a él.

Obsequio. Rezaré siete Padrenuestros, Avemarías y Gloria, dando gracias a la beatísima Trinidad, por habernos hecho nacer en estos días de devoción a san José.

Jaculatoria. Jesús y María, haced que todos conozcan y amen y honren a vuestro padre y esposo san José.

Día VII

Por la señal, etc., y oraciones

MEDITACIÓN

Los niños, modelo de devoción a san José

Composición de lugar. Mira a una multitud innumerable de pequeñuelos que con las manecitas elevadas claman al Santo bendito: “Bondadoso san José, ayo del niño Jesús, dadnos el niño Jesús”.

Petición. Glorioso san José, hacedme todo de Jesús, y vuélvame niño por el candor.

Punto primero. La devoción a san José encierra tesoros inmensos de ternura, cariño y amor. Nada extraño parecerá, pues, que el Santo bendito arrastre a las almas inocentes tras sí, y corran al olor de sus celestiales perfumes. Decimos que la devoción a san José es toda ternura, cariño y amor, y en verdad que no inspira a las almas otra cosa. Ya se considere al Santo viejecito, en los últimos años de su vida; ya en la edad viril llevando al niño Jesús en sus brazos, abrazándole, besándole, acariciándole y regalándole, es lo cierto que todo respira cariño, ternura y amor. Un viejecito, será siempre un cuadro encantador. No sé por qué la ancianidad que se va, al lado de la niñez que viene al mundo, ese contraste de una flor que se entreaire, con otra que está a punto de marchitarse, ofrece y despierta siempre en el alma gratísima emoción. San José, rodeado de Jesús y María en los últimos años de su vida; san José acompañando y ayudando y socorriendo al niño Dios en sus primeros años, ofrece verdaderamente meditaciones profundas que rebosan de ternura y amor. ¿Quién no se embelesa, encanta y extasía ante la imagen del santo patriarca, fugitivo a Egipto con el niño Jesús, dormidito en paz algunas veces en sus brazos, envuelto en su pobre capa otras, descansando y jugueteando, con él bajo la palmera en el desierto?

¡Oh Santo bendito!, haz que te amemos y admiremos como María y Jesús.

Punto segundo. No nos ha de maravillar, pues, que los niños y pequeñuelos, que por instinto adivinan donde están la dulzura, el cariño, virtud y amor, corran desalados tras los perfumes que exhala con estas gracias el bendito patriarca san José con su hijito Jesús.

Ya en Nazaret, decían los tiernos parvulitos al salir de la escuela: “Vayamos a la dulzura, al cariño, al amor”. Y diciendo esto, se iban de tropel corriendo al taller de Nazaret, donde trabajaba Jesús con su padre san José. Allí pasaban horas y más horas, los ratos más placenteros de su vida, contemplando a Jesús y a José; y por más que fuesen un día y otro día, quedábanles siempre deseos vivos de volver a contemplar este cuadro, y gustar en su misma fuente a la misma suavidad y dulzura. Que, aunque

velada por nuestro bien con la cortina del cuerpo humano la plenitud de la dulzura y gracia infinita de Jesús, no obstante, no podía estar tan fuertemente encerrada que no trascendiese algo de su virtud divina a las almas inocentes, que no tienen todavía embotados por el vicio, la fineza y delicadeza del sentido espiritual. Aceite derramado es el esposo; lirio de los valles es el Amado de las almas; bálsamo divino su nombre, que esparce a lo lejos su fragancia y virtud divinas, con las que atrae a las almas puras y las hace correr tras el olor de sus perfumes. ¿Qué mucho, pues, que los niños de Nazaret, y más sobre todo los niños cristianos, que tienen marcada en el fondo de su alma por el bautismo su divina imagen, corran desalados tras el glorioso san José, que lleva en sus brazos ese imán divino de las almas, ese bálsamo, ese aceite, ese lirio celestial?

Siempre lo hemos visto y lo hemos observado con atención. No sabemos por qué, si no es por esto, la imagen de san José tiene tal encanto en los corazones de los niños, que los atrae y cautiva y arrebatada en su amor.

En los muchos años que estuvimos al frente del catecismo, la novena y las fiestas del santo patriarca atraían mayor concurrencia de niños, y con mayor avidez que la novena y fiestas del niño Jesús, la Virgen Santísima y santa Teresa. Confesaban, rezaban, cantaban y acudían con tanto entusiasmo, que parece que el Santo bendito les arrastraba hacia sí como inmenso e irresistible imán, porque en su corazón inocente los ángeles, invisibles ministros de Jesús, hacían resonar, por encargo de Jesús y María, en los oídos de la infancia: “Id a san José, acudid a san José”, y ellos dóciles respondían: “Vamos a san José, a rezar a san José, a la novena y fiesta de san José, a confesarnos, porque es san José”. Y allí a los pies de la imagen del Santo con el niño Jesús, horas y más horas pasaban obsequiándole, dándole y pidiéndole gracias, sobre todo la gracia de san José que es morir santamente en brazos de Jesús. Verdaderamente, nunca ha gozado más nuestro corazón que viendo miles de pequeñuelos postrados ante la imagen del Santo con el niño Jesús en los brazos, pidiéndole gracias, consagrándose con sin igual ardor y entusiasmo a san José. ¿Por qué nosotros no imitamos tan bello ejemplo? ¿Por ventura no necesitamos de la protección de san José?

Punto tercero. ¿Qué hacemos nosotros los viejos, los de mayor edad, que tenemos ya un pie en el sepulcro? ¿No nos confunden, no nos mueven estos ejemplos de la niñez? ¿Por ventura estamos menos necesitados del patrocinio del Santo que la inocente infancia? Los pequeñuelos nos arrebatan el cielo con su devoción tierna, entusiasta, edificante al glorioso san José, ¿y nosotros lo consentiremos impasibles? ¡Oh!, hora es ya de asemejarnos, si no en la inocencia a lo menos en la buena obra a las almas inocentes, y clamar al cielo que nos otorgue una santa vida y una preciosa muerte, por intercesión de san José. Para merecerla procuremos con todo ahínco imitar las virtudes del Santo y el entusiasmo de la niñez devota suya: orando todos los días, confesando nuestros pecados, y pidiéndole nos alcance misericordia y perdón. Recordémosle al Santo sin igual, que por nuestra salud Dios lo ha enviado que nos precediera en el cielo, porque teniendo sus súplicas fuerza de mandatos, ore por nosotros, interceda por nosotros, y nos salve eternamente. Así sea, oh glorioso san José, y por vuestra

intercesión y por las súplicas de tantas almas inocentes, modelos de perfecta devoción a vos, logremos un día acompañaros en los gozos de la gloria eterna. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Las gracias se alcanzan con penas.*

La Bienaventurada Verónica de Binasco, religiosa conversa de san Agustín, en Milán, vivía una vida verdaderamente angelical, entregada con gran gozo de su alma a los oficios de María y Marta. Émula de la pobreza de la Virgen y del glorioso patriarca, que apelaron a la mendicidad cuando no les bastaron para la subsistencia los frutos de su trabajo, Verónica siempre que lo reclamaba la indigencia de sus hermanas, salía por las calles de la ciudad y por las aldeas de la comarca, pidiendo de puerta en puerta una limosna por el amor de Dios.

Con el recuerdo de lo que san José había padecido al buscar albergue en Belén y en la huida a Egipto, al considerar los desprecios y desaires que los santos esposos habían recibido de parte de sus parientes y conocidos, se le hacían dulces y preciosos los insultos e improperios que tenía ella tal vez que pasar en ejercicio tan humilde y caritativo. Además, pagábaselos el Señor colmada y extraordinariamente a su regreso, en la meditación de las penas de Jesús y de los ejemplos de Jesús y de María. Favorecida con don de lágrimas y con otros carismas celestiales, pareciale poco todo cuanto padecía por amor de Jesús. Visitábanla a veces las tres personas de la trinidad terrena y otros santos, que con sus visitas la alentaban a proseguir en su vida edificante.

Refiere san Ligorio que, habiendo acompañado en espíritu a José y a María con su infante Jesús en su huida a Egipto, la divina Señora le dijo estas consoladoras palabras: “Hija mía, tú has visto con cuánta pena José y yo llegamos al término de nuestro viaje; sepas y no olvides que no hay gracia que no cueste padecimientos”. Bien grabado lo tuvo en su corazón la bienaventurada virgen de Binasco; pues en los seis meses de penosa enfermedad, con que se dispuso a una santa muerte, siempre se complació en copiar en su alma la imagen de Jesús crucificado. Murió a los cincuenta y dos años de edad y treinta de religión. Llena de religiosas virtudes. Empezó a ser venerada por Bula del papa León X, y Benedicto XIV la inscribió en el Martirologio romano.

Obsequio. Procuraré que todos los pequeñuelos amen y se consagren a san José.

Jaculatoria. Bondadoso san José, hacedme niño por la pureza, sencillez y candor.

SEGUNDA SEMANA

San José, maestro y modelo de todas las virtudes. Su santidad y magisterio universal.

DÍA VIII

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, maestro y modelo de toda justicia.

Composición de lugar. Representate a san José que te dice: Sed imitadores míos.

Petición. Dadme, glorioso Santo, que os imite en ser justo.

Punto primero. La más cumplida alabanza que dan los santos Evangelios a san José es llamarle *varón justo*. ¿Qué es ser justo? 1º. Llámase justo al varón que está adornado de la justicia universal, que es la suma de todas las virtudes. Porque criado el hombre para Dios, su último fin, cuando todos sus pensamientos, palabras y obras se encaminan a la gloria de Dios, entonces viene al justo, y está labrado a compás y nivel de la divina voluntad, y esto no lo hace una sola virtud, sino todas. 2º. Llámase justo por la perfecta observancia de todos los mandamientos y consejos de Dios, porque entonces está justo cuando en todo busca el servicio de Dios, que es su fin, o cuando vive conforme a la regla por donde se ha de vivir, que es la ley. 3º. Llámase justo por su fe y devoción y posesión del Mesías. 4º. Llámase justo por aquella rectitud que tenía el hombre antes que cayese en pecado original, con lo cual los apetitos estaban sujetos a la razón, y la razón a Dios, sin la rebeldía con que quedaron después del pecado. 5º. Justo quiere, por fin, decir perfecto en todas las virtudes: fiel a Dios, al prójimo y a sí mismo, dando a cada uno lo que se debe. Y así fue justo san José poseyendo toda virtud y perfección, dando a todos lo que se debe, observando la ley de Dios y sus consejos, viviendo vida de fe. ¿Es así, devoto josefino, tu justicia?

Punto segundo. Justicia de san José. Varón justo fue san José. Varón, esto es, constante, donde se encierra la fortaleza, confianza, magnanimidad y perseverancia y todas las demás virtudes que contienen grandeza y perfeccionan el alma. Debía estar el Santo adornado de todas las virtudes y perfecciones, cual convenía al que había de ser llamado y juzgado por padre verdadero de Jesús, Hijo de Dios y esposo de María, Madre de Dios. Mayor dignidad, mayor virtud exigía, y el Señor se la dio al glorioso Santo.

San José fue justo o justificado en el seno materno, pues no se ha de negar al padre y al esposo lo que se le concedió a los siervos y a los criados. San José no tuvo el *fomes peccati*. San José fue justísimo en la obediencia, haciendo todo lo que le ordenó el Señor, y del modo que se le mandó. Justísimo en la fortaleza, porque en los sucesos prósperos y adversos, hízolo todo con diligencia. Justísimo en la templanza, no excediéndose en cosa, usando con moderación de todas. Justísimo en la prudencia, obrando rectamente en todo.

“Justo era mi padre san José, dice Jesús, en extremo grado: porque en todas sus obras buscaba solamente la honra y gloria de Dios”. Justo fue san José, porque pagó a todos lo que les estaba obligado. Debía a Dios reverencia como a su Criador, amor como a su Padre, y temor como a su Juez, y se lo dio. Debía al prójimo: a los mayores obediencia, benevolencia a los iguales, beneficencia a los inferiores, y se las dio. Para consigo mismo debíase él guardar: pureza en los pensamientos, verdad en las palabras y recta intención en las obras, y lo cumplió. Porque teniendo el Santo al mismo Dios en lugar de hijo, y a Él y a su madre por prójimos, con quienes siempre comunicó, y de quienes aprendió la rectitud de la justicia, evidente es que todas estas deudas el glorioso Santo pagó por entero, porque fue enriquecido de gracia, dotado de sabiduría y abastecido de todas las virtudes con que poder pagar largamente, cual convenía al que se llamaba padre del Hijo de Dios y esposo verdadero de María Madre de Dios.

¡Oh santo mío! De vos, como de vuestro hijo Jesús, podemos clamar alborozados: *Bene omnia fecit*. Todo lo hiciste bien. Enseñadme a ser justo como vos, dando a Dios lo que es de Dios y al prójimo lo que es del prójimo, para vivir en paz con todo el mundo. Amén.

Punto tercero. ¿Somos varones justos nosotros? ¡Ay!, ni siquiera conocemos esta virtud más que de nombre: tan inclinados estamos al mal, al egoísmo, que buscamos en nosotros toda satisfacción. Contento yo, contentos todos. ¡Qué injusticia! ¡Qué locura!

¿Damos a Dios lo que es de Dios, esto es, reverencia, adoración, amor y santo temor? ¿Damos al prójimo lo que es suyo, esto es, obediencia, benevolencia, beneficencia? ¿Somos puros en los pensamientos, verdaderos en las palabras, rectos en la intención de nuestras obras? ¡Oh! Si tomamos en una mano el espejo de justicia que nos ofrece san José en su vida y en la otra la nuestra, ¿no es verdad que solo veremos manchas, fealdades, injusticias? ¿Qué es nuestra vida, sino un ultraje constante a Dios, una injuria continua a nuestros prójimos, una degradación de nosotros mismos? ¡Oh!, meditemos y confundámonos. Solo en la guarda de la justicia hay paz y felicidad. Tengamos, pues, con Dios corazón de hijos, con el prójimo corazón de madre, y con nosotros mismos corazón de juez. Así seremos justos y felices como san José; con todos seamos mansos y con nosotros rigurosos. Con la misma medida que midiéremos, seremos medidos. No lo olvidemos jamás.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Lo que pudo un hilo del vestido de san José.*

Sor María Teresa Nicolasa, religiosa de santa María de la Oración en Malamocco, de Italia, viose atacada de tales y tan complicadas enfermedades, que no cesaron de atormentarla por espacio de diez años consecutivos. Empezó su dolencia por un ataque violento de apoplejía, después tuvo otro de gota coral, y al fin se juntaron a estos males otros dolores de nervios tan agudos, que la privaban de todo movimiento y hasta del uso de los sentidos durante muchas horas. A este cúmulo de tormentos allegáronse otros dolores acerbísimos en diferentes regiones del cuerpo, palpitations de corazón, fiebres malignas y una parálisis total, que la ponía al borde del sepulcro y hacían de ella un verdadero retablo de calamidades, que causaban tierna compasión a todos los que la visitaban.

Después de largos años de no interrumpido martirio, encogiésele una pierna por contracción de músculos; y dispuso el Señor que llegase a sus oídos una curación milagrosa obrada por san José en Venecia, distante unas cuatro leguas del convento. Entonces resolvió recurrir a este poderoso valedor, y hacer junto con otras compañeras los siete miércoles consagrados al Santo. El primero, que fue el 26 de marzo de 1710, después de haber comulgado, tuvo un ataque terrible que le quitó el habla, el movimiento y el sentido, dejándola como muerta por espacio de un cuarto de hora.

Vuelta en sí del paroxismo, las hermanas la exhortaron a que implorase con viva fe los auxilios del santo patriarca, lo que hizo con todo el fervor de su alma. Pidió después tres hilos del vestido de la estola de san José, que se venera en una iglesia de Venecia; y habiéndoselos tragado, le pareció que una mano invisible le iba estirando la pierna contraída y se la ponía en su estado natural. Sintiendo con esto que le tornaban las fuerzas perdidas, levantose por sí misma del asiento, y se puso a correr transportada de alegría, dando gracias a Dios y a san José por beneficio tan portentoso. Al mismo tiempo desaparecieron como por encanto todas las demás molestias, y la enferma de tanta gravedad quedó completamente sana. Como es de suponer, la devota de san José no cesaba de glorificarle, refiriendo a todos los que lo

querían oír, el milagro del Santo obrado por tres hilos de su vestido. ¡Gloria sea el taumaturgo de la Iglesia!

Obsequio. Seamos caritativos con el prójimo por amor a san José.

Jaculatoria. Aparta, Señor, de mí lo que me aparte de Ti.

Día IX

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, maestro y modelo de la oración.

Composición de lugar. Contempla a san José orando con Jesús y María en la casita de Nazaret o en el templo.

Petición. San José, enseñadme a orar, vos que sois maestro de tan soberana virtud.

Punto primero. ¿Qué es oración? Oración es levantar la consideración a Dios y pedirle mercedes. No hay cosa más necesaria ni más fácil que la oración. —El que ora se salva, y el que no ora se condena. Es alma de nuestras obras, muro de la ciudad de nuestra conciencia, cimiento del edificio espiritual, lastre del navío de la gracia, nervio del alma, agua en que viven nuestras potencias, arma para pelear contra los enemigos invisibles y leña con que se enciende el fuego del amor divino. (*San Crisóstomo, lib. de or. dom.*). Y así como el cuerpo sin alma queda muerto, la ciudad sin muros es saqueada de los enemigos, el navío sin lastre se trastorna en el mar, el cuerpo sin nervios no tiene fuerza, el soldado desarmado fácilmente es vencido, y los peces fuera del agua se mueren, y sin leña no se enciende el fuego; así también nuestra alma, batida con tanta artillería de tentaciones, oprimida de sus malas inclinaciones y cercada de tantos vicios, si la oración le falta, muy a peligro está de ser saqueada, y puede con razón temer que se caiga el edificio de nuestro aprovechamiento, y quede inquieta e inconstante y vacilando entre las ondas del mundo, a peligro de ahogarse y perder el aliento del espíritu, quedándose apegada a la tierra de sus apetitos, hasta llegar a perecer miserablemente en su amor propio. —No hay por otra parte, cosa más suave y fácil; porque son tan dulces las palabras interiores del alma que habla con Dios en la oración, que el Esposo las compara al panal de miel y al incienso, diciendo en los Cantares: “Tus labios, esposa mía, son como el panal que destila miel, y el olor de tus vestiduras como el olor del incienso”. Llama incienso a los buenos pensamientos que los ángeles del cielo ofrecen delante del trono de la divina bondad con el fuego del amor, en el incensario del corazón humilde, presentándole a este Señor nuestras peticiones y deseos. ¿Quién no deseará, pues, gustar de esta miel y asegurar su salvación?

Punto segundo. Oración de san José. —¿Quién podrá explicar a qué alteza de espíritu voló san José, lo subido de la oración y contemplación del Santo? Si la oración es el

fundamento de todos los bienes interiores, el alma del cuerpo de todas las buenas obras, por quien viven los buenos deseos y tienen ser los firmes propósitos; si la oración es luz del espíritu, alegría del corazón, fervor de la voluntad, consuelo de la conciencia, sustento de la gracia y engendradora de los dones y frutos del Espíritu Santo; si aquel varón es más privilegiado de Dios, más privado del Rey eterno, más allegado al Emperador de la gloria que más fácilmente y más íntimamente trate con él en la oración y entre y sale cuando quiere de los palacios reales del espíritu a conversar familiarmente con los moradores del cielo, sin haber para él puerta cerrada, ¿cuál no debía ser la oración de san José, que a solas y en compañía de María gozaba de la presencia del Rey de la gloria, y era este su Hijo, sumiso, obediente a su voz por espacio de treinta años? –No hay para mí cosa más encantadora que una bella imagen de san José con el niño Jesús que descansa dormidito en sus brazos, y no hay cosa más a propósito para declararnos la cumbre de la oración, la alteza de la contemplación del Santo. Allí se ven los seis fines o excelencias espirituales a que llegan las almas, según los santos padres. Sueño que derrite, silencio interior, oscuridad que transforma, pureza levantada, descanso en el Amado, firme allegamiento o apegamiento con Dios. Dormía san José, pero estaba más despierto y atento y velaba su corazón abrazado con su Amado, deshecho y convertido en Dios; su oscuridad se transformaba en altísimo conocimiento de Dios y, embestido por la fuerza de algún rayo del infinito sol de justicia, encerrado primero en el seno de María, su esposa, y después en sus manos descansando sobre su pecho, se arrojaba san José al ímpetu de su voluntad en el amor de aquel soberano bien, y se transformaba en el Amado; su silencio interior dábale paz y sosiego de la conciencia, y quietud de todas sus potencias, nacida de las palabras secretas que, cual dardos de fuego escondido, Dios lanzaba dentro del corazón del Santo.

De pureza levantada fue el Santo, porque libre de pecados y con su corazón limpio, puro y cristalino, no tenía impedimento para la unión, y por secretas y escondidas maneras Dios le levantaba para sí, y le imprimía perfectísimamente su semejanza; y después de así levantando el corazón por la oración, no se abajaba a cosa criada y tornábase todo fuego, junto con el fuego infinito que es Dios. Descansaba san José en el Amado, arrojándose con seguridad en los brazos de Cristo Jesús, movido de compasión y amor inenarrables. Sucedió tal vez que el Santo volvía a su casa fatigado de sus trabajos y tomaba al niño Jesús en sus brazos, para que la Madre más libremente pudiera darse a los ministerios caseros; y descansando el Niño en los brazos de san José; san José descansaba en los brazos de Dios, y se le olvidaban todos los cuidados, quitaban las congojas y apartaban las aflicciones, porque arrojaba sus pensamientos en Dios, que le amaba y cuidaba como a niño, en paga de que él criaba como niño a Dios.

Firmemente allegado o apegado a Dios estuvo el Santo más que ningún otro después de la Virgen Santísima, pues no contento con la divina presencia y habla interior, se juntó y allegó fijamente a su Criador con grande ímpetu de su corazón. ¡Oh, quien viera al bendito Niño colgado en algunas ocasiones los brazos al cuello de san José, y al mismo san José querer meterse su Niño dentro de las entrañas y darle el corazón, no contentándose con los besos y abrazos exteriores! ¡Bendito Él sea, que por satisfacer este deseo se puso en figura de pan y vino para que le metiésemos dentro de nuestras

entrañas! ¡Qué cosas son estas tan delicadas! ¡Oh, quién supiese orar a lo menos con san José! Santo maestro de oración, enseñadme a orar.

Punto tercero. ¿Cuál es nuestra oración, devoto josefino? ¡Oh Dios! Tal vez no oramos, no tenemos oración, y si la hacemos, la hacemos tan sin atención ni devoción, que más bien que oración deberíamos llamarla insulto a Dios, como observaba san Agustín. Por esto está perdida, enferma, paralítica, pobre, desolada nuestra alma, porque no hacemos oración. ¡Oh!, qué razón tenía la santa Madre Teresa de Jesús, de querer subir a un monte el más elevado del mundo, y clamar desde allí día y noche a todos los mortales, de modo que pudiesen oírla: “Almas, orad, orad, orad; porque el que ora se salva, el que no ora se condena”. Si bien quieres orar, oh devoto josefino, procura tres cosas: la primera, pureza de conciencia; la segunda, quietud y sosiego de espíritu; la tercera, rectitud de intención. Si estas cosas no procuras, nunca será buena tu oración. Cuando estarás con Dios te tirará el mundo y el pecado, y cuando estarás con el mundo te tirará Dios a Sí con el recuerdo de la dulzura de su trato y la inmensidad de sus beneficios. Mas aunque esto no hagas desde el primer día, no dejes por eso la oración cotidiana, aunque no sea más que por un cuarto de hora, pues con esto tienes seguro el cielo; porque pecado y oración no se compadecen, y si no dejas la oración, aunque tengas caídas y recaídas, ten por cierto que llegará al puerto de salvación.

Imita a san José, acude a su escuela, si no tienes maestro que te enseñe oración, y el Santo te enseñará, y no errarás el camino, como asegura su devota santa Teresa de Jesús.

¡Oh santo mío san José, maestro de oración!, péguese mi lengua al paladar, y olvídeme de comer mi pan, si me olvidare de tener cada día a lo menos por un cuarto de hora mi oración. Quiero salvar mi alma, oh Santo mío, cueste lo que costare, y así oraré como vos, y seré salvo.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Cuenta el P. Isidoro de la Isla, en su grande obra respecto de san José, que dedicó al papa Adriano VI el año 1552, que un gentil hombre veneciano había tomado la piadosa costumbre de orar todos los días delante de la imagen de san José, faltando entretanto a sus indispensables deberes cristianos.

Se puso enfermo de gravedad, y el peligro fue manifiesto, tanto para el alma como para el cuerpo. Pero, cuando su estado parecía sin remedio, san José, este médico celestial, vino en su socorro. ¡Dichoso enfermo! Este vio con sus ojos entrar en la cámara un personaje perfectamente semejante a la imagen que él acostumbraba saludar todos los días. Esta visión inesperada, semejante al rayo del sol que penetra en lugar oscuro, disipó en un instante las tinieblas de su ceguedad; vio clara y distintamente todos sus pecados, y de ellos concibió un gran horror, junto con la más viva contrición, y se dio prisa a confesarlos todos con lágrimas. Mas a esta gracia se siguió otra no menos singular, que el generoso protector le hizo, y fue que en el momento feliz en que el sacerdote terminaba la fórmula de la absolución, el dichoso penitente rindió el alma a su Criador. Es bien de creer que san José acompañaría esta alma, tan llena de sus favores, hasta los pies del soberano Juez, para allá defenderla de sus implacables acusadores.

Obsequio. No pasaré ningún día de mi vida sin hacer el cuarto de hora de oración.

Jaculatoria. Bondadoso san José, maestro de oración, enseñadme a orar y conversar con Jesús.

Día X

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, modelo y maestro de humildad.

Composición de lugar. Contempla a san José que te dice: Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón.

Petición. Humildísimo san José, alcánzame la verdadera humildad.

Punto primero. ¿Qué es la humildad? La humildad, dicen los santos, es una virtud por la cual el hombre, conociéndose a sí mismo, se desprecia y tiene por vil. La humildad es una virtud que nos inclina a reconocer interior y exteriormente nuestra propia miseria y vileza. Humildad es el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo. O como enseña nuestro serafín santa Teresa de José, la humildad es la verdad. Verdad en los pensamientos, juzgando rectamente, atribuyendo a Dios todo lo bueno y a nosotros todo lo malo. Verdad en las palabras, no exagerando cosa alguna propia de vicios ni virtudes; verdad en las obras, llenas de buena intención, de gracia y modo de hacerlas. Si el soberbio se llama así, según el doctor insigne san Isidoro, porque quiere parecer sobre lo que es, claro está que el humilde será humilde porque quiere parecer lo que es, y como tal se tiene y estima: pecador, ingrato, ruin.

Humildad es fundamento y guarda de todas las virtudes, porque arroja del alma todo lo movedido de nuestra miseria y nada para asentarse sobre la verdad de la fe y de la recta razón. –Tiene tres escalones o grados, como enseñan los santos. 1°. Despreciarse a sí mismo. 2°. Admitir ser despreciado por los demás. 3°. Alegrarse, desear y gozarse en los desprecios.

¡Oh Dios mío!, nada hay que más repugne a nuestra flaca naturaleza que la humildad, nada más difícil a nuestro orgullo que el abrazar la humillación; no obstante, nada más necesario. La humillación es el remedio único e infalible por donde la verdadera humildad se alcanza. Busca, ama, solicita humillaciones, desprecios y cruz, devoto josefino, si quieres ser eternamente de Jesús.

Punto segundo. Humildad de san José. –Como no hay Santo igual en virtud a san José, tampoco lo hay que le aventaje ni iguale en humildad. Por su humildad mereció ser elegido esposo de María; por su humildad resolvió dejarla al conocer el misterio de la Encarnación, por creerse indigno de morar en compañía de criatura tan santa (*Orígenes*); por su humildad fue elegido cabeza de la Sagrada Familia (*San Agustín*); por su humildad ocultó los tesoros divinos de Jesús y de María, apareciendo a los ojos del pueblo como un humilde y modesto carpintero: *Fabri filius (Matth. XIII, 55)*. Porque era

vigilantísimo en guardar sus brillantes prendas debajo de la llave de su profundísima humildad, por esto tenía particularísimo cuidado en esconder la preciosa perla de su voto virginal; y por lo mismo consintió en casarse, con el fin de que persona ninguna pudiese admirarla, y de que debajo del santo velo del matrimonio pudiera vivir escondido a las alabanzas mundanas. (*San Francisco de Sales*). Sufrió los desaires y menosprecios de sus parientes en Belén al ir a empadronarse con María su esposa, y no hallar un rinconcito siquiera para albergarse. Gustábale a nuestro Santo tratar con pobres, y raras veces llegaba donde veía mucha gente, porque todo su deseo era servir al Señor (*santa Brígida, 1, VI, c. 25*). Los ejemplos de humildad divina que Jesús y María le ofrecían a todas horas obedeciéndole y ayudándole y sirviéndole, cuanto más le encumbraban, más el santo José se sentía profundamente humillado. Y como la humildad es la verdad, reconocía el Santo, admiraba y daba gracias al eterno Padre por todos los carismas y gracias que le había dispensado, y con nobleza de ánimo, reconociendo los dones singularísimos que recibía, se movía, humillándose generosamente, a amar más y más a Jesús y a María. ¿De dónde a mí, decía, que hayan venido a visitarme y servirme y obedecerme el Hijo y la Madre de Dios? ¡Señor, Tú, criador de cielos y tierra, no solo me lavas los pies, sino que me obedeces, me ayudas, me consuelas! ¿De dónde a mí tanta dicha? ¡Oh Señor! Si no fuera faltar a vuestros mandatos os diría mejor que san Pedro: “Apartaos de mí, Señor, que soy un gran pecador”. ¡Qué humildad tan profunda!

Punto tercero. ¿Cuál es nuestra humildad? –¿No es verdad que solo de nombre conocemos tan celestial virtud? Somos tan humildes que no queremos parecer soberbios: bellacamente nos humillamos, procurando con nuestra humildad de garabato, sacar alabanzas de nuestra fingida humillación. Decimos que queremos ser humildes, pero sin sufrir humillaciones. Queremos en la humildad satisfacer nuestra soberbia, y sacamos más confusión de nuestras obras y palabras.

La nobleza, las riquezas, el talento, la posición social y aún las mismas gracias con que el Señor en su misericordia nos previene, las hacemos servir casi siempre para enorgullecernos, y mirando con desprecio a nuestros hermanos, como el fariseo del Evangelio, clamamos allá en nuestro interior: Yo no soy como los demás hombres, como esos pecadores que a cada paso ofenden a Dios.

¡Oh gloriosísimo y humildísimo san José! Concedednos la gracia de la verdadera humildad, pues si escrito está que Dios exalta a los humildes y abate los soberbios; que Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia, no podremos ser exaltados ni de Dios alcanzar gracia sin humildad. Devoto josefino, humíllate, pues sin la humildad ni agradarás al Señor, ni tendrá paz tu alma, y a cada paso te dejará el Señor.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Deseos cumplidamente satisfechos.*

En la vida del bienaventurado Juan B. de La Salle últimamente beatificado por nuestro santísimo padre León XIII, se leen no pocos hechos que infunden tierna devoción y filial confianza en el glorioso san José. La Salle, fundador del célebre y santo Instituto de los Hermanos de la doctrina cristiana, consagrados a la católica educación de la juventud, recomendaba con frecuencia a sus hijos que tomarán en todo por modelo a san José, custodio de la infancia de Jesús.

Por su parte, desde sus más tiernos años había manifestado devoción especial y edificante predilección por tan gran santo. Habiendo puesto su congregación bajo el amparo y el patrocinio de san José, no solo procuró promover sus glorias entre propios y extraños, sino que también mandó que todos los días se rezaran en sus residencias las letanías del Santo, y todos los años se celebrasen sus fiestas con esplendorosa solemnidad. Y si tal amor demostró a san José durante la vida, mayor fue, si cabe, aquel de que dio evidentes señales en la hora de su muerte. Entre los consejos que legó a sus hijos en la hora postrimera, uno hay que quiso dejar consignado en su testamento, y dice así: “Recomiendo a los hermanos de la Doctrina Cristiana que veneren con ferviente devoción a san José, patrón y protector de este Instituto”. Atacado el beato Juan de la última enfermedad, que lo llevo al sepulcro, hacía supremos esfuerzos para disimular sus agudísimos dolores, a fin de llevar todo el peso en el cumplimiento de su cargo. Pero al fin de la Cuaresma el mal se exacerbó de tal suerte y sus dolores eran tan violentos, que se vio en la precisión de meterse en cama. Fue toda su dolorosa enfermedad admirable su paciencia y resignación en la voluntad divina. Nunca prorrumpió en la menor queja, sino que bendecía al Señor, que le ponía en tan dura prueba para acrisolar sus virtudes. Cosa era de gran consuelo observar cómo a medida que se acrecentaba la debilidad de su cuerpo crecía el gozo de su alma, hasta manifestarse con gran edificación en su semblante. Confiadamente me prometo, decía, el que san José pronto me sacará de la servidumbre de Egipto, para introducirme en la tierra de promisión.

La fiesta del Santo se acercaba y su proximidad, así como su devoción por el padre nutricio de Jesús, le inflamaban en vivas ansias de celebrar en su fiesta el santo sacrificio de la Misa en su obsequio. Pero enteramente resignado en Dios, se contentaba con simples deseos; dado caso que sin un milagro parecía imposible lograr tal gracia. Con todo, esta gracia que el bienaventurado La Salle no se atrevía a esperar y aún a menos pedir, le fue generosamente concedida por el glorioso patriarca.

La víspera de la fiesta, a eso de las seis de la tarde, sintió el feliz enfermo que los dolores disminuían y sus fuerzas se reanimaban. Sorprendido por tal novedad, creía que aquello era sueño, y no se atrevía a descubrirla a nadie. Al otro día por la mañana, se aseguró que aquella vuelta súbita a salud y robustez no era sueño ni juego de la imaginación, sino una gracia verdadera que le hacía san José para que pudiera celebrar los divinos misterios a medida de su gusto. Levantose, pues, con fuerzas más que suficientes para dar pábulo a su devoción.

Grande fue la alegría así de su alma tan favorecida del Santo, como de sus religiosos, que lo creían curado milagrosamente. Agradecidos por tanto bien, no cesaban de bendecir, alabar y ponderar las misericordias de Dios y el valimiento del castísimo esposo de María. El bienaventurado La Salle, aprovechándose de tan inefable gracia, subió lleno de fervor al altar a celebrar con edificante recogimiento su última Misa. El despejo y la agilidad con que lo hizo, indujo a los hermanos a creer que de verdad había el enfermo recobrado sus fuerzas y salud, perfectamente curado por intercesión de san José. Con esta persuasión pidieron gozosos a su padre les dirigiera la palabra para su provecho espiritual, como si estuviera completamente sano. Así lo hizo el bienaventurado fundador con tan religiosa unción, con tal vigor y fuerza, cual si nunca hubiese estado enfermo. Pero ¡caso raro! después de haber satisfecho la devoción y filial piedad de sus hijos y hermanos, volvió de nuevo a su estado de postración y a sumirse en la misma gravedad de que había salido durante aquella tregua o paréntesis de sus dolores.

Con gran pena reconocieron entonces los hermanos que su padre no había recobrado la salud, como ellos se figuraban, sino que san José se la había prestado cumplida por algunas horas, para satisfacer las ansias de su siervo por celebrar el santo sacrificio de la Misa. En hecho de verdad, pocos días después, juntando el bienaventurado sus manos y levantando sus ojos al cielo, durmió plácidamente el sueño de los justos, lleno de amor y confianza en san José. ¡Él nos comunique a todos desde el cielo sólida devoción al Santo patriarca! Amén.

Obsequio. Callaré y sufriré sin replicar cuando me culpen sin culpa.

Jaculatoria. Humildísimo san José, alcanzadme la humildad.

Día XI

Por la señal, etc., y oraciones

MEDITACIÓN

San José, modelo y maestro de obediencia.

Composición de lugar. Contempla a san José huyendo de noche a Egipto por obediencia.

Petición. Dame, obedientísimo José, obediencia pronta, ciega, universal y alegre.

Punto primero. La obediencia es una virtud por la cual el hombre hace todo lo que Dios manda y quiere, y en ella consiste el cumplimiento y suma de toda justicia. Tiene cuatro grados: el primero es obedecer a los mandamientos de Dios; el segundo a los consejos; el tercero a las inspiraciones y llamamientos de Dios. Estos tres grados abraza la obediencia perfecta, porque entonces habrá llegado el hombre a la perfección de la obediencia, cuando hubiere puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja e inspira. Esta es la voluntad de Dios que llama el apóstol. (*Rom. C. XII*) buena, agradable y perfecta. La guarda de los mandamientos es de todo punto necesaria para la salvación, la de los consejos ayuda para la de los mandamientos y sirve como de antemuro a los preceptos. La de las inspiraciones es la perfección de esta virtud, pues el buen servidor no solo obedece a lo que su señor le manda por palabra, sino también a lo que le significa por señales. El cuarto grado es una perfectísima conformidad con la voluntad divina en todo lo que de nosotros ordenare: caminando con igual corazón por honra y por deshonra; por infamia y por buena fama; por salud o por enfermedad; por muerte o por vida; por riqueza o por pobreza; por infierno o por cielo: abajando la cabeza a todo lo que ordenare Dios de nosotros y tomando con igual corazón los azotes o los regalos, los favores o los desfavores de su mano: no mirando lo que nos da, sino quien lo da, y el amor con que lo da, pues no como menos amor azota el padre a su hijo, que le regala cuando ve que lo merece. Este es el mayor sacrificio que el hombre ofrece a Dios, porque en los otros sacrificios ofrece sus cosas, mas en este se ofrece a sí mismo y cuanto va del hombre a las cosas del hombre, tanto va de este sacrificio a los otros sacrificios. –Esta es la mejor disposición para alcanzar la perfección cristiana, y para que Dios haga la voluntad del hombre, y haga a este según su corazón (*Reg. I,3*). ¡Oh qué admirable es esta virtud! Verdaderamente ella hace al hombre omnipotente, allana cosas que parecen imposibles.

Punto segundo. Obediencia de san José. Si la obediencia es hija legítima de la humildad, o más bien un ejercicio de esta virtud, claro está que siendo humildísimo san José, fue a la vez obedientísimo.

El varón obediente cantará victoria. (*Prov.*) ¡Cuántas no cantó san José del mundo, a quien siempre despreció; del demonio, a quien siempre tuvo sujeto; de sí mismo que siempre sujetó prontamente su voluntad a la de Dios!

Esta virtud fue la más querida del corazón del Santo, y de la que nos da o leemos más heroicos ejemplos. –Quiere por humildad dejar a María su esposa ocultamente, mas un ángel le avisa que no tema recibir por su mujer a María, y depone su temor, su humildad y obedece al punto. –Mándale el Señor por un ángel que tome al Niño recién nacido y a la Madre, joven tierna y delicada, y salga de Judea y vaya de noche con precipitada fuga a Egipto, y que se mantenga allí desterrado hasta nueva orden; y obedece prontamente, ciegamente, sin quejarse ni murmurar ni replicar. ¡Qué heroísmo! ¡Qué grandeza de alma! ¡Qué perfectísima obediencia! –Mándale el ángel que vuelva a su patria, y habite Nazaret, y ejecuta enseguida su orden. –Ordénale el eterno Padre, al confiarle el cuidado de su Hijo Jesucristo y al nombrarle su sustituto en la tierra que mande a su Hijo como padre, y, ¡obediencia la más difícil para el corazón humildísimo del Santo! Cumple san José esta obediencia mandando al Hijo de Dios en los treinta años que vivió en su compañía. –Dispone el Señor ¡oh más que heroica obediencia! que deje el trato y conversación familiar que por treinta años había gozado, de Jesús y María, y se vaya al limbo, y esté allí esperando la resurrección de Cristo, y el Santo se conforma a la divina voluntad, deja tan divina compañía, y se va solo a habitar aquel lugar de tinieblas, a esperar la resurrección de Cristo. –Obedece san José no solo los mandamientos, sino los consejos, las indicaciones de la voluntad de Dios; porque siervo bueno y fiel, conforma en todo sus pensamientos y deseos a lo que quiere el Señor, y lo mismo acepta los dolores que los gozos durante su vida mortal. ¡Oh santo mío!, ¡cómo confunde tu perfectísima obediencia mi resistencia a la voluntad de Dios y a su ley santa! Hazme perfectamente obediente para ser grandemente santo. Amén.

Punto tercero. ¿Cuál es tu obediencia, devoto josefino? ¿Cómo cumples los mandamientos de la ley de Dios, tu Padre? ¿Cómo cumples los mandamientos de la santa Iglesia, tu Madre? ¿Cómo cumples las obligaciones de tu estado? Sin esto es imposible vivir feliz, agradar a Dios y salvar tu alma. ¿Cómo cumples los designios amorosos que Dios tiene sobre tu alma? ¿Eres dócil a sus inspiraciones, o como Herodes cruel, ahogas en su cuna estos inocentes hijos de la gracia más delicada y amorosa de tu Redentor? ¿Cuántos años por ventura está Jesús a la puerta de tu corazón y llama? Y tú, no le respondes, o le desprecias, o le dices: espera y vuelve a esperar. ¿Está tu voluntad conforme a la divina? ¿Quieres tú hacer la voluntad de Dios, o quieres que Dios haga la tuya? ¿Sirves a Dios a temporadas, esto es, tan solo cuando te regala, o cuando todo te sucede prósperamente, y le vuelves las espaldas cuando te visita con la tribulación, enfermedad o desamparo? ¿Eres de los que cojean a dos partes o tienen el corazón dividido, o de los que hacen una religión y unos mandamientos a su gusto, creyendo y practicando lo que se les antoja, y despreciando lo que no les agrada? Esto sería erigirte en otro Dios, colmo del orgullo, ceguedad satánica, rebelión diabólica. ¡Oh devoto josefino! No imites a estos obedientes ni aun a aquellos que quiere conciliar la luz con las tinieblas, a Cristo con Belial. Obedece prontamente, ciegamente, totalmente. Basta saber que es voluntad de Dios, ley de Dios, agrado de Dios, para renunciar a tu propia voluntad, a toda otra ley, a todo otro agrado. Primero es agradar a Dios que a nadie. Húndase el mundo antes que descontentar a Dios desobedeciéndole. Nada contra Dios. Oh Santo mío, obedientísimo san José: pon la ley de Dios en medio de mi corazón para que la ame

sobre todas las cosas; no sea traidor a mi conciencia, a mis deberes de cristiano. No falte un ápice a lo que ella manda, porque es la voluntad de mi Dios, santa, agradable y perfecta. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Todos los cabezas de casa deberían venerar a san José de un modo especialísimo, para acertar en la buena conducta de su familia, porque este Santo fue constituido por Dios en la tierra, cabeza y superior de su sacrosanta familia. Los hijos son sin duda lo más precioso de las casas cristianas; por lo que su logro y buen éxito debe ser el negocio más importante de los padres, y en el que deben emplear sus mayores cuidados y atenciones. Para conseguir esto, encomiéndenlos fervorosamente al patrocinio de san José; pues este Santo, por aquel su paternal cuidado que tuvo del Hijo de Dios, particularmente en su amantísima infancia, se ha tomado el cargo de velar en la guarda de los hijos, principalmente pequeñuelos.

El ejemplo siguiente manifestará muy bien esto:

Cuenta Recupito en las observaciones que hace sobre el monte Vesubio, cómo abriéndose en él, el año 1631, un gran boquete, vomitó por él tal diluvio de fuego y de ceniza, que a manera de una avenida de río fue a descargar sobre toda la provincia circunvecina particularmente sobre un lugar llamado la Torre del Griego, patria de una mujer llamada Camila, devotísima de san José. Tenía esta un pequeño nieto de cinco años que se llamaba José. Deseando escapar y librarse con su nieto de aquel torrente de fuego, tomolo en brazos, saltó de casa y echó a huir; mas seguida del fuego y ya cerca de ser abrasada, hallándose entre dos iguales riesgos, o de perecer entre las llamas, o en las aguas arrojándose al mar, en tan estrecho conflicto, la pobrecilla, implorando la ayuda de su santo abogado, dijo: *Sancte Joseph, commendo tibi Josephulum*: “¡Ah san José, tened cuidado y guardadme a mi Josefíco!”; y sin detenerse más, dejando abandonado al muchacho, pensó en salvarse a sí misma, arrojándose atrevida desde lo alto de una roca a la orilla del mar. Ella salió con facilidad, mas no sin grande dolor, cuando viéndose ya libre se acordó de su nieto dejado sobre la roca, expuesto a las llamas. Estaba como frenética, corriendo acá y allá sin tino, sobre un puente del río Sebeto, cuando oye que la llaman por su nombre; atiende, y ve que quien le llama es su querido nieto, que se viene hacia ella festivo y alegre. “¡Oh Dios! (exclama Camila, dándole mil abrazos), hijo, ¿quién te ha podido librar del eminente riesgo del fuego? ¿Quién pudo salvarte del diluvio que caía de ceniza?” Y el niño respondió riendo: “José, a quien me encomendaste; él me ha dado la mano y me ha traído con seguridad a esta ribera”. Entonces la piadosa mujer, derramando dulces lágrimas, se hincó de rodillas a dar gracias a su amorosísimo protector, que había hecho dos milagros a un tiempo, librándola a ella de las aguas y a su nieto del fuego. (*Recupitus in Obs. 1631*).

Alabanzas y gracias dé siempre el alma mía al nombre de Jesús, de José y de María.

Obsequio. Obedecer sin replicar, o ser condescendiente con el prójimo en lo que no sea pecado.

Jaculatoria. Dios mío, primero morir obediente, que pecar desobedeciendo.

Día XII

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, modelo y maestro de fe viva.

Composición de lugar. Contempla a san José creyendo el misterio de la Encarnación.

Petición. Dame fe viva, Santo mío, para vivir como tú, vida de fe.

Punto primero. Es la fe una virtud sobrenatural que nos inclina a creer todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone como de fe. –Es el principio de la salud del hombre, la raíz y fundamento de toda justificación. Es la que comunica vida sobrenatural a todas las demás virtudes, pues sin ella el alma no participa de la vida de la gracia, porque sin la fe es imposible agradar a Dios y salvarse. El que no cree, ya está condenado. –Quien no tiene a la Iglesia por Madre, no puede tener a Dios por Padre. Razonable debe ser el obsequio de nuestra fe, como dice el apóstol, y para esto es preciso que tengamos para creer tales motivos de credibilidad que excluyan todo motivo prudente de duda sobre lo que Dios nos revela y la Iglesia nos propone para creer. El Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo y sucesor de san Pedro, es infalible cuando enseña a la Iglesia verdades de fe o de moral. –El justo vive de fe, dice san Pablo (*Rom, I, 17*), porque no solo es raíz de la vida sobrenatural la fe, sino su alimento, su progreso, su perfeccionamiento. Porque no solo nos ilustra con divina luz en todas las cosas, sino que nos gobierna en todos los actos de la vida, en los afectos y deseos. Es la fe el faro divino que nos ilumina en este caliginoso destierro, haciéndonos ver la verdad en todas las cosas, hasta que brille en nuestros ojos el claro día de la eternidad, en el cual veamos a Dios cara a cara, como es. Fe pura, fe íntegra, fe firme, fe universal: tales deben ser las condiciones o cualidades de nuestra fe. Fe pura, sin mezcla de error; fe íntegra, sin deficiencia en ninguna de sus verdades; fe universal que se extiende a todo lo que la Iglesia enseñe; fe firme que no nos permita vacilar lo más mínimo, apoyados en la infalible autoridad de Dios que habla. ¿Es así nuestra fe? ¿O solo creemos lo que nos place de los misterios y verdades de fe? Pues en este caso no tenemos fe: absolutamente nada tenemos de fe sobrenatural. ¡Qué desgracia!

Punto segundo. Fe de san José. San José creyó con una fe tan viva, que solo la Virgen Santísima le ha podido aventajar en ella. Duda al ver encinta a María; el ángel le aparece y le dice que lo que ha nacido en ella es obra del Espíritu Santo, y cree san José sin vacilar. Ve al Mesías prometido, que los judíos carnales esperaban como un gran rey y conquistador, le ve nacer en un mísero establo en medio de dos animales, y lo adora como a Dios. Le ve circuncidado, fugitivo a Egipto, y le cree Dios. Le contempla dormido, callado, sujeto a todas las miserias humanas, excepto al pecado, y le adora como a Dios. Le admira sujeto a sus órdenes, trabajando de carpintero en Nazaret, ganando el sustento con el sudor de su frente, y le cree Dios. La fe, mejor que a Abraham, se le reputó a san José por justicia o santidad. (*Rom. IV,9*) ¿Quién puede comprender la perfección de la fe y santidad del Santo, cuya vida fue verdaderamente vida de fe, una actuación continua de ella con la presencia corporal de Jesús, Hijo de Dios y de María, Madre de Dios?

San José, versado en las Sagradas Escrituras, y conociendo los oráculos de los profetas, confirmados por el anciano Simeón, descubría en la persona de Cristo, gallardo joven, o tierno niño, a la persona del Verbo hecho hombre; y veía los triunfos de su fe a

través de los siglos, creyendo que un judío, la persona más abyecta a los ojos de los hombres de aquellos tiempos, había de morir en cruz, en medio de dos malhechores, y debía, no obstante, atraerlo todo a sí, destruir los ídolos, acabar con el paganismo, y hacerse adorar como a Dios, a pesar de los prejuicios de los hombres. Veía millones de millones de hombres de toda edad, sexo y condición, que no solo adorarían como Dios a su Hijo carpintero, sino que derramarían gustosos su sangre y depreciarían todos los halagos por creerle Dios, por confesar su fe en Él, por protestarle su amor como a Dios. ¡Oh fe santa! Si iluminases nuestras almas con un destello de la viveza con que iluminabas la de san José ¡cuán presto seríamos santos!

Punto tercero. ¿Cuál es nuestra fe? ¡Oh! Mejor sería preguntar si tenemos fe. Observando lo que pasa en la mayor parte de los cristianos en estos malaventurados días, bien podemos asegurar que apenas hay verdadera fe. Aquella fe viva, sencilla, pura, íntegra, que se notaba en nuestros pueblos, en nuestros padres, no existe ya, si no es por la misericordia de Dios, en muy contadas almas: es hoy día patrimonio de muy pocas almas. Los malos libros, los periódicos impíos, las conversaciones escandalosas, las pláticas contra la religión y los más santo y sagrado, que en todas partes se oyen, hacen que se entibie la fe, o se averíe, o se pierda totalmente. Pocos son los que se atreven a confesar su fe. Más pocos todavía los que ajustan las acciones de su vida pública y privada a las enseñanzas de la fe. Y esta virtud divina, como no se practica o se practica mal, se va debilitando y, por fin, se pierde totalmente. Además, la inmoralidad y corrupción que cunde como cáncer por todas partes, corrompe esta fe, y naufragan en ella por no conservar la pureza de costumbres. Cada día hay menos almas que imiten la fe sencilla, viva y eficaz de nuestro Santo que creyó en Dios, teniendo tantas razones al parecer para no creer en el misterio de la Encarnación. Oh fidelísimo san José, modelo perfectísimo de creyente perfectísimos, alcánzanos la firmeza y pureza de la fe, de suerte que estemos dispuestos a perderlo todo, aun nuestra vida, antes que aventurar la joya de más valor, nuestra fe, por el pecado. ¡Viva, viva san José por su vivísima fe!

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Una de las personas más ilustres y devotas de san José, que más han experimentado la eficacia de su patrocinio, fue sin duda alguna Doña María Josefa de Orellana, hija de don Alonso Martín, caballero no menos distinguido por su nobleza que por su piedad. No tenía más que año y medio cuando la niña María Josefa estuvo enferma de un dolor de costado tan agudo, que el mismo día de san José se quedó muerta en los brazos de su madre. Permaneció así tres horas en casa de una tía suya, muerta a juicio de cuantos la rodeaban y del mismo médico que la visitó. Poco le faltó no muriese también de pena Doña Gertrudis Godínez de Luna, que era su madre. Pero repuesta algún tanto de su primer dolor, pónese de rodillas, y abrazándose con gran fervor a una imagen de san José, pídele que no permita tan gran desgracia en su casa en su mismo día; que le resucite la hija. Promete al Santo celebrarle la fiesta todos los años, haciendo igualmente grandes promesas a Jesús y a María Santísima si le otorgan lo que pide.

Dicho y hecho, pronto recibe la alegre noticia de que la niña ha resucitado. Pero un año después, cogiendo la niña flores a la orilla de un río en el Perú, se cae en el agua y es arrastrada de la corriente un gran trecho. Al advertirle la madre: “¡Jesús, María y José te asistan! exclama; y vos, Santo bendito, ya que la tenéis a vuestro cargo, vos mismo me la daréis sana y buena”. Sin embargo, la niña no aparecía: la buscaban ya para enterrarla, pues hacía ya más de un cuarto de hora que no la veían, cuando he aquí que la encuentran detenida entre la broza debajo de un puente, llena si, de telarañas, pero

perfectamente ilesa. “¿Y quién te ha salvado, hija mía?”, exclama atónita la madre. “Mamá, contestó la niña, un Niño muy lindo me tuvo de la mano, y me asistieron una Señora muy hermosa y un Señor muy venerable, que tenía un ramo de flores en la mano.” Y viendo un cuadro donde estaban pintados Jesús, María y José: “Mire, mamá, dice la niña con mucha viveza, los que me libraron eran como aquellos”. Así es que tanto la madre como la hija y demás miembros de la familia, entre ellos un marqués, celebraron la fiesta de san José con mucha solemnidad todos los años en Lima, y dondequiera que se encontrasen.

Obsequio. Repetiré siete veces: “Creo, Señor; aumentad mi fe”.

Jaculatoria. Creo, Señor, y por defender mi fe quisiera derramar mi sangre.

Día XIII

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, modelo y maestro de esperanza.

Composición de lugar. Contempla a san José esperando contra toda esperanza en Belén, Egipto, Nazaret.

Petición. En Ti, Dios mío, he esperado; no sea jamás confundido.

Punto primero. La esperanza es una virtud sobrenatural que nos inclina a esperar la bienaventuranza eterna y los medios necesarios para alcanzarla. Se apoya en la fidelidad de Dios principalmente. Hace al hombre paciente en sus trabajos, mostrándole el galardón. La esperanza es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana, el patrimonio de los hijos de Dios, común puerto y remedio de todas las miserias de esta vida. Por la esperanza es el hombre socorrido en sus tribulaciones, defendido en sus peligros, consolado en sus dolores, ayudado en sus enfermedades, proveído en sus necesidades, pues la virtud de la esperanza cuanto espera tanto alcanza. Si las temerosas ondas de la mar no desmayan a los marineros, ni la lluvia de las tempestades e invierno a los labradores, ni las heridas y muerte a los soldados, ni los golpes y caídas a los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas engañosas de lo que por esto pretenden, mucho menos habrían de sentir los trabajos los que esperan el reino de Dios. Nadie esperó en el Señor, que le saliese vana su esperanza.

La esperanza es un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas de este siglo, es como un depósito de pan en tiempo de hambre, a donde acuden todos los pobres y necesitados a pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete Dios a sus escogidos, para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano y de los torbellinos del invierno; esto es, de las prosperidades y adversidades de este mundo; es, finalmente, una medicina y común remedio de todos sus males. La misericordia de Dios es la fuente de todos los remedios, y la esperanza es el vaso que los coge, y según la cantidad de este vaso, así será la del remedio. Así como Dios aseguró a los hijos de Israel que toda la tierra sobre la que pusieran los pies sería suya;

así toda la misericordia, sobre la cual el hombre llegare a poner los pies de su esperanza, será suya. Y según esto, el que movido de Dios esperare de Él todas las cosas, todas las alcanzará. Hace por lo mismo omnipotente al hombre esta virtud, lo cual engrandece el poder de Dios; pues no solo Él es todopoderoso, sino que lo son en su manera todos los que esperan en Él. ¿Quién no se animará, pues, a tener grande esperanza? ¡Oh poder omnipotente de la esperanza, que cuanto espera tanto alcanza!

Es la esperanza, áncora, según el apóstol (*Hebr. VI*), porque así como el áncora aferrada en la tierra firme tiene seguro el navío que está en el agua, y hace que desprecie las ondas y las tormentas, así la virtud de la esperanza viva, aferrada fuertemente en las promesas del cielo, tiene firme el áncora del justo en medio de las ondas y tormentas de este siglo, y le hace despreciar toda la furia de los vientos y tempestades de él. Tan grande es el bien que espero, cantan en los trabajos, que toda pena me deleita.

Punto segundo. Esperanza de san José. –La esperanza de san José fue contra toda esperanza; pues, ¿cómo podía esperar de una virgen y casada con él había de nacer el Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo? Esperó en el Señor al ver encinta a su esposa, y no salió confundido, pues le reveló el misterio. Abandonado de todos en Belén, espera en el Señor, y le depara una cueva donde nace el Hijo de Dios, viéndole adorado de ángeles, de pastores, y de reyes.

Confían en el Señor al huir fugitivo a Egipto en un viaje de más de setenta leguas por desiertos, de noche y sin provisión: pone su esperanza en el Señor, y no es confundido. Esperaba lo mismo que creía; esto es, que Cristo reinaría en el mundo; que sería adorado por pueblos y reyes de uno a otro polo; que millones de mártires sellarían su fe con su sangre; que por fin, Rey inmortal y de todos los siglos, recibiría los homenajes de todos los ángeles y bienaventurados, y que al solo nombre de Jesús doblarían su rodilla los cielos, la tierra y los abismos, y lo ha visto cumplido. ¡Oh esperanza celestial, virtud de almas grandes, de corazones magnánimos, qué fortaleza y consuelos derramas en el corazón de los atribulados!

La vida del Santo, tejida o sembrada de dolores y gozos, no es otra cosa que la demostración de los frutos de la esperanza que tuvo en Dios, nos siendo jamás confundido en ella.

Esperó en su vida, esperó en su muerte, y pronto volvió a ver a su Hijo resucitado, que triunfante le subió a los cielos en cuerpo y alma glorioso. La esperanza en el Señor no confunde jamás. La esperanza es el único bien que nos quedó en el suelo cuando todos huyeron para el cielo.

¡Bendito Santo! ¡Bendita esperanza! ¡Bendita recompensa! ¡Alcánzanos que sepamos imitarte en tan necesaria y consoladora virtud, Santo mío!

Punto tercero. ¿Cuál es nuestra esperanza? Pecamos por presumidos o desesperados. Queremos y confiamos ir al cielo, pero sin practicar buenas obras, o desconfiamos de alcanzar premio por no apoyarnos en Dios. Nuestra esperanza debe de estar en verdad

fundada en la bondad de Dios, en su omnipotencia, en su fidelidad: pero esto no basta, debemos por nuestra parte ayudarnos. Dios que nos hizo sin nosotros, no nos salvará sin nosotros, enseña san Agustín; y por lo mismo es necesaria nuestra cooperación y buenas obras. El cielo es un premio, una corona, un reino que no se da a los haraganes, poltrones o desidiosos. Padece violencia, y solo los que se la hacen lo arrebatan. –¡Oh Dios mío!, no son condignos los trabajos de esta vida comparados con la gloria que se nos revelará en la otra; y no obstante nos quejamos que padecemos mucho, que trabajamos mucho para alcanzar este premio: y aún más, ¡oh dureza y ceguedad de corazones humanos!, la mayor parte se quedarían contentos y renunciarían de buen grado a la esperanza y posesión de la eternidad feliz, con tal que se les dejase gozar gruñendo como inmundos animales, comiendo las bellotas de los deleites sucios de este siglo, satisfechos con este gozo. ¡Oh fe santa!, ¡oh esperanza santísima!, ilumina, enfervoriza y despierta nuestras almas dormidas con el gusto de los charquillos turbios y hediondos de las criaturas, y dadnos a gustar la felicidad que está guardada para los que esperan y aman como tu siervo santísimo san José.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Un sacerdote convertido.*

Refiere al P. Barri, devotísimo de san José, que un religioso de la Compañía de Jesús tenía un pariente cercano, el cual muchos años hacía estaba entregado a conducta tan poco recomendable, que con ella deshonoraba así el nombre de cristiano como el carácter sacerdotal de que se había revestido. El buen padre, lleno de celo de la gloria de Dios y la salvación de las almas, aprovechándose de los lazos de la sangre que le unían con aquel infeliz, empleó todos los medios que estaban en su mano para reducirle a buen camino. Mas hallando por experiencia que eran estériles todas las amonestaciones más caritativas, inútiles las más paternas reprensiones, y sin fruto las advertencias más prudentes de que se había valido, acabó por suplicar al Padre de las misericordias, que si no había otro camino para traer al recto sendero al sacerdote extraviado, se dignara enviarle una grave y penosa enfermedad, que le volviese a su sano juicio; pues para tornar las almas a su centro, de que las sacó la fuerza del vicio, no suele haber remedio más seguro y eficaz que la virtud de la tribulación, según aquello del Espíritu Santo: *Sola vexatio intellectum dabit. (Isai. XXVIII, 19)*. Con la mira, pues, de comunicar a la medicina toda su fuerza, imploró el auxilio del glorioso patriarca; y en unión de sus amigos, a quienes había encomendado el mismo negocio, hizo juntamente dos novenarios, uno de misas y otro de comuniones, en honor del Santo.

La gracia solicitada con tanto celo no se hizo esperar. El eclesiástico escandaloso cayó enfermo de gravedad, y muy pronto se vio reducido al último extremo. Entonces a la luz de la candela mortuoria abrió los ojos, conociendo los desórdenes de su pasada vida, los detestó con toda sinceridad y arrepentimiento, y se apresuró a borrarlos de su alma con una confesión humilde y contrita. San José, que tan tangible había hecho la curación espiritual, quiso también no fuese menos sorprendente la casi repentina curación corporal del enfermo. Después de haberse confesado cristianamente, sintiose el penitente súbitamente aliviado de su dolencia, y se levantó sano y salvo de la cama, con la firme resolución de vivir en lo sucesivo según demandaba la santidad de su estado. Así lo verificó, en efecto, entregándose luego con tanto celo como constancia en alas de la divina gracia a obras de piedad y misericordia, propagando la devoción del santo bienhechor, y no respirando sino para la gloria de Dios y provecho del prójimo.

Obsequio. Esperaré, por intercesión del Santo, socorro en todas mis penas.

Jaculatoria. ¡Oh virtud de la esperanza, que cuanto esperas tanto alcanzas!

Día XIV

Por la señal, etc., y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, maestro y modelo de caridad.

Composición de lugar. Contempla a san José sudando y trabajando por amor a Jesús y a María.

Petición. Dame, Santo mío, la perfecta caridad.

Punto primero. ¿Qué es caridad? La caridad es la reina y madre de todas las virtudes, la que les da vida y mérito para la eternidad. El que más ame a Dios será más amado y glorificado en el cielo, porque el premio se da al amor. Quien tenga grande caridad, grande es; quien la tenga pequeña, pequeño es; quien nula la tenga, nada es. Ni la fe, ni la esperanza, ni todo el cortejo de virtudes religiosas y morales aprovechan para el cielo si no están informadas por la caridad. Ella es el más excelente camino para ir a Dios; es vínculo de la perfección, fin de los mandamientos, plenitud de toda la ley. “Ama, decía san Agustín, y haz lo que quieras”, porque quien verdaderamente ama nunca dará disgusto al amado, sino que procurará complacerle en todo. El modo de amar a Dios es amarle sin modo, porque cuanto más le amamos, mas motivos descubrimos de su infinito amor. La caridad ama a Dios con amor de complacencia, porque es infinitamente bueno y perfecto; ámale con amor de benevolencia, procurándole su mayor honra y gloria, pues aunque Dios no tiene necesidad de nuestros bienes, no obstante exige de sus criaturas racionales esta gloria y honra exterior. Ama a Dios sobre todas las cosas, devoto josefino, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, y ama al prójimo por amor de Dios y serás cabal y perfecto. Con la misma medida que midieres, medido serás. Amar a Dios es temerle y reverenciarle, confiar y tener celo de la honra divina, pureza de intención en las obras de su servicio, oración y recurso a Él en todas las necesidades, agradecimiento a sus beneficios, obediencia y entera conformidad a su voluntad, y humildad y paciencia en los azotes y trabajos que nos enviare.

Punto segundo. Amor de san José a Dios. –Nadie tuvo mejor los motivos y raíces del amor de Dios que san José, porque ningún Santo y solo san José fue ayo, padrino, tutor, dueño, amo de leche, padre adoptivo y padre de tan buenas obras de Jesucristo Hijo de Dios, como san José; luego de ningún santo fue Cristo cliente, ahijado, pupilo o menor, familiar, adoptado, elegido padre; luego además de las razones generales del amor, hay en el Santo estas particulares, y además con otro más particular amor, por ser hijo de su hijo, y cliente de su cliente. Solo el trato y comunicación familiar y casera con Jesús y María por treinta años; los besos, abrazos, regalos y caricias del niño Dios, habían de producir tales incendios de caridad en el corazón puro, sencillo, amoroso y bien dispuesto de san José, que no se pueden explicar. ¡Cuántas veces pondría el Santo su boca sobre el pecho de Cristo, y oiría los latidos de su Corazón divino, que le abrasarían y derretirían y desmenuzarían en amor, oyendo y viéndole saltar y dar vuelcos dentro del pecho con deseos de romperse para meter dentro de sí a todos los

hijos de Adán! ¡Cuántas veces y qué de abrazos no daría Jesús a san José, ya cuando niño, ya cuando mayorcito y en todo tiempo!... ¡Qué de veces le saludaría y le llamaría amorosamente padre y se colgaría de su cuello, mostrándole tiernísimo amor e infundiéndole inmensa gracia!... Tengo muy por cierto, dice un devoto escritor, que después del abrazo infinito entre el eterno Padre y el Hijo, del cual procede el infinito amor que es el Espíritu Santo, entre todos los otros principios de amor ninguno hubo más eficaz que los abrazos amorosos que Jesús daba a María y a san José; y así como por el abrazo de este mismo Hijo con el Padre eterno procedía amor infinito, de estos abrazos de la madre y padre temporales procedió amor inaccesible y soberano, el mejor que cabe en puras criaturas.

Además que en el amor de los padres a los hijos, el amor natural entibiase con el amor divino. Mas en el amor de san José a su Hijo Jesús no hay división, ni cosa que ponga límite; no se entremete escrúpulo ni temor, porque todo es acerca de un mismo objeto: amor natural y divino, amor de Hijo y de Dios; y como arden los apetitos naturales y la voluntad como con en el fuego de un mismo amor, por eso es el mayor amor. Dábale el bueno de san José, al volver a casa de su trabajo, al niño Jesús, manzanas y nueces y otras cosas que apetecen los niños, y así como los niños suelen ser tan generosos que a quien les da una manzanita alargan la joya que tienen en la mano aunque valga un reino, así Jesús le daría de la manzanas del sol y de la luna, que son los frutos del árbol de la cruz. Contemplando a Jesús y gorjeando con Él, le decía san José regaladísimas palabras de amor, y Cristo correspondía con mayores muestras de amor. Por fin, ninguno de los hombres nacidos fue más semejante a Cristo que san José, así en hermosura exterior como en costumbres y condiciones y en haber padecido trabajos por Jesús. Diole además el eterno Padre, a quien representó en la tierra, un corazón de padre para con su Hijo, el más hermoso de los hijos de los hombres, y estos eran motivos sobrehumanos que encendían y aquilataban más y más el amor de san José a su Dios. ¿Quién no admira y envidia tan soberano amor? ¿Amas tú de este modo a tu Dios, devoto josefino? Pide a tu Santo te dé siquiera una centellica de su volcán de amor divino para cumplir con la ley.

Punto tercero. Caridad nuestra. ¿Cuál es nuestra caridad? ¡Ay dolor!, no conocemos esta virtud hermosa. Miremos en san José, no solo el amor a Dios, sino también el amor al prójimo. Si es una misma la caridad con que amamos a Dios que con la que amamos al prójimo, claro está que había de ser inmenso nuestro amor al prójimo como debe serlo el amor a Dios. Amar al prójimo es aconsejarle bien. San José era el pacificador en todas las contiendas, dando consejos de paz. ¿Lo haces tú así, devoto josefino? –Amar al prójimo es socorrerle. Mira cómo san José le da aún de lo necesario, y nadie se vuelve sin una limosnita de felicidad de la presencia del Santo. ¿Lo haces tú así, devoto josefino? –Amar al prójimo es sufrirle. ¡Oh!, no hallarás otro Santo que más haya sufrido que san José del prójimo. ¡Y con qué paciencia y mansedumbre! ¿Lo haces tú así, devoto josefino? –Amar al prójimo es perdonarle. Mira cómo san José perdona de corazón a todos sus perseguidores, y ora por ellos. ¿Lo haces tú así, devoto josefino? –Amar al prójimo es edificarle con nuestras palabras, y sobre todo con nuestros buenos ejemplos. Mira al carpintero de Nazaret, modelo de todas las virtudes, y cómo las gentes acudían en tropel a verle trabajar con su niño Jesús para admirar su modestia, su humildad, su mansedumbre, su caridad. Cómo les

explicaba a los pastores, Magos, egipcios y gentes sencillas a quienes trataba, las bondades de Jesús y de María, los tesoros de gracia que en ellos estaban encerrados, y con esto los aficionaría a ellos. Mató una ternera en Belén para darla a los pobrecitos en el día del natalicio de su Hijo Jesús. ¿Qué haces tú para probar tu amor al prójimo? ¿Qué debes hacer? Enmiéndate.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Quien da limosna presta a Dios.*

Refiere san Vicente Ferrer un hecho edificante, digno de nuestra imitación. Dice que un paisano suyo de Valencia, en España comerciante piadoso, tenía la santa costumbre de obsequiar cada año por la fiesta de Navidad a la Sagrada Familia, y entre otras prácticas laudables, en honor de Jesús, María y José, solía invitar a su mesa a tres pobres, un anciano, una mujer y un niño: guiado por la fe, sabía que el bien que se hace a los pobres por amor de Dios, Dios lo apunta en el libro de la vida como si a Él mismo se hubiera hecho; por lo cual, recibiendo y agasajando a aquellos tres menesterosos, creía tener en su casa y alimentar en su mesa a Jesús, María y José.

Esta fe viva, que nunca engaña, le sirvió de gran consuelo en los trabajos de la vida y de faro luminoso en la hora de la muerte. En confirmación de esta verdad, apareció después de muerto el alma del caritativo comerciante a varias personas que rogaban por él, y les dijo que ya gozaba de eterna gloria, y añadió que en el momento último de su vida descendieron a su tránsito Jesús, María y José, dirigiéndole estas dulces palabras: “Puesto que durante tu vida nos recibiste a los tres en tu casa, hoy venimos los tres para recibirte a ti y llevar tu alma a nuestra eterna morada”. Y concluyó diciéndoles que tan luego como hubo expirado, condujeron su espíritu con gran acompañamiento al festín de la gloria.

¡Feliz comerciante, que supo hacer tan ventajoso tráfico con los bienes caducos, colocando sus fondos en aquel banco eterno, que nunca quiebra y que tan buenos réditos produce en vida y en muerte!... los agentes más asegurados del banquero celestial son los pobres, y así quien da a los pobres, presta a Dios.

Obsequio. No dejaré pasar día sin hacer un acto de caridad con el prójimo.

Jaculatorias. Os amo, Dios mío, sobre todas las cosas, por ser Vos quien sois; aumentad mi amor. Quisiera amaros como vos mismo os amáis.

TERCERA SEMANA

San José, patrón de todos los estados y condiciones. Su patrocinio universal.

Día XV

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

San José puede y debe socorrer a sus devotos en todo peligro y necesidad.

Composición de lugar. Contempla al Santo que te dice con amor: “Yo soy José. Por vuestra salud Dios me envía en vuestro socorro”.

Petición. Poderoso San José, socorrednos en vida y en la hora de la muerte.

Punto primero. San José quiere socorrernos en toda necesidad. A San José ha dado el eterno Padre todo poder en el cielo y en la tierra al constituirle ayo y padre adoptivo de su divino Hijo, y esposo verdadero de la Madre de Dios. Él tiene cierta jurisdicción sobre Jesús y María, que le estuvieron sujetos. Nada les negó san José en la tierra, nada pueden negarle en el cielo. Las súplicas de san José tienen para el corazón agradecidísimo de María y de Jesús fuerza de mandatos... En gracia y gloria san José aventaja a todos los ángeles y santos. Sentado a la diestra de su virginal esposa María, debe ser honrado con el mayor culto que puede darse a un comprensor. Virgen y confesor, profeta y patriarca, mártir por sus dolores, embajador de la Iglesia y de la Sinagoga, san José llevaba en sus manos el Evangelio y la antigua ley, y encargado de los deberes del universo para con su Dios, ofrecía al Rey inmortal de todos los siglos los homenajes de adoración de todos los tiempos y de todos los hombres... ¡Oh! ¡Qué gran Santo es san José! Superior a los mismos ángeles, ocupó en la tierra el lugar de Dios: el de Dios Padre por ser padre adoptivo de Jesús; el de Dios Espíritu Santo como esposo de María, y aún el de Dios Hijo, porque todas las leyes reputan al hijo una misma cosa con su padre. ¿Quién, pues, no tendrá confianza ilimitada en el poder de san José?

Punto segundo. San José quiere socorrernos. El amor a los hombres en el corazón de los santos es a proporción del que tienen a Dios. ¿Y qué santo amó más a Dios que san José? Las pruebas del verdadero amor son las obras. Y ¿qué hizo san José para su Jesús? ¡Cuántas congojas, cuántas vigiliadas, cuántas privaciones y trabajos no pasó san José! Nazaret, Belén, Egipto, Jerusalén... basta recordar estos nombres para convencerse del finísimo amor de san José a su Dios... Pues con ese mismo amor ama a los hombres todos, causa con sus pecados de pruebas tan rudas de amor. Yo soy José, pareceme decir este excelso patriarca al alma su devota al descubrirle su poder y gloria: yo soy José, no temas: cobra ánimo, y ten confianza; pues tanto poder y grandeza tanta se me han dado para favorecerte. ¡Pobrecilla alma pecadora!, ven a mí, arrójate con confianza ilimitada en los brazos de mi protección. ¿Eres huérfana? Yo seré tu padre. ¿Andas divagando sin tener fijos tus deseos? Yo seré tu guía. ¿Estás triste?, ¿gimes?, ¿lloras? Yo seré tu consolador... Yo soy José, el guardián de los tesoros del Rey del cielo, el dispensador de todas sus gracias, el ángel de su consejo, su vicegerente, otro Dios sobre la tierra. Y todo esto por ti, para tu bien... ¡Pobrecilla y débil criatura! No desmayes; invócame con confianza: yo soy José, que puedo y quiero salvarte en todas tus necesidades... ¿Desconfiarás aún de las bondades de san José, oh devoto del Santo? ¿Temerás acudir a él en demanda de socorro? ¡Menester sería desconocer su paternal bondad!

Punto tercero. San José debe socorrer a sus devotos. El gran poder y dignidad que posee este glorioso Santo, no se los ha dado el Señor para su propio provecho, sino para que los emplee en nuestra salvación. Por nuestra salud y la de todo el pueblo cristiano constituyole Dios príncipe de todo su reino y Señor de su casa y tesoros. San José es como el padre y provisor común de todos los fieles, porque el eterno Padre, al elegirle para hacer sus veces con su divino Hijo, quiso que fuese asimismo padre de los hermanos adoptivos del divino Jesús. Así, pues, como san José estaba obligado por su oficio a socorrer al Hijo unigénito de Dios Padre, así lo está también a atender a las

necesidades de sus hijos adoptivos. Su corazón paternal no puede desoír los clamores de sus hijos que claman a Él en la necesidad. —La conservación de su buen nombre obliga suavemente al Santo a socorrernos. Si alguno pidiese un favor con confianza a san José, y fuese desatendido, ¿no es verdad que podríamos argüirle diciéndole?: ¡Oh excelso patriarca! ¿Qué se ha hecho de vuestro celebrado poder y bondad? ¿Cómo quedan tantos santos y devotos vuestros, en especial la doctora seráfica de la Iglesia, Teresa de Jesús, que aseguran no haberos pedido cosa que la hayáis dejado de hacer? Luego, pues, poderoso y bondadoso san José, estáis dulcemente obligado a alcanzarme de Jesús y María, que no saben negaros cosa, el favor que os pido a mayor gloria de Dios. No merezco, lo reconozco, por mis pecados ser oído del Señor; pero lo merecéis vos, Santo mío. A todos concedéis lo que os piden; ¿acaso seré yo el primero en experimentar vuestro desvío y desdén? ¡Ah!, no lo espero de vuestra reconocida piedad. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Una de las más ilustres hijas de la Reforma del Carmelo, la venerable sor Ana de san Agustín, tuvo la felicidad de ser visitada al momento de su muerte por san José, acompañado de algunos otros bienaventurados. Las religiosas que la asistían tuvieron también alguna parte en este favor, porque vieron el celestial cortejo que el Señor enviaba a su amante esposa para conducirla en triunfo a los eternos tabernáculos.

La moribunda, viendo su celdita convertida en cielo, dio señales de una alegría extraordinaria, haciendo como podía acogimiento a los huéspedes celestiales que entraban a visitarla; y no pudiendo contener el exceso de su alegría, por tres veces exclamó: “Mis padres, mis padres”. Con estas palabras (que fueron las últimas que pronunció) excitó a las religiosas que estaban presentes, a que considerasen este bello espectáculo y venerasen a san José, que venía con su predilecta hija santa Teresa a buscar su alma para conducirla al cielo. En efecto, una religiosa carmelita de grande virtud, en otro convento, estando entonces en oración, la vio elevarse gloriosamente al cielo entre san José y santa Teresa, seguida de ángeles y de otros santos que formaban el cortejo.

Obsequio. Acudiré en todo peligro y necesidad enseguida al patrocinio de san José, poniendo todos mis negocios en sus manos.

Jaculatoria. Poderoso protector y padre mío san José, asistidme y valedme en vida y en la hora de mi muerte.

Día XVI

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, patrón de la infancia

Composición de lugar. Mira a san José fugitivo a Egipto con el niño Jesús cubierto con su pobrecita capa.

Petición. Poderoso san José, guardad a la tierna infancia de todo mal y peligro de alma y cuerpo.

Punto primero. Necesidad de protección. –No hay edad más necesitada de socorro que la infancia. En ella el hombre, de peor condición que muchas bestias, no puede valerse, y sin el socorro de una mano poderosa y amorosa no viviría. Miles de enemigos le cercan. El hambre, el calor, el frío, sobre todo su impotencia absoluta, le imposibilitan de defenderse contra tantos enemigos y hacerse a ellos superior. Donde no hay una madre amorosa que proteja la debilidad de la infancia, muere; donde no hay almas caritativas que reemplacen a las madres naturales crueles, deja de existir. Testigos: la China y otros países en donde tantos miles de infantes perecen todos los días comidos por los perros o cerdos, o ahogados, o muertos violentamente. ¿A quién acudir en demanda de socorro para tantos infelices? ¡Oh, no hay otro mejor protector que el glorioso san José!

Punto segundo. San José protege la infancia del niño Jesús y de los niños que a él se consagran. –Nada hay más tierno y consolador que el contemplar la providencia de Dios nuestro Señor, que a cada necesidad provee del conveniente remedio. Si el niño Jesús, a pesar de ser Hijo de Dios, aparece rodeado de todas las miserias y debilidades de un tierno infante, menos el pecado, provee en san José un ayo y protector que le defenderá de ellas. Sí, san José aparece siempre como el ángel tutelar, el padre amorosísimo del Infante Jesús. Búscale abrigo en Belén, y al verse repelido por aquellos duros habitantes, búscale una cuevecita, y allí le adora, le calienta, le acalla, le protege de las inclemencias del tiempo. Un rey inhumano y cruel trata de dar muerte al infante Jesús, y envía satélites por todas partes, y mata a miles de infantes; mas san José salva al Salvador del mundo con su precipitada fuga a Egipto. ¡Oh, contempla, devoto josefino, en esta huida, al Santo cómo cubre con su manto al tierno Infante en aquel largo y penoso viaje, para guarecerlo contra las inclemencias del tiempo! ¡Cómo le envuelve con su pobre capa, y le estrecha contra su pecho para calentarlo! ¡Cómo le lleva en los brazos, cómo le da de comer y le mece y le acaricia y le regala! Providencia de Dios Padre era san José para con su Hijo Jesús en este mundo, y como tal cuidábase amoroso, protegíale cuidadoso, y proveíale de todo lo que había menester. Y el infante Jesús en brazos de san José lo tenía ya todo: nada temía, de nada cuidaba. A ti me ha confiado mi Padre celestial, decíale el pobre Jesús; tú serás mi ayuda y sostén en mi infancia. ¡Oh Santo bendito!, verdaderamente no puede hallarse otro patrón mejor que tú para proteger a la infancia desvalida, porque protegiste al mejor infante, Cristo Jesús. ¡Benditos infantes que desde su concepción en el seno materno están consagrados a ti, y están puestos bajo tu patrocinio, tu protección soberana! ¡Qué felices pasarán los azares de la vida! Madres de familia, poned vuestros hijos bajo la protección especial de san José, y los veréis crecer en edad, sabiduría y gracia, como crecía Jesús.

Punto tercero. ¿Qué hacemos nosotros para proteger a la infancia? No hablemos de la obra de la Santa Infancia destinada a salvar miles de niños abandonados entre los infieles, obra que recomendamos a todos los devotos del Santo sobremanera, y pedimos para ella sus limosnas; hay otros infantes entre nosotros que reclaman asimismo toda nuestra protección. Unos abandonados por madres mercenarias o

pecadoras, o que les procuran la muerte antes que vengan al mundo; otros expuestos al vicio y a la prostitución antes que sepan casi darse razón de lo que es malo; y todos o la mayor parte en peligro de perder sus almas (que es lo que más vale de este mundo), por los escándalos de palabras, de escritos, de láminas, etc., etc., o porque corrompen su inteligencia con el error que se les comunica en las escuelas laicas, de perdición y sin Dios. Contra todos estos y otros innumerables e inminentes males que amenazan a la débil infancia, aprovechemos el patrocinio de san José, pongamos todas estas obras bajo su protección, presentemos nuestras oraciones a Jesús y a María por manos del Santo, y la suerte de la infancia se mejorará. ¡Oh Santo protector de la infancia, que libraste a Jesús de las celadas y persecución de Herodes que quería darle muerte! Libra a la infancia desvalida de las asechanzas del herodes infernal que quiere matar sus almas, robarles su inocencia y su gracia, para que, libres de sus garras, alcancen la salvación eterna. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Un sobresaliente por la medalla de san José*

En el libro de la devoción de san José, por F. P., se refiere un hecho que nos prueba con cuánta benignidad escucha san José los ruegos de sus devotos. Vivía un joven militar, capitán de infantería, el cual deseaba vivamente obtener el grado de subintendente. Mas para ello era preciso sufrir un serio y riguroso examen. Cuando se creyó suficientemente preparado y con sólidas esperanzas de feliz éxito, se presentó a los examinadores. Pero ¡cuál no fue su pena y desencanto, cuando vio que solamente había obtenido el número quince entre los aprobados, siendo tan sólo seis los que debían ser admitidos! Profundamente humillado por tan infeliz éxito y descorazonado por completo, había resuelto no presentarse más. Para dicha suya tenía una hermana religiosa de gran virtud, perteneciente a un Instituto de mucha observancia. Sabedora ella del acobardamiento de su hermano, le escribió una carta incluyendo una medalla de san José, y animándole a poner en él toda su confianza y a que volviera a tentar el vado, esperando del angelical esposo de María el resultado apetecido.

Herido el buen militar por la exhortación de su hermana, a quien mucho quería, se colgó al cuello la medalla del santo patriarca y se dispuso a un nuevo examen. Sus esperanzas salieron satisfechas, pues no sólo fue admitido, sino que también tuvo la honra y consuelo de sacar la primera nota entre todos los candidatos. ¡Cuántos otros pudiéramos citar, que debieron a su devoción por san José análogos triunfos!

Obsequio. Procurar la fundación o sostenimiento de escuelas católicas, especialmente de párvulos, para que en ellas se eduque cristianamente la infancia.

Jaculatoria. Glorioso san José, ayo y pedagogo del niño Jesús, guardad la infancia y niñez cristianas en el santo amor y temor de Dios.

Día XVII

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

San José, patrón de la juventud. Elección de estado.

Composición de lugar. Contempla a san José, joven gallardo, casto, puro, santo, trabajando y ganándose el pan honradamente con el sudor de su rostro.

Petición. Joven san José, haced que os imite en vuestra santa juventud.

Punto primero. Juventud de san José. –Deslizábanse tranquilos los días del joven José, ocupado en las faenas de modesto carpintero. Aunque descendiente de David y con derecho a ocupar su trono, que un usurpador poseía, no se valió de la intriga ni de ninguna mala arma para recuperarlo. Adorando la bondad y providencia de Dios, cuya mano paternal descubría en todos los sucesos de la vida, vivía tranquilo en su humilde posición ganando el pan con el sudor de su rostro. Su tiempo lo compartía entre la oración y el trabajo y las obras de caridad con el prójimo. Sin dejarse arrebatarse jamás del fuego de desordenadas y criminales pasiones, sujetó su cuerpo y su carne al espíritu para ser modelo de todos los estados y de todas las edades.

Obedecía a sus mayores, honraba a los ancianos, socorría a los menesterosos y guardaba el lirio inmaculado de la pureza y de la virginidad con su vigilancia, oración y mortificación. Nunca se le vio ocioso, jamás se asoció con malos compañeros, vivió siempre en el santo temor y amor de Dios. ¿Lo haces así tú, devoto josefino? Tu juventud, tu vida ¿es semejante a la de san José? Humíllate y propón la enmienda.

Punto segundo. Juventud de Jesús, bajo la tutela de san José.

El Hijo de Dios, que vino al mundo para ser modelo de todos los estados de la vida, pero más especialmente de la juventud, debía darnos ejemplos eficaces en esta edad la más peligrosa de la vida. Esto hizo estando sujeto por espacio de treinta años a María y a san José. El amor y deseo de independencia pierden a la incauta juventud, y Jesús estando obediente toda su juventud nos enseña a cobijarnos bajo su patrocinio si no queremos perecer. San José, que guardó la juventud de Cristo teniéndole obediente en su compañía y en su taller, guardará la de todos los jóvenes si al Santo bendito se encomiendan y quieren seguir sus avisos, sus enseñanzas y su ejemplo. Tengo para mí que la causa principal de perderse la inmensa mayoría de la juventud, es por no cobijarse bajo el manto protector de san José. No hay otro Santo que tenga gracia igual que él para preservar a la juventud de un naufragio cierto en su inocencia. ¿Por qué pues, no la beneficiamos? Búsquense enhorabuena a otros santos por patronos y protectores de la juventud, pero no se olvide de poner al frente a san José, pues aparte de que el Santo bendito tiene gracia especial para socorrer en toda necesidad, la tiene especialísima para proteger, guardar y guiar a la juventud, porque fue el guía, custodio y tutelar de la juventud del Hijo de Dios. No se olvide esto al fundar congregaciones para la juventud: la causa porque no prosperan todo lo que deberían es por no estar bajo el patrocinio especial de san José. Enmendémonos y beneficiemos este tesoro celestial. –Además joven cristiano, en la protección del Santo hallarás consejo y acierto feliz en tu elección de estado. Invoca a san José, ora y toma consejo de personas temerosas de Dios, y no errarás en un asunto tan importante, pues de su acierto depende principalmente tu paz y felicidad temporal y eterna.

Punto tercero. Nuestra juventud. –¿Cuál ha sido nuestra juventud? ¡Ay!, olvidados de acudir a la protección del Santo, fácil será que no solo haya sido borrascosa, sino desastrosa. Tal vez no hemos dejado prado sin que esté manchado con nuestras disoluciones. Tal vez hemos sido piedras de escándalo de la juventud, agentes los más activos de Satanás, y hemos robado la gracia de Cristo a innumerables almas, las hemos hecho esclavas del vicio y del demonio, y las hemos arrojado a la perdición eterna.

¡Perdón, Dios mío! Haced que con nuestros buenos consejos, oraciones y ejemplos os salvemos muchas más almas de las que os hemos perdido. Haced, Dios mío, que predicando y propagando entre los jóvenes la devoción al santo patriarca, bajo cuya obediencia pasasteis vuestra juventud, los preserve de caer en el precipicio del error y del pecado, hacia el cual corre desalada la inexperta juventud.

¡Oh glorioso Santo mío, santo de nuestro corazón, glorioso san José! Alcanzadnos a lo menos acabar los años de nuestra vida bajo vuestra protección, y propagando con sin igual ardor vuestra devoción, ya por desagraciaros a vos y a mi Dios, ya para salvar innumerables almas, que sin vuestra protección paternal y poderosa se perderán irremisiblemente. ¡Oh san José, protector de la juventud, salvadla por Jesús y con Jesús!

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Curación obtenida por san José*

Un estudiante estaba reducido a no poder casi seguir sus estudios por causa de su mala salud. El catedrático le aconsejó que hiciese una novena en honor de san José, y el estudiante se resolvió a hacerla con firme esperanza de curar. Pero apenas la comenzó, se encontró mucho peor que antes, de modo que le fue forzoso guardar cama. Viéndose en este estado, en vez de desmayar, dijo con confianza: *Tanto mejor, con esto se verá más manifiesto el poder de san José.* Dijo verdad, porque al fin de la novena se encontró perfectamente sano y con bastantes fuerzas para volver a emprender sus estudios y poder seguir a sus condiscípulos. Poco tiempo después, habiéndole avisado su hermana que se hallaba enferma, le respondió que él sabía un remedio específico que la curaría; que no tenía más que invocar a san José, y que él, que había curado al hermano, curaría también a la hermana, y así fue.

Obsequio. Procurar que todos los jóvenes se pongan bajo la protección de san José. Fundar o propagar Congregaciones en su nombre.

Jaculatoria. Poderoso san José, haced que toda la juventud cristiana crezca como vuestro niño Jesús en sabiduría, edad y gracia.

Día XVIII

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, patrón de los sacerdotes, de las vírgenes y de los casados.

Composición del lugar. Haz cuenta que el eterno Padre dice: “Id a José y haced todo lo que él os diga o enseñe con su palabra y ejemplo”.

Petición. Enséñame, poderoso protector mío, a cumplir todos los deberes de mi estado.

Punto primero. San José, dado por Dios por patrón universal de la Iglesia, así como es modelo perfecto de todas las virtudes, debía serlo también de todos los estados: virgen, por su castidad angelical y perpetua; casado, por su matrimonio con María; custodio y padre nutricio de Jesús; todos los estados pueden de él aprender, porque nada hay en san José que mancillase el brillo de su pureza virginal, nada que enturbiase su fidelidad conyugal, nada que deslustrase el cumplimiento de sus deberes con el Hijo de Dios. Siempre virgen, y siempre custodio fiel de Jesús y de María, por la unión más concorde de voluntades es modelo en todo sin igual el glorioso Santo, queriendo Dios juntar en él por maravilloso consorcio, la excelencia de la virginidad con la fecundidad del matrimonio y las funciones del sacerdocio. Virgen y esposo, casado continente y padre; patriarca y profeta, confesor y mártir... todas las excelencias que ha concedido el Señor a algún santo las hallamos en san José, y en un modo eminente y perfectísimo. Por eso todos podemos y debemos aprender en el Santo. –Los sacerdotes debemos aprender el modo de tratar a Cristo Jesús, de desempeñar bien nuestros sagrados ministerios. Sí, aprendamos los sacerdotes, de san José. Porque si el sacerdote es ministro de Cristo, embajador de su ley, tanto que se identifica con la persona de Cristo, Hijo de Dios, mediador entre Dios y los hombres, pastor y guía de Israel, luz del mundo y sal de la tierra, ángel del Dios de los ejércitos, coadjutor de Dios, corredentor, Dios con él, todos estos títulos convienen al patriarca san José.

Si el sacerdote ha de dispensar y tratar todos los días los misterios de Jesús, y celebrar u ofrecer el Sacrificio de Jesucristo al eterno Padre, si ha de ser santo y puro de alma y cuerpo, ¿quién puede serle mejor guía y modelo que san José? Él desempeñó dignamente todos estos oficios. Las manos del sacerdote deben ser puras, porque tocan el cuerpo de Cristo. ¿No lo tocó san José? Sus labios deben ser puros, porque tocan la sangre de Cristo. ¿No la tocó san José? Sus ojos deben ser puros, porque miran al Autor de toda pureza, oculto bajo los accidentes de pan. ¿No le miró san José bajo los tiernos miembros de delicado infante? Su vida debe ser pura, porque la pasa en unión de Jesús. ¿No fue esta la vida de san José? Su trato y comunicación deben ser puros, por serlo con Jesús. ¿No lo hizo así san José? ¡Oh, venerables sacerdotes! Seamos devotos del excelso patriarca, y el nos enseñará el modo de portarnos dignamente con su hijito Jesús, en el trato frecuente con El.

Punto segundo. Aprendan, las vírgenes, de san José virgen. Después de María no hallarán las vírgenes modelo más raro y perfecto que el que les ofrece san José. Modelo de recogimiento y de vida interior, san José mortificaba sus sentidos, y toda su atención la ponía en Dios, a quien amaba con inexplicable amor. Desapegado de honras, riquezas y amor de criaturas que quitan la pureza del afecto del corazón, san José no suspiraba más que por la unión con Jesús, su Dios: oraba, vigilaba sobre sus sentidos y los afectos de su corazón, se mortificaba. Humilde, modesta, vigilante,

mortificada: he ahí las virtudes de una verdadera virgen del Señor. Sin esto seréis vírgenes necias, que no os admitirá el Esposo a las bodas eternas. Tened un santo orgullo, porque las vírgenes sois las flores del jardín de la Iglesia y la porción más noble del rebaño de Jesucristo, las primicias de la grey del Señor, las columnas y la corona de la fe y las perlas de la Iglesia. Pero ¡ay! Que esta virtud celestial, angelical, es candidísimo lirio que fácilmente puede ajarse; limpísimo espejo, que con leve soplo puede empañarse; tesoro de valor inestimable en vasos quebradizos, que pueden fácilmente romperse... Por eso ninguna precaución será excesiva, ninguna vigilancia por demás, a fin de evitar se pierda joya de tan inestimable precio. Huid, pues, no sólo del pecado, como san José, sino hasta de las ocasiones y peligros de pecar. Bien se lo merece tan preciosa joya. Os lo enseña con su ejemplo san José. Imitadle. Orad, vigilad, mortificaos, porque todo el mundo está puesto en la maldad.

Punto tercero. San José, modelo de casados. –En el matrimonio de san José con María debemos admirar en verdad el triunfo de la pureza. Pues conociendo y reconociendo el voto de virginidad que habían hecho entrambos, se compromete el uno a ser guardia de la virginidad del otro. Matrimonio, dice san Agustín, tanto más firme cuanto las promesas que se hacen son mas inviolables, porque son más santas. El fruto sagrado de este matrimonio fue el Salvador del mundo, pues es el fruto, ornamento, precio y recompensa de la virginidad de María, verdadera y virginal esposa de san José.

Aprendan los casados de este Santo la fidelidad y concordia de voluntades. San José guarda a María, san José vive en paz con María. No hay en María cosa que le desagrade, ni la Virgen la halla en san José. Casados, ¿es esta vuestra vida? ¿Es esta vuestra conducta? ¿Vivís en paz? ¿Sois fieles a las promesas sagradas? ¿Poseéis con honor vuestro estado conyugal? ¿Sois continentales, sois castos en vuestro estado? ¡Ah!, ¡no seáis abyectos como el caballo y el mulo que no tienen entendimiento!

Miraos en el espejo del matrimonio virginal de María y José, y confundíos, pues, aunque más es de admirar que de imitar su conducta virginal, no obstante, nada os exime de ser fieles, castos, concordantes y pacíficos en vuestra vida. Convertíos y enmendaos.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *San Francisco de Sales*

Aunque no nos constan las gracias extraordinarias que se cree que el santo Doctor de Ginebra recibió de san José, con todo, importa dejar consignado el afectuoso amor que le profesaba este distinguido maestro de la vida espiritual y ejemplar perfecto de santos prelados. Siempre que este mansísimo pastor habla en sus escritos del padre nutricio de Jesús, hácelo con todo el aprecio y con toda la efusión de su alma, siendo buena prueba de ello, no solo el decimonono de sus entretenimientos espirituales, consagrado todo a publicar las glorias del Santo, mas también el Tratado del amor de Dios, que dedicó al santo patriarca como a su protector y querido maestro.

Invitado por el P. Bernaud, rector de la casa profesa de Lyon, a que predicara en aquella iglesia las glorias josefinas en el día de la fiesta del Santo, respondiolo con su acostumbrada mansedumbre y suavidad: “Padre mío, llegó vuestra reverencia tarde, porque estoy ya comprometido, y rara vez he podido felicitar me de haber predicado dos veces en un día; sin embargo, acepto su ofrecimiento en obsequio de mi gran patrono, y consiento predicar hoy una segunda vez”.

El mismo san Francisco quiso que esta riquísima devoción, que había llenado de suave perfume su corazón y su boca de dulcedumbre, fuese como la leche para criar en sólida piedad a las primeras Hijas de la Visitación, Orden que acababa de fundar para mucha gloria del Altísimo.

Dioles al santo patriarca por guía y patrono, y la primera iglesia que para ellas levantó en Annecy la consagró al castísimo esposo de María, dándole por titular al mismo san José. En fin, deseoso de perpetuar en aquel religioso Instituto una prueba siempre viva de su filial y tierna devoción al santo jefe de la Sagrada Familia, entre otras reglas que dio para las novicias, una fue aquella en que les recomienda con especial encarecimiento que consideren y amen a san José como a su maestro y su guía en los senderos de la vida interior y en todos los oficios, así de María como de Marta, a que sean llamadas como esposas de Jesucristo. En la víspera de su santa muerte estaba el mencionado padre Pedro Bernaud velando al santo prelado en su grave dolencia, y habiendo tomado el breviario del enfermo para rezar Horas, no encontró en él otra estampa que una imagen de san José.

Por último, teniendo el mismo padre que partir de su casa de san José, en Lyon, fue a despedirse del santo Obispo, y le dijo que le ofrecía todos los servicios y obsequios de todos los padres de la casa profesa; a lo que contestó el devoto moribundo con angelical dulzura y con acento lleno de piedad: “¡Oh, padre mío! ¿No sabe vuestra reverencia que soy todo enteramente de san José?” Estos fueron siempre sus afectos, y con ellos expiró santamente en la paz del señor.

Obsequio. Cumpliré con fidelidad las obligaciones de mi estado, tomando por modelo y representándome a menudo el ejemplo de san José.

Jaculatoria. Haga yo, Santo mío, lo que deba, y suceda lo que Dios quiera.

DÍA XIX

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

San José, patrono especial de los maestros, ayos o pedagogos de la niñez y juventud.

Composición de lugar. Contempla al eterno Padre que dice a todos los que cuidan de la juventud: “Acudid a san José, y él os enseñará el modo de educarla perfectamente”.

Petición. San José, ayo de Jesús, enseñadme la ciencia de los santos.

Punto primero. No hay cargo más importante ni de más trascendencia que el de maestro. Nacemos todos ignorantes e inclinados al mal, y si no hay quien desvanezca con la verdad nuestra ignorancia y reprima con la práctica de la virtud nuestras perversas inclinaciones, no seremos otra cosa que seres los más abyectos y degradados de toda la creación. Por esto el más importante y necesario de todos los cargos es el de enseñar. Este confió Jesucristo a sus apóstoles, este tienen de derecho natural los padres de familia, este ejercen los maestros por delegación de ambos.

No se puede ser buen pedagogo sin imitar al modelo de educadores san José. Él tiene este encargo del cielo, él es el más distinguido de todos, ya se considere el fin de su pedagogía, ya el Infante a quien educó.

Formar el corazón con la virtud, la inteligencia con la verdad, hacer probos y honrados ciudadanos, buenos hijos, respetables padres, gloriosos moradores de la celeste Sion, después de haber pasado por el mundo haciendo bien a todos, es sin disputa alguna el más bello, honroso y provechoso cargo. Esto hace el pedagogo. ¡Ojalá fuésemos todos, cada uno en nuestro estado, buenos y perfectos pedagogos! ¡Cuán presto se regeneraría el mundo actual!

Punto segundo. San José, acabado modelo y patrón de los ayos, maestros y pedagogos que forman a la juventud. San José fue elegido por el eterno Padre para pedagogo de su Hijo Jesús, y san José cumplió perfectamente este cargo el más honroso. Ningún maestro ha tenido jamás en sus escuelas a discípulo más distinguido y sobresaliente que el que tuvo san José. Ningún discípulo ha habido ni puede haber en el mundo más excelente, más dócil y aprovechado que el que educó san José. Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María, esposa de san José, fue discípulo de san José, obediente a su voluntad hasta los treinta años. De Jesús fue maestro, padre y ayo, preceptor, guía y compañero san José. Aunque no necesitaba la sabiduría del eterno Padre de instrucciones, no obstante las recibía de san José, así como oía a los doce años a los doctores de la ley en el templo y les preguntaba y proponía dudas. Así como crecía en edad, sabiduría y gracia el buen Jesús, según frase del Evangelio, recibía del santo pedagogo las advertencias y lecciones según su edad. Porque Cristo fue introducido ordenadamente en el mundo, según frase de un santo padre, y por lo mismo no debía anticiparse en lo exterior a las leyes naturales, ni prescindir de lo ordinario de ellas en todas las cosas.

¡Oh!, no se sabe aquí qué maravillar más: si la humildad del Hijo de Dios, o la dignidad y confusión del santo patriarca, al ver cómo Jesús recibe con humildad y agrado las lecciones que le da el Santo en horas y días consecutivos, conforme a su edad y al apuntar de su inteligencia.

Punto tercero. ¿Cómo cumplimos nosotros este encargo? Todos en este mundo somos maestros, pedagogos o ayos que podemos enseñar santamente a nuestros prójimos. Quien con las palabras, quien con los consejos, y todos con el ejemplo, podemos y debemos enseñar la verdad y la virtud. A cada uno ha mandado Dios que cuide de su prójimo. Los padres deben enseñar a sus hijos; los maestros a sus discípulos; los amos a sus criados; los superiores a sus inferiores; los que escriben a sus lectores; los iguales a sus compañeros. Solo el hombre que no vive en sociedad está exento de este deber... Mas, ¿cómo cumplimos este deber tan universal e ineludible? ¿Cómo se aprovechan los discípulos de nuestras enseñanzas? ¿Salen de nuestra escuela aprovechados en la virtud? O tal vez ¿destruimos con nuestro mal ejemplo lo que edificamos con nuestras palabras? ¡Cuán pocos imitadores tiene en este punto el glorioso san José! Al contrario, son malos muchos maestros, son maestros de iniquidad, y sus escuelas son escuelas de Satanás, porque no imitan al Santo, no ponen bajo su protección sus enseñanzas y sus colegios.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Un grande número de personas fueron preservadas, y otras curadas, por intercesión de san José, de una peste devastadora que afligía la ciudad de León el año 1638. Entre estas un niño de siete años, hijo de un abogado de la misma ciudad, fue atacado de este terrible mal, con todas las señales que presagian próxima e inevitable muerte. Su padre, como cristiano, no perdió el ánimo: dirigióse, pues, a san José, y le prometió ir nueve días sucesivos a oír misa a su iglesia, mandar encender velas en su honra, y, en fin, colocar junto a su altar un testimonio del beneficio debido a su intercesión si le salvaba de la muerte a su hijo. Entretanto vinieron los médicos a visitar al niño, y le hallaron en tan deplorable estado, que luego le mandaron al lazareto, no dándole más que dos horas de vida. Así se hizo: y llegados apenas al hospital, el niño se halló súbitamente curado. Por lo que el padre, lleno de reconocimiento a su glorioso bienhechor, trató luego de cumplir el voto que había hecho a san José.

Obsequio. Procurar con toda nuestra influencia que sean católicos prácticos los maestros o ayos de la niñez y juventud.

Jaculatoria. Glorioso san José, modelo de buenos maestros, guardad de malos maestros a la juventud.

DÍA XX

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

San José, patrón especial de los obreros.

Composición de lugar. Imagínate ver a san José con el niño Jesús trabajando de carpintero en la modesta tienda de Nazaret.

Petición. Oh bondadoso san José, haz que ame y glorifique a Dios con mis trabajos en esta vida y gane la eterna.

Punto primero. San José, para ser con verdad patrón de los obreros, era conveniente que pasase la vida en el taller trabajando. Así como fue elegido por Pontífice, que interpelase para con nosotros en el cielo, Jesucristo, varón tentado en todo y semejante a nosotros y rodeado de enfermedad sin pecado, para que pudiese condolerse de los que ignoran y yerran, según san Pablo; era asimismo conveniente que el patrón universal de la clase obrera, fuese obrero y estuviese curtido en sus trabajos y necesidades. San José, aunque hijo de cien reyes y a quien de derecho tocaba gobernar la Judea, vino a menor fortuna y ejercía el oficio de carpintero en Egipto, Judea y Nazaret, y ganaba el pan con el sudor de su rostro. Como justo, jamás exigió de los trabajos que hacía un céntimo más de su valor. Con empeño y con toda perfección y ahínco trabajaba el modesto artesano en su modesto taller, dechado de las familias cristianas. San José, en compañía del divino aprendiz, Hijo de Dios, acepillaba, aserraba la madera, y fabricaba con primor y destreza mesas, puertas y ventanas, arados y yugos. No defraudaba del jornal ni trabajaba menos de lo convenido. Con todo, el Señor permitía a veces que se hallase sin jornal y sin trabajo, para que sirviera de modelo y edificación a los obreros en este punto por su resignación. “Siempre y cuando nos veíamos en aprietos (reveló a santa Brígida la Virgen), dificultades y pobreza, sin darnos Jesús oro ni plata, exhortábanos a la

paciencia, y nos guardaba de ambicionar felicidades de otros. Las cosas necesarias nos venían a veces por manos de personas piadosas, y otras de nuestro trabajo, de manera que tuviéramos lo necesario para el sustento, y no lo superfluo". ¡Qué hermoso modelo para los que trabajan y sufren! ¿No querrás tú imitarlo, devoto josefino?

Punto segundo. San José, modelo y protector de los obreros y de cuantos se hallan en inferior condición. —Oigamos con gran reverencia y grabemos en nuestro corazón las enseñanzas de nuestro santísimo padre, el sapientísimo León XIII. Dice así: "San José, de sangre real, unido en matrimonio a la mayor y mas santa de todas las mujeres, padre en la opinión de los hombres, del Hijo de Dios, a pesar de todo esto pasa su vida trabajando, y con el trabajo de sus manos y el ejercicio de su arte procura cuanto es necesario a la sustentación de los suyos. No es, por lo tanto, si se busca la verdad, abyecta la condición de los más pobres, y no solamente no hay en los trabajos de los obreros deshonor alguno, sino que puede, cuando se le junta la virtud, grandemente ennoblecerse. José, contento con lo suyo, aunque poco, sufrió con ánimo igual y levantó las estrecheces que van necesariamente unidas a aquella escasez de los medios de sustentarse, es decir, que siguió el ejemplo de su Hijo, el cual habiendo tomado la forma de siervo, con ser Señor de todas las cosas, abrazó de voluntad la mayor pobreza e indigencia". Hasta aquí el sapientísimo León XIII. ¿No es verdad que convencen estas razones y presentan a san José como el más acabado modelo de todos los obreros y de todos los que sufren la pobreza? Imitémosle, y como el Santo seremos felices en el tiempo y por toda la eternidad.

Punto tercero. "En el pensamiento de estas cosas, prosigue el inmortal pontífice, deben levantar sus ánimos y rectamente pensar los pobres y cuantos van sustentando su vida con el salario de sus manos; a los cuales si es concedido sin faltar a su justicia, hacer esfuerzos para salir de la pobreza y alcanzar un estado mejor; sin embargo trastornar el orden por la providencia de Dios establecido, ni la razón, ni la justicia se lo permiten. Y aún más, echar mano de la fuerza, y por medio de la sedición y de los alborotos acometer en esta materia cualquier cosa, necio consejo es, y que la mayor parte de las veces hace mas graves aquellos mismos males por cuyo alivio se tomó. No confíen, pues, los pobres, si son cuerdos, en las promesas de hombres sediciosos, sino en los ejemplos y patrocinio del bienaventurado san José, y asimismo en la maternal caridad de la Iglesia, que en verdad, cada día va teniendo de ellos mayor cuidado". ¡Oh hermanos! ¡Oh obreros de cualquier condición que seáis!, oíd tan hermosas palabras, tan verdaderas y celestiales enseñanzas, y mejorará vuestra condición, y aprenderéis a amar y temer a Dios, y a ser felices acá y en la eternidad por la intercesión y patrocinio de san José. Es esta la voz del más sabio de los reyes y del más amoroso de los padres, y que más se interesa por vuestra verdadera felicidad. Oídle, e imitad a san José, modelo el más perfecto del obrero católico.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

En Málaga, una Conferencia de señoras de san Vicente de Paul vino a la última y más estrecha penuria. No había un céntimo de fondos siquiera. ¿Qué hacer para poder subvenir a los más indispensables gastos, y atender a las necesidades de los pobres que tenía adoptados? ¿Qué hacer? "Ir a José, dice una de las señoras, entusiasta y acérrima devota del Santo, puesto que el gran Faraón siempre contestó así a

los que le pidieron en las necesidades, para que José, fiel custodio y sabio y magnífico ministro suyo, repartiase a cada uno según y como a él mejor pareciese. Vamos a José nosotras también, en la confianza de que nuestros fondos aumentarán, y podremos socorrer con largueza las necesidades de nuestros pobres. Introduzcamos una fotografía del Santo en la caja de los fondos; hagamos alguna promesa al que alimentó al Todopoderoso, y no dudemos del buen y feliz éxito, toda vez que Dios hace maravillas por medio de sus escogidos". Así se proyecta y se realiza en efecto. A los seis días abrieron la referida caja, y hallaron un donativo de dos mil reales, no solo para aquella Conferencia, sino que también igual cantidad para cada una de las otras, que eran cinco de caballeros y tres de señoras.

Obsequio. Procuraré conformarme con la voluntad de Dios en el estado y condición en que me hallare.

Jaculatoria. Bondadoso san José, en unión de vuestros trabajos con Jesús os ofrezco este trabajo a la mayor gloria de Dios.

Día XXI

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

San José, patrón especial de los moribundos

Composición de lugar. Contempla al bendito Santo agonizando en brazos de Jesús y María.

Petición. Muera como vos, ¡oh dulce protector mío san José!, la muerte de los justos.

Punto primero. Hay un instante en la vida, y que ha de llegar infaliblemente, único temible y deseable. Poco importa al fin que todo haya andado mal, si este instante es bueno. Es el momento decisivo del que pende la eternidad feliz o desdichada. Todas las otras cosas son nada en comparación de él, porque un momento nos hace ganar o perder a Dios por toda la eternidad. Este instante, el más solemne de nuestra vida, es a la vez el más angustioso, porque las enfermedades, dolores, tormentos y males que le anteceden y le acompañan son los mayores y más terribles de la vida. Es verdad que todo ese cortejo de miserias no trasciende los umbrales de la eternidad, pero acompáñanle hasta allí. Asoman la cabeza, saludan desde las riberas de la vida a la eternidad, pero se vuelven otra vez o se detienen. San José bendito, porque probó este amarguísimo instante más que todos, fue constituido patrón de los moribundos, porque para él el morir fue inmensamente más doloroso que a todos los otros santos, ya porque le privaba de la presencia corporal de Jesús y de María, ya porque se iba al seno de Abraham después de haber gustado por treinta años de las delicias de su presencia y conversación y trato familiar... Murió san José en brazos de Jesús y de María plácidamente invocando sus santísimos nombres. ¿Qué más podía desear? ¡Oh feliz muerte!, ¡quién te pudiese alcanzar!

Punto segundo. Si la muerte es el eco de la vida, ¿cómo moriremos nosotros? Si ahora fuese, ¿cómo moriríamos? De temer es que una floja vida tenga una triste muerte, que

una vida mala tenga una muerte pésima. Una vida santa trae una santa muerte. ¿Cómo, pues, presumimos alcanzar lo que más nos importa no haciendo cosa conveniente para lograrlo? No todos saben vivir bien, o mejor no quieren vivir bien; y no obstante todos queremos bien morir. No dejemos, pues, lo que más nos importa para última hora, que no sabemos si estará a nuestra mano. ¿Cuántos hay que mueren de repente? ¿Cuántos sin estar prevenidos? ¿Quisiéramos morir como hemos vivido hasta aquí? Si la muerte es el eco de la vida, no tiene derecho a esperar una buena y santa muerte quien llevó vida pecadora, vida estéril, vida de escándalo. Ahora es tiempo de reparar las quiebras del tiempo perdido, que en aquella última agonía no podrá el alma ocuparse seriamente en el negocio que más le importa. Haz ahora una confesión general, devoto josefino, si no la has hecho bien, o no la has hecho en toda la vida; examina tu conciencia, procura ponerte en gracia de Dios, y no dejes para última hora lo que has de hacer ante todo y primeramente que todo. Oye a quien bien te quiere, y no te pesará en el último momento.

Punto tercero. ¿Qué medios hemos de poner para merecer el patrocinio de san José en aquella hora? Vivamos como san José, y moriremos como san José, asistidos de san José, protegidos por san José, en brazos de san José. ¡Oh, qué dulce será morir en brazos de quien tanto nos ama! ¡Quién lo pudiese alcanzar!... Pues vive como san José. Date a la oración, al cumplimiento de tus deberes, al trato familiar con Jesús y María. Guarda castidad, huye de los peligros y ocasiones de pecar, en una palabra, apártate del pecado y practica la virtud como san José, y el santo bendito te asistirá, te consolará, te protegerá, porque es especial abogado y protector de los moribundos. Ningún devoto de san José ha tenido mala muerte. Por experiencia lo podemos asegurar. Obliga al Santo bendito a que te sea abogado y protector en aquella hora, y exclamarás lleno de gozo: ¡Oh, nunca hubiera creído fuese tan dulce morir, y morir en brazos de san José!

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

En cierta casa de huérfanos, una de las recogidas, de edad de diecisiete años, llamada María, desde su infancia tenía sobre la muñeca un tumor del tamaño de una nuez; por largo tiempo los médicos habían procurado la curación de esta dolencia por medio de vendajes y aparatos, y no habiendo dado el feliz éxito apetecido sus constantes esfuerzos, hacía muchos años que nada hacía por curarla. La deformidad en cuestión le era molesta y causaba mucha pena a la pobre doncella. Llena de confianza en san José, propone a sus compañeras el rezar por espacio de nueve semanas una oración a este gran Santo todos los miércoles para alcanzar su curación. Las huérfanas convinieron de muy buena gana con su petición. Desde el primer miércoles el tumor disminuyó, bien que ligeramente; lo mismo se verificó en los miércoles siguientes, y por fin, el último, que fue el 29 de agosto de 1866, había desaparecido enteramente, sin dolor, no quedando más que una mancha colorada como testimonio del prodigio.

Obsequio. Todos los días repetiré por los agonizantes muchas veces: Corazón de Jesús puesto en agonía, apiadaos de los que mueren en este día. *(100 días de indulgencia).*

Jaculatoria. Jesús, José y María, expire en paz con vos el alma mía. *(100 días de indulgencia).*

CUARTA SEMANA

San José, consolador de todos los atribulados. Sus dolores y gozos.

Día XXII

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN.

Sentimientos del corazón de san José en el misterio de la Encarnación

Composición de lugar. Contempla a san José angustiado al ver encinta a su esposa María, sin saber el misterio, y al ángel que le quita toda inquietud.

Petición. Dios mío, dadme a conocer y sentir los dolores y gozos de san José.

Punto primero. La más cumplida alabanza que puede tributar a un puro hombre el Espíritu Santo, la dispensó a san José al llamarle varón *justo*. Si en algún accidente de su trabajosa vida pudo acreditar el Santo que era justo y obraba en justicia, fue al advertir el embarazo de su castísima y virginal esposa María. Ignoraba san José el misterio de la encarnación del Verbo en las entrañas de María por obra del Espíritu Santo: conocía, por otra parte, la pureza angelical de su esposa, incapaz de cometer el más leve pecado; recordaba al propio tiempo la ley que mandaba fuese delatada la mujer adúltera para morir apedreada... ¿Qué hacer, pues? Batallaban en el corazón de san José el amor a la justicia y el amor a su esposa, y por no faltar a cosa alguna tomó, como justo, el más acertado camino, resolviendo dejarla secretamente.

¡Oh santo mío!, ¡qué lección me dais de justicia y de caridad! vos, teniendo evidentes razones en lo humano para juzgar desfavorablemente del prójimo, no os atrevéis; suspendéis el juicio y lo dejáis a Dios; y yo por el más leve fundamento, y a veces sin él, por pura malicia juzgo mal de mis hermanos, critico sus actos, murmuro de sus buenas obras, y cuando otra cosa no puedo, condeno la rectitud de sus intenciones. ¡Cuánta es mi injusticia, mi maldad! Hazme justo en mis juicios y obras, oh Santo mío, para que al ser juzgado sea absuelto, pues escrito está: “Con la medida que midiereis, seréis medidos”; juicio sin misericordia para aquel que juzgó sin misericordia a sus hermanos.

Punto segundo. Para premiar la fidelidad de su siervo, mandó Dios a un ángel que le declarase el misterio de la encarnación del Verbo y volviese la tranquilidad a su turbado espíritu. “José, hijo de David, le dice el ángel, no temas admitir en tu compañía y permanecer al lado de tu purísima y virginal esposa María, pues lo que ha concebido en su seno es por obra del Espíritu Santo. Sábete que dará a luz un Hijo, y tú mismo le llamarás con el nombre suavísimo de Jesús, porque ha de salvar a su pueblo de todos sus pecados”. Como la suave aurora torna la alegría al mundo después de borrascosa y lóbrega noche, así esta aparición celestial inundó de luz y gozo el alma de san José... Sentimientos de acción de gracias brotan de su agradecida alma al verse

elegido entre todos los mortales por esposo de la Madre de Dios y vicepadre del Hijo del Eterno. Padre Santo, que estáis en los cielos, exclamaría san José, ¿de dónde a mí el inmerecido honor, que fiéis a mi cuidado los tesoros de santidad y justicia que vos mas amáis? Yo, pobre carpintero, ¿he de aparecer a los ojos de todo el mundo padre del Hijo de Dios, he de mandar a Jesús y a María, reyes de cielos y tierra? ¡O ensanchad mi pequeñez, o quitad de mí esta merced; no sea caso, Dios mío, se estimen en poco vuestros dones al ver que los dispensáis a tan baja y vil criatura!... ¡Oh alma justísima de san José! ¡Cómo confunde vuestro ejemplo de gratitud mi olvido en dar gracias al Señor por los beneficios recibidos! En cada momento, Dios mío, como Padre bondadoso llovéis vuestros dones sobre mi; mas ¡cuán pocas veces levanto los ojos a vos para deciros de corazón: Gracias, bien mío, gracias! ¡Oh fidelísimo san José!, alcánzame del Señor el agradecimiento a sus bondades para merecerlas más copiosas.

Punto tercero. Considera, devoto del Santo, cuál ha sido tu aprecio de la dignidad de cristiano. También a tu guarda y fidelidad ha confiado el Señor ricos tesoros de gracias. Te ha hecho hijo suyo por el bautismo, te ha dado su cuerpo y sangre por alimento, participas de su misma naturaleza por la gracia, y te promete su reino y felicidad eterna por recompensa... ¿Cómo has correspondido a tantos beneficios? ¿Qué cuenta has dado al Señor por tan divinas distinciones? ¿Has sido fiel a las promesas que hiciste a Dios? ¿Dónde está la blanca estola de la inocencia lavada en la sangre del Cordero?... ¿No es verdad que una a una y ciento a ciento cayeron sobre ella las manchas del pecado? ¿Has llorado al menos tamaña desgracia como se merece?... ¡Oh mi inocencia y dignidad de cristiano!, ¡y en cuán poco os he tenido! ¡Más inconsiderado que Esaú, vendí mi primogenitura por un sucio deleite, por un cabello de interés, por satisfacer un vil capricho, por una vanidad, por una nadería! Perdón, Dios mío, y revestidme de nuevo con vuestra gracia: la inocencia no es posible; concededme al menos el arrepentimiento para merecer vuestro cariñoso abrazo, que jamás negáis al corazón contrito y humillado... ¡Oh santo mío!, alcanzadme de Jesús esta gracia, para merecer un día cantar con vos sus alabanzas en el cielo. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Una religiosa de uno de los conventos de Capuchinas de Cataluña estaba sumamente afligida por la triste nueva que recibiera de que un hermano suyo había enfermado de gravedad, y lo que es peor todavía, sin querer de ningún modo recibir los santos Sacramentos. Como se hallaba este imbuido en las ideas corrientes en nuestros días contra todo lo que atañe a la religión, la buena hermana temía, no sin fundamento, que muriera impenitente. En tan triste situación, condolidada otra religiosa de la amarga pena que afligía el corazón de aquella hermana, le aconseja el recurrir sin demora a san José, esperándolo todo de su valimiento para con el Altísimo, prometiéndole ella que junto con algunas otras se asociaría a sus súplicas. En efecto, así se hace: y ¡caso extraño!, el mismo día en que empezaron un octavario al santo patriarca, el enfermo pidió reconciliarse con Dios y recibir los últimos sacramentos, aumentando en fervor y deseos de tener una buena muerte en los días sucesivos, hasta que al llegar al octavo, que era un miércoles, expiró tranquilamente, dando muestras de un sincero arrepentimiento.

Obsequio. Rezaré cada día los siete dolores y gozos a san José, o a lo menos todos los miércoles.

Jaculatoria. Glorioso san José, dadme caridad en mis juicios.

Día XXIII

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Sentimientos del corazón de san José en el nacimiento de Jesús

Composición de lugar. Contempla a san José adorando con María al tierno Infante, en la pobrecita cueva de Belén, oyendo los cánticos de los ángeles.

Petición. Dadme a conocer y amar al niño de Belén, Santo mío.

Punto primero. Llega san José con María su esposa, próxima a dar a luz al deseado de las gentes, a la ciudad de Belén, su patria, después de un viaje penoso, y no encuentra casa donde guarecerse del frío de la noche, en la rigurosa estación del invierno. ¡Qué dolor para el corazón de san José!... Para el niño Moisés abandonado a las corrientes del Nilo, hubo una princesa compasiva que le socorrió; mas para Jesús, Rey de cielos y tierra, no se halló un pastorcillo siquiera que le ofreciese albergue en un rincón de su cabaña. ¡Oh dolor para el corazón de san José a vista de tanta crueldad y desvío! ¿Quién no se enoja contra la dureza de los belemnitas al contemplar cómo abandonan a los rigores del frío e inclemencia de la cruda noche a una joven delicada y honestísima, próxima a ser madre, privándose por ello de hospedar en su casa al Dios de los cielos?... Mas tú, devoto del Santo, ¿no has imitado el proceder insensato de estos ingratos? ¡Cuántas veces, ponérselo bien, Jesús ha llamado a las puertas de tu casa por mano del pobre, y le has despreciado! ¡Cuántas por si mismo ha llamado a las puertas de tu corazón, pidiéndote morada en él, y tú, cruel más que los belemnitas, no sólo no has querido oír su voz, sino que a su presencia has dado franca entrada en él a sus enemigos! ¡Qué locura e ingratitud!... Y lo que más sintió san José en esta ocasión fue el recibir tamaño agravio de parientes y amigos... Y tú también has causado este dolor a Jesús y a José cuantas veces has despreciado sus inspiraciones. Que un desconocido me insulte, dice el Señor, lo sufriré con calma; pero tú, devoto de san José, que eres mi amigo y hermano; que tú no quieras darme hospedaje en tu corazón; que me arrojes de él por el pecado, ¡oh dolor!, no puedo ponerlo a paciencia... ¿Qué decimos a estas justas reconvenciones?... Confundámonos y enmendémonos.

Punto segundo. Contempla, devoto de san José, una de las escenas más tiernas que admirar pueden los ángeles y los hombres. El infante Jesús, Hijo de Dios, reclinado sobre unas pajas en un pesebre y envuelto en pobres pañales; María, Virgen y Madre de Dios, arrullando con amor a su adorado Hijo; san José, arrodillado a los pies del divino Niño, derramando copiosas lágrimas de ternura... Adora san José al infante Jesús como a Dios, y como padre adoptivo le toma en sus brazos, le estrecha contra su corazón, imprime un ósculo amoroso en su divina frente, le acaricia, y Jesús agradecido le sonrío... ¡Oh sonrisa del niño Dios, quién pudiera gozarte! Dime, Santo mío, ¿qué sintió tu corazón en estos momentos deliciosos? ¿Cómo te derretirías en amor?... Mas ¡ay! Que llora el tierno Jesús, y sus lágrimas enturbian un tanto el gozo de san José...

Pero Dios envía un coro de ángeles para que con sus suavísimos cantos le acallen juntamente con los cuidados de san José, y acuden también invitados por los ángeles los sencillos pastores para adorarle y ofrecerle presentes perfumados del más acendrado amor. Y el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres cantan gloria a Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad... ¡Oh José santísimo!, descubre a nuestras almas los encantos de tu adorado niño Jesús; da a gustar a nuestros corazones las delicias de la piedad. Muéstranos cuán suave es el trato y amistad con Jesús, y pon hastío en nuestras almas por todo lo que no sea Jesús... Ese hermoso niño Jesús, a quien tú adoras como a Dios y acaricias y regalas como a hijo, reine en mi corazón para siempre, mi querido padre y señor san José.

Punto tercero. ¿Qué siente tu corazón, oh devoto de san José, al considerar este tiernísimo misterio? ¿Qué afectos brotan de él? ¿Qué dices, qué resuelves a la presencia de Jesús, María y José?... Jesús desde el pesebre te predica el desprendimiento más perfecto de todo lo que el mundo ama y adora. ¿No te aprovecharás de tan divina lección?... Riquezas, honores, placeres, son pueriles naderías que desdeña el niño Dios. ¿Por ventura pueden merecer el aprecio de un varón cristiano?... ¡Oh buen Jesús!, a tus pies reconozco que todos los bienes del mundo son como humo que se disipa, flores que se agostan, vanidad de vanidades que pueden atormentar mi corazón, mas no llenarlo y hacerlo feliz. ¡Oh mi divino Jesús!, ¡oh mi pobre y adorado Jesús!, cuanto por mi amor te contemplo indigente y abatido en ese pesebre, tanto eres más rico y apreciable para mi corazón. Tus lágrimas lavan mis culpas, tu pobreza condena mi voluptuosidad y delicadeza; tu humildad cura mi orgullo. Pobrísimos está mi corazón de méritos, desnudo de toda virtud; vil establo ha sido hasta ahora donde se han guarecido toda clase de vicios... Mas, oh piadoso san José, no tengo otra cosa que ofrecer a tu pobre Jesús... Acéptalo, pues, tal cual es y purifícalo... Si más tuviera y cosa mejor poseyera, bien sabes, dueño mío, que gustoso se lo diera... Tan solo arroyuelos de lágrimas de arrepentimiento y dolor pueden brotar de esta tierra ingrata, si tú la hieres con la vara de amores de tu divino Jesús... Hiérela, pues, para que sea purificada con las aguas de la gracia, y broten en ella el lirio y las flores de olor, y sea jardín de delicias donde venga a recrearse y descansar tu Jesús, lo que antes fue para Él lugar de horror y tormento. Ven, Jesús, María y José, ven a mi corazón, y descansa eternamente en él. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *Un lobo convertido en cordero.*

Léese en el mes de marzo, para uso de las parroquias, que había en una familia honrada y cristiana un joven de carácter díscolo o intratable, que rebelde a las órdenes y consejos de su padre, lo tenía sumido en grande amargura y a la familia entera en sumo desconsuelo. Era orgulloso y desobediente contra sus mayores, impetuoso y cruel contra sus hermanos, impaciente de todo freno, sin que se viera remedio para su libertinaje, ni modo de volverlo a buen camino. Un día en que aquel infeliz se había dejado arrebatar de su furiosa ira y depravados instintos, llegó a la familia un buen sacerdote, que había siempre manifestado sumo interés por aquel hijo rebelde, y sintió entonces suma aflicción al oír de labios de los apesarados padres el mal comportamiento que tenía.

¿Qué hizo aquel celoso ministro del Señor para corregir al delincuente extraviado? Mandó que rogasen con gran confianza a san José, y el rogó con instancia por el joven infeliz, encomendándolo de todo corazón al santo patriarca, y poniendo en sus manos el remedio suspirado. Con esto llamó el sacerdote

aparte al mancebo, y le dijo con paternal dulzura: “¿Y es verdad, hijo mío, que te portas tan malamente con tu padre, que lo tienes desesperado y sumido en un mar de amargura, sin saber qué partido tomar para tu enmienda? Mira que Dios espera, y no para siempre. ¿No comprendes que con tal conducta te haces desgraciado a ti mismo y desgraciados a todos los de tu familia? ¡Ea! Es necesario que te reportes y en adelante seas más humano y cariñoso con los tuyos. –Señor cura: ¡no puedo! ¡Este es mi natural, y no puedo vencerme! –La pasión te engaña, hijo: puedes y debes vencerte, y ser otro del todo. ¿Y antes? ¡Bien te conducías como buen hijo! –¡Pues ahora no puedo! –¡Oh!, ¡oh! ¿No puedo? Di mejor: No quiero, y dirás verdad. ¿Con que quieres continuar siendo un bribón, abreviar la vida de tu padre y traspasar a tu madre con cuchillo de dolor? ¿Así quieres tener tu alma sumida en la muerte del pecado mortal, ofendiendo al Señor con tanto descaro?” El joven enterneciose con estas palabras y prorrumpió en llanto. Y el sacerdote, prometiéndose victoria, le dijo: “Hijo mío muy querido, suplicote me prometas que harás violencia a tu natural arrebatado, y estoy seguro que volverás a ser bueno, sumiso y cariñoso con todos los que te rodean y tanto te quieren”. Accedió el joven a su demanda; y el ministro de Dios se salió lleno de satisfacción y con los ojos arrasados en lágrimas. Sus fervientes ruegos a san José habían obtenido feliz resultado, y el lobo se había convertido en manso cordero; como lo demostró en adelante, siendo consuelo de su familia y ejemplar de jóvenes cristianos.

Obsequio. Haré muchos actos de amor ofreciendo mi corazón como cuna al niño Jesús.

Jaculatoria. Ámete yo con todo mi corazón, hermoso niño de Belén.

Día XXIV

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Sentimientos del corazón de san José en la circuncisión de Jesucristo

Composición de lugar. Ver la sangre que derrama Jesús con dolor y gozarme con san José y la Virgen de que se le llame Jesús.

Petición. Santo mío, pronuncie yo con fervor: ¡Viva Jesús, mi amor!

Punto primero. El orgullo del hombre exigía para su reparación el abatimiento de un Dios; la corrupción de la carne reclamaba por medicina la mortificación del hombre-Dios. Conocía el Señor que el origen de todos nuestros males eran la soberbia y sensualidad, y como sabio médico empleó todos los recursos de su sabiduría para curarlos... Jesucristo, sujetándose a la circuncisión, condena nuestra delicadeza y altanería. ¡Cuánta humillación no sufre el infante Jesús en esta dolorosa ceremonia! Era el Santo de los santos, y aparece como inmundo y necesitado de perdón, como cualquier hijo de Adán... Tanto amaba Jesús la humillación, que no le sufrió el corazón esperar al fin de su vida muriendo en una cruz, para hacerse como objeto de maldición; después de nacido se confunde luego con los pecadores... Pondera, devoto de san José, el dolor que experimentaría su corazón al ver correr las primicias de la sangre inocente de su adorado Jesús... Oye sus tiernos vagidos... Lloro san José de compasión. ¡Oh Jesús de mi alma!, exclama san José, ¿Qué tiene que ver con vos la marca del pecador? ¿Por qué imprimís sobre vuestra pura carne el oprobioso remedio del pecado? ¡Oh, el más grande y el más pequeño, el más excelso y el más abatido, el primero y el último de los hijos de los hombres!, cuanto más abatido te contemplo,

mejor eres, Jesús, para mi corazón... ¡Devoto josefino!, confiesa que no tiene cura tu soberbia si no basta la humillación de todo un Dios a arrancarla de tu corazón.

Punto segundo. Suena a los oídos de san José el dulcísimo nombre de Jesús, y cual sagrado conjuro disipa su dolor y llena de inefables consolaciones su alma. Jesús es nombre de grandeza, porque expresa el Dios de los hombres; nombre de dulzura, por ser Padre de los hombres; nombre de poder, porque significa el Salvador de los hombres... Por ello san José adoró el nombre de Jesús por su excelencia, le amó por su dulzura y le invocó con confianza por su poder. ¡Oh Jesús, padre de los pobres y consuelo de los afligidos!, ¡verdaderamente eres Jesús, Hijo mío, decía san José, pues tan presto derramas tu sangre para salud del hombre!... En este momento el Padre eterno, que se complace en ensalzar a los humildes, descubrió a san José todo el fruto de su sangre divina y las ruidosas victorias que este nombre santo reportaría sobre las potestades del Averno, y su eficacia para conseguir del eterno Padre todo cuanto por Él se le pidiese. Contempló postrados de rodillas al oír este nombre suavísimo al cielo, a la tierra, y a los abismos, adorando su soberana excelencia. ¡Qué gozo para el corazón paternal de san José causarían estas nuevas!... Medítalo en silencio... Yo también os adoro, oh Jesús de mi José, y por su intercesión os pido pongáis vuestro divino nombre como un sello sobre mi corazón y mis labios, para que no ame ni suspire sino por Jesús. ¡Oh Emmanuel amabilísimo!, sé para mí Jesús y salud; Jesús a mi memoria, Jesús a mi entendimiento, Jesús a mi corazón, Jesús en vida y en la eternidad.

Punto tercero. ¿Cómo has practicado hasta hoy, devoto del Santo, la humildad y la mortificación? ¿Es Jesús verdaderamente Jesús para tu alma?... Quizás no sabes siquiera qué es humildad, y la necesidad suprema que tienes de esta celestial virtud para salvarte... Por ventura ignoras lo que es mortificación, y huyes de mortificar tus desordenados apetitos como del mal más temible, y buscas medios de halagar y satisfacer tus pasiones, como si en ello estuviese cifrada tu mayor dicha, y evitas con sumo cuidado todo lo que puede ser doloroso a tu sensualidad... ¡Oh devoto del Santo!, yerras, yerras si así pretendes contentar a Dios y salvar tu alma. Siguiendo este camino sembrado de flores que te ofrece el mundo y te exige tu concupiscencia, pararás al fin en tormentos eternos. Los que son de Cristo, dice san Pablo, crucificaron su carne con todas sus concupiscencias; siempre llevan ceñido su cuerpo con la mortificación de Cristo Jesús. No será para ti Jesús, si no te aplicas la medicina que te ofrece, si no aprendes las lecciones de vida eterna que te da... Si quieres reinar con Jesús en el cielo, humíllate con Él en la tierra. Si pretendes gozar de las delicias de su casa y de su gloria, menester es que padezcas con Él. Humildad, mortificación: he aquí las dos condiciones que exige de ti el niño Jesús para salvarte... Humillación, sufrimiento: he aquí las dos lecciones de vida eterna que te da Jesús en su circuncisión para ser Jesús de tu alma... ¡Feliz mil veces, devoto de san José, si las oyes y practicas con fidelidad!... ¡Jesús humilde y mortificado!, reina en mi corazón por gracia eternamente. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

En Villanueva del Conde, obispado de Salamanca, el día 19 de marzo de 1866, estando el pueblo oyendo misa en la iglesia parroquial, se levantó un viento impetuoso, el cielo se vio cubierto de densas nubes, y pocos minutos después de terminado el santo sacrificio y de haber salido los fieles del lugar sagrado, los relámpagos y truenos hacían estremecer a toda la población. Solo el sacristán y algunas devotas de san José habían quedado en la iglesia. Cae un rayo, que viene a dar en la torre de la misma. Dichas devotas, que a la sazón estaban haciendo la novena al santo patriarca, aterrorizadas invocan su patrocinio. Una deslumbradora llama pasa rápidamente por la iglesia, que se llena de espeso humo; el dorado de los altares se casca, la fuerza del rayo hace salir la piedra clave de la portada, y una astilla de la misma puerta va a parar al altar mayor, que dista unos cinco metros, el reloj, el coro y la espadaña vienen a tierra; las piedras de las cornisas son lanzadas a unos cien pies. En el semblante de todos los vecinos se ve retratado el mayor espanto. Sin embargo, las piadosas mujeres que se creían a punto de morir, vuelven en sí, saliendo del templo enteramente ilesas. Es que san José, a quien invocaron, las preservó de todo daño.

Obsequio. Repetiré en todas mis tentaciones: ¡Viva Jesús, mi amor!

Jaculatoria. Jesús, Jesús, Jesús mío, misericordia. (100 días de perdón).

Día XXV

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Sentimientos del corazón de san José en la profecía de Simeón.

Composición de lugar. Contempla a san José, con la Virgen y el niño en el templo, llenos de dolor por la profecía de Simeón, y de gozo por el fruto de su Pasión.

Petición. ¡Oh buen Jesús, no sea en vano derramada tu sangre por mí!

Punto primero. Vivía en Jerusalén un hombre justo y timorato llamado Simeón, que suspiraba y aguardaba al Mesías, y a quien el Espíritu Santo, que en él moraba, había prometido alargar los días hasta ver al Redentor del mundo. Entró en el templo por inspiración del cielo en el momento en que Jesús era presentado por sus padres; tomole en sus brazos, después de bendecir a Dios por haberle dejado ver al Salvador presentado a la faz de todo los pueblos, luz de las naciones y gloria de Israel, y añadió, dirigiéndose a María: “Ese Niño destinado está a ser el tropiezo de muchos, expuesto por blanco de contradicción y para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones, no sin que traspase tu alma una espada de dolor”. El espíritu de san José entrevió de un golpe, en aquel momento en que resonaban todavía tan magníficos vaticinios, las alternativas de gloria e ignominia, de exaltación y abatimiento por donde Jesús había de pasar... Vio los tormentos y fatigas de Jesús... quizás el deicidio... Vio la ingratitud y reprobación de su pueblo, la multitud de malos cristianos que abusarían de las gracias de su Redentor... Vio gran número de réprobos que, volviendo las espaldas a su Jesús, seguirían a Lucifer condenándose eternamente... ¡Oh Santo mío, dulcísimo san José! ¿Qué sentiría vuestro paternal corazón a vista de la crueldad e ingratitud de los hombres para con vuestro Jesús?... ¡Oh dureza de corazones humanos!, exclamaría san José; ¿por qué no queréis vivir

para siempre amando a vuestro salvador Jesús? ¿Por qué convertís con vuestra malicia la medicina en veneno? ¡Oh mi Jesús!, sé para todos Jesús, y no ruina y perdición.

Punto segundo. San José, que participó con su esposa María de la espada de dolor, al ofrecer el niño Jesús como holocausto que volviera a Dios propicio a los hombres, debía participar del dulce consuelo de conocer los triunfos de su hijito Jesús en la resurrección de muchas almas a la vida de la gracia... Fuele dado a san José el comprender en aquella ocasión los numerosos amadores que tendría Jesús; los combates y victorias que por su amor reportarían del mundo, demonio y de sí mismos; vio miles de fieles adoradores de Jesús que sacrificarían, por no abandonarle, su honra, sus comodidades y regalo, y hasta su vida, derramando la sangre generosamente en medio de los más inauditos tormentos. Vio poblarse los desiertos de imitadores de Jesús, y los cielos de santos y bienaventurados por los méritos y gracia de Jesús. Contemplaba, lleno de celestial gozo su corazón, la solicitud con que miles de corazones generosos, en todos tiempos, estados, lugares y condiciones, cifrarían su mayor gloria en ser de Jesús, en militar bajo las banderas de Jesús, en servir a Jesús, en adorar a Jesús, en amarle por los que no le aman, desagraviarle por todos los que le desprecian... ¡Oh glorioso padre mío, san José! ¡Con cuánta verdad se cumple en vos el oráculo del Señor, que dice que dará las lágrimas con medida! Si os entristece, os envía luego el consuelo que anima y vivifica... ¡Oh Dios mío! Dame como a tu siervo san José la gracia de servirte siempre en medio de las tribulaciones de la vida, para no ser confundido en el último día.

Punto tercero. Considera, devoto del Santo, si este divino y amabilísimo niño Jesús es para ti objeto de ruina o de salud. Mira, si deseas conocerlo, cómo le imitas en la humildad, en la mortificación, en el amor de Dios y del prójimo. Examina tu corazón con sinceridad, y descubrirás la semejanza o desemejanza con el suyo... La adversidad sobre todo es la piedra de toque, la prueba de contradicción que pone en descubierto la virtud sólida, o la oculta miseria de tu corazón. ¿Cómo, pues, te portas en la tribulación? ¿Cómo aceptas los castigos y contradicciones que Dios, cual padre bondadoso, te envía para probarte y acrisolar tu virtud y aumentar tus méritos? ¿Crecen con ellos en tu ánimo, como en el de san José, la sumisión y la paz, la resignación y la paciencia? ¿O quizás concedes los primeros momentos a la desesperación, y los demás a una postración sombría?... ¡Oh qué pequeños son nuestros sacrificios en comparación de los del glorioso patriarca! ¡Qué forzada nuestra conformidad! ¡Cuán imperfecta nuestra paciencia!... ¡Oh santo mío! ¡Cuán lejos estoy de imitarte en los trabajos de la vida! ¡Con mi impaciencia agravo el mal, la expiación en mis manos se convierte en origen de nuevas faltas, y en frutos de perdición los medios de conseguir un premio eterno!... ¡Oh Dios de mi corazón! Todas las criaturas cumplen vuestras amorosas disposiciones sin murmurar ni resistir a ellas, y yo sólo ¿no os daré gusto?... No, Dios mío; de hoy mas, aunque repugne a mi sensualidad el cáliz de amargura, lo aceptaré resignado por venir de vuestras manos, repitiendo en la abundancia y en la escasez, en la salud y en la enfermedad, en la exaltación y en el abatimiento, en la compañía y en la soledad: Padre mío, cúmplase en mi siempre vuestra voluntad santísima; bendito seáis por los siglos. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Dos frailes carmelitas descalzos, de Granada, salían de su monasterio, cuando vieron aproximarse a un hombre de avanzada edad, de buena presencia y aspecto venerable, el cual se colocó entre ellos procurando saber de dónde venían. “Del Convento de los Carmelitas”, respondieron ellos. –Mis padres, replicó el desconocido, ¿por qué motivo tienen ustedes tanta devoción a san José? –Es porque nuestra santa madre Teresa de Jesús tenía mucha veneración y respeto a este grande Santo, que la favorecía poderosamente en la fundación de sus monasterios y le alcanzaba del cielo innumerables gracias, y por eso, en reconocimiento, ella dio la invocación de san José a casi todas las casas de la orden que fundó.

“Yo ya lo sabía, continuó el desconocido; miradme a mí, y tened a san José una devoción igual a la de vuestra Madre, y todo lo que le pidieris lo alcanzaréis”; después de cuyas palabras desapareció. Los dos frailes, por más que buscaron, no vieron persona alguna, y volviendo a su convento dieron cuenta al prior de lo que les acababa de acontecer. “Era san José, les dijo él; no fue por vosotros, sino por mí, que tuvo lugar esta aparición; porque yo no era tan devoto de san José como debía; mas de aquí en adelante lo seré”. Este suceso, según se refiere, aconteció en 1584, dos años después de la muerte de santa Teresa de Jesús.

Obsequio. Rogaré por la conversión de los pecadores, y haré a este fin, los Siete Domingos.

Jaculatoria. Jesús mío, misericordia y perdón por los pobrecitos pecadores.

Día XXVI

Por la Señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Sentimientos del corazón de san José en la huida a Egipto.

Composición de lugar. Contempla a san José con María y el niño Jesús huyendo de noche a Egipto con gran sobresalto, consolados por los ángeles y por salvar la vida a su adorado Jesús.

Petición. Líbrame Santo mío, de caer en manos de mis enemigos.

Punto primero. Bien pronto empezó a cumplirse la profecía de Simeón. Herodes tirano, alarmado con la visita de los Magos y con el sentido material de las profecías, tembló por su corona, y para asegurarla maquinó envolver al Mesías en una general matanza decretada contra los niños de Belén. Un ángel del Señor aparece en sueños a san José, y le dice: “Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise”. Comunicó san José tan inesperado anuncio a María, y partieron de noche sin vacilar, llevando en sus brazos al tierno niño Jesús, que causaba, siendo inocente, sus padecimientos... Pondera, devoto de san José, cuántos dolores experimentaría su corazón en este trance. Pobres y sin auxilio en Belén, que era su patria, ¿qué podría esperar para Jesús y María en Egipto, país desconocido, que odiaba a los judíos que un día habían sido sus esclavos? ¿Quién les guiaría en el camino? ¿Dónde han de fijar su residencia? ¿Quién les ofrecerá hospitalidad? Y sobre todo, ¿quién defenderá al tierno Infante de la intemperie y agitación del viaje, de las celadas

y emisarios de Herodes, de los peligros del camino, de la mudanza de clima?... Iba san José a Egipto, y no sabía por cuánto tiempo debía estar allí. ¿Cómo, pues, proporcionarse recursos para vivir? No veía otros que el mendigar, o el escaso jornal que podía ganar un desconocido artesano en el país extranjero... ¡Qué motivos de dolor para el corazón paternal de san José!... ¡Oh alma mía! Compadece a tan santa, a tan pobre y angustiada Familia. Fue bien penosa esta huida, ya consideres lo largo y escabroso del camino, ya la permanencia incierta en medio de un pueblo que lo adoraba todo menos al verdadero Dios... ¡Qué sentiría el corazón de san José! Medítalo con amor, pues por salvar a tu Jesús pasó tan terrible dolor.

Punto segundo. Mas san José, con la compañía de Jesús y María y con la confianza en Dios, endulzaba sus dolores: su único anhelo era salvar a Jesús y María; aquí iban todos sus cuidados y deseos; y por esto abrazaba gustoso toda clase de trabajos. Descuida de preguntar al ángel el tiempo que debía permanecer en el destierro, porque donde están Jesús y María allí está el paraíso... El peso del niño Jesús, mejor que el de las plumas a las aves, daba a nuestro Santo mayor esfuerzo para remontarse sobre todas las miserias de la vida, y gozar, elevándose en contemplación altísima, de las dulzuras de su Dios. Lleno su pecho de amor divino, se desahogaba en tiernas caricias con el adorable Infante, que le correspondía con agradecimiento. “Yo soy, mi divino Jesús, decíale san José, tu amparo en el abandono y persecución que te mueven los hombres; y Tú eres, ¡oh esplendor de la gloria del Padre!, mi consuelo y fortaleza en esta peregrinación. Delante de Ti está mi corazón, y mi silencio te habla”. Además, el ver caer los ídolos al entrar en este pueblo idólatra y el contemplar los ejemplos de virtud de Jesús y María, consoló sobremanera el corazón de nuestro Santo, porque previó que aquellas semillas de santidad crecerían mas tarde en árboles frondosos, en cuyas ramas se anidarían, cual aves del cielo, cantando alabanzas a Jesús y a María, innumerable multitud de santos anacoretas, confesores, vírgenes y mártires, los más ilustres... ¡Oh santo mío! Dame a gustar cuán dulce y suave es el trato con Jesús por medio de la oración, para que, probados los castos deleites del espíritu, desprecie los sucios y vanos de la carne.

Punto tercero. Compara ahora tu conducta devoto del Santo, con las lecciones de obediencia y confianza en Dios que te da san José. Huye, le dice el ángel, de las impotentes iras de un reyezuelo, si quieres salvar al Niño y a la Madre, y huye a Egipto... ¡Gran Dios!, hubiera podido replicar san José, ¡huir!, ¡último recurso de la flaqueza!, ¡huir de sus débiles criaturas el Criador!... ¿No sois vos el Dios del Sináí que libertasteis del cautiverio, a costa de tantas maravillas, a los hijos de Israel? ¿Y por vuestro Hijo unigénito no obraréis siquiera un prodigio?, menos aún, ¿no hallará en su patria un lugar donde ocultarse y burlar la vigilancia de sus perseguidores? ¿Quién le reconocerá por el Mesías y le adorará por el hijo del Omnipotente?... Mas san José no pide prodigios; adora en silencio las disposiciones de Dios, y no se cuida más que de obedecer cuanto antes, huyendo a Egipto. No le asalta tan siquiera la idea de la dificultad del viaje. Dios es su luz, su protección y salud; ¿a quién temerá? ¡Oh alma devota del Santo! ¡Cuánto tienes que aprender de tu padre y señor san José! Mira cuán falta estás de obediencia, pues siempre procuras hacer tu propia voluntad, y nunca con generosidad cumples tus obligaciones, lo que te manda Dios. Por eso eres desgraciada y vives vida infeliz... Reflexiona por otra parte, cuán poco confías en el

Señor. Le invoca tu labio, pero lejos de Él está tu corazón. ¡Desdichada! te apoyas en las ayudas del mundo, que cual palillos de romero seco, en poniendo algún peso de contradicción, se quiebran y te lastiman... Apóyate de hoy más en el Señor y en la ayuda de tu padre san José, y nunca serás confundida, y saldrás bien de todos tus apuros. ¡Oh mi señor san José!, a vos acudiré siempre en mis necesidades. Sed mi ayuda y constante protector. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

San José no tardó en ejecutar las promesas que había hecho a los carmelitas de que hablamos en el ejemplo antecedente. Habían ellos fundado un convento en Consuegra, pero la muerte inesperada del piadoso fundador les quitó casi todos los recursos, en el mismo tiempo en que empezaban a construir el edificio; y no conociendo persona alguna que quisiese ayudarles, se vieron de repente reducidos a la última necesidad.

Un padre de la Reforma, que se hallaba entonces en Consuegra, les sugirió el único medio de salir de tal apuro. Dirigióse al prior y le dijo: "Vuestro monasterio está bajo la invocación de san José, nuestro padre, y por este título le pertenece; además que vosotros ya sabéis por experiencia cuánto él puede para con Dios: ¿queréis, pues, que él venga en vuestro socorro? Haced todos una comunión solemne en su honra, y espero que nada más será preciso para obligarle a sacaros de este apuro". Los frailes hicieron esto, y al día siguiente, cuando el mismo padre pasaba por la plaza pública, encontró un sujeto que dijo le constaba que los carmelitas deseaban un capital por préstamo y aun el mismo con réditos si fuese preciso, sin que lo pudiesen obtener; que él se ofrecería a hacer esta obra de caridad si alcanzase el consentimiento de su mujer, que tenía a esto una grande repugnancia. El religioso no tardó en visitar a esta señora, para ver si la persuadía al préstamo: hallóla tan benigna y generosa, que lejos de hacer alguna resistencia, tuvo como favor emplear su fortuna en la construcción del monasterio. A esta inesperada mudanza se juntaron otras circunstancias extraordinarias y tan felizmente combinadas, que no se puede dejar de reconocer la intercesión del Santo siempre atento a cumplir sus promesas, y recompensar la fe de sus devotos siervos.

Obsequio. Huiré de las malas compañías y de las ocasiones de pecar.

Jaculatoria. Glorioso san José, guárdame; del maligno enemigo defiéndeme.

Día XXVII

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Sentimientos del Corazón de san José en la vuelta de Egipto.

Composición de lugar. Contempla a san José con Jesús y María, volviendo de Egipto con el temor de Arquelao y el gozo de verse restituidos entre su pueblo.

Petición. Alcánzame, Santo mío, conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas.

Punto primero. Considera, devoto del Santo, lo que sufriría su tierno corazón en la vuelta de Egipto. No volvía de aquel cautiverio precedido por la nube de fuego que guiaba a los hijos de Israel por las arenas del desierto; ni Dios Padre obraba ruidosos prodigios para mostrar la divinidad de su Hijo. Dejole al cuidado y vigilancia de san José, para que el Santo salvase al Salvador y librase de la muerte al Inmortal, de igual modo que si fuera el hijo mas desvalido... ¡Cuántos trabajos en tan largo viaje! El divino Infante, ni era tan pequeño que pudiese ser llevado en brazos, ni bastante grande y fuerte para poder ir a pie... Contempla a estos pobres viajeros, fatigados del camino, cómo descansan bajo la erguida palma del desierto... Mira al divino Jesús reclinado sobre el seno de su adoptivo padre san José, el cual, para preservarle de la inclemencia de la noche, le cubre con su pobre manto. Contempla la tranquilidad con que duerme el buen Jesús bajo la protección y cuidado de san José... Está en el desierto, rodeado de fieras, con peligro de ser asaltado por ladrones; mas reposa dulcemente, porque vela su sueño a su lado el vigilante san José... También vela por ti, oh devoto del Santo, este fidelísimo custodio de las almas. ¡Oh, si le conocieses y amases, cuán confiado vivirías bajo su protección! ¡Cómo no temerías los peligros de la vida, ni el paso de la muerte!... Aviva tu fe y confianza en la omnipotente protección del patrón universal de los fieles, y gozarás en las borrascas de la vida abundancia de paz.

Punto segundo. Las incomodidades del viaje templábanse en el corazón de nuestro Santo con el gozo de volver a su querida patria y poder fijar su morada entre el pueblo escogido de Dios; y aunque pudo infundirle temor el saber que, muerto Herodes, reinaba en Judea su hijo Arquelao, un ángel del Señor le ordena en sueños que vuelva a Galilea, y que viva allí sin zozobra ni sobresaltos de temor por la vida de su adorado Jesús... Aquí san José, rodeado de su querida esposa María y recreado con la compañía y gracias infantiles de su Jesús, pasaba la vida más dichosa que se puede desear. Muertos sus perseguidores, restablecido a su pueblo, aseguradas ya la vida y subsistencia de Jesús y María, ¡cuán dulce cosa sería al corazón de san José recodar en familia los peligros que habían pasado por salvar a su Jesús!... ¡Cómo Jesús, tierno Niño aún, se complacería en oír estas sentidas pláticas, y se desharía en muestras de afecto y gratitud por sus bondadosos padres!... ¡Oh, quién pudiera participar de la dicha purísima que mora en los corazones de Jesús, María y José!... Ni el contento del soldado restituido al hogar doméstico con los laureles de cien victorias, ni el gozo del marinero arribando salvo al puerto después de mil deshechas tormentas, ni el consuelo de una madre que abraza contra su seno al hijo único de sus entrañas después de larga ausencia, ni... nada en fin, de este mísero suelo puede compararse con la alegría y gozo subidos que gustaba el Santo en la modesta y tranquila vivienda de Nazaret... ¡Con qué efusión de su alma agradecería a Dios Padre la providencia amorosa que sobre ellos tuvo en sus apuros! Hincábase de rodillas y mejor que Moisés repetía, recordando los beneficios recibidos: “Cantemos al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, y ha precipitado en el mar del olvido a mis perseguidores. Este es mi Dios y la fortaleza mía y el objeto de mis esperanzas, porque ha sido mi Salvador”.

Punto tercero. La solicitud de san José en preservar al Infante Jesús de sus perseguidores, debe ser para ti, devoto del Santo, una de las lecciones que más presentes debes tener. Este cuidado del Santo debe enseñarte, si eres destinado a

dirigir la juventud, el esmero con que has de apartarla de las personas, lugares y lecturas peligrosas; si eres padre de familia, el modo de salvar a tus hijos de la muerte del alma, preservándolos de la que las malas compañías ocasionan a la incauta juventud; y a todos, en fin, nos enseña san José con su ejemplo la necesidad de huir de las ocasiones próximas del pecado, que como fieros Herodes dan la muerte eterna a innumerables almas... Examina, pues, devoto de san José, cómo le has imitado en este punto. ¿Cuál es tu vigilancia sobre tu corazón? ¿Dominas los afectos de tu alma? ¡Ay! ¡Quizás estás atado al pecado con fuertes cadenas, labradas por la costumbre y fortalecidas con la ocasión! ¡Lloras tal vez sobre la inconstancia de tus propósitos, y no tratas de huir de la ocasión de pecar!... ¡Pobrecilla! Es inútil tu llanto, serán estériles todos tus esfuerzos, si no cortas la raíz del mal que es la ocasión. Huye más que de la vista de la serpiente, no solo del pecado, sino de la ocasión, como son las personas, conversaciones, lecturas, miradas peligrosas... Así vivirá Jesús en tu alma, y no temerás te lo arrebate el pecado con sus seducciones... ¡Oh padre mío san José! Salvadme de mi inconstancia, ayudadme a romper mis cadenas del vicio, pues quiero huir del Egipto del pecado para pertenecer totalmente a mi Jesús. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Dios parece haber confiado particularmente a los cuidados de san José, los espíritus que se dan a la vida interior, en recompensa de la vida oculta que pasó en la casa de Nazaret. Sostendremos esta verdad sobre el testimonio sólido de un mancebo, que en medio mismo del siglo había conservado toda la inocencia y simplicidad de una paloma. Un día se encontró este joven con un padre de la Compañía de Jesús que, después de algún tiempo de conversación, reconoció en él una alma de predilección enriquecida de gracias y dones tan sublimes, que no se acordaba haber encontrado otra, ni más favorecida, ni más adelantada en la perfección. Pero su admiración redobló cuando supo del mismo mancebo que había diez y ocho años estaba al servicio militar, y que nunca había tenido instrucción alguna de la vida espiritual, hablando entretanto de estas materias tan elevadas, como santo y como teólogo.

Entonces le preguntó si tenía devoción a san José. “Hace seis años, le contestó el mancebo, que Dios me ha inspirado escogerle por protector”; y enseguida habló magníficamente de las grandezas de san José, concluyendo que este Santo es el guía particular de los que aman la vida oculta e interior.

Obsequio. Daré a conocer a Jesús por la enseñanza del catecismo.

Jaculatoria. Glorioso san José, guárdame; de todo pecado y ocasión de culpa líbrame.

Día XXVIII

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Sentimientos del corazón de san José en la pérdida del niño Jesús.

Composición de lugar. Contempla a san José y a María sumidos en la más profunda pena por la pérdida de Jesús, llenos de gozo al hallarle en el templo.

Petición. No permitas, Santo mío, que jamás pierda a Jesús por el pecado.

Punto primero. Deslizábanse tranquilos los días de la vida de san José en la modesta tienda de Nazaret, como corren calladamente al mar las aguas del manso río. Ganaba el pan con el sudor de su frente en el humilde oficio de carpintero, es verdad; pero este sudor lo enjugaban, o al menos lo refrescaban, la presencia y conversación de su divino Jesús... ¡Oh! ¡Gozar en este destierro de la compañía y trato familiar de Aquel que forma las delicias de los bienaventurados, es la suprema dicha a que puede aspirar un mortal!... Pero Dios, que mezcla el gozo con el llanto para dar mayor ocasión de merecer a sus siervos, permite días de grandes tempestades, y a esta ley debían estar sujetos María y José... Muchos fueron los dolores de san José, mas el que experimentó en la pérdida de su Hijo, superó a todos... Orígenes asegura que san José sufrió en esta ocasión más que todos los mártires... Jesús, hasta entonces tan sumiso y atento, se aparta de sus padres; los deja partir sin advertirles, prevé el abismo de penas en que ha de sumirles su ausencia, y sin embargo los abandona. ¡Qué dolor para nuestro Santo!... ¡Su humildad profunda teme haber perdido por su culpa aquel tesoro!... Ignora si será perpetua esta separación. Tal vez solo quiso el Señor confiar a sus cuidados a Jesús durante sus infantiles años... Quizás padece ya por los hombres..., quizás empieza a verter su sangre lejos de sus paternas ojos... ¿Quién podrá medir el dolor y las angustias de una alma tan santa como la de nuestro patriarca, apartada de la presencia de su Dios? ¡Oh santo mío! Dame a gustar de tu pena, para compadecerte y compadecer a las almas a quienes Dios se oculta con amor, y llorar las veces que yo lo he perdido por mis culpas.

Punto segundo. San José con María su esposa no se entregó a una consternación inerte... buscó a Jesús diligentemente en el camino y en Jerusalén, sin dejar sitio por registrar, ni persona a quien pedir... ¡Jesús, hijo mío! –iba clamando san José-, ¡hijo mío Jesús!, “¿adónde te escondiste, amado mío y me dejaste con gemido? ¡Como la cierva huiste! ¡Voy corriendo en tu busca, y no te encuentro!”. Hechas en lo humano todas las diligencias sin resultado, acuden al templo a encomendar a Dios el negocio. Mas ¡oh sorpresa!, ¡oh gozo inexplicable! Ven al niño Jesús, a quien lloraban perdido por tres días, sentado en el templo en medio de los doctores, oyéndolos e interrogándolos, y asombrando a todos con la profundidad y sabiduría de sus respuestas. Suspensos y llenos de estupor, adelantándose María, le dice: “Hijo mío, ¿por qué obraste así? Tu padre y yo te buscábamos consternados”. Tiernísima reconvención fue esta, por cierto, para lo cual la autorizaba su calidad de madre, y que nos revela la vehemencia suma del dolor que experimentó san José, a quien llama por esto con el tierno nombre de padre. ¡Oh corazón paternal de mi señor san José! ¡Cómo excluirías en esta ocasión con el Profeta: A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos ¡oh buen Jesús! llenaron de alegría mi alma! Llorábase perdido, hijo mío Jesús, maltratado, ignominiosamente muerto, y te hallo en el templo honrado y admirado de los doctores, dándoles vida con tu doctrina celestial... Aprende, ¡oh devoto del Santo! la diligencia con que debes buscar a Jesús, si por desgracia le pierdes por el pecado. No le busques donde le perdiste, esto es, en el bullicio del mundo, no en medio de amigos y parientes, sino en el retiro y soledad del templo, en el recogimiento de la oración, en el sosiego del santuario. Aquí se manifestará a tu alma,

será tu Jesús que llenará los senos inmensos de tu corazón... ¡Oh mi Jesús, a quien tantas veces he arrojado de mi alma por el pecado, ven y abrázame con tu gracia, y muera yo en tu amor!

Punto tercero. Saca por fruto de esta meditación el imitar al divino Jesús en la conducta que observó con sus padres. Aunque Jesús aprobó en su interior la reconvención que le dio su Madre, nacida del tierno amor que le profesaba, para nuestro ejemplo repuso gravemente: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía ocuparme en los negocios que conciernen a mi Padre celestial?...” ¡Qué lección encierran estas divinas palabras para tantas almas débiles y contemporizadoras, que no reparan en faltar a su conciencia y resistir a los llamamientos del cielo por no malquistarse con el mundo, por no romper con una amistad! ¡Ay dolor! Para todos se guardan atenciones menos para nuestro Dios: se teme incurrir en el desagrado de las criaturas, y no se teme descontentar a Dios: la gratitud nos obliga, la buena cortesía nos sujeta a mil descortesías e ingratitudes con nuestro primer Amigo y principal Bienhechor. ¿Y por qué todo esto? Porque nos olvidamos que la primera ley superior a todo que debemos observar, es la gloria de Dios cumpliendo su santa voluntad... ¿Lo exige la divina gloria? ¿Cumpliréis la voluntad de Dios? Romped cualquier vínculo, renunciad a vuestra casa y comodidades, a vuestros padres terrenos, para seguir la voz del Padre celestial. “Pisad por ellos, si se oponen a vuestro paso al cumplir este máximo deber”, dice san Jerónimo... Primero Dios que todo, porque debemos mas a Él que a nadie. La primera gratitud, la primera obediencia, la primera atención para Dios; y en tanto guardaremos ley a los demás en cuanto no se opongan a la del Señor... Húndase el mundo antes que descontentar a mi Dios; húndase todo antes que ofender a Dios. Su gloria y el cumplimiento de su voluntad santa serán la norma de mi conducta, mi alimento, mi vida... ¡Oh Jesús, María y José!, hacedme la gracia de vivir y morir cumpliendo vuestra santísima voluntad. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Había en un convento de carmelitas, en Perpiñán, un religioso de grande virtud: vino el príncipe de las tinieblas a asaltarle en una noche con todo el furor de que es capaz aquel espíritu inmundo de que la santa Iglesia pide al Señor libre a sus hijos.

El combate se prolongó toda la noche y causó mortales inquietudes a aquel casto religioso, que rechazaba al enemigo con todas sus fuerzas, sin que no obstante pudiese impedir nuevos ataques, y solo al amanecer pudo, ayudado de la divina gracia, poner en fuga al tentador. En aquel mismo día, yendo él a la ciudad con el prior del convento, le salió al encuentro un hombre de aspecto venerable, que le dijo: “Mi padre, ¿por qué fueron tantos y tan multiplicados los combates que tuvisteis que sostener la noche pasada? ¿No os acordasteis de san José?, ¿por qué no le llamasteis en vuestro socorro?”

El fraile, admirado de que se conociese tan bien lo que le había pasado en el secreto de su alma, se turbó al principio, después quiso contestar, mas ya no vio a nadie. Él estuvo siempre persuadido de que este venerable personaje no podía ser otro sino el glorioso san José, que se huelga de que le invoquemos y pongamos en él toda nuestra confianza, principalmente en las ocasiones peligrosas para la virtud de la pureza, que le es tan singularmente grata.

Obsequio. Procuraré que se confiese algún pecador extraviado.

Jaculatoria. San José, alcanzadme la gracia de primero morir que pecar.

ULTIMA SEMANA

San José glorificado sobre todos los santos y justos. Su gloria universal incomparable.

Día XXIX

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Gloria de san José en el cielo.

Composición de lugar. Contempla a san José cabe el trono del Altísimo y el de su esposa María, y al Señor que te dice: “Así será glorificado el siervo bueno y fiel que glorificó a su Señor”.

Petición. Glorioso san José, que sois exaltado a tanta gloria para salvar al pueblo escogido, salvadnos.

Punto primero. Gloria de san José en el cuerpo. Es común sentir de los santos padres y doctores católicos, que san José se halla sin duda ninguna en cuerpo y alma en el cielo, dice san Francisco de Sales. ¿Quién podrá con esto no ya comprender sino ni siquiera vislumbrar la gloria del cuerpo glorificado del santo patriarca? ¡Qué brillantes rayos saldrán de sus purísimos ojos! ¡Qué hermoso aparecerá su semblante, tan semejante ya en vida al de Cristo! ¡Qué río de suavidad no saldrá de su boca tantas veces besada por Cristo! ¡Cómo resplandecerán aquellas callosas manos que ganaron el sustento de Cristo, adornadas de riquísimos rubíes y esmeraldas! Sus brazos y su cuello tantas veces santificados por el contacto corporal de Cristo, semejarán dos arcos iris en medio de nubes de gloria. Sus pies, que tanto se fatigaron por salvar a Cristo y buscarle sustento aparecerán asentados en un océano de paz. Sus miradas, al cruzarse con las de Jesús reverberando en María, serán recogidas por el Santo inundándole en un mar de delicias. ¡Qué impresión de ojos en ojos, de corazones en corazones! No los ve al Hijo y a la Madre llorosos y llenos de sobresalto, huyendo de noche a Egipto, sino serenos, alegres y festivos, sentados en un trono de gloria inmortal, a la derecha del eterno Padre, reyes de reyes y señores de los señores, rodeados y adorados en la mansión de paz eterna por las jerarquías celestiales y por todos los justos. Y así como María capitanea el ejército de las vírgenes que siguen al Cordero inmaculado, san José capitanea el de los vírgenes y castos esposos de ambos Testamentos, detrás de María. Mírale al santo viejo como, levantando con sus manos fuertes un cándido estandarte, se gloria en su triunfo dando gloria a Dios, aclamado por salvador de su Salvador por todos los bienaventurados... Asóciate a este gozo y a este triunfo eterno del glorioso Santo bendito, y di con todo tu corazón: Bendición, gloria, loor y alabanza, acción de gracias y paz al que salvó al Salvador del mundo por los siglos de los siglos. Amén. Alcáncenos el Santo bendito formar coro en este escuadrón y cantar este cantar para siempre. Amén.

Punto segundo. Gloria en el alma de san José. La humildad, según el Evangelio, es la medida de la exaltación. ¡Cuán exaltado, pues, ha de estar en el cielo el que con Cristo y María fue el más humillado en este suelo!

Ve ahora claramente, incesantemente, la esencia divina. Ve la inmensidad de aquel Dios que él tuvo niño en sus brazos, y adoró, crío y alimentó.

Ve los tesoros infinitos de gracia y gloria de aquel Niño ¡pobrecito!, que él arrulló en la cueva de Belén.

¡Con qué ímpetu ardoroso ama a aquel Dios que tanto le amó y le honró ya en este mundo!

No por un instante ve cara a cara y ama a su Dios, no por algunos años le abraza y le acaricia, sino eternamente: para siempre, siempre, siempre. ¡Oh ósculo de Cristo Dios!, ¡oh abrazo de Cristo Dios en la gloria con su padre y señor san José!, ¡oh amor eterno de entrambos! ¿Quién os podrá penetrar? ¡Oh amor de Cristo a José!, ¡oh retorno de amor de san José a Cristo! Amábale el Santo como a su Dios, no sólo con amor filial como los otros justos, sino con amor paternal. ¡Quién puede comprender este incomparable amor! Admiremos y meditemos este beso y abrazo amoroso y eterno de Cristo Jesús con su padre adoptivo en la gloria. Él constituye toda su felicidad. ¡Ojalá lo podamos gozar nosotros también con nuestras buenas obras!

Punto tercero. San José, glorificado como jefe de la Sagrada Familia, es sin duda alguna el más inmediato a Jesús y María en la gloria. ¡Cuán feliz eres, devoto josefino, por haber elegido por tu padre y protector en toda tu vida y en especial en este mes, a tan excelso patriarca! ¡Dichoso si sabes aprovecharte de su valimiento! Feliz serás si perseveras en su devoción. El cielo será tu morada eterna: no lo olvides. Tendrás una muerte dichosa si invocas con devoción a san José. ¿Deseas entrar en el paraíso? Atiende bien, y considera quién es el que tiene las llaves. Jesucristo, hijo de san José y de María, es el que tiene las llaves del paraíso, dice el venerable Bernardino de Bustos, pero entregó una de estas llaves a la Virgen María y la otra a san José. Si estás bien con él, ¿cómo te podrán negar la entrada Jesús y María? Las indicaciones de san José tienen para Jesús y María fuerza de mandatos. No desairarán jamás a su padre y señor san José, pues jamás se ha oído ni se oirá decir que ni uno solo de los que han acudido a su protección haya quedado desatendido. ¿Temes tú ser la primera, alma devota de san José? ¡Oh!, no es posible. Confía, invoca, ama, alaba, glorifica y ensalza a san José, y el cielo será tu recompensa eterna. San José, glorioso san José, socorrednos y salvadnos en la hora de la muerte. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

Una religiosa, muy observante, en sus ejercicios espirituales era acometida de tentaciones importunas, y lo que más le perturbaba era que su corazón en medio de estos combates le parecía abandonarse a la pusilanimidad y desaliento, pensando que nunca llegaría a experimentar aquella preciosa libertad de espíritu que es en la tierra el privilegio de los hijos de Dios. En estas angustias recurrió a la Santísima

Virgen; y para que hiciese suceder a la tempestad la calma de la paz interior que ella no deseaba sino para unirse a Dios en la oración con un espíritu más puro y fervoroso: “Virgen Santísima, añadió ella, si no me concedéis este favor, dignaos por lo menos indicarme, entre los santos que os son más queridos, uno a quien yo pueda recurrir como a padre de mi alma para alcanzar la gracia que deseo”.

Apenas la religiosa había dirigido esta plegaria a la Madre de la misericordia, luego sintió correr en su corazón raudales de paz y de alegría interior; al mismo tiempo vio con los ojos del alma a san José, entre todos los bienaventurados, al que la santa Virgen más amaba. Entonces la religiosa se entregó por completo en los brazos de san José, mirándole como un padre muy tierno y poderoso: y el Santo por su parte le hizo sentir los efectos de su protección, librándola de todas sus penas, y haciéndole recobrar la paz de espíritu y el recogimiento interior.

Obsequio. Honraré a san José en todo tiempo y lugar, para que me honre Jesús en el cielo.

Jaculatoria. Glorioso san José, ¿cuándo en el cielo os contemplaré?

Día XXX

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Nuestra gloria josefina en la tierra, o sea un día o toda la vida pasada en la casita de Nazaret.

Antes de despedirnos del mes de san José vamos a dar una meditación de la casita de Nazaret a los devotos josefinos. ¡Ojalá todos los devotos josefinos viviésemos y muriésemos, o no saliésemos en espíritu de la casita de Nazaret sino para entrar en los palacios eternos de la celestial Sión! ¡Qué vida tan tranquila, tan feliz, tan santa, tan ordenada, llevaríamos todos! ¡Oh! Entonces sí que asemejaría cada casa cristiana la casita de Nazaret, sería este mundo de miserias, este valle de lágrimas, una antesala del cielo.

Pasemos, pues, a lo menos un día, o visitemos cada día en espíritu la casita de Nazaret, y estemos allí con la consideración lo más que pudiéremos. ¡Qué bien se está aquí! Yo nunca me movería de aquí. Si nos acostumbramos a morar en tan dulce compañía, en tan santa casa, con tan ejemplar familia, no sabremos movernos de allí y diremos como Pedro en el Tabor: “Señor mío Jesucristo, hagamos aquí tres tabernáculos: uno para Ti, otro para María y otro para José”.

Hagamos aplicación de sentidos. ¡Oh! Todo deleita y hace feliz al alma en esta casita, porque todo es orden, todo es paz, todo concordia, todo felicidad. ¡Qué bien se está aquí!

1. Sentado, o en pie, o arrodillado, o postrado según tu devoción, da una mirada por toda la casa... ¡qué modesta... qué pequeña... qué aseada... qué bien ordenada...! Cada cosa ocupa su lugar... nada de inmundicias... ¡qué pobrecita...! Pero ¡qué alegría respira... qué bien se está aquí...! Es un oasis en medio del desierto... sabe a cielo... esta

casa es un cielo, si le puede haber en la tierra... Es el paraíso de Dios... la mansión de delicias de toda la beatísima Trinidad... Mira el ajuar... los enseres del taller... de la cocina... las camas... las ropas... pobrecito todo, modesto, como corresponde a unos pobres artesanos... pero ¡qué limpio, qué bien arreglado...! ¿Está así tu casa... y tus cosas?

Mira a las personas... san José y el niño Jesús están aserrando unas tablas... ¡cómo se fatigan trabajando...! Mas ¡con qué gusto...! ¡Trabajan por Dios... en la casa de Dios!, ¡qué consuelo! ¡Oh, cómo esfuerza y santifica el trabajo esta consideración!

María cose... borda... hila... remienda la ropa de su esposo san José y de su Hijo Jesús, en los momentos que tiene libres después de hacer la comida y arreglar la casa...

¿No quieres ayudarles?... ¿Te desdeñarás de hacer lo que hacía la Madre de Dios, hija de cien reyes?

2. Oye el silencio que reina en esta santa morada, que habla mejor al alma que los más elocuentes sermones... oye las palabras de vida que salen de la boca de Jesús, sabiduría eterna... oye las indicaciones de san José, que tienen fuerza de mandatos para Jesús... oye las pláticas espirituales de sobremesa, por la tarde... al anochecer... en los paseos o recreaciones... oye sobre todo las fervientes plegarias, los suspiros, los clamores de esta Sagrada Familia, por la gloria del Padre, por la salvación del mundo.

Oler... ¡qué fragancia tan celestial se respira en esta santa casa...! ¡Qué olor del cielo...! ¡Qué atmósfera de santidad... recogimiento... orden... virtud...! Solo entrar aquí y ya se trasmuda el alma y se mejora... Más vale un día pasado en la casita de Nazaret que mil años en los palacios fastuosos de los mundanos, de los pecadores. ¡Qué bien hace al alma el olor de la casita de Nazaret! Es como de un campo lleno.

Gustar... gusta la comida... la compañía santa... la pobreza con aseo, orden y limpieza que reina aquí... gusta la miel suavísima que mana de los nombres santísimos de Jesús, María y José... saboréalos... Di muchas veces: Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

3. Tocar... a lo menos las vestiduras de Jesús, de María y de san José, ya que no seas digno de otra cosa... y si ni aún esto mereces... tocar las herramientas que usan en su trabajo Jesús y san José... ¿Deseas más, devoto josefino? Pide permiso a la Virgen para que te deje ver y admirar y tocar sus agujas, sus bordados, sus cosidos... ofrécete a continuar sus tareas... a ayudarle... en la cocina... barrer, arreglar la casa... Pídele siempre ser el primero en los trabajos y en los oficios humildes, para serlo después también en el premio, en la gloria.

¡Qué bien se está aquí, en la casita de Nazaret junto con Jesús, María y José! Yo nunca me movería de aquí. ¡Hagamos nuestra mansión en ella para siempre! ¿Qué más podemos desear? Aquí está Jesús, mi buen Jesús, mi adorado Jesús, mi Amor, mi Esposo, mi Dios y todas las cosas. Aquí está María, mi madre, mi buena madre, mi mejor madre, madre mía de mi alma, madre mía de mi corazón. Aquí está san José, el

ayo de Jesús, el esposo de María, el abuelito de casa, mi señor y padre san José. ¡Santo bendito, Santo sin igual! ¡Qué bien se está aquí mirando y tornando a mirar, oyendo, gustando, oliendo y tocando a Jesús, María y José!

¿No es verdad que vale más un día pasado en la humildísima casa de Nazaret que mil años en los palacios de los pecadores?... ¡Oh si supiese aprovecharme de las lecciones que me dais, Jesús, María y José! ¡Cuán presto sería santo, modesto, recatado, humilde, obediente, trabajador, enamorado de vos! Hacedlo a vuestra mayor gloria, ¡oh Jesús, María y José!

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

El P. Barry cuenta en su historia el hecho siguiente, refiriéndose a la narración que de él hace la misma persona a quien aconteció. Habiendo esta cometido un enorme pecado contra un voto que había hecho, no pudo vencer la vergüenza que la impedía confesarlo en el tribunal de la penitencia. Por algún tiempo permaneció en el desagrado de Dios, y siempre estimulada por los remordimientos de su conciencia, que no podía sofocar no obstante sus esfuerzos; hasta que al final se acordó de llamar a san José en socorro de su flaqueza, e invocarle en las repugnancias de que era víctima. Con este fin recitó por nueve días seguidos el himno y oración del Santo, y acabada la novena se sintió con tal fuerza y valor, que venciendo todas las dificultades, fue a postrarse a los pies de un sacerdote, confesándole todo sin reserva. Desde entonces consideró a san José como su libertador, confióle el cuidado de su alma, y se impuso el deber de traer siempre consigo su imagen misma, aun durante la noche para que le sirviese de escudo contra los malos sueños, y el Santo, en recompensa de su devoción y fidelidad, le alcanzó gracias extraordinarias.

Obsequio. Lo más que me permitan mis pensamientos visitaré y moraré en espíritu en la casita de Nazaret con Jesús, María y José.

Jaculatoria. Jesús, José y María, guardadme siempre en vuestra compañía.

Día XXXI

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Gloria que san José ha de tener en los últimos tiempos.

Composición de lugar. Contempla a san José adorado del sol y de la luna y de todas las estrellas del cielo.

Petición. Jesús y María, haced que san José, así como fue el más honrado de vos, lo sea en la tierra por todos los fieles.

Punto primero. Se ha de resarcir con creces la oscuridad en que vivió san José en los primeros siglos.

Si todo el que se humilla será ensalzado, y a la exaltación precede siempre la humildad, claro está que siendo san José tan humillado en vida, y tan oculto su culto en los primeros siglos de la Iglesia, ha de brillar en los últimos tiempos con nuevo e inusitado esplendor.

En nuestros días se cumplen ya los vaticinios que su gran siervo Isidoro de Isolani dejó escritos en su incomparable libro de la *Suma de los dones de san José*. Decía este devoto del Santo que en los últimos tiempos florecería el culto de san José, y este sería un medio para alcanzar del cielo muchas y extraordinarias gracias en aquellos (hoy estos) tiempos calamitosos. Y en verdad que hoy brilla el culto de san José. Su nombre y patrocinio rayan tan alto, que apenas queda ya nada por hacer. Su fiestas de primera clase; su patronazgo universal sobre la Iglesia; su nombre en la oración *A cunctis*, después del de María; su conmemoración en los sufragios de los santos antes de los apóstoles san Pedro y san Pablo; la Carta Encíclica de su santidad León XIII, felizmente reinante, en que recomienda eficazmente su culto y prescribe una oración propia, compuesta por el mismo pontífice en honor del Santo; su fiesta de precepto en nuestra España... ¡oh! Todo hace presagiar días mejores. María y José vuelven a ocupar en los corazones el lugar que nunca habían debido perder. Otra vez el mundo será salvado, como presentía el inmortal Pío IX. Esperemos y veremos grandes cosas por el poder de san José.

Punto segundo. ¿Qué falta, no obstante, hacer en obsequio al Santo? No somos nosotros, ni autoridad tenemos para indicarlo. ¿Qué se puede hacer? Si tomamos por regla que no se ha de negar por la Iglesia cosa en honor del Santo que haya concedido a otros, falta aún mucho por hacer. No obstante en nuestra devoción al Santo veríamos con gozo:

- 1º. Que se celebre la fiesta de su *huida a Egipto*, y retorno de allá con Jesús y María.
- 2º. Fiesta de la *sujeción de Jesús* a san José en la casa de Nazaret.
- 3º. Fiesta de su muerte para alcanzarla buena, como patrón especial de los moribundos, el 20 de julio, en que algunos creen murió el Santo bendito, u otro día.
- 4º. Fiesta de precepto en todo el orbe católico el 19 de marzo.
- 5º. Que se ponga su nombre en el canon de la Misa, inmediatamente después del de María, y que tenga prefacio propio.
- 6º. Que su nombre en las letanías de los santos figure inmediatamente después del de María, y en el *Confiteor*.
- 7º. Que se declare su culto, si no de *hiperdulia*, como el de María, su virginal esposa, a lo menos de *suma dulia*.
- 8º. Que se le nombre patrón de España con María, Santiago y Teresa de Jesús.

9º. Que su Misa de los agonizantes se inserte en todos los misales romanos, y se pueda rezar por los agonizantes.

Estas y otras cosas pueden aún hacerse en honra y gloria de san José. ¡Ojalá lo veamos antes de morir! Ya moriríamos gozosos.

Punto tercero. ¿Qué podemos hacer nosotros en obsequio del Santo? El que tenga pluma que escriba; el que tenga pincel que pinte; el que tenga buril que grave; el que tenga elocuencia que predique, y el que otra cosa no pueda hacer, que ore, inste *opportune e importune*, si nos es lícito hablar así, a Jesús y a María, porque veamos en nuestros días glorificado a su padre y esposo san José con los sumos honores que por su gloria, su gracia, su dignidad y merecimientos le competen.

Que brille, en una palabra, en el cielo de la Iglesia militante, como brilla en la Iglesia triunfante, el glorioso san José como astro de primera magnitud, y después de Jesús y de María sea el santo más honrado y glorificado, amado e invocado de todos los mortales. Que así como no hay quien se esconda o no participe de la suave eficacia y divina influencia de los rayos del sol de justicia, Cristo Jesús, así tampoco haya quien no sienta los efectos de la protección poderosa del Santo, y sea la Trinidad beatísima de la tierra, Jesús, María y José, el imán de todos los corazones, el objeto amoroso y preferente de todas las voluntades. ¡Jesús, María y José! Si logro ver tanta dicha, ¡qué gozoso moriré! Haced que a vuestra mayor gloria lo veamos, oh Jesús, oh María, oh mi José. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO

El venerable Luis Lallement, discípulo de san Ignacio, deseando mucho el espíritu de la vida interior, escogió a san José como modelo perfecto de esta virtud, e hizo en ella rápidos y admirables progresos. Por lo que, lleno de reconocimiento, no cesaba de inspirar a todos la devoción y confianza que debían tener en su augusto bienhechor. En las proximidades de su fiesta aconsejó a dos profesores de colegios que invitasen a sus colegiales a honrar particularmente a san José, a fin de tenerle favorable en los estudios que se proponían, prometiendo a todos su asistencia, si lo hiciesen con mucho fervor y devoción. El consejo fue seguido y muy bien acogido, de manera que en el día de san José los alumnos de los dos colegios hicieron una comunión general. En seguida muchas bendiciones y gracias vinieron sobre los piadosos discípulos y sus profesores: una de las cuales fue un amor particular a la vida interior que les unió más estrechamente a Dios. Pero el venerable Lallement excedió a todos en el recogimiento y en la unión íntima con Jesucristo, por medio de san José. Viéndose al punto de morir, pidió le pusieran en su sepulcro una imagen del santo patriarca para que ni la muerte misma pudiese separarle de él.

Obsequio. Mortificaré mis sentidos para merecer mejor ver en el cielo a Jesús, María y José.

Jaculatoria. Jesús y María, haced que san José tenga todos los honores en nuestros días.

DÍA ÚLTIMO

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Himno de nacimiento de gracias y alabanzas a san José

Composición de lugar. Considérate en medio de los coros de ángeles y justos cantando himnos de gloria a san José.

Petición. Muera yo, Jesús, José y María, cantando vuestras excelencias el alma mía.

Punto primero. Hemos terminado el mes de obsequios especiales a san José, y justo es que lo terminemos con un himno de alabanzas y acción de gracias, porque es bueno el Señor san José, porque en todos los siglos no se ha desmentido su gran misericordia. – Porque fuiste elegido padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios, representante de su Padre eterno en la tierra y su vicegerente, con toda la plenitud de gracias correspondientes a tan altísimo cargo; alabanzas, gloria, bendición y acción de gracias a vos, padre mío y señor san José.

Porque fuiste verdadero y digno esposo de María, Madre de Dios, con toda la plenitud de dones y gracias correspondientes a tan elevadísimo cargo; alabanzas, bendición y gloria, loor y acción de gracias, a vos, padre mío y señor san José.

Porque nunca pecaste gravemente, y fuiste confirmado en gracia; bendición, loor, acción de gracias, alabanzas y gloria a vos, señor y padre san José.

Porque fuiste servido, honrado, reverenciado y obedecido por Jesús, Hijo de Dios, y María, Madre de Dios, por espacio de treinta años; bendición, salud, gloria, alabanzas y acción de gracias a vos, padre mío y señor san José.

Porque fuiste el hombre más semejante a Cristo y a su Madre en rostro, habla, complexión, costumbres, inclinaciones y manera de trato y gallardía; bendición, etc.

Porque después de vuestra esposa María, fuisteis el hombre que más veces besó, abrazó, acarició, habló y regaló, vio y conversó con Jesús, Hijo de Dios, y a la vez más veces besado, abrazado y regalado por Él; gloria, etc.

Porque moristeis en los brazos maternos de María y de Jesús, teniéndolos presentes en aquella última hora, y pronunciando sus dulcísimos nombres; gloria, etc.

Porque hasta en vuestra vejez vivisteis sano, con fuerzas para trabajar, sin faltaros diente, ni vista, ni oído, y sin ningún achaque de la vejez; gloria, etc.

Porque resucitasteis con Cristo, y en su cuerpo y alma glorioso formáis coro especial a su mano derecha con María, vuestra esposa; gracias, etc.

Porque fuisteis el primer santo canonizado en la Iglesia católica por boca del Espíritu Santo; gloria, etc.

Porque fuisteis el primero que supo el misterio de la Encarnación, el primero que adoró al niño Dios recién nacido, el primero que le abrazó, guardó, sustentó, defendió; gloria, etc.

Porque sois Santo sin igual y el más honrado de Dios en los cielos y en la tierra; gloria, etc.

Porque socorréis en todo peligro y necesidad a vuestros devotos que os invocan con confianza y fervor; gloria, etc.

Rogad por nosotros, santísimo José, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de vuestro hijo Jesucristo. Amén

Punto segundo. Himno de gratitud y acción de gracias a san José por todos los beneficios que hasta hoy nos ha alcanzado.

Porque habéis oído las súplicas que en este mes os hemos dirigido; gracias, Padre mío san José.

Porque habéis enderezado nuestras torcidas peticiones para más bien nuestro; gracias, etc.

Porque nos habéis dado a conocer y amar más y más a Jesús y María; gracias, etc.

Porque nos habéis descubierto los encantos y perfecciones de vuestro paternal corazón; gracias, etc.

Porque nos habéis demostrado más y mejor sus amarguras para compadeceros, su santidad para imitaros, sus excelencias para glorificaros, su amor para corresponderos agradecidos; gracias, etc.

Porque nos habéis mostrado la vida interior de vuestra alma toda endiosada; gracias, etc.

Porque nos habéis inspirado mayor recogimiento y paz interior; gracias, etc.

Porque nos habéis socorrido en nuestras necesidades; gracias, etc.

Porque nos habéis consolado en nuestras aflicciones; gracias, etc.

Porque nos habéis enseñado a vivir vida de oración y unión con Jesús; gracias, etc.

Porque nos dais firme confianza de alcanzar todas las gracias que hasta hoy os hemos pedido y todavía no nos habéis alcanzado; gracias, etc.

Punto tercero. Himno de gratitud a san José por las gracias que nos ha de alcanzar hasta verle en el cielo.

Porque nos dais firme confianza de que nos alcanzaréis cuanto os pidamos; gracias, padre mío san José.

Porque nadie ha acudido a vos y ha vuelto desconsolado; gracias, etc.

Porque nos habéis de alcanzar la gracia de la perseverancia final; gracias, etc.

Porque confiamos morir en vuestros brazos; gracias, etc.

Porque nuestras últimas palabras serán: Jesús, María y José; gracias, etc.

Porque nuestro último suspiro será un acto intensísimo de amor a Dios; gracias, etc.

Porque nuestro primer abrazo en la gloria será el de san José, después de Jesús y María; gracias, etc.

Porque nuestra agonía será plácida y tranquila; gracias, etc.

Porque nos habéis de alcanzar la gracia de morir, recibiendo dignamente los santos sacramentos de confesión, viático y extremaunción; gracias, etc.

Porque alcanzáis a vuestros devotos todo lo que os piden; gracias, etc.

Por la gracia del día de san José; gracias, etc.

Por todas las gracias recibidas por vuestra intercesión; gracias, etc.

Por todas las gracias que hemos de recibir por vuestra intercesión; gracias, etc.

Por todas las gracias conocidas y no conocidas, o reconocidas, que por vuestra mediación hemos recibido y hemos de recibir hasta veros en el cielo; gracias, etc.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: *En los vericuetos de Montserrat*

Ya que hemos terminado felizmente *el Devoto Josefino* a la sombra de la inmaculada esposa de san José, la Virgen María en Montserrat, el día consagrado al Santo (19 de noviembre del año 1890), séanos permitido poner como último ejemplo y corona hermosa y digna del mes del Santo, un lindísimo ejemplo de san José, que nos refiere el primero o uno de los primeros panegiristas españoles del Santo, el confesor e hijo predilecto de Teresa y José, el venerable P. Gracián. Dice este sabio y piadoso carmelita descalzo que vivía en el célebre monasterio de Nuestra Señora de Montserrat un religioso devotísimo del santo patriarca. Entre las prácticas de piedad que este monje dedicaba a honra del Santo, ninguna le comunicaba mayor fervor y consuelo que considerar y contemplar su huida a Egipto en compañía de la Virgen y de su divino Infante. De esto confería a menudo en sus conversaciones, esto rumiaba con frecuencia en sus paseos solitarios por los vericuetos de aquella bellísima, pintoresca y sin igual montaña. Un día, embebido en tan santas contemplaciones, llevó su acostumbrada excursión

mucho más lejos de lo que solía y al volver a su monasterio se enredó por aquel laberinto de senderos y se extravió, perdiendo completamente el camino y desorientándose sin tiento. Metido en aquellos andurriales y asperezas a boca de la noche, sin saber qué partido tomar, sobrecogiose de temor, considerando el peligro que corría de ser devorado por lobos o de caer en manos de malhechores, que por entonces infestaban aquellas montañas o de despeñarse en alguno de aquellos espantables precipicios, en caso de pretender proseguir el camino para tornar al monasterio.

Lleno de estos tristes pensamientos encomendábase a Dios, pidiendo socorro por intercesión de san José, que tantos sinsabores había pasado en su viaje al destierro de Egipto, cuando se encontró con un desconocido que conducía a una señora, montada sobre una bestia de carga y llevando en brazos a un pequeño Niño. Después de los saludos propios de buenos cristianos, preguntó el religioso cuál era el camino que debía tomar para llegar seguro al monasterio, a lo que respondió el desconocido: “Si quiere usted seguirnos, yo se lo enseñaré; porque difícilmente usted lo hallaría, sobre todo viniéndonos encima la noche. No tema usted, pues tengo bien conocidos todos estos senderos y veredas; yo lo pondré a usted en salvo”. Juntose a los viajeros el monje, y caminaron largo tiempo unidos con indecible consuelo del extraviado, porque en todo aquel trecho, tanto la señora como su conductor conversaron de las cosas del cielo de una manera tan santa, dulce y amena, que el religioso enternecido sentía inflamársele el corazón en amor de los bienes eternos y desprecio de los caducos, a la manera que lo experimentaron los discípulos de Emaús al aparecérselos en forma de peregrino Jesús resucitado.

Por fin llegaron a un sitio en que el monje reconoció la proximidad del monasterio y el sendero que llevaba derechamente a la puerta. Entonces los desconocidos se despidieron urbanamente del religioso, y al volver este las espaldas desaparecieron ellos instantáneamente de la vista. Admiróse el siervo de Dios de tan súbito desaparecimiento, y reflexionando un poco sobre cuanto había visto y oído en el camino, cayó en la cuenta de que el conductor no podía ser otro sino el glorioso san José, que en unión de Jesús y María había venido a sacarlo del mal paso o atolladero en que se había metido y enredado, y a conducirlo seguro al monasterio.

Las palabras de estos celestiales viajeros le quedaron tan profundamente grabadas en el alma, que conservó su dulce impresión y las rumió con gran provecho hasta el último suspiro.

Obsequio. Repetir a lo menos una vez cada semana este himno de alabanzas a san José.

Jaculatoria. Alabanzas y gracias dé siempre el alma mía al nombre de Jesús, José y María.

MEDITACIÓN SUPERNUMERARIA

San José glorificado por la Compañía de Santa Teresa de Jesús, benjamina y secretaria del Santo.

Composición de lugar. Contempla al Santo bendito que dice a sus hijas: “Aunque tengáis muchos maestros, no tenéis muchos padres, porque con la leche de mi devoción os he criado”.

Petición. Glorioso san José, guarda a tus hijas como a la niña de tus ojos.

Punto primero. La Compañía de Santa Teresa de Jesús, congregación de doncellas consagradas a la enseñanza de la niñez, *sobremanera alabada y recomendada por su santidad León XIII* por su decreto de 22 de septiembre de 1888, fue concebida por obra

y gracia de san José el día 2 de abril de 1876. Además de atender *con todo ahínco* a la propia santificación de las hermanas, la formación de las niñas en la piedad y letras constituye el fin peculiar y el objeto de esta pía compañía. Fue concebida sin duda por obra y gracia de san José, pues fue como el fruto bendito de un mes consagrado a su obsequio, de una muy solemne y pública novena de los fieles, acompañada de otra no menos fervorosa, pública y solemne, que más de mil niños y niñas de la catequística de Tortosa consagraban al Santo aquel año, y de la fundación de la *Hermandad Josefina*. El día 1º de abril era entonces, como es ahora, el último día de acción de gracias al Santo por las recibidas durante su mes; y al descansar por la noche después de tantos obsequios al Santo, fue concebida esta obra de celo, por intercesión sin duda y las oraciones del patriarca san José, primer pedagogo de la niñez, que quiso atender benigno los ruegos de tantos niños, inspirando esta Congregación docente, que tiene por Constitución (la 53) el deber de trabajar con todo ahínco por ser apóstoles de la devoción al niño Jesús de san José y a su corazón agonizante, toda vez que en la primera edad y en la última agonía es cuando más que nunca peligran, e irreparablemente, los intereses de Jesús en las almas; y la Constitución 55 les previene que “debéis esforzaros todas las hijas de la gran santa Teresa de Jesús por ser apóstoles de la devoción a vuestro señor y padre san José, patrón principal de la juventud y de la buena muerte, y pedagogo especial de la niñez, acudiendo con ilimitada confianza a su patrocinio en todo peligro y necesidad, como lo hacía vuestra Madre santa Teresa de Jesús. Nombradle abuelito y provisor de cada colegio o residencia. –“El abuelito de casa – y provisor san José –todo nos lo da sin tasa – al invocarle con fe”.

Como el bendito Santo lo que más desea, pretende y ama, es ver a su hijito Jesús conocido y amado, es evidente que ha de amar a unas almas que se consagran con entusiasmo santo a hacerle conocer y amar por los tres apostolados más eficaces, cuales son: el de la oración, el de la enseñanza y el del sacrificio. Y si el Santo desea, además ser conocido y amado, es principalmente para que con su devoción se procure el conocimiento y amor de su hijito Jesús.

¡Oh cuánto ha de amar y ama el glorioso Santo a esta obra suya de celo! ¡Felices las almas que sepan corresponder con amor! ¿Qué no podrán hacer en gloria de Jesús ayudadas por el Santo sin igual?

Punto segundo. La Compañía de Santa Teresa de Jesús honra a san José. –Conságrale una oración propia cada día, cada semana, y el día 19 ofrécele especiales cultos, y cada año su mes. Su fiesta (19 de marzo) es de las de primera clase de la Compañía, y la octava de su patrocinio es privilegiada con comunión toda ella. La estampa de san José debe estar en todas las escuelas de párvulos, su imagen en todas sus iglesias, y los cantos y rezos en su honor forman una parte de lo más principal de su repertorio. Los parvulitos de uno y otro sexo ámanle con delirio; y de los que (más de tres mil) se educan en las escuelas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, a pesar de no contar más que con catorce años de existencia, no hay uno que no conozca al Santo bendito. Todos le rezan y le invocan con confianza; y ven las hijas de santa Teresa de José que no hay cosa más acomodada para formar a la niñez en piedad y letras que hacerla devota de san José. Verdaderamente no hay cosa que así mueva, edifique y haga

piadosos a los pequeñuelos como la devoción a san José. Su imagen bella y agraciada, con el niño Jesús en los brazos, les encanta, arrebatada y extasiada. Pruébalo quien no lo creyere, y verá por consoladora experiencia cuán gran bien es encomendarse al glorioso san José y tenerle devoción al formar la niñez y juventud en virtud y letras.

Punto tercero. La Compañía de Santa Teresa de Jesús todo lo ha de esperar del Santo bendito. Si su fin es dilatar con sumo interés la mayor honra de Cristo Jesús por todo el mundo, ¿quién, después de María, le puede ayudar mejor en esta nobilísima y divinísima empresa que el glorioso san José?

Si las Hijas del serafín del Carmelo pretenden ser las primeras en extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús, María, José y Teresa de Jesús por todo el orbe, por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio, ¿quién mejor y más decidido protector podrán hallar en los cielos y en la tierra que el glorioso san José, que consumió su vida en estos tres apostolados ejercidos inmediatamente en la persona de Cristo Jesús mientras vivió en este mundo, al desempeñar con Él los oficios de padre, tutor, ayo y pedagogo? Si los santos tienen especial gracia para ayudar con su intercesión a los que se ocupan en los ministerios y oficios en que ellos se ocuparon, ¿quién podrá serles mejor y más decidido protector que san José en el desempeño de su cargo de dar a conocer y amar a Jesús, María, José y Teresa de Jesús por todo el mundo, que el mismo Santo? ¡Oh! Diremos con razón; pruébalo quien no lo creyere, que las hijas de santa Teresa de José ya saben por consoladora experiencia que no hay mejor medio para lograr su altísimo fin que encomendarse a este excelso e incomparable patriarca y tenerle especial devoción. ¡Oh Santo mío de mi corazón! Guarda siempre bajo el manto de tu virginal protección y el de tu esposa María a las hijas de tu corazón, de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, a fin de que, criadas con la leche de tu devoción, crezcan, vivan y se perpetúen lozanas, llenas de robustez y de salud espiritual y sean por tu poderosa intercesión, como lo piden todos los días a tu hijito Jesús, las primeras en el mundo en conocerte y amarte y hacerte conocer y amar por todos los corazones con Jesús, María y Teresa de Jesús, por medio del apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio. Amén.

Oración final, dolores y gozos, etc.

EJEMPLO: San José socorre a las hijas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en su última enfermedad.

La primera de las hermanas que experimentó de un modo visible la protección del Santo fue la H. Dolores del niño Jesús Figueras, llamada por Dios de un modo muy especial a su Compañía: pues trocó, pocos días antes de casarse, su esposo terreno por su esposo celestial.

Correspondió de tal suerte a la gracia de su vocación, que muchos días hubo que no faltaba ni por cinco minutos a la presencia de Dios a pesar de ser portera, “¡Oh cuánto me recrea, exclamaba, la presencia amorosa de mi amado Jesús en el interior de mi alma! Yo veo, oigo, hablo y me recreo con mi Jesús en todas las cosas, y es para mí su presencia y compañía como cuando se derrama grande cantidad de rica esencia, que aunque no la vemos, percibimos su grata fragancia por todas partes”.

Era muy devota de san José, y habiendo caído ligeramente enferma, con muchos meses de anticipación, a pesar del parecer de los médicos y de todos dijo que moriría, y que moriría precisamente en la fiesta de san José, y que le asistiría su padre fundador. Desde entonces en los recreos era todo su consuelo hablar de la muerte y de las cosas que más ayudan a morir bien. Al entrar en la cuaresma del año 1882

dijo a la superiora: “Nuestro Señor quiere llevarme pronto al cielo, y para que me disponga bien, quiere que en esta cuaresma padezca mucho, para que me purifique, y después de estar purificada me moriré”.

En efecto: sobreviniéronle unos muy frecuentes vómitos, que la hacían padecer mucho, y la consumían lentamente, y la privaban, que es lo que más sentía, de recibir la sagrada comunión. Mas, pidiólo a san José, y de repente cesaron los vómitos y pudo comulgar con gran devoción, cosa que causó gran admiración a los médicos. La noche del 14 de marzo entró dulcemente en agonía, dándole los médicos muy pocas horas de vida.

Sus hermanas rogaban por su salud; mas ella les decía: “No me retardéis más. Hermanas mías, con vuestras oraciones la visita de mi Amado, pues no puedo sufrir la cárcel oscura de mi cuerpo”. Se la oía cantar con apagada voz muchas veces: “Vivo sin vivir en mí”, “Viva Jesús”, de su amada Madre santa Teresa u otra cosa del desprecio del mundo, con lo cual desahogaba las ansias vivísimas de su corazón por ver a su esposo Jesús, a quien amaba con tanta ternura.

Pidió despedirse de toda la comunidad, y dioles consejos tan sublimes que les hizo derramar lágrimas de ternura. “Hermanas, sed humildes y obedientes: sobre todo, les dijo, guardad con exactitud las santas reglas, pues esto os basta y nada más necesitáis para ser santas; no os acordéis más que de Dios y de vuestra alma, y olvidaos del mundo, porque es un falso”.

Tan confiada estaba de que había de morir el día de san José, que el día 15 de marzo, después de volver de un desmayo, dijo a las hermanas con una acento muy resuelto: “Hermanas, no quiero darme tanta prisa para morir, aunque sea el día 15 consagrado a mi santa Madre Teresa de Jesús. Tomémoslo con más calma, y así sin atropellarse ustedes y yo, y empleando santamente los días que me quedan hasta la fiesta de mi querido patriarca, veré a nuestro padre fundador, a quien espero para que me dé la última bendición, y me vendrá el tiempo justo para irme al cielo cuando allí se principie la fiesta de mi padre y señor san José. ¡Oh! ¡Cómo me reiré de la fiesta que ustedes le harán! Yo estaré ya en el cielo cantando otros cánticos más hermosos en su compañía, y celebraré la fiesta más alegre que ustedes”, y otras cosas por el estilo que movían a gran devoción y santa envidia. Fue su vida los tres últimos días como un continuo milagro, engañando a los médicos, que en cada visita juzgaban hallarla difunta.

“No moriré, repetía, como quien despierta de un sueño, no moriré hasta el día de san José. Nuestro padre fundador no está aquí, y yo le quiero hablar. Ustedes tendrían mucha pena si muriese sin estar él; estén, pues, en paz, que san José todo lo arreglará”.

Y así fue. Llegó la mañana del día 18 y vino nuestro padre fundador. Su vista llenó de consuelo a su dichosa alma, y después de hablarle y recibir su bendición, hízole la recomendación del alma, entrando en la última agonía, dulcísima y envidiable, pues como una vela que se va apagando poco a poco, la muerte se apoderó de sus miembros, y al momento en que empezaba las primeras vísperas de la iglesia vecina las monjas de san José (carmelitas descalzas), expiró asistida de su padre fundador y hermanas, quedando como dormida en plácido sueño para despertar en los brazos de su padre san José, que sin duda alguna, píamente pensando, llevó su bendita alma a cantar y celebrar su fiesta en la gloria.

Otra hija suya, jovencita, la H. Josefina Plà, tuvo también la dicha de morir después de despertar como de un profundo letargo, clamando: “Hermanas, he visto a san José, ha venido san José a buscarme. San José, san José, llevadme al cielo”; y poco después expiró, visitada sin duda de san José. Lo mismo ha sucedido a otras hermanas, muriendo todas o casi todas con todo el conocimiento, invocando a san José.

¡Gloria a san José! Confiemos en san José y amemos a san José, y el Santo bendito llevará también nuestra alma al cielo.

Obsequio. Trabajar con todo ahínco por ser los primeros en el mundo en extender el reinado del conocimiento y amor de Jesús, María y José.

Jaculatoria. Bondadoso san José, esposo de María, protegednos y socorrednos; vivamos y muramos en vuestra compañía y de Jesús y María. Amén.

Devoción de los Siete Domingos en honor de san José

Instrucción

Pensamientos

1. La devoción de los *Siete Domingos* en obsequio del glorioso patriarca san José es una de las más provechosas, porque con ella se experimenta de un modo maravilloso su especial y poderoso patrocinio.

2. No hay devoto josefino que no la practique una o más veces al año para recabar, por intercesión del Santo bendito, alguna gracia especial o extraordinaria para sí o para las personas que le son más caras.

3. Los sumos pontífices, en especial Pío IX, la han enriquecido con preciosas indulgencias para mover la devoción de los fieles a practicarla.

4. Para ganar tan preciosas indulgencias, son condiciones precisas para cada domingo: 1ª Confesar, comulgar y orar un rato a la intención del papa. 2ª Rezar o hacer el ejercicio de los siete dolores y gozos de san José. 3ª Que los siete domingos sean consecutivos, porque si hubiese interrupción, aunque fuera involuntaria, debería empezarse de nuevo.

5. Las meditaciones que ofrecemos, son muy a propósito, devoto josefino, para mover dulce y eficazmente tu corazón a la confianza y amor del Santo de nuestro corazón.

6. Te recomendamos con la mayor eficacia hagas esta devoción: 1ª Para conocer tu vocación, o acertar en la elección de estado. 2ª Para alcanzar una santa muerte, recibiendo los santos sacramentos. 3ª Para obtener la conversión de algún pecador. 4ª Para vencer la tentación molesta, o alcanzar victoria de tu pasión dominante. 5ª Para el buen éxito de algún negocio a mayor gloria de Dios y del Santo. 6ª En acción de gracias por los beneficios que hemos recibido de Dios por manos del santo patriarca. 7ª Para lograr el espíritu de oración y unión con Jesús y María.

7. No dudes, devoto josefino, que según sea tu confianza, será el despacho de tus ruegos. Espera mucho, espéralo todo de la intercesión poderosa de san José, y verás grandes cosas. Pruébalo y lo verás por experiencia.

Indulgencias concedidas a esta devoción de los Siete Domingos

1ª 300 días de indulgencia cada domingo, rezando durante siete domingos consecutivos en el curso del año, a elección de los fieles, los siete gozos y siete dolores de san José, y el séptimo domingo se puede ganar además una indulgencia plenaria. (*Gregorio XVI, 22 de enero de 1836*).

2ª Indulgencia plenaria en cada domingo, aplicable a las almas del purgatorio. Los que no saben leer o no tienen la deprecación de los siete dolores y gozos, pueden ganar esta indulgencia rezando en los siete domingos siete Padrenuestros con Avemaría y Gloria. (*Pío IX, 1 de febrero y 22 de marzo de 1847*).

PRIMER DOMINGO

Se consagra a honrar el primer dolor y gozo de san José al ver a María encinta, ignorando el misterio.

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Composición de lugar. Contempla a san José sumido en mortal angustia por causa del embarazo de María su esposa, y el ángel que le revela el misterio.

Petición. Dadme, Santo mío, el meditar con provecho vuestros dolores y gozos.

Punto primero. Considera, devoto josefino, la conducta de san José en este paso, lleno de caridad y de prudencia, pues a pesar de la evidencia del embarazo de María, todavía juzgaba a favor de su castidad angelical porque la caridad jamás piensa mal del prójimo, como dice san Pablo. Nunca llegó el glorioso Santo a juzgar mal de su esposa, a pesar de tener motivos al parecer tan poderosos; pues más creía a su castidad que a lo que veía. No pudiendo el Santo, como justo, delatar a María que creía inocente, medita en su prudencia qué partido debía tomar en este caso, y escoge el dejarla o separarse de ella ocultamente o en secreto, dejando solo a Dios el juicio, porque es el único que penetra el interior de los corazones. ¡Oh caridad y prudencia celestial del Santo, cómo confundes mi poca caridad y prudencia en juzgar al prójimo! ¡Ay, Dios mío! Si una acción tiene cien caras siempre la habíamos de mirar por la más hermosa; pero nuestra malicia lo hace todo al revés. Porque vemos leves señales de mal o a nuestro apasionado espíritu se le representan, formamos juicios temerarios del prójimo o sin fundamento. Lo echamos todo, como los fariseos, a la peor parte; lo hablamos con otros, juntando casi siempre al juicio temerario la murmuración, y si no podemos negar la evidente bondad de la obra, juzgamos lo sagrado de las intenciones. ¡Qué refinada malicia! Mira, alma mía, que a Dios solo le toca juzgar del prójimo, porque solo Él pesa las intenciones; pondera que con la misma medida que midieres a tu prójimo serás medido por Dios. Sé, pues, misericordiosa y caritativa en tus juicios, y Dios, lo será contigo al juzgarte.

Punto segundo. Contempla la conducta de san José en este gravísimo dolor, angustia y perplejidad de su ánima causada por el embarazo de María, y verás cómo recurre a Dios por medio de la oración y se serena su espíritu, se disipa la tormenta, y un ángel del Señor es enviado para instruirle en el misterio de la Encarnación, quedando su alma purísima inundada de celestial gozo; pues le manda que no tema recibir a su esposa María, y quedarse y vivir en su compañía, porque lo que ha sido concebido en su seno, no es por obra de varón, sino por obra y gracia del Espíritu Santo... ¿Qué lecciones nos da el santo, devoto josefino, en este paso admirable de su vida? No fue a

buscar consuelo y ayuda en sus parientes, ni a contar lo que pasaba a sus vecinos o amigos, como haces tú en tus trabajos ordinariamente, sino que acude a Dios por medio de la oración. Por esto el Santo sale consolado, ilustrado en este caso, y tú sales más perplejo y angustiado, porque debiendo unírte por la oración más con tu Dios en el tiempo de la tribulación, en las pruebas que Dios te envía siempre para tu bien, te aferras más a tus juicios, a tu amor propio, y esto aumenta tus tribulaciones... Aprende de san José a recurrir a Dios en todos tus trabajos de alma y de cuerpo, si quieres conseguir perfecto consuelo; ora con fe viva, humildad y perseverancia, que la oración es la llave de las divinas consolaciones, el maná que sustenta el alma, el rocío celestial que refresca el corazón agitado y atrae la misericordia de Dios. ¡Oh, cuán feliz serás en tus dolores y trabajos, devoto josefino, si así lo haces!

EJEMPLO

Una distinguida señora escribió con fecha de 29 de enero de 1866, a una amiga suya, participándole el favor que acababa de recibir de san José.

Una persona ya entrada en años, por la cual ella se interesaba mucho, vivía en un completo olvido de sus deberes religiosos, de suerte que hacía más de treinta y cinco años que no había recibido ningún sacramento ni practicado acto alguno de devoción. Ni las instancias reiteradas de varios amigos influyentes, ni los avisos providenciales enviados a esa oveja descarriada, fueron bastantes para ablandar su corazón empedernido. Cayó enfermo ese infeliz, y se puso de cuidado; entonces fue cuando la caritativa señora, alarmada por el estado crítico de su querido anciano, buscaba medios para que no se perdiese aquella alma que tanto había costado al divino Redentor; y se acordó del grande poder del patriarca san José (de quien era muy devota), para socorro de los moribundos, le suplicó que viniese en su ayuda, llena de fervor le prometió hacer la devoción de los *Siete Domingos* en memoria de sus dolores y gozos, esperando le alcanzase la conversión del enfermo que ella tanto deseaba. ¡Cosa admirable! Ya en el primer domingo, san José empezó su obra: fue un sacerdote a visitar al enfermo; este lo recibió muy bien; le insinuó que quería confesarse, hizo una confesión entera y muy dolorosa, y pidió le administrasen los demás sacramentos al día siguiente. A pesar de su extrema debilidad, el buen anciano recibió de rodillas en la cama a su Dios, a quien había olvidado por tan largo tiempo, y desde entonces no cesó de demostrar la alegría de que estaba llena su alma. Había perdido la fe, pero la recobró, y con ella una eterna gloria. ¡Ojalá este nuevo favor, obtenido por medio de la devoción de los *Siete Domingos*, mueva a otras buenas almas a practicarla para conseguir la conversión de aquellas personas por las cuales se interesan!

Récense los siete dolores y gozos con los Padrenuestros, según el primer modo y la oración final.

Obsequio. Prívate del gusto de ver y ser visto curiosamente.

Jaculatoria. Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

SEGUNDO DOMINGO

Se consagra a honrar el dolor y gozo de san José en el nacimiento del niño Dios en el portal de Belén.

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

Composición de lugar. Contempla a san José adorando a Jesús recién nacido, con María, en la cueva de Belén, porque no había para ellos, pobrecitos, lugar en la posada.

Petición. Desprendedme, glorioso san José, de todo afecto desordenado a las criaturas.

Punto primero. Contempla a san José andando con María preñada de Nazaret a Belén más de treinta leguas en el rigor del invierno, con grandes incomodidades y cansancio... ¡Qué viaje tan penoso!... Mírale al Santo luego de llegar a la ciudad de su origen, pues eran de la estirpe real de David, mírale buscando posada por toda la ciudad entre parientes y conocidos; mas no la halló por ser pobres y estar llenas de ricos y forasteros todas las casas... Pondera el grandísimo dolor del Santo por estar María, su delicada esposa, cercana al parto, y no poder ofrecerle un pequeño lugar donde acogerse... Salió fuera de la ciudad, y hallando una cueva que servía de establo a las bestias de los pasajeros y pastores, entró en ella con María. Contempla al Santo bendito atareado en limpiar y aderezar la cueva, porque conocía que había de ser la cuna y el palacio del Rey de la gloria. Allí se acomodaron como pudieron, y después de haber cenado de sus pobres viandas, porque llegaron bien entrada la noche, san José, con el corazón traspasado de dolor, aunque resignado en medio de tanta pobreza y desamparo, se retiró a orar al Padre eterno que enviase al deseado de las gentes... Estate lo más que pudieres, devoto josefino, en esta cueva, y observa lo que piensa, lo que dice, lo que hace san José, hallándose desechado de todos sus parientes y conocidos, viéndose forzado a retirarse con María, tan cercana al parto, a morar y trasnochar en una cueva o establo sucio y hediondo... No se queja, no murmura el Santo, ni de Dios ni de los hombres; antes al contrario, se alegra de padecer algo por su Dios y le da gracias. Solo siente los padecimientos de María y del infante Jesús. ¿Cómo imitas tan santo ejemplo, devoto josefino? ¡Ay! Tal vez te impacientas, murmuras, te quejas y hasta culpas a la amorosa providencia de Dios, por un pequeño trabajo o contrariedad, por faltarte, no ya lo necesario, sino lo superfluo, no ya lo justo, sino algo de tu comodidad y regalo... ¿Por ventura no pecaste alguna vez, y merecías el infierno o al menos el purgatorio? Pues ¿cómo siendo pecador, te quejas como si no merecieses ningún castigo? Sufre estas pequeñas cruces por tus grandes pecados con resignación y paz. Considera qué más mereces... Mira a san José, hombre justo y santo, que calla y sufre resignado por tus pecados lo que él no merecía.

Punto segundo. Considera cuál sería el gozo inexplicable del Santo al ver nacido a Jesús del purísimo vientre de su inmaculada esposa María... Postrado en tierra le adora como a su Dios, le besa como a su Hijo adoptivo, le acaricia y le regala como a su Salvador y Redentor... Contempla estático al glorioso Santo, mirando y tornando a mirar al divino Niño, dando gracias al eterno Padre que le había elegido para padre y custodio de su unigénito Hijo en la tierra... Oye las palabras regaladísimas que el divino Infante hace resonar en el corazón de san José en medio de su silencio: *In te projectus sum ex utero: de ventris Matris meae susceptor meus es tu.* (Ps. XXI). Desde el seno de mi madre he sido arrojado en tus brazos: recíbeme como mi custodio y protector... Pondera cuánto se aumentaría este gozo del Santo al ver a los ángeles abatidos en la cueva entonando cánticos de gloria a su Dios, y a los pastores y magos venir de países distantes a rendirle adoraciones... Son más para sentir en silencio, que para

desdorarlos con palabras tan tiernos misterios... Y tú, alma mía, ¿cómo adoras y reverencias y sirves y regalas a Jesús? ¡Ah! Más dichosa en esto que el santo patriarca, se te ha dado, no solo adorar y besar y estrechar entre tus brazos al divino niño Jesús, sino el recibirle en tus entrañas, comerle y juntarle a tu corazón cuando comulgas... Mas ¿con qué fe y caridad lo haces? ¿Qué reverencia es la tuya en las iglesias? ¿Con qué modestia y fervor oyes Misa y asistes al templo? ¿Vas allí curiosa y vana, con trajes inmodestos? ¿Robas por ventura con tus atavíos inmoderados, con tus palabras y tus miradas, robas las atenciones y adoraciones de los fieles a Dios?... ¡Qué desgraciada serías si esto hicieras! La casa de Dios es casa de oración, de adoración, ¿y tú la convertirías en cueva de ladrones? Teme el látigo de Dios si tal hicieras.

EJEMPLO

La señorita M. de la C. B. muy devota del Santo patriarca, a quien obsequiaba con las prácticas de piedad más gratas al Santo, como son la oración, confesión y comunión frecuentes, cayó en una grave y penosa enfermedad, y a pesar de distar más de ocho meses de su fiesta, le pedía al Santo tres gracias: 1ª Morir en su fiesta; 2ª Morir con todo el conocimiento e invocando los nombres de Jesús, María y José; 3ª Que le asistiese quien esto escribe en su última hora. Y el Santo bendito todo se lo concedió. Contra el parecer de los médicos se alargó su enfermedad hasta el día del Santo (19 de marzo), conservó claro el conocimiento hasta el último instante invocando con gran devoción los dulcísimos nombres de Jesús, María y José, y, cosa providencial, para que nada faltase a sus súplicas, retirándose el confesor para tomar un poco de alimento, quien esto escribe tuvo precisión de quedarse para consolar a la enferma y animarla en aquella última hora y no dejarla sola, y contra la previsión de todos, expiró en el mismo día del Santo, en nuestros brazos, con la paz de los justos, yendo sin duda, piadosamente pensando, a cantar con los bienaventurados las misericordias del señor san José en el cielo en su misma fiesta. ¿A quién no animan estos hechos? De otros devotos de san José hemos visto lo mismo, esto es, morir plácidamente, o el día de san José, o el día 19, o el miércoles, todos días consagrados a san José. Animémonos con nuestras buenas obras, a merecer del Santo bendito este favor, el más grande de todos.

Récense los siete dolores y gozos con los *Padrenuestros*, según el primer modo, y la oración final.

Obsequio. Ayuna un miércoles en obsequio de san José.

Jaculatoria. Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

TERCER DOMINGO

Se consagra a honrar el dolor y gozo de san José en la circuncisión del niño Jesús.

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Composición de lugar. Representate a san José derramando la sangre de Jesús, e imponiéndole tan dulcísimo nombre.

Petición. Enseñadme, san José, a pronunciar devotamente el nombre de Jesús.

Punto primero. Cristo Jesús, que venía al mundo a dar cumplimiento a toda la ley, no quiso dispensarse de la ceremonia dolorosa y humillante de la circuncisión para nuestra edificación y para ejemplo de humildad profundísima. Era esta observancia ignominiosa a manera de un sacramento dado por Dios a Abraham para remedio del pecado original, y distintivo del pueblo de Dios. San José fue el ministro de esta dolorosa y sagrada ceremonia, en la cueva de Belén a los ocho días de haber nacido Jesús. El mismo José, sobreponiéndose a su inmenso amor al niño Jesús, lleno de valor sobrenatural y de una fe más admirable que la de Abraham, aplicó el cuchillo de pedernal al cuerpo inmaculado del tierno Infante, derramando las primeras gotas de sangre del divino Cordero con sus propias manos. ¡Qué dolor tan subido para el corazón de san José! Los gritos y el llanto del Niño, las angustias de su pobre Madre desgarraban el corazón paternal de san José... Ponía el Santo la marca del pecador sobre el inocente Jesús; penetraba el inmenso dolor del Niño que, aunque infante, gozaba de la plenitud de la razón, y era como el preludio y ensayo de aquel drama sangriento que había de completarse en el Calvario. Mas san José ofrece con Jesús y María al eterno Padre la sangre de su Hijo que acaba de derramar, y le pide que sea salud del mundo y salve a todas las almas, ya que una sola gota bastaba a redimir mil mundos. Devoto josefino, tan amigo de tus comodidades y tan enemigo de toda mortificación, aprende del Santo a vencer tu sensibilidad y delicadeza, cuando se trata de cumplir con tu deber, y mirando a Cristo Infante recién nacido derramando sangre por ti, pecador, aprender a crucificar tus vicios y pasiones, y ciñe con el escudo de su mortificación a todo tu cuerpo. Mira que esta sangre divina te la has de aplicar tú con tu mortificación; si no, no dará fruto en tu alma.

Punto segundo. Contempla, devoto josefino, el gozo indecible de san José, al imponer el nombre adorable de Jesús al Hijo de Dios luego de haberle circuncidado, según el mandato que había recibido del cielo... San José fue el primero en pronunciar el nombre de Jesús, al cual doblan su rodilla los cielos, la tierra y los abismos. Más feliz que Adán, él fue el primero en saborear la dulcedumbre inmensa de este nombre celestial, que es, como dice san Bernardo, miel a los labios, melodía a los oídos, júbilo al corazón. San José saboreó las primicias de esta dulzura, y así como al oírse este nombre se obraron tantas maravillas en el mundo, ¿quién podrá comprender el golpe de luz, de ternura, armonía y amor que derramó en el alma purísima de san José? Figuraos que de toda la eternidad estaba representada y escondida la inmensidad de dulzura y luz amorosas que abarca este nombre, y que al pronunciarlo san José se derramó como un diluvio sobre la tierra, siendo el primero que se anegó y se vio sumergido en este océano de dulzura el santo patriarca. ¡Oh! Cosas son estas más para sentir que para decir. Gustad y veréis cuán suave es el nombre del Señor, aun para el alma ruin y pecadora, repitiendo muchas veces: Jesús, Jesús, Jesús... Pídele a san José, devoto josefino, que te enseñe a pronunciar debidamente este nombre, que es fuente de vida, consuelo del afligido, esfuerzo del tentado, luz de las almas, alegría de los ángeles, terror de los demonios, esfuerzo de los tentados, paz de los moribundos, gozo de los justos, corona y gloria de los bienaventurados... ¡Oh nombre dulcísimo de mi adorado Jesús, aceite derramado para curar nuestros males y dar salud a nuestras almas! Haced que en las tentaciones y peligros, en la paz y en los combates, en la tristeza y alegría, en vida y en la muerte repita sin cesar: ¡Viva Jesús mi amor, viva

Jesús mi amor, viva Jesús mi amor! Jesús, Jesús, Jesús. Ayudadme san José, a pronunciar siempre con devoción este dulcísimo nombre de Jesús. Amén.

EJEMPLO

Uno de los asuntos más importantes de la vida es sin duda alguna la elección de estado, pues de su acierto depende casi siempre la felicidad temporal y eterna de las criaturas. San José, socorredor en toda necesidad, no se hace sordo a sus devotos, como lo demuestra el caso presente, escogido entre millares.

Una joven suspiraba por acertar con la elección de estado, y no sabiendo qué resolver, pues por un lado parecía la llamaba el mundo y por otro el Señor, determinó con el consejo de su confesor hacer los *Siete Domingos* a san José, para conocer con certeza su vocación. No se hizo sordo el Santo bendito, pues tan suavemente la inclinó a seguir la vocación religiosa y deshizo todo lo que parecía le podía atar al mundo, que ella misma no llegaba a comprender tan súbita claridad.

Mas no era esto lo más difícil. Los padres de la joven que mirando como sucede casi siempre, antes a su conveniencia que a la felicidad temporal y eterna de sus hijos, no quisieron darle su consentimiento de ningún modo para hacerse religiosa: "Cásate, le decían y te daremos buen dote, porque así estarás siempre a nuestro lado". Pero como cuando es de Dios el llamamiento, si no le resentimos, al fin se vence todo, así sucedió en esta ocasión por intercesión de san José. Hizo otra vez la joven los *Siete Domingos*, y, antes de concluirlos, el padre de la joven, que era el que más se oponía, estaba, como escribió un devoto josefino, chocho de alegría porque su hija había escogido la mejor parte haciéndose religiosa. Quedaron todos maravillados de tan inesperada mudanza, más no la devota josefina, que agradecida al Santo decía con gracia: "¿Por qué se maravillan? Nombré agente de este negocio a mi padre y señor san José, y él lo había de hacer y lo ha hecho mejor que yo supe encargárselo. ¡Gloria a san José!"

Récense los siete dolores y gozos con los *Padrenuestros*, según el primer modo y la oración final.

Obsequio. Refrena tu lengua, y esta semana a lo menos no hables sin pensarlo bien y encomendarlo antes al Señor.

Jaculatoria. Jesús, José y María, recibid cuando yo muera el alma mía.

CUARTO DOMINGO

Se consagra a honrar los dolores y gozos de san José en la presentación del niño Jesús en el Templo.

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Composición de lugar. Contempla a María y a José presentando a Jesús en el templo, oyendo llenos de dolor y amor la profecía de Simeón.

Petición. San José mío, haced que Jesús sea para mí Jesús y no juez.

Punto primero. Cumplidos los cuarenta días que marcaba la ley, después de nacido el infante Jesús, María y José con Jesús se dirigen de Belén a Jerusalén, unas dos leguas

de camino, a purificarse la Reina de los ángeles y a presentar al templo y rescatar con cinco siclos al Hijo de Dios. Contempla, devoto josefino, a esta celestial comitiva acompañada de ejércitos de ángeles que le hacen música suavísima, admirando y ensalzando la humildad de aquella Trinidad de la tierra, que va a cumplir una ceremonia, humillante al parecer y a la que no estaba sujeta. Mira cómo el niño Jesús es llevado como cordero de Dios al templo ya en brazos del pastor José, ya en brazos de la divina pastora María su Madre. ¿Con qué gozo se repartirían esta carga celestial? Ofrécete tú a ayudarles, y pregúntales admirado: ¿Quién es ese Infante que traéis tan regocijados? ¡Oh, qué pequeño y qué grande! Pequeño en la humanidad, grande en la divinidad, criado y criador, alimentado y alimentador, siervo y señor, sin habla y maestro de los ángeles... Llegan a Jerusalén y ofrecen a su hijo Jesús, y por su rescate un par de tórtolas y dos pichones. Mira en esta ocasión al santo viejo Simeón que, tomando al Niño en sus brazos, con los ojos arrasados en llanto y lleno de júbilo su corazón entona el *Nunc dimitis*, que san José y María escuchaban admirados y alborozados, porque confirmaba lo que ya creían y sabían del Niño, y con el mismo gozo recibían su bendición. Mas ¡ay! que una espada de dos filos traspasa el corazón del Santo, porque el justo Simeón, dirigiéndose a María, le dice: *Mira, este Niño, está puesto para ruina y resurrección de muchos; será el blanco de la contradicción de los hombres, y traspasará tu alma una espada de dolor*. Hierde al Niño y a la Madre con esta profecía, y su herida y su dolor hieren de rechazo al corazón del Santo, que ve en ella distintamente como en un mapa toda la pasión de Cristo y los dolores de su santísima Madre anunciados por los profetas. El amor de padre y de esposo prestaba colores más vivos a este cuadro de dolor, y desde entonces veía en el divino Infante al varón de dolores saturado de oprobios, y en María a la Madre de dolores y reina de los mártires. Vivió muriendo san José de acerbísimo dolor en cada instante, y al mirar al Niño y al contemplar a la Madre se renovaba esta espada de dos filos en su corazón. ¡Pobre Niño! ¡Pobre Madre! ¡A lo menos pudiese yo acompañaros en vuestro último y supremo dolor! Pero este consuelo será negado al Santo, que bajará al sepulcro antes que se consume el sacrificio del Hijo y de la Madre en el monte del dolor. ¡Quién no compadecerá al Santo en este acerbísimo dolor! Desde hoy Jesús será para san José objeto de dolor. Todas las alegrías serán mezcladas de dolor. *Miscens gaudia fletibus*.

Punto segundo. Aunque san José veía a través de los siglos que su hijo Jesús sería ruina y signo de contradicción para muchos, esto es, para herejes, cismáticos, malos cristianos y pecadores en todo género, no obstante vio también, y esto le consoló grandemente, vio la innumerable multitud de justos y santos que en todos los siglos y por todas las partes del mundo le levantaban un trono en su corazón y le amarían hasta el heroísmo, sacrificando gustosos riquezas, honores y placeres y hasta la propia vida para probarle su amor... Veía destruida la idolatría, confundido el poder de Satanás, levantada en alto y glorificada la cruz de Cristo; veía adorado al buen Jesús como Dios por todo el mundo, y a su esposa María, recibiendo los homenajes de veneración y amor de los corazones más nobles, más puros y más santos. Sin este gozo que inundó con la parte triste de la profecía de Simeón el corazón del santo patriarca, hubiese este fallecido de dolor en el momento. ¡Oh, cuánto hemos de agradecer al Santo nosotros, pobres pecadores, que somos causas con nuestros pecados de este dolor! ¿Por ventura, Santo mío, visteis ya mis infidelidades a Jesús, mis traiciones a su gracia, mis pecados todos, mis escándalos, mis maldad? ¡Oh Santo mío, redentor del

Redentor del mundo! No sea para mí el buen Jesús ruina, sino salvación; no juez, sino Jesús, salud y salvación de mi alma. Así os consolaré en este dolor con vuestra esposa María al ver que por los méritos de Cristo resucitaré a la gloria, donde todos nos veremos. Amén.

EJEMPLO

El siguiente ejemplo podrá servir de norma a los que han de tomar estado de matrimonio, mayormente en nuestros días en que solo se atiende a los intereses y a las cualidades exteriores, cuando de su acierto depende el bienestar en la presente vida y la salvación eterna.

Un joven noble, hijo de padres virtuosos que nada omitieron para formarle un corazón sólidamente piadoso, después de haber rogado mucho a Dios para conocer bien su vocación, se persuadió de que no era llamado al sacerdocio. No obstante continuó haciendo con mucho fervor sus devociones particulares, confesando y comulgando cada semana, y siendo exacto en todas esas santas prácticas. Aunque pertenecía a una distinguida familia, relacionada con la alta sociedad, se apartó siempre de aquellas diversiones peligrosas, en las que muchos jóvenes atolondrados comprometen su porvenir, tomando por compañera a una joven, prendado de sus dotes exteriores, tan fáciles de perder. Bien convencido de que los *buenos matrimonios están escritos ya en el cielo*, este excelente joven no se olvidaba cada día de rogar a san José que le hiciese encontrar una compañera de una piedad sólida y a prueba de las seducciones del siglo. Cierto día, con motivo de una buena obra que llevaba entre manos, tuvo que avistarse con una respetable señora que con sus dos hijas vivía muy cristianamente. Al verlas experimentó cierto presentimiento de ser una de aquellas dos jóvenes la destinada por Dios para compartir con ella su suerte; en su consecuencia le pidió a su madre, la cual constándole las buenas prendas que adornaban a aquel joven, dio gustosa su consentimiento. La señorita confesó después sencillamente que ella desde mucho tiempo hacía la misma súplica, y que al entrar aquel joven, presintió a la vez que Dios se lo enviaba para su apoyo. Pero fue el caso que, repugnándole muchísimo al padre de la señorita tener que desprenderse de su hija e interponiendo toda clase de obstáculos, para vencerlos y conocer la voluntad de Dios en asunto de tanta trascendencia, determinaron todos empezar la devoción de los *Siete Domingos* en honor de san José a últimos de mayo de 1863. El favor de este glorioso patriarca no se hizo esperar; pues en el siguiente agosto se celebró el casamiento con gran contento de ambas partes, lo que prueba que el cielo se complace en bendecir aquellos desposorios para cuyo acierto se ha pedido su luz y su gracia en especial si ha mediado la eficaz intercesión de aquel Santo a quien Jesucristo se complació en estar sujeto sobre la tierra.

Récense los siete dolores y gozos con los *Padrenuestros*, según el primer modo y la oración final.

Obsequio. Visita un enfermo y da una limosna, si te es posible, en honor al Santo.

Jaculatoria. Alabanzas y gracias dé siempre al alma mía a los nombres de Jesús, José y María.

QUINTO DOMINGO

Se consagra a honrar el dolor y el gozo de san José en la huida a Egipto.

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Composición de lugar. Contempla a la Sagrada Familia descansando bajo la palmera en el desierto, y acompáñales en su destierro.

Petición. Desterrad de mi alma, glorioso san José, el pecado, para que siempre viva en ella Jesús por gracia.

Punto primero. Cumplidas las ceremonias de la purificación y presentación, y algo recelosos de la crueldad de Herodes al verse burlado de los Magos, salieron cuanto antes de Jerusalén san José con la Virgen y el niño Jesús a Belén, para desde allí dirigirse a su casa de Nazaret y descansar en ella en paz. Mas Herodes, despechado por no haber vuelto a ver a los Magos, mandó degollar a todos los niños desde dos años abajo, para matar a Jesús. Por esto un ángel se aparece en sueños, de noche a san José; y le dice: *Levántate, toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, pues Herodes buscará al Infante para matarle.* Ya empieza a cumplirse la profecía de Simeón.

Todos convienen que un viaje largo es una molestia continuada para los que pueden proveerse de todo; ¿qué sería para la Sagrada Familia, que apenas pudo prevenir nada? Más de dieciséis jornadas necesitaba la Sagrada Familia para llegar a Egipto, y dos meses empleó en el viaje: ¡Cuántos dolores, penas, trabajos, angustias y sobresaltos había de experimentar tan santa familia! El viaje fue muy trabajoso, pues los caminos eran ásperos, despoblados, espantosos, desconocidos, llenos a trechos de bosques, a trechos de arenales. El tiempo el más desapacible del año, sin guía, sin provisiones. Había el Santo comprado un asnillo con el precio de las pocas alhajas vendidas de su casita de Nazaret; y con unas pocas provisiones que la premura del tiempo le consintió, pues todo su afán era salvar a Jesús y a María, emprendió el viaje. Las noches las habían de pasar muchas veces debajo de un árbol o dentro de alguna choza, y muchas veces al raso, cubriendo san José con su pobre capa al tierno Infante... Contempla a estos ilustres viajeros. Cosa mejor no la tienen los cielos y la tierra. Admira la majestad del divino Niño, la modestia de la bellísima Madre y la afabilidad y contentamiento del padre... Mírales fugitivos en la oscuridad de la noche, sobresaltados a veces por miedo de ladrones y de sus perseguidores, pero confiados siempre en la providencia de Dios y alentados por su poder. ¡Pobrecillos! El Niño tiene pocas semanas; la Madre, tierna y delicada, apenas cuenta dieciséis abríles y huyen de su patria a país extranjero que odió a sus padres, de los fieles adoradores del verdadero Dios a los adoradores del diablo, de la compañía de parientes y amigos a la de gente extraña y odiosa. ¡Pobre padre! ¡Pobre esposo san José! ¿Puede imaginarse mayor sacrificio?, exclama el Crisólogo. ¿Cómo lo harán estos pobres consortes? ¡No tienen ni sirvientes, ni criada; solitos por aquellos andurriales! ¿De qué comerán los pobrecillos, si no es de la pobreza que lleve el santo patriarca, de lo que recojan de limosna? ¿Dónde se acogerán u hospedarán durante la noche, sobre todo al atravesar las cien millas de arenoso desierto, en cuyo tránsito no mora persona humana? No obstante, el Señor, que no abandona a las avechillas del cielo, les proveyó: los árboles les inclinaban sus ramas ofreciéndoles sombra, y las palmas sus dulces frutos a los divinos caminantes. Dios no abandona jamás a quien le sirve.

Punto segundo. Considera, devoto josefino, que el Señor, que es ayudador en tiempo oportuno en las necesidades, y que está siempre con los atribulados, no dejó sin consuelo al glorioso san José en este paso. Solo recordar el Santo que con estos trabajos libraba de la muerte al Hijo de Dios, le era colmada recompensa. Además, el

padecer en compañía de Jesús y de María, aliviaba en gran parte su dolor. El llevar el niño Jesús colgado del cuello y recostado sobre su pecho envuelto en su pobre capa, le era un premio que resarcía sobradamente sus penas. Pero lo que más inundó de gozo su corazón de padre fue el ver que los demonios, apenas hubo pisado el niño Dios la tierra de Egipto, huyeron sobrecogidos de terror; enmudecieron los oráculos forzosamente, cayeron los ídolos de sus altares de mármol y de oro, rindiendo homenaje al verdadero Hijo de Dios, según Isaías (cap. XIX): “He aquí que subirá el Señor sobre ligera nube (María y José), y entrará en Egipto, y a su presencia los simulacros de los dioses serán derribados”. En Egipto oyó san José pronunciar la primera palabra al Hijo de Dios, llamándole padre. En Egipto vio dar el primer paso y abalanzarse a él con amor inexplicable al niño Dios, y darle el primer abrazo, y colmarle de indecibles delicias... En Egipto vio crecer en edad, sabiduría y gracia al niño Dios, y se vio obedecido y ayudado por Él... ¿Qué más? Vio poblarse, merced a la gracia que derramaba su hijo Jesús, vio en espíritu poblarse las soledades de Egipto de miles de miles de solitarios santos, y convertirse aquel erial espinoso de vicios e idolatría en un remedo del cielo por las angelicales virtudes de sus pobladores: y aquella región que estaba sentada como esclava de Satanás en las tinieblas y sombras de la muerte, sembró un cielo sembrado de inmensa variedad de estrellas que publicaban día y noche la gloria del redentor Jesús. He ahí el fruto del destierro a Egipto y del ejemplo de Jesús, María y José. ¿No es verdad, devoto josefino, que podía gozarse san José viendo el fruto santo de sus dolores y los de Jesús y María? Así serán los tuyos, devoto del Santo, si trabajas, sufres y padeces por Jesús y por su gloria.

EJEMPLO: *San José socorre en toda necesidad*

De una persona que nos merece toda confianza, por su carácter y por la amistad con que nos honra, publicamos la siguiente carta que no es de poca edificación para todos los devotos josefinos. “Sé, nos escribe, que trata Vd. de recoger ejemplos en honra de san José, y yo le puedo suministrar a cientos y a millares, y no de casa ajena, sino de la propia. Con más razón tal vez que la santa josefina Teresa de Jesús, puedo decir que me cansaría y cansaría a todos si hubiese de referir muy por menudo las gracias que debo a san José. Apuntaré algunas. Molestado de una grave tentación contra la santa pureza, acudí al Santo, y hasta hoy no me ha molestado más, pareciendo haberse extinguido el estímulo de la carne. Pedile conocimiento y amor y trato íntimo con Jesús, y hallo mi espíritu inundado a veces de tal conocimiento y luz interior que sin sentirlo me hallo todo movido de alabanzas y amor de Dios. Cada año en su día le pido alguna gracia y siempre la veo cumplida mejor que yo la he sabido pedir. En dos o tres graves enfermedades, el Santo bendito me ha dado salud mejor que los médicos y cuidados de los hombres. En algunos apuros de honra, fama y necesidades temporales san José me ha socorrido siempre, y a veces de un modo tan portentoso, que hasta los mismos que tienen poca fe se han visto obligados a confesarlo. Una vez, sobre todo, que todos los caminos en lo humano estaban cerrados, el Santo mostró gallardamente que ninguno de los que han acudido con confianza a su protección ha quedado burlado. Creo que esto basta para que pueda servirle en algo para mover a la devoción del santo patriarca, toda vez que a mí, pecador y ruin, miserable, así me ha asistido siempre. Otro día, concluye, le daré más detallada relación de algunas gracias bien singulares que me ha dispensado el glorioso san José”. ¿Quién no se anima con estos ejemplos a acudir con confianza a la protección del Santo?

Récense los siete dolores y gozos con los *Padrenuestros*, según el primer modo y la oración final.

Obsequio. Vive hoy más retirado del trato de gentes y date a la lectura espiritual.

Jaculatoria. Jesús, José, María, Joaquín y Ana, en vida y en muerte amparad mi alma.

SEXTO DOMINGO

Se consagra a honrar los dolores y gozos de san José a su vuelta de Egipto.

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Composición de lugar. Contempla a María y a José regresando con Jesús de Egipto a Jerusalén, su patria, llenos de gozo.

Petición. ¡Oh hermoso cielo! Desterrado de mi patria, ¿cuándo te poseeré con Jesús, María y José?

Punto primero. Siete años, por lo menos, estuvieron Jesús, María y José en Egipto, en la ciudad de Hierópolis, donde había una sinagoga y muchos de sus hermanos judíos, amados y respetados de aquel pueblo idólatra, por la dulzura y afabilidad de su trato, aprovechando todas las ocasiones para extender el reinado del conocimiento y amor de su hijo Jesús entre aquellas gentes que hospitalidad le dieron. San José trabajaba de carpintero, la Virgen hilaba, cosía o tejía todo el tiempo que le dejaban libre sus faenas domésticas, y así ganaban honrosamente el pan con el sudor de su rostro... Allí permanecieron en paz, resignados y contentos, conformados con la voluntad de Dios, esperando el aviso del ángel para volver a Israel. La obediencia les había forzado a dejar su patria, y solo la obediencia podrá obligarles a volver a ella. Porque el ángel dijo a san José: *Permanece en Egipto hasta nuevo aviso.* Y el Señor, fiel a su promesa, envía de nuevo a su ángel y dice en sueños a san José: *Levántate, toma al Niño y a su Madre, y vuelve a la tierra de Israel, porque murieron ya los que le buscaban para matarle.* Y José, sin excusarse, sin replicar, toma al Niño y a la Madre con la misma prontitud para volverse a su patria que para alejarse de ella. Con grande gozo proseguían su camino dirigiéndose a Jerusalén para dar gracias al Señor en su templo; mas se enturbió este gozo con la nueva de que reinaba en Judea Arquelao, no menos cruel y sanguinario que su padre Herodes el Grande. Había hecho matar a tres mil ciudadanos de los más ilustres para asegurar su reino. ¿Qué no hubiese hecho al saber que estaba entre ellos el Rey de Israel? Dolor acerbísimo fue este para el corazón del Santo, y no quiso exponer la vida de su hijo Jesús a una nueva persecución. Encomendó a Dios el negocio, y el ángel otra vez en sueños le dijo que pasara a Galilea, donde viviría seguro, y habitase en Nazaret. Así favorece, devoto josefino, el Señor a sus fieles servidores, consolándolos en sus penas, ilustrándoles en sus dudas, guiándolos en todos sus pasos, porque escrito está: “El Señor hará la voluntad de los que le temen y oírás sus deprecaciones” ¿Temes a Dios? Pues puedes descansar con seguridad bajo su protección y morar en la abundancia de la paz.

Punto segundo. Ya está san José con su esposa María y con el Niño crecido en su casa bendita de Nazaret. ¡Qué gozo! Ya van sus parientes y amigos a visitarlos y a darles la enhorabuena por su venida. ¡Qué consuelo!... Oye cómo les cuentan María y José los trabajos y auxilio del Señor en estos pasos. Resuena aún en sus oídos el cántico de sus padres: *In exitu Israel de Aegypto, domus Jacob de populo barbaro.* Ya viven sin

zozobra ni sobresaltos, y habitan en paz los desterrados aquella casa donde se encarnó el Verbo y que fue visitada por el ángel. ¡Oh, cómo besarían aquella tierra santa, aquellas paredes, y prosternados en el suelo darían alabanzas y gracias a Dios porque les visitó y volvió a su patria! ¡Mira a María y José gozando del trato familiar de su hijito Jesús! Todos admiraban la belleza, sabiduría y gracia del Niño, azucena divina, flor de Jesé que brotó en el matrimonio de María y José. Siempre fue dulcísimo y amorosísimo el trato de Jesús, pero nunca como en la niñez. Sus gracias infantiles formaban las delicias de María y José, que amaban y admiraban y honraban en Él, no solo a su hijo, sino juntamente a su Dios. Allí gozaban a solas viéndole crecer y dar muestras cada día más preclaras de su sabiduría y de su gracia, siendo envidiados de todos los vecinos por tal prenda, tan tesoro y tal hijo... María y José, a la sombra del Amado de su alma, descansaban en paz creciendo en santidad y méritos, cumpliendo exactamente todos sus deberes... Su vida era distribuida entre la oración, el trabajo y el cumplimiento de sus deberes. San José hacía mesas, puertas, arados, etc., el niño Jesús le ayudaba según sus fuerzas, y María hilaba, cosía y tejía y hacía los quehaceres de la casa... Aquí recibieron la visita de la madre de san Juan Evangelista, trayendo entonces a su hijo que era gallardo niño de cinco años y pariente según la carne muy cercano de Cristo, y aquí principió aquella afición y cariño, por la que le llamó después a san Juan el discípulo amado. ¡Oh casita de Nazaret, antesala del cielo, pedazo del paraíso en la tierra! yo quiero morar en ti lo más que pudiere, aprendiendo lecciones de todas las virtudes de Jesús, María y José.

Ejemplo: *Vergüenza vencida por intercesión de san José*

El siguiente caso infundirá valor a las almas débiles, que, después de haber tenido la infidelidad de caer en culpa grave, dominadas por la vergüenza de confesarla, huyen del único remedio para su eterna vida, que es una buena y contrita confesión. Acudan estos infelices al amparo de san José, y en su protección hallarán fuerzas para vencer esa cobarde timidez y rubor pernicioso. Esta gracia recibió un pecador vergonzante, de la bondad del Santo patriarca, según la refiere el mismo favorecido al P. Barry, en tiempo que este escribía la vida de san José.

Habiendo dicha persona tenido la desgracia de cometer un enorme sacrilegio, violado un voto con que estaba ligado al Altísimo, no supo, o mejor, no quiso vencer la maldita vergüenza de confesarlo, para salir del precipicio en que se había metido.

Por ella permaneció algún tiempo enemistada con Dios, siempre destrozada por los remordimientos de conciencia, agitada de continuo por fundados temores de perderse, consecuencia inevitable de la culpa. Bien sabía ella que para el que ha infringido gravemente la ley de Dios no hay medio: o confesión o condenación; que no podía sanar sin querer eficazmente descubrir su llaga al médico espiritual; que no podía apagar el dolor y los torcedores de su alma sin arrancar la espina que le hería; pero la cobardía la alejaba de la piscina de salud, y la vergüenza cerraba tristemente sus labios. ¿Qué hacer en lance tan apurado?

Por la divina misericordia se le ocurrió llamar a san José al socorro de su miserable debilidad, e invocarlo contra las repugnancias que le atormentaban y le impedían triunfar de sí misma. Con esta mira resolvió obsequiar al Santo, consagrando nueve días continuos al rezo del himno y oración propios del ayo del Salvador.

Dios bendijo sus buenos deseos, pues terminado el novenario se sintió el sacrilegio completamente trocado y revestido de tal fuerza y valor que, sobreponiéndose a sus locas y temerarias repugnancias, fue a arrojarse a los pies de un confesor, al cual sin dudas, ambages ni reserva, manifestó lo más íntimo de su atribulada conciencia. Con esto respiró su alma; y desde este feliz momento reverenció a san José como a su libertador y consuelo, le confió el difícil cargo de su espíritu y se impuso el deber de llevar

siempre consigo la imagen del Santo, a fin de que le sirviera de impenetrable escudo contra los malos sueños y todos los ataques luciferinos. No hay duda que esta filial devoción fue por mucho en la paz y fervor de que gozó en lo sucesivo. San José le recompensó su devoción y fidelidad con favores señalados, y en especial librándole de los peligros que rodeaban su alma.

Récense los siete dolores y gozos con los *Padrenuestros*, según el primer modo y la oración final.

Obsequio. Reparte algún librito, estampa o medalla de san José entre tus amigos y conocidos, moviéndoles a su devoción.

Jaculatoria. Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía, y san José mi protector.

SÉPTIMO DOMINGO

Se consagra a honrar los dolores y gozos de san José cuando después de haber perdido a Jesús lo halló en el templo.

Por la señal, etc. y oraciones

MEDITACIÓN

Composición de lugar. Contempla a María y a José buscando transidos de pena a su hijo Jesús, por tres días, y después inundados de gozo hallarle tan honrado en el templo con los doctores.

Petición. Glorioso san José, alcanzadme la gracia de primero morir que pecar, y la que os pido en estos *Siete Domingos* a mayor gloria de Dios.

Punto primero. Este séptimo dolor es el mayor que experimentó el Santo. En los otros dolores podía exclamar con verdad: Quien a Dios tiene, nada le falta; solo Dios basta. Mas en este, como no tenía la presencia corporal de Cristo, todo le faltaba; y como no tenía en su compañía al hijo de Dios, nada le bastaba. Todos los años iban los padres de Jesús a Jerusalén en el día solemne de la Pascua, y con ellos, a los doce años fue también Jesús, permaneciendo el niño Jesús en Jerusalén sin conocerlo sus padres, que juzgaban estaba en la comitiva. ¿Quién podrá medir la intensidad de este dolor del Santo? Ya fuese que en su humildad se tuviese por culpable de esta pérdida, ya por creer que hubiese caído en manos de alguno de sus fieros enemigos; ya considerase la pena de María, ya las privaciones que pudiera experimentar el Niño en tan tierna edad, todo era para el Santo motivo del mayor dolor. Mejor que la madre de Tobías podía exclamar: ¡Ay de mí! ¡Ay, hijo mío, lumbrera de mis ojos, báculo de mi vejez, consuelo de mi vida, esperanza de nuestra posteridad! Teniendo en Ti solo todas las cosas juntas, ¿por qué te dejamos ir? Buscaron con diligencia por tres días entre parientes y conocidos, y nadie les supo dar razón. No comparece Jesús. ¿Adónde iré yo?, exclamaba el Santo. Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche, oyendo a todas horas preguntarme: “¿Dónde está tu Dios?” O como la esposa santa exclamaría con María: “¿Adónde te escondiste, mi Amado, y me dejaste con gemido?”... Tres días fueron de agonía y de desamparo para José y María, que sin tomar descanso ni

alimento, solo hacían orar, llorar y buscar a su adorada prenda, a su Dios y a todas sus cosas. Con razón dijo Orígenes que san José en esta ocasión padeció más que todos los mártires, y que este dolor bastara y sobrara para quitarle la vida, si Dios no lo hubiese sostenido con auxilio extraordinario. Mas ¡oh prodigio de fortaleza, de paciencia y de santidad! José con María en tan extremado aprieto no se quejan, no murmuran, no se impacientan, no se desesperan ni se entregan a una consternación inerte; buscan al Hijo y oran con paz, con confianza, con grandísima humildad y amor, y Dios, que da las penas con medida, compadecido de su llanto legítimo y movido por su acendrada virtud, inspira a san José que vaya con María al templo para mejor mover sus preces a Dios. ¡Qué modelo tan divino! ¿Lo imitas tú, alma cristiana, en tus penas? ¿Oras, buscas, esperas en Dios?

Punto segundo. Contempla, devoto josefino, que si los gozos y las consolaciones que reparte a sus siervos el Señor son según la grandeza de los dolores, debía ser inmensa la alegría que experimentó san José al hallar a su hijo Jesús en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, arguyéndoles, respondiéndoles, y al ver a todos los espectadores estupefactos por la prudencia y respuestas que les daba. Extáticos José y María de gozo ante aquel espectáculo tanto más grato cuanto menos esperado, no sabían comprimir apenas los ímpetus de su corazón, que quería lanzarse, rompiendo por en medio de las filas de los doctores, a abrazar y cubrir de besos a la prenda más amada y adorada de su corazón paternal. San José calla en este caso, poseído de admiración y gozo extraordinarios; mas, María le dice luego: *Hijo, ¿por qué te portaste así con nosotros? Mira, tu padre (san José) y yo te buscábamos llenos de dolor.* Pone María a san José primero que a sí misma, y llámale padre de Jesús a san José, ya por ser el Santo cabeza de su Sagrada Familia, ya por no dar lugar a juicios siniestros dándole otro nombre, ya por fin porque verdaderamente al buscarle había demostrado cariño de padre... ¡Oh qué gozo tan sin medida fue el de María y José en este lance! Mejor que David podían exclamar: *Trocado has, Señor, mi llanto en regocijo, y de alegría has cubierto mi corazón...* Con tan divino y codiciado hallazgo se volvieron los santos esposos a Nazaret, donde Jesús en todo les estaba sujeto y era tenido por todos por hijo de José, el carpintero. Aquí disfrutaron por muchos años de un paraíso anticipado por la paz, concordia, unión y amor purísimos que reinaban en aquella santa casa, modelo de todas las familias cristianas. ¡Qué gozo el de san José, al verse con Jesús y María! ¡Qué gloria al ser cabeza de Jesús y de María! ¡Qué felicidad al conversar y tratar tan de cerca al Hijo y a la Madre de Dios, y verlos pendientes de sus labios! Verdaderamente que el Señor ha hecho todo esto, y es admirable a nuestros ojos. Compartamos con san José y María su esposa los dolores y gozos de su corazón, y después de felicitarles por el hallazgo de su hijo Jesús, pidámosles de corazón que si por desgracia algún día perdiésemos a Jesús, por nuestra culpa, no descansemos hasta recobrarle por el arrepentimiento, por la penitencia, por una sincera confesión, para morir en su gracia y reinar eternamente con ellos en la gloria. Así sea, Jesús, María y José. Amén.

EJEMPLO

El siguiente ejemplo servirá a los devotos de san José de un importantísimo desengaño, para que no se contristen si alguna vez sucediese que pidiéndole al Santo, que es tan piadoso y benéfico, no son oídos en sus peticiones; antes lo que deben hacer es avivar la fe y persuadirse de que el Santo los oye como

más conviene a su salud, aunque no conforme a su deseo y petición; la cual si se cumpliese, tal vez sería para su daño, y no como piensan para su bien. ¡Ay de los enfermos, si todo lo que apetecen se lo concediesen los médicos! Cuenta el Padre Juan de Allosa, en su obra de la afección y amor a san José, este caso, que refiere en su opúsculo de la unión con san José Agustín Colletini, escritor toscano, no menos pío que erudito, de quien yo lo he tomado. Cuenta, digo, que hubo un caballero muy devoto de san José, el cual todos los años lo mejor que podía le celebraba la fiesta. Tenía este tres hijos, y al tiempo de celebrar la fiesta al Santo se le murió uno: al siguiente año por el mismo tiempo de la fiesta se le murió otro. Quedó muy afligido el buen caballero, y con temor de hacer al Santo tercera vez la fiesta, por miedo de que también se le muriese el tercer hijo. Así afligido se salió al campo para divertir algún tanto su pena y melancolía; caminando por él, todo pensativo, levantó la vista hacia unos árboles, y vio pender de ellos dos jóvenes ahorcados; al mismo tiempo se le apareció un ángel y le dijo: “¿Ves tú estos dos jóvenes ahorcados? Pues sábetelo que en esto hubieran parado tus dos hijos, si hubieran vivido y llegado a ser grandes; mas porque tú eres devoto de san José, él te ha alcanzado de Dios que muriesen niños, para que no deshonraran tu casa, y ellos aseguraran con aquella anticipada muerte la vida eterna. No temas, pues: celebra la fiesta del Santo, porque el tercer hijo pequeño que te queda, será obispo y vivirá muchos años”; y así sucedió, como el ángel le predijo. Dejemos nuestros negocios en manos del Santo patriarca, que él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Digámosle con filial confianza, como su apasionada devota santa Teresa de Jesús: “Si va torcida mi petición, glorioso señor y padre mío san José, enderezadla para más bien mío, pues en vuestras manos pongo ¡y qué de buena gana! mi alma, vida y corazón; mi suerte temporal y eterna”.

Récense los siete dolores y gozos con los *Padrenuestros*, según el primer modo y la oración final.

Obsequio. No pasar día sin orar a san José, y sin hablar de san José a los hombres.

Jaculatoria. Glorioso san José, santo sin igual, alcanzadme la perseverancia final.

El día 19 de cada mes

Instrucción

He aquí una de las devociones que son más del agrado del Santo y que pueden producir más fruto entre los fieles, pues con ella se puede reanimar el espíritu de fe y fomentar la piedad y la frecuencia de los santos sacramentos en las parroquias. Procuren los devotos josefinos celebrar este día con cultos solemnes, los que podrán ser principalmente:

1º. Una Comunión general en el altar del Santo.

2º. Rezarle o cantarle una Misa a una hora fija.

3º. Durante la Misa, si es rezada, o después de ella, si es cantada, hacer el ejercicio que damos propio de este día.

4º. Si es posible, hacer por la tarde una función devota al Santo con el Santísimo expuesto, practicando (lo que sería mejor) por la tarde el ejercicio del día 19.

5º. Hacer un sermón o plática sobre algunas de las virtudes del Santo. Si esto no es posible, léase alguna de las meditaciones que damos en su mes.

6º. Guardar más retiro en dicho día, y hacer un poco más de oración, lectura espiritual y examen. Con esto, no lo dudes, devoto josefino, será para ti el día 19 un día feliz, día de bendiciones y gracias

especiales que te harán más cierta tu elección y salvación. Pruébalo quien no lo creyere, y lo verá por consoladora experiencia.

Práctica

Hecha la señal de la cruz, dígase:

ACTO DE CONTRICIÓN

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Criador, Padre y Redentor mío, en quien creo y espero, a quien adoro y amo con todo mi corazón, me pesa el haberos ofendido por ser Bondad infinita; os doy gracias muy rendidas por las excelencias, felicidades y privilegios que habéis dispensado a vuestro padre adoptivo san José; y por su intercesión poderosa os pido la gracia de una santa vida, preciosa muerte y la especial de este día, a mayor gloria de Dios y bien de mi alma. Amén.

A MARÍA INMACULADA

Virgen Santísima, María Madre de Dios y Madre mía, os pido me alcancéis en este día la gracia de honrar dignamente a vuestro virginal esposo san José, como vos le honrasteis en vida, a fin de merecer su protección a la hora de la muerte y el feliz despacho de mi súplica especial, a mayor gloria de Dios y vuestra y de san José. Amén.

A SAN JOSÉ

Santísimo patriarca san José, padre adoptivo, etc.

Meditación

San José, patrón de las almas interiores y perfectas.

Punto primero. La perfección es la nota de todas las virtudes, cumbre de la caridad, remate de la ley, fin de la religión, excelencia del espíritu, paradero de los ejercicios de la oración, puerto de la navegación del alma, y lo sumo de bien a que puede llegar en esta vida. O como dice la seráfica Doctora: perfección es amar a Dios y al prójimo, o unión de Dios y el alma por la caridad. Y cuanto más se juntare con Dios, más perfecta será, por ser la suprema bondad y perfección, y más imperfecto y malo el que más se aparte de Él. Seis grados y cinco partes ponen de ella los teólogos místicos, que todos se reducen, como enseña la mística Doctora, a desapegar el corazón de las criaturas, y a buscar por la oración, la fe y la mortificación, el amor de Dios y del prójimo hasta llegar a la verdadera imitación de Cristo y simplicidad deífica, que el Señor llama ojo simple que hace resplandeciente todo el cuerpo de las obras de merecimiento. La unión de semejanza, de cercanía, de apegamiento, de conversión, de naturaleza, explican de algún modo la unión del alma a Dios. Las cuatro partes de la unión, según cuatro maneras de potencias que se pueden unir, completan toda la doctrina de las almas interiores o de la vida oculta en Cristo, en Dios, de la que es un acabado modelo san José y a la que tan pocas almas llegan por no prepararse de su parte debidamente.

Como no desapegan su corazón de las criaturas, no buscan ni hallan a Dios. ¿Eres tú, devoto josefino, una de esas almas? Dios quiere allegarte más a Sí, ¿y tú huyes de Él?

Todas las veces que san José tomaba al Niño en sus brazos y le metía comida en la boca siendo chiquito, o recibía de sus manos bocados dados con amor, como suelen los niños dar a sus padres, era con tanta devoción, ternura, reverencia y amor, que excedía a lo que otros sienten cuando reciben el Santísimo Sacramento (dice el venerable Gracián en su *Josefina*, libro 3º, cap. IV). ¿Quién no se admira de este prodigio sin precedente ni igual en todas las historias del mundo ni de los santos más allegados a Cristo? Solo es esta excelencia y prerrogativa de san José con su esposa la Virgen María, pues a ningún otro santo ha sido concedida tan alta distinción: dar de comer y recibir bocados sabrosísimos de manos de Aquel que sustenta con tres dedos el universo orbe, y viste los lirios de los valles, y alimenta a todos los pajaritos del cielo, y abre su mano y llena a todo animal de bendición, de vida y salud, de bienandanza y paz, de felicidad y gloria, cual se puede desear en este valle de quebrantos.

Punto segundo. San José, maestro y modelo de almas interiores, perfectas, unidas a Dios.

Desapegado como estaba el corazón de san José de las criaturas, sin el *fomes peccati*; santificado en el vientre materno, gozando de la presencia corporal de Jesús y de María por más de treinta años, sin obstáculo de parte del Santo para unirse a Dios, ¿quién podrá calcular el grado de unión y de perfección a que llegó? En rostro, condición, complexión, habla y virtudes, no ha habido personas que más se pareciesen que Jesús, María y José. Ninguno abrazó y durmió abrazado con Jesús más veces, y anduvo más cercano que María y José. ¿Qué corazón ha habido que se haya derretido y pegado tanto a Jesús como el de María y José cuando le besasen y recibiesen de Él los dulces y divinos besos y abrazos? Tan grande era el fuego del amor que en sus pechos ardía, que de Jesús, María y José hizo como una conserva, un lectuario y una divina mezcla para sanar cualquier frialdad y tibieza de corazones. Más quería a Jesús el santo José, que a su propia alma y vida. Yo considero muchas veces, con un pío autor, yo considero venir el santo varón José de fuera de casa, cansado de trabajar, para sustentar su familia, y abalanzársele con ímpetu el dulcísimo niño Jesús, lleno de amor y de agradecimiento, y colgársele del cuello, dándole mil besos, y una sola vez de estas causaría en el santo José mayores efectos que si treinta años estuviera en el desierto en contemplación...Más es para meditar y admirar en silencio tanta dulcedumbre y excelencia y regalos y perfección, que para desdorarla con nuestros escritos. ¡Oh devoto josefino! Mira, admira, imita y propón.

Punto tercero. ¿Somos nosotros, devoto josefino, almas interiores, perfectas, unidas a Jesús por la imitación y el amor?

Mira cómo está tu corazón: tal vez se halla apegado a las criaturas, a ti mismo, a las honras, comodidades, riquezas, deleites... ¿Cómo quieres juntar cosas tan bajas con tu Dios?

Mira qué atención tienes a tu interior, o si andas derramado a lo exterior.

Mira qué memoria tienes de tu Criador y de tu Redentor; qué empeño tienes en imitarle, especialmente en la humildad y mansedumbre.

Sobre todo examina si descansas en tu amado Jesús, y su recuerdo y presencia amorosa te atraen suavemente a Él aun en medio de tus ocupaciones exteriores.

Si se derriten tus entrañas al oír la voz del Amado en tu interior, que te llama y te despierta a amarle muchas veces cuando más olvidado te hallas de Él.

Mira, por fin, si todo lo haces en unión de Jesús, con intención simple y recta de agradarle, y si no deseas más que a Jesús, y aun al mismo Jesús no le quieres sino por Jesús, y si todo lo ves y haces por Jesús y con Jesús.

Así serás alma interior, perfecta, unida a Jesús, digna devota e imitadora de san José, el Santo de la vida interior, escondida en Cristo, en Dios. ¡Oh Santo mío, modelo del conocimiento, amor y trato íntimo y unión con Jesús, que es la suma felicidad de este mundo! Alcanzad a todos vuestros devotos esta oración y unión íntima con Jesús.

Obsequio. Trabajaré con todo ahínco por vencerme a mí mismo en todas las cosas. Todo por Jesús.

Jaculatoria. ¡Oh mi Jesús! Sé para mí Jesús, y todas las cosas. Ámete más que a mí, y a todas las cosas en Ti.

Felicitaciones a san José por siete de principales privilegios y felicidades

PRIMER PRIVILEGIO Y FELICIDAD DE SAN JOSÉ

Tener por hijo a Jesús, hijo de Dios.

Con toda mi alma os felicito, dulce abogado mío san José, y doy gracias a la beatísima Trinidad, porque el eterno Padre os escogió entre todos los hombres para ser padre adoptivo de su unigénito hijo Jesús, su representante y sustituto en este mundo; por este privilegio y felicidad os ruego me alcancéis ser todo de Jesús en el tiempo y en la eternidad. Amén. *Padrenuestro, Avemaría y Gloria* a Jesús, María, José, Joaquín y Ana, a quienes encomiendo mi cuerpo y alma.

SEGUNDO PRIVILEGIO Y FELICIDAD

Ser su esposa María, Madre de Dios.

Con todo mi corazón os felicito, santísimo patriarca y protector mío san José, y doy gracias a la beatísima Trinidad porque os eligió entre todos los justos para ser verdadero esposo de su Virginal Madre María, su marido, compañero y guarda, ayuda y consejero en todos los trabajos de su vida: por este privilegio y felicidad os ruego me

mostréis después de este destierro a Jesús, fruto bendito del vientre de vuestra esposa María. Amén. *Padrenuestro*, etc.

TERCER PRIVILEGIO Y FELICIDAD

Ser obedecido por Jesús y María.

Con todo mi afecto os felicito, padre mío san José, y doy gracias a la beatísima Trinidad, porque os concedió entre todos los santos el ser servido, obedecido, honrado y reverenciado en la tierra por espacio de treinta años por Jesús, Rey de la gloria, y María, reina del cielo: por este privilegio y felicidad os ruego me alcancéis la gracia de servir siempre al Señor, guardando sus mandamientos. Amén. *Padrenuestro*, etc.

CUARTO PRIVILEGIO Y FELICIDAD

Haber gozado de los abrazos y caricias del Rey de la gloria.

Os felicito con toda mi alma, oh Santo de mi corazón, glorioso san José, y doy gracias a la beatísima Trinidad, porque más que ningún mortal habéis gozado de la presencia íntima y comunicación familiar de Jesús y María, y porque más veces besasteis, abrazasteis, acariciasteis y regalasteis a Jesús, Hijo de Dios, y fuisteis correspondido por Él con divinas caricias: por esta felicidad y privilegios os pido me alcancéis la gracia de vivir y morir abrasado en amor de Jesús y María. Amén. *Padrenuestro*, etc.

QUINTO PRIVILEGIO Y FELICIDAD

Ser el primer adorador del hijo de Dios nacido en Belén.

Os felicito con todo mi cariño, fidelísimo señor mío san José, porque entre todos los mortales fuisteis el primer creyente del cumplimiento del misterio de la Encarnación, el primer adorador del Verbo recién nacido, el primer defensor y conservador de su vida temporal y el primer cristiano y primer santo canonizado en la Iglesia: por estos privilegios y felicidades os pido me alcancéis la gracia de ser el primero en el mundo en conocer a Jesús y amarle y hacerle conocer y amar. Amén. *Padrenuestro*, etc.

SEXTO PRIVILEGIO Y FELICIDAD

Morir en brazos de Jesús y María.

Yo os felicito con toda la efusión de mi corazón, excelso patriarca san José, y doy gracias a la beatísima Trinidad, porque fuisteis el único que tuvo la dicha de morir en brazos de Jesús y María, y ser consolado en aquella última hora con su presencia y sus cuidados: por este privilegio y felicidad os suplico me alcancéis una santa muerte, repitiendo con amor en aquella última hora: Jesús, José y María, recibid en vuestros brazos el alma mía. Amén. *Padrenuestro*, etc.

SÉPTIMO PRIVILEGIO Y FELICIDAD

Resucitar con Cristo en cuerpo y alma a la gloria.

Os felicito con toda mi alma, Santísimo padre y señor mío san José, y doy gracias infinitas a la beatísima Trinidad, porque resucitasteis en cuerpo y alma con Cristo a la gloria, y allí gozáis con Jesús y María de una gloria y poder superior a todos los santos, por vuestros méritos, dignidad y gracias: por este privilegio y felicidad os pido, Santo mío de mi corazón, me concedáis remedio en todas mis necesidades espirituales y corporales, hasta veros en el cielo y cantar eternamente en vuestra compañía y de todos los santos las misericordias del Señor. Amén. *Padrenuestro*, etc.

Pida cada cual con confianza la gracia especial que desea alcanzar por mediación del Santo en este día.

Oración final.

Preces a san José

Jesús, hijo adoptivo de san José; tened piedad de nosotros.

Santa María, esposa de san José; rogad por nosotros.

San José, abuelito de casa;

[R: socorrednos en todas nuestras necesidades espirituales y temporales]

San José, provisor de la gran familia cristiana;

San José, amparador y socorredor en todo peligro y necesidad;

San José, padre de los pobres;

San José, verdadero y virginal esposo de María;

San José, padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios;

San José, el más ilustre de los patriarcas;

San José, ayo del príncipe celestial Jesús, hijo único del Rey de reyes;

San José, padrino del niño Jesús, a quien impusisteis el nombre de Jesús;

San José, tutor del Hijo de Dios;

San José, intérprete del Verbo en silencio;

San José, amo nutricio de Cristo Jesús;

San José, guía del Gobernador de cielos y tierra;

San José, preceptor del niño Jesús, Sabiduría encarnada;

San José, salvador del Salvador del mundo;

San José, primer adorador del niño Jesús;

San José, huésped de Dios, peregrino en la tierra;

San José, primer defensor y conservador de la vida temporal del Hijo de Dios;

San José, el más amado de Dios y de los hombres;

San José, vicegerente del Padre eterno en el mundo;

San José, santificado en el vientre materno;

San José, castísimo sin el fuego de la concupiscencia;

San José, consuelo de la Madre de Dios;

San José, confirmado en gracia;

San José, guía de los esposos castos;

San José, corona de los patriarcas y profetas;

San José, gloria de los bienaventurados;

San José, el primer cristiano del mundo;

San José, varón según el corazón de Dios;

San José, esposo virgen de María, Virgen y Madre de Dios;

San José, honrado, servido y obedecido por el Rey y la Reina de los cielos;

San José, varón justo y perfecto;

San José, hijo de David;

San José, el más semejante a Jesús y a María;

San José, el que más veces besó, acarició, habló y regaló al Hijo de Dios;

San José, el más regalado, acariciado y honrado del niño Jesús, Hijo de Dios;

San José, a quien nada saben negar Jesús y María;

San José, sustentador con vuestro sudor de la vida de Cristo;

San José, viador y comprensor;

San José, bendito de Dios con toda clase de bendiciones;

San José, ángel visible de guarda del niño Jesús;

San José, arcángel por la embajada que disteis a Jesús y a María;

San José, potestad que hizo caer los ídolos de Egipto;

San José, trono que sustentó en sus brazos al juez eterno Cristo Jesús;

San José, querubín que guardó a María, paraíso de Dios;

San José, serafín encendido y abrasado en amor de Jesús y María;

San José, virgen perfectísimo;

San José, purísimo en castidad;

San José, en humildad profundísimo;

San José, maestro de oración por excelencia;

San José, encendidísimo en caridad;

San José, altísimo en la contemplación;

San José, patrón de la buena muerte;

San José, protector de los moribundos;

San José, que moristeis en los brazos de Jesús y María;

San José, que en Cristo visteis resplandores de gloria;

San José, precursor del Mesías al limbo;

San José, resucitado con Cristo a la gloria;

San José, el máximo en salvar a los escogidos de Dios;

San José, príncipe de tus hermanos;

San José, sustentáculo de la nación;

San José, firme apoyo del pueblo;

San José, el primer santo canonizado en la Iglesia católica por boca del Espíritu Santo;

San José, tesorero del Rey de cielos y tierra;

San José, dispensador de los tesoros del cielo;

San José, jefe de la Sagrada Familia;

San José, modelo de la vida interior;

San José, especial ayudador de los que fabrican casas a mayor gloria de Dios, Hijo vuestro;

San José, carpintero;

San José, hijo de los reyes de Judá;

San José, que tuvisteis una vida tejida de dolores y gozos;

San José, que asistís y endulzáis la agonía de vuestros devotos;

San José, que según testimonio de nuestra santa Madre Teresa de Jesús, vuestra benjamina y secretaria, concedéis todo lo que se os pide;

San José, padre nuestro;

San José, señor nuestro;

San José, patrón de la Iglesia universal;

San José, que aprovecháis a las almas que se os encomiendan;

San José, que queréis, podéis y debéis socorrernos en todo peligro y necesidad espiritual y temporal a vuestros devotos;

San José, por Jesús vuestro Hijo;

San José, por María, vuestra esposa;

San José, por Teresa de Jesús, vuestra benjamina y apasionada devota;

San José, bondadoso san José, Esposo de María; protegednos y socorrednos; proteged a la Iglesia y al sumo pontífice;

San José, oídnos;

San José, escuchadnos;

Jesús, José, Teresa y María, venid en ayuda del que en vosotros confía.

Oración. Acordaos, santísimo esposo de María, dulce abogado, padre y señor mío san José, que jamás se ha oído decir que ni uno solo de los que han acudido a vuestra protección e implorado vuestro socorro haya quedado sin consuelo. Animado con esta confianza, vengo a vuestra presencia en este día, y me encomiendo fervorosamente a vuestra bondad. ¡Oh padre adoptivo de mi redentor Jesús! No desatendáis mis súplicas; antes bien acogedlas propicio, despachadlas favorablemente y socorredme con piedad. Amén.

Oración a san José.

Compuesta y prescrita por Su Santidad León XIII

A ti recurrimos en nuestra tribulación, bienaventurado José, y después de implorar el socorro de tu santísima esposa, pedimos también confiadamente tu patrocinio. Por el afecto que te unió con la inmaculada Virgen, Madre de Dios, y por el amor paternal con que trataste al niño Jesús, te rogamos que nos auxilies para llegar a la posesión de la herencia que Jesucristo nos conquistó con su sangre, y nos asistas con tu poder y nos socorras en nuestras necesidades.

Protege, oh prudentísimo guardián de la Sagrada Familia, a la raza elegida de Jesucristo; presérvanos, oh Padre amantísimo, de toda mancha de error y corrupción; muéstratenos propicio, y asístenos desde lo alto del cielo, oh poderosísimo libertador nuestro, en la batalla que estamos librando contra el poder de las tinieblas; y así como librate al niño Jesús del peligro de la muerte, defiende ahora a la santa Iglesia de Dios contra las asechanzas del enemigo y contra toda adversidad. Concédenos tu perpetua protección, a fin de que, animados por tu ejemplo y tu asistencia, podamos vivir santamente y piadosamente morir y alcanzar la eterna beatitud del cielo. Amén.

Su santidad León XIII concedió una indulgencia de siete años y siete cuarentenas por cada vez que se rece devotamente esta oración.

Culto perpetuo en honor de san José

Esta piadosa práctica josefina consiste en que se asocien treinta y una personas con el fin de tributar al excelso patriarca el obsequio de una Comunión y de otros obsequios de amor y cariño el día que les cayere en suerte cada mes. Con esto acontece que el bendito Santo es cada día del mes y año honrado y venerado por uno de los asociados que forman el coro. A este fin hay impresas o se pueden imprimir unas cedulitas en que se explica lo que debe hacerse y las indulgencias que se ganan.

San José es mi verdadero padre y señor. Socorredor mío en todo peligro y necesidad.

Ha tocado a Vd. en suerte el día.....de cada mes para honrar al santo patriarca, y se recomienda a Vd. que le tribute aquel día los obsequios siguientes:

1º. Confesar y comulgar. 2º. Oír Misa con devoción. 3º- Meditar un cuarto de hora los dolores y gozos del Santo. 4º. Procurar más recogimiento. 5º. Hacer alguna mortificación u obra de misericordia. 6º. Rezar siete *Padrenuestros, Avemarias y Gloria Patri*, en honor de los siete dolores y gozos del Santo. Visitar si es posible, a Jesús Sacramentado por la tarde, y concluir con el acto de consagración al Santo.

Nada de esto obliga a pecado, mas el que lo cumpla puede ganar:

1º. Indulgencia plenaria el día en que se inscriba en esta Pía Unión. 2º. El día de mes que le haya tocado, practicando los obsequios arriba dichos en honor de san José. 3º. En el artículo de la muerte. Indulgencia plenaria también el 19 de marzo, fiesta principal del Santo, el día de su patrocinio, el de los desposorios de María Santísima, y en las fiestas de la Purificación, Anunciación, Asunción, Natividad y Concepción de la Virgen Inmaculada.

Siete años y siete cuarentenas de perdón en cualquier día en que se hiciere alguna de las prácticas mencionadas.

Todas estas indulgencias son aplicables a las almas del Purgatorio (*Pío IX, 20 de enero de 1856*); y según el Padre Maurel podrían también ganarse estas gracias e indulgencias, reuniéndose trescientas sesenta y cinco personas, y tomando cada una el día del año que le cupiere en suerte. (*Rec. art. v 86*)

Novena consagrada a honrar al incomparable patriarca san José

Al devoto josefino

Ahí tienes, lector querido, un librito nuevo, más en la forma que en el fondo, para obsequiar al incomparable patriarca san José durante nueve días.

Aunque amo con filial y apasionado cariño a mi verdadero padre y señor san José, ¿qué podría decirte en su alabanza que no sepas tú, o no hayan dicho tantas almas enamoradas del Santo? Mi trabajo, pues, se ha reducido en gran parte a coger del jardín de las flores del santo patriarca las que me han parecido recrearán mejor tu alma, y te esforzarán a profesarle singular confianza y amor.

Me ha movido a emprender este pequeño trabajo el deseo de contribuir con mi cornadillo a extender la devoción del patrón de la Iglesia universal, y el observar que no hay una novena completa para obsequiarle, pues todas las que han venido a mis manos solo constan de algunas oraciones más o menos bien expresadas. Dolíame al ver que el maestro de oración por excelencia, como le llama nuestra ilustre española Teresa de Jesús, no tenía una novena que enseñase prácticamente esta ciencia de los santos. A llenar, pues, este vacío, se dirige mi modesto ensayo. Y como el recuerdo de los beneficios recibidos mueve nuestro corazón a confianza, todos los días, después de la meditación, hallarás un ejemplo que te animará a esperarlo todo de tan gran protector. Quiero recordarte los bienes espirituales que dispensa san José a los que le profesan particular devoción, para que seas uno de ellos.

Los devotos de san José son de un modo especial favorecidos del Santo: 1º. Con el espíritu de oración. 2º. Con el don de castidad. 3º. Con auxilios extraordinarios para salir del pecado y ahuyentar a los demonios. 4º. Con una devoción tiernísima a María Inmaculada. 5º. Con la mayor de todas las gracias, esto es, con una dulce agonía y santa muerte. Los bienes temporales que dispensa el Santo a sus devotos, no los particularizo por ser de menos importancia y porque casi sería hacer deshonor al Santo importunarle mucho con este fin. Pues como advierte su más esclarecida hija Teresa de Jesús, vergüenza sería pedir a un gran emperador un maravedí; y ¿qué emperador podrá jamás parangonarse con san José, que tenía bajo sus órdenes al Emperador y Emperatriz de cielos y tierra? ¿Y no tienen menos precio que un maravedí todos los bienes caducos del mundo, comparados con los de la gracia y los eternos?

No digo esto, lector mío, para retraerte de pedir al Santo estos bienes temporales si convienen a mayor gloria de Dios y bien de tu alma; que si es así, te los alcanzará, no lo dudes, el Santo bendito; sino con el fin de recordarte que no hagas gran hincapié en ellos, y nunca los pidas sin pretender otra gracia espiritual, sobre todo una santa muerte. No te enoje este recuerdo, porque atendido nuestro flaco natural, que nos vamos a lo que presente vemos, y no apreciamos las cosas por lo común según las luces de la fe, sucede ordinariamente que *solamente* se hacen las novenas y se importuna a nuestro bondadoso san José con el fin único de alcanzar bienes pasajeros, tales, dice san Agustín, que Dios los concede muchas veces airado, y no los concediera estando placentero.

Una palabra y concluyo. Como deseo que con esta novena alcances del Santo sin igual todo lo que le pidas, te encargo sobremanera, oh devoto josefino, observes con puntualidad las siguientes advertencias: 1º. Como Dios ha prometido hacer la voluntad de los que le temen y oír sus súplicas, menester es tengas limpia conciencia y salgan las oraciones de un corazón puro, confesándote y comulgando a este fin al empezar la novena y al concluirla. 2º. Como la oración verdadera se ha de ayudar con mortificación, pues regalo y oración no se compadecen, según la seráfica Doctora Teresa de Jesús, haz durante estos días algún ayuno o mortificación, limosna o alguna obra de caridad. 3º. Oye Misa todos los días y visita alguna imagen del Santo si te es posible; procura mayor retiro y recogimiento, ofreciendo al divino Jesús por intercesión de san José con gran pureza de intención todas las obras y sufrimientos de cada día.

Si así lo haces, devoto josefino, si fielmente observas estas advertencias durante la novena, ten por seguro que recibirás la gracia que a mayor gloria de Dios solicitas por intercesión del excelso patriarca san José, el más amable, bondadoso y poderoso de todos los santos del cielo. No lo digo yo, lo dice la incomparable Doctora de la Iglesia y más ilustre devota del Santo, que no miente ni exagera, Teresa de Jesús. Nosotros solo nos permitiremos añadir en confirmación: Pruébelo quien no lo creyere, y lo verá por consoladora experiencia.

Día primero

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Amor de san José al prójimo.

Composición de lugar. Contempla a san José como padre de los pobres.

Petición. ¡Oh caritativo san José! Mira enfermo al que tú amas.

Punto primero. Amor de san José al prójimo. –Enseñan san Agustín, santo Tomás y todos los teólogos, que uno mismo es el amor con que amamos a Dios que aquel con que amamos al prójimo: son dos ramas de una misma raíz, dos rayos de un mismo foco, porque si al prójimo no le amamos por Dios y con Dios, ya no es verdadero amor o caridad. Siendo, pues, el amor de san José a su Dios el mayor que puede pensarse después de la Virgen María, su amor al prójimo debe ser también el mayor que podemos imaginar después del de la Reina del hermoso amor. Los ejemplos de amor al prójimo que veía el Santo en Jesús y María bastaban para inflamarle de este amor. Mas como las pruebas de amor son las obras, ¿qué hizo san José para probar su amor al prójimo? Todo lo que hizo por salvar a Jesús, por conservar su vida, es amor del prójimo, pues era su Salvador, su Redentor. Nada deseaba ni desea tanto san José como que sean conocidos y amados Jesús y María. De ellos hablaba a los pastores, a los Magos, a los egipcios, a los belemitas y de Nazaret, dándoles a conocer sus grandezas infinitas. Y cuando otra cosa no podía, oraba y se mortificaba ofreciéndolo todo para que su Jesús fuese conocido y amado y glorificado por todos. La prueba más subida de amor es orar y perdonar a los que mal nos quieren o nos han hecho daño: pues san José oraba, y perdonó de corazón a los belemitas y perseguidores de su Hijo Jesús... Dotado el Santo de un corazón noble y compasivo, de un alma buena, prevenido con bendiciones de dulzura del cielo, socorría con larga mano a los menesterosos repartiéndoles sus bienes, su salario. Solo se quedó al desposarse con María, la casita de Nazaret y un campo para su recreo. Para conmemorar la fiesta del nacimiento de Jesús, mató una buena ternera que había traído de Belén, y repartió sus carnes a los pobres. El oro y ricos presentes de los magos repartiolos luego a los pobres, ofreciendo como tales un par de tórtolas o dos pichones en la presentación de Jesús al templo... San José, era en verdad, el padre de los pobres, y nadie salió de su presencia sin una limosna o una palabra de consuelo, que alegraba al triste, levantaba al caído, fortalecía al tentado, reconciliaba todos los corazones con Dios, devolviéndoles la paz y la calma. ¡Oh santo mío! Ejercita tu caridad con mi alma, que está hartamente necesitada. Amén.

Punto segundo. ¿Cuál es tu caridad con el prójimo, devoto josefino? Mira el ejemplo de san José y confúndete. Si amas al prójimo, le has de querer bien como a ti mismo. ¿Quieres para él lo que para ti, o no haces a él lo que no quieres te hagan a ti? Si amas al prójimo debes orar por él, tener celo de la salvación de su alma. ¿Cómo procuras su salvación? ¿Le das al menos buen ejemplo, o eres tal vez para él piedra de escándalo? Si amas al prójimo, has de consolarle en sus penas y socorrerle en sus necesidades. ¿Qué has hecho para aliviarle en sus trabajos? Si amas al prójimo, has de perdonarle de corazón. ¿Perdonas a tus enemigos? Si quieres conocer si amas en verdad a tu prójimo, considera detenidamente cómo le sufres: esta es la piedra de toque del

verdadero amor. Amar cuando no hay que hacer ningún sacrificio, hasta los malos lo hacen; pero cuando hay que vencernos, mortificarnos, sufrir algo para probarle nuestro sincero amor, entonces solamente los que aman al prójimo por Dios saben si conviene o es necesario dar no solo la comodidad y el reposo, sino hasta la propia vida, por salvar a sus hermanos. Así lo han hecho todos los santos. Así lo hizo el Señor san José. Imítale en esta virtud de la caridad, y merecerás sin duda su protección en vida y en la hora de la muerte, y verás despachadas favorablemente todas tus peticiones.

EJEMPLO

Cuán poderoso y pronto sea el auxilio de san José en las tentaciones, la misma Reina de los ángeles, su esposa, nos lo demuestra en el siguiente ejemplo. Refiere el P. Barry que una devota religiosa se veía muy molestada por importunas tentaciones especialmente en su recogimiento espiritual persuadiéndose de que jamás podría obtener aquella preciosa libertad de espíritu, que es en esta vida un signo especial de los hijos de Dios. En tantas angustias recurrió a la Virgen como a su buena Madre, para hallar remedio, y le dijo: “Cuando vos, Virgen Santa, no queráis hacerme esta gracia, dignaos a lo menos inspirarme uno de los santos que vos más apreciáis, a quien pueda recurrir con toda confianza como el único protector de mi espíritu”. Apenas concluyó esta súplica cuando supo por inspiración divina, que san José era el santo más amado de la Virgen, por ser su esposo y por sus eminentes virtudes. No tardó en entregarse a la protección de este Santo, quien hizo experimentar a su devota la eficacia de su patrocinio, librándola de sus angustias, así espirituales como temporales.

Pídase con toda confianza la gracia que se desee alcanzar en esta Novena.

ORACIÓN FINAL

Acordaos, etc.

Y para más obligaros rezaremos siete *Padrenuestros*, *Avemarías* y *Gloria Patri*, en memoria de vuestros siete principales dolores y gozos.

Récense los siete Padrenuestros.

Jesús, José y María, yo os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, amparadme en vida y en mi última agonía.

Jesús, José y María, recibid, cuando yo muera, el alma mía.

Alabados sean los corazones de Jesús y de María, y san José y santa Teresa de Jesús.
Amén.

Día segundo

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Fervor de san José, o devoción con que hacía las cosas.

Composición de lugar. Mira al Santo haciendo con todo ahínco lo que hace en obsequio de Jesús y María.

Petición. Dame, Santo mío, orar, obrar, padecer y amar como tú por amor de Jesús.

Punto primero. Si san José, devoto josefino, es modelo y maestro de todas las virtudes, debe serlo de la devoción. Y como tú te titulas y te precias y alardeas de ser devoto del Santo, provechosa te va a ser esta meditación, que te enseñará prácticamente el modo de servir al Señor tu Dios como debes.

La devoción, como enseñan los santos, es la prontitud de la voluntad en el servicio de Dios. Esta prontitud nace del impulso del Espíritu o de la meditación de las verdades eternas. El glorioso san José fue prontísimo en todo lo tocante al servicio de Jesús, Hijo de Dios, ya por impulso del Espíritu Santo que no hallaba resistencia en su corazón, ya por la meditación de los misterios que tenía siempre delante de sus ojos. Contempla al Santo bendito cómo obedece al ángel y desiste de dejar la compañía de María; cómo la acompaña a visitar a santa Isabel y a Belén, a pesar de las dificultades del camino y de lo riguroso de la estación...; cómo huye de noche sin perder momento, al destierro de Egipto, por salvar al Hijo Jesús y a su Madre...; con qué ahínco trabaja, le busca perdido, le acompaña al templo...; siempre pronto, dispuesto, diligentísimo por cumplir la voluntad de Dios, todo lo que sea de su servicio, en su obsequio. Siervo bueno y fidelísimo, siempre vivió, padeció, trabajó y murió por hacer con prontitud la voluntad de su Dios, a pesar de serle muchísimas veces de grandísimo sacrificio. Pero ¿qué importa? Para un corazón que ama como el de san José, y está todo dedicado, consagrado al servicio de su Rey y Señor, los sacrificios cuanto más costosos son más apetecibles, a la manera que el valeroso soldado y nobles caballeros desean solo ocasiones de probar su fidelidad a su rey, dispuestos a toda hora a sacrificar su comodidad, su reposo y hasta su vida misma en obsequio de su señor.

¡Oh devoto josefino!, aprende del Santo la verdadera devoción. Mira que en las ocasiones y no en los rincones, como advierte la Doctora josefina, se ha de ver tu amor, tu fidelidad, tu devoción a tu Dios, y al santo de tu corazón, san José... No lo olvides.

Punto segundo. Te llamas devoto josefino quien esto lees y meditas y practicas; mas ¿lo eres en verdad? Devoto quiere decir dedicado, dado, entregado, ofrecido, consagrado al servicio y obsequio de san José. ¿Lo estás en verdad? Mira tus palabras y tus obras, no te alucines y engañes a ti mismo, que es muy frecuente, es moneda corriente entre las personas que hacen algún ejercicio de piedad, creerse y venderse como devotas no siéndolo... Yo te daré una regla infalible para que no te engañes con la falsa devoción. El árbol se conoce por sus frutos; y dime, ¿cuáles son los frutos de santidad, de virtud, que ha producido en ti la devoción a san José? No mires para responder ajustadamente a esta pregunta, tanto a lo que haces como al modo con que lo haces; que en la gramática del cielo, como observa san Agustín, más aprecio se da a los adverbios que a los verbos. Haces el cuarto de hora de oración diario; mas ¿cómo?, ¿digna, atenta, devotamente? Oyes Misa, confiesas, comulgas; pero ¿bien, provechosamente? Haces limosna y otras buenas obras, pero, ¿puramente, por Dios?

¿Cuánta parte tienen los respetos humanos, la vanidad, la propia inclinación natural, en tus buenas obras? Considera además cuán flojamente las haces, con qué negligencia: cómo te dejas tus ejercicios de piedad cuando no encuentras gusto o hay alguna dificultad que vencer; cómo dejas para lo último tus buenas obras y muchas veces te expones hasta a faltar gravemente en el cumplimiento de tus obligaciones... Parece que todo nos duele cuando hemos de servir a Dios, y todo nos mueve cuando hemos de contentar a nuestro amor propio o al mundo. ¿Dónde está pues, nuestra devoción? ¡Oh devotísimo y fervorosísimo san José!, alcanzadnos a todos vuestros devotos una centellica de vuestro fervor.

EJEMPLO

Escribe Isolano en el capítulo X de la 4ª parte de su *Suma*, que, a un caballero veneciano que solía visitar todos los días la imagen de san José, se le apareció en la hora de la muerte el Santo, y a su presencia concibió el más grande horror de sus pecados, haciendo una dolorosa y entera confesión, y en el momento en que el sacerdote le dio la absolución, expiró, conduciéndole el Santo a la gloria, como piadosamente se cree.

No confíes, cristiano lector, morir bien con las puras prácticas de devoción, si de otra parte tienes afecto al pecado. Dios ha salvado muchas veces a los pecadores en la hora de la muerte por los obsequios a la Virgen María y a san José, para darnos a entender que quiere que los honremos; y así como aunque Dios por intercesión de sus santos haya algunas veces resucitado los muertos, no obstante, ninguno sería tan necio que se quitase la vida confiando en un milagro; así también no debes quitar la vida a tu alma con el pecado, esperando que san José te alcanzará el perdón.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día tercero

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Prudencia de san José

Composición de lugar. Representate al Santo siguiendo en todas sus acciones el impulso de la recta razón ilustrada por el Espíritu Santo.

Petición. Prudentísimo san José, alcanzadme prudencia en todos mis actos.

Punto primero. La prudencia es la virtud que dirige rectamente todas las cosas al buen fin de toda la vida. Ella reside en el entendimiento del hombre, y desde allí como reina en su trono, aconseja, juzga y manda los actos de todas las otras virtudes que la adoran y rodean, rindiéndole homenaje. Ninguna virtud se mueve, sin que la prudencia lo ordene, y prescriba el modo y tiempo en que debe obrar. Dotado san José de todas las virtudes en grado heroico, no podía faltarle la que es el ojo y reina de todas, como acabamos de decir. Como oveja en medio de los lobos, se guardó y guardó a su hijo Jesús y a su esposa María sin recibir ningún daño. San José llevó a cabo el encargo del eterno Padre de ser ayo, custodio y padre de su hijo Jesús y esposo de la Virgen María Madre del Hijo de Dios, felizmente según las disposiciones del Altísimo, a pesar de los

gravísimos trabajos y contradicciones de todo género que halló a su paso. Pero donde sobre todo resplandece la prudencia celestial del Santo, es cuando vio a María preñada sin saber el misterio, como quieren algunos, o sabiéndolo, como quieren otros, y que por su humildad profunda se creía indigno de estar en compañía de una Virgen que por sus virtudes había merecido concebir en su seno al Mesías por obra del Espíritu Santo. De todos modos resplandece sobremanera su prudencia en este hecho. No queriendo difamar a su virginal esposa, que creía inocente y que por otra parte veía encinta, sin precipitación, sino meditando y pensando bien el caso, resuelve dejar a su esposa, ¿mas cómo? “Ocultamente, dice el Evangelio, con toda prudencia y miramiento posibles, guardando silencio y sin descubrir a nadie lo que pasa de extraordinario”. Por esto mereció el Santo ser consolado en esta lucha por un ángel, que le quitó toda duda y turbación, declarándole el misterio de la Encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo en el seno de su esposa María. Así premia el Señor la prudencia de su siervo. ¡Oh Santísimo patriarca! Enseñadnos a no ser precipitados en nuestros juicios ni en nuestras resoluciones, para que no hayamos después de llorar nuestros yerros.

Punto segundo. ¿Cuál es tu prudencia, devoto josefino? Sin esta virtud no puedes dar un paso con acierto en el camino difícil de la vida. Sin esta virtud, habrás de llorar tus engaños, y sin provecho. El bien, para serlo, necesita ser de íntegra causa: al mal bástale cualquier defecto. Una circunstancia de tiempo, de lugar, de persona que falte, basta para echar al traste las más ricas y buenas obras; una palabra sin considerar, una providencia o disposición mal dada estorba o trastorna los más santos proyectos. Nadie llora más, sin provecho, los desaciertos de su vida que aquel que con los años y desengaños no aprendió la prudencia. Todo se trastorna, todo padece, todo es violento, todo es desorden y angustia y perturbación donde no reina e impera la prudencia. Mas dirás, ¿cómo alcanzaré esta reina de las virtudes? Mira y admira y practica lo que te enseña san José... Acude a la oración y toma consejo del Señor y de los que están en su lugar en todas las cosas de tu alma, y no errarás jamás. No hagas cosa sin consejo de persona docta y temerosa de Dios, y no te arrepentirás jamás de lo que hagas. No seas fácil en prometer, ni precipitado en hablar y en obrar; busca en todas las cosas el reino de Dios y su justicia con verdad y sinceridad, y el Señor te ayudará y bendecirá tus proyectos. Ten pureza de intención, y ella te dará luz en todas tus empresas, y como a san José, aunque te halles en casos y circunstancias muy apurados, no te dejará el Señor en manos de tu consejo, que es la peor miseria. La prudencia según la carne es muerte del alma: la prudencia según el espíritu o según la fe, es vida y felicidad del corazón cristiano. Así nos lo enseña el glorioso y prudentísimo patriarca san José. Imítale.

EJEMPLO

El caso siguiente servirá para animar a las almas timoratas que, después de haber cometido una culpa grave, se avergüenzan de confesarla; y servirá igualmente para que acudan a san José para alcanzar la victoria de su temor.

Tal fue la intención que tuvo la persona a quien sucedió, como lo contó el Padre Barry, cuando escribía de san José. Después de haber faltado ella a un voto que hizo, no sabiendo vencer el rubor que experimentaba al acusarse de su falta al ministro de la Penitencia, perseveró con mil angustias de conciencia en desgracia de Dios. Por fin, no pudiendo resistir a los remordimientos de la conciencia,

resolvió acudir a la intercesión de san José, para vencer aquel temor, y le rezó el himno y la oración. Apenas concluyó la novena, cuando animado su corazón, se postró a los pies de un confesor y sin la menor dificultad manifestó todas las culpas con indecible consuelo. Y en adelante, a fin de tener a san José por fiel custodio de su corazón, llevó consigo su imagen, confesando que san José había continuado dispensándole gracias singulares.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día cuarto

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Fortaleza de san José

Composición de lugar. Contempla a san José como roca inamovible que resiste los choques horribles de las ondas de contradicción del océano de sus dolores sin turbarse.

Petición. Dadme, fortísimo san José, el imitaros en esta virtud de la fortaleza.

Punto primero. La fortaleza es una firmeza de ánimo, una presencia de espíritu contra todos los males y contrariedades de la vida. Habiendo sido la vida de san José, después de Jesús y María, la que mayores contrariedades experimentó, claro aparece que debía ser también el varón más fuerte, héroe de su fortaleza... Esta virtud en el Santo fue como el gigantesco cedro, a cuyo robusto tronco, enlazadas y sostenidas todas las virtudes, dilataron su frondosidad y ostentaron con gallardía sus abundantes frutos... Dios, los hombres, las criaturas y hasta el mismo Santo, dieron ejercicio soberano a esta virtud... Dios, inundando el corazón del Santo con dolores y con amores, ejercitó su fortaleza... Belén, Jerusalén, Nazaret, Egipto, demostraron el heroísmo de la fortaleza del Santo, sufriendo con constancia los trabajos de su vida. Ni lo áspero y largo del camino, dice un piadoso autor, ni la estación inclemente del tiempo, ni la tierna edad del niño Dios, ni lo delicado de su Madre, fueron obstáculos para ejecutar las órdenes del ángel. A todo hizo frente su heroica fortaleza. Él burló los planes sangrientos de Herodes, amansó la ferocidad y antipatía de los egipcios. Sentía en el alma las penas e incomodidades de Jesús y de María, y procuraba suavizarlas con sus diligencias y ardiente amor, enteramente olvidado de sus penas... Pero cuando se vio la fortaleza más que heroica de san José, fue en la pérdida de su Hijo. Entonces tres días se vio sumergido con María, en el más horrible desamparo, en las tinieblas del espíritu, oculto el sol de justicia... No comió ni tomó descanso en aquellos tres días, y hubiera muerto de dolor sin auxilio extraordinario del cielo... “¿Adónde te escondiste?, clamaba por caminos y valles con María san José; ¿adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?...” María apreció este dolor intensísimo sobre toda ponderación, exhalando sentidísima queja al hallar al niño Jesús en el templo; José no desplegó los labios... No obstante, más resplandece la fortaleza del Santo al verse inundada de gracias del Cielo... O ensanchad mi bajeza, diría con más razón que su hija Teresa de Jesús, o poned tasa a vuestras mercedes. Según la multitud e intensidad de mis

dolores, así son, Dios mío, las avenidas de vuestros consuelos y deleites y delicias. Mejor que san Pablo vería en su hijo Jesús, transfigurado muchas veces en su presencia, los arcanos de la divinidad, los secretos y resplandores de gloria del Verbo que el mortal no puede explicar... Por fin fue fuerte san José venciendo a sí mismo, obrando siempre por los impulsos de la gracia, jamás por la violencia de las pasiones que tuvo siempre sujetas a la razón. ¡Qué fortaleza tan heroica la del Santo! Devoto josefino, admira y propón.

Punto segundo. ¿Eres fuerte, devoto josefino, en sufrir las contrariedades y dolores de la vida?, o ¿desmayas y cedés al menor embate, faltando a tus deberes con Dios, con el prójimo o contra ti mismo? ¡Ay! que el vicio que más domina es la debilidad, la falta de firmeza en las almas. Como nadie quiere sufrir ni padecer cosa alguna, todo el estudio se pone en contentar a todos menos a Dios y a nuestra propia conciencia. Las enfermedades, los contratiempos, o como dice el mundo, los reveses de fortuna, nos amilanan, nos desmayan, nos abaten o tal vez nos desesperan. No podemos sufrir que se quebrante o niegue nuestra voluntad o deseos, que al punto montamos en cólera. Somos juguetes de nuestras aviesas pasiones, y es verdaderamente un cuadro desgarrador el que ofrecen las conciencias de hoy día sin firmeza, sin fortaleza. Nada queda en pie en ellas más que la propia inconstancia, debilidad y flaqueza. Todas las virtudes yacen arruinadas por el suelo, semejantes a esos soberbios edificios que no tuvieron firmeza para resistir los embates y vaivenes de los tiempos, que solo queda de ellos un recuerdo de lo que fueron. ¿Por qué tantas miserias y ruinas? ¡Ay! Porque no nos apoyamos en Dios que no se muda. Imitemos la fortaleza de san José. Jamás será ni podrá ser nuestra vida tan borrascosa como la del Santo. Acojámonos a su poderoso patrocinio, y seremos con él fuertes con la fortaleza de Dios, venceremos a todos nuestros enemigos, y morará nuestra alma en la región serena de la paz, preludio de la eterna que hemos de gozar en el cielo. Así sea.

EJEMPLO

La venerable Sor Prudencia Zañoni, una de las heroínas más eminentes en virtud, de la orden de san Francisco, después de haber venerado en la vida a san José, recibió en su muerte la gracia más singular que jamás hubiese podido desear. Pues que en ella se le apareció el Santo, se le acercó a la cama, llevando en sus brazos el niño Jesús. Es imposible referir la abundancia de afectos que inundarían el corazón de Prudencia. Baste decir que llegó a difundirse en el corazón de aquellas religiosas compañeras que la asistían, al oírle hablar, ya con el Santo anciano, ya con el dulce Niño; con aquel, dándole gracias porque se había dignado visitarla y hacerla disfrutar anticipadamente de la gloria del paraíso; con Este, porque con tanta amabilidad se había dignado invitarla a ir consigo a las celestiales nupcias. En la actitud de las manos y del rostro se conocía que san José había depuesto en los brazos de su devota el celestial Niño, concediéndole aquella muerte feliz que tuvo él en los brazos de Jesús en su casa de Nazaret.

Pídase la gracia...; Oración final.

Día quinto

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Paciencia de san José.

Composición de lugar. Contempla a san José en todos sus dolores, sufriendo con amor y con alegría por su Jesús.

Petición. Dame, Santo mío, el padecer con mérito para reinar con Cristo en la gloria.

Punto primero. La paciencia es una virtud que nos hace sobrellevar con contento y paz todos los males de esta vida por amor de Dios. La paciencia nos es necesaria para alcanzar el cielo; y no hay virtud de más frecuente ejercicio, después que por el pecado este mundo se convirtió en un valle de lágrimas. El llanto es el primer ay de dolor que exhala el hombre al venir al mundo; el padecimiento es el compañero inseparable de toda su vida; y un suspiro de dolor, un gemido y una lágrima, es lo último que derrama al salir de este destierro. Padece el niño y el anciano, el pobre y el rico, el sabio y el ignorante, el sano y el enfermo, los justos y los pecadores. Es la herencia pingüe de todos los hijos de Adán. Hagamos, pues, de la necesidad virtud, padeciendo por Jesús como san José; de lo contrario, esto es, padeciendo sin paciencia, será doble padecer para nosotros. En la vida de san José lo que más abunda, como en la de todos los allegados de Cristo, son los trabajos. El Señor, a quien más ama, da mayores trabajos, enseña la santa Josefina del morir o padecer; y como san José es una de las almas más amadas de Dios y allegadas a Él, por eso fue, después de María, la más ejercitada en padecer.

La vida de san José es un tejido admirable e inexplicable de dolores y trabajos insoportables. Belén, Nazaret, Jerusalén, Egipto... Basta recordar los siete principales dolores del Santo para comprender lo mucho que padeció. La vida de san José fue un prolongado y continuo martirio. Mas ¿cómo lo padeció el Santo? Con resignación, con paz, con alegría, completamente resignado a la voluntad del Altísimo... “¡Todo por Jesús, todo por Jesús!”, exclamaba a menudo el Santo bendito, el pacientísimo patriarca... “Dios mío, Tú lo has querido así, repetía en todos sus dolores, pues hágase tu voluntad santísima así en la tierra como en el cielo... Dios mío, como Tú lo quieres, yo lo quiero... Tu voluntad soberana está en medio de mi corazón... Dadme muerte, dadme vida, dadme Calvario o Tabor... que a todo diré que sí. ¿Qué mandáis, Señor, de mí?” ¡Oh pacientísimo José!, modelo de todos los que padecen, alcanzadnos la virtud de la paciencia tan necesaria para salvarnos.

Punto segundo. Considera, devoto josefino, que todos los descendientes de Adán venimos a padecer y morir en este valle de lágrimas, en castigo del primer pecado. Todos, todos hemos de padecer en este mundo; es sentencia de Dios, airado justamente por la prevaricación de nuestros primeros padres, y nadie la puede evadir. Si el hombre pudiese vivir sin trabajos y la mujer parir sin dolor, decía con gracia san Francisco de Sales, ya habrían ganado el pleito a Dios... No creas, devoto josefino, a los falsos engañadores que predicán que el hombre ha nacido para gozar, y que debe procurar por todos los medios posibles convertir este destierro en un paraíso. Yerran, yerran los que tal dicen, porque no puede el hombre, por rico y poderoso que sea, dejar de cumplir la condena de Dios... No te tiente tampoco la paz y felicidad *aparentes* de que gozan los ricos y pecadores, porque bajo el manto de púrpura, y las ricas telas de Holanda, y las sedas más suaves y preciosas, hay un cuerpo mortal, pasto de

gusanos, que más pronto o más tarde, como hecho de tierra, polvo es y en polvo, gusanos, ceniza, nada, se convertirá... *Fode parietem*, te diré con el profeta, cava, cava la pared; esto es, penetra en la casa, en la familia, en las interioridades del corazón de ese rico, de ese hombre feliz según el mundo, que parece que nada tiene que sufrir, y verás y descubrirás mil miserias, dolores y trabajos, que no los hallarás en la choza del pobre y en el que come un mendrugo de pan con el sudor de su rostro, contento de su suerte y bendiciendo al Señor. No está la felicidad del hombre en este destierro, en huir del padecer, sino en salirle al encuentro, aceptarlo, bendecirlo como un azote de Dios que al fin y al cabo es Padre amoroso que conoce lo deleznable de nuestra condición, y da las lágrimas con medida, y nunca nos envía mayores trabajos que los que podemos sobrellevar. Buen ejemplo tienes en la admirable paciencia que con su ejemplo te da san José. Haz de la necesidad virtud, y sufre todos los trabajos que Dios te envíe, si no con alegría, al menos con paciencia y resignación cristianas. Mira que todo se pasa, y con estos trabajos momentáneos, si bien los sufres, te labras un peso y corona eterna de gloria. *Sursum corda*. Arriba los corazones.

EJEMPLO

Si para la adquisición de las virtudes sirve mucho el buen cuidado de un sabio director, ¿qué diremos del que es dirigido por este glorioso Santo, a quien parece que ha confiado el Eterno la dirección de todas las almas de vida interior? Confirma esta verdad un testimonio auténtico de un joven, el cual en medio del siglo sabía vivir como una paloma en la cavidad de los peñascos. Hallose casualmente con él un religioso de la Compañía de Jesús, y por sus palabras conoció que estaba enriquecido con dones y gracias tan sublimes, que jamás había conocido alma alguna más perfecta. El padre quedó muy admirado, y mayormente cuando el joven le dijo que su ocupación por espacio de dieciocho años había sido la de criado, sin que jamás alguno le hubiese instruido en cosas espirituales, y con todo hablaba como un teólogo. Preguntóle el padre si era devoto de san José. A lo que respondió que hacía seis años que lo había elegido por su protector, porque así se lo había inspirado el Señor.

Pídase la gracia...; Oración final.

Día sexto

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Pobreza de san José

Composición de lugar. Contempla a san José en Egipto y Nazaret ganando el sustento para sí y para Jesús y María con su honrado trabajo de carpintero.

Petición. Dame, señor san José, espíritu de pobreza, que sepa abundar y carecer por Jesús.

Punto primero. La pobreza es carecer de lo preciso para comer y vestir, o como dice santa Teresa de Jesús, faltar las cosas en tiempo de mayor necesidad, por amor de Dios. La flor y el colmo de la pobreza evangélica es vivir ganándose el pan con el sudor del rostro, y sujetándose alegremente a los trabajos que esto trae por amor de Dios.

Bienaventurados son los pobres de Cristo, los cuales, contentos con tener qué comer y vestirse, dan aún a sus hermanos de lo preciso, y reciben en cambio aun acá el ciento por uno, según aquel pagaré divino extendido y rubricado por la mano de Cristo Jesús, Hijo de Dios. San José, mejor que su hija Teresa, no solo había de ser pobre, sino loco por la pobreza. Tenía delante de sí el ejemplo de María, reina de cielos, pobrísima como él; tenía el ejemplo de Jesús, Hijo de Dios, que habiéndonos de predicar desprendimiento de todo lo caduco y amor de la pobreza evangélica, se hizo sumamente pobre, teniendo por cuna un pesebre en su nacimiento, la desnudez y el árbol de la cruz por lecho en su muerte, y una mortaja y sepulcro prestados por sepultura. ¿Cómo no amar, pues, la pobreza el santo patriarca, viendo al Rey de la gloria abrazado constantemente con la pobreza, que escogió con la humillación y la mortificación por compañeras inseparables desde la cuna al sepulcro? Vivió pobre san José, y se hizo pobre dando todos los bienes que tenía, y murió pobre, pues solo las herramientas de su oficio pudo legar a Jesús y a María al morir... ¡Mira al Santo en Belén con tanta pobreza, que en noche frigidísima solo tuvo por albergue una destartalada cueva que ofrecer a María y al Hijo de Dios en su nacimiento; un pesebre y unos pobres pañales fueron todas las riquezas que pudo ofrecer al Hijo de Dios al venir al mundo! ¡Pobre Jesús!, ¡Pobre José! ¡Mira al santo huyendo de noche precipitadamente a Egipto, andando a pie más de setenta leguas por desiertos y arenales interminables y peligrosos, padeciendo con María sed y hambre, cansancio y dolor por Jesús sin quejarse!... Mírale en Egipto mendigando y trabajando para proporcionar el sustento a Jesús y María... Contéplale en Nazaret con Jesús y María trabajando. Pobre, voluntario y santísimo obrero es san José, que con el estipendio de su jornal atiende a los gastos moderados de la Sagrada Familia y aún le sobra algo para ser en verdad el padre de los pobres, el consuelo de los indigentes y el socorro de huérfanos y desvalidos. ¡Qué felices seríamos todos en este mundo si imitásemos tan divinos ejemplos! ¿Lo haces tú así, devoto josefino?

Punto segundo. Pondera, devoto josefino, que aunque no todos estamos obligados a seguir los consejos evangélicos siendo pobres en realidad, todos, no obstante, lo hemos de ser en el afecto, si queremos entrar en el reino de los cielos, que solo se da a los pobres de espíritu. Si abundan las riquezas, no apegues a ellas tu corazón; pues perdido está, dice la Doctora Josefina, quien tras ellas anda... Considera, además, que los ricos están obligados a socorrer a los pobres, pues representan la providencia de Dios sobre la Tierra, y son de los bienes que Dios les da como unos administradores que en el día del juicio han de dar cuenta muy estrecha al Señor del uso y del abuso que han hecho de ellos... Son espinas las riquezas, que punzan a quien con avaricia o desordenado amor las aprieta contra su corazón, son bonos con que se compra el reino del cielo para los que las emplean bien. Mira, pues, si te punzan como espinas, o consuelan esas riquezas tu conciencia, y contemplando a la Sagrada Familia tan voluntaria y extremadamente pobre pudiendo ser rica, confúndete de tu miseria. Se dadivoso o limosnero por amor de Jesús, María y José, devoto josefino, y no te pesará jamás. Si Dios te da poco, da poco; si te da mucho, da mucho, porque según lo que dieres por su amor, te dará centuplicado el Señor. Haz en vida el bien que pudieras a tu alma, y no guardes a disponer de tus cosas, cuando no te las podrás llevar, que más parece entonces virtud forzada y limosna sin mérito, que voluntario don. Lo que

sembrares para la vida eterna, de limosnas y buenas obras, eso solamente recogerás. Redime, pues, tus pecados con tus limosnas mientras tienes tiempo.

EJEMPLO

La intercesión de san José es de mucho valor en las tentaciones de los sentidos, que suelen ser las más seductoras y peligrosas.

Podría esto confirmarse con muchos ejemplos, pero bastará el siguiente, sacado de las historias de la orden carmelitana. Había en el convento de Perpiñán un religioso de singular virtud y pureza, el cual se vio atacado una noche por el espíritu maligno; duró toda la noche la batalla, siempre decidido a batir el orgullo de su enemigo, y por fin pudo cantar victoria auxiliado de la gracia divina. Al día siguiente habiendo ido el casto religioso a la ciudad con el prior del convento, se encontró con un hombre de venerable aspecto y le dijo: “Padre, ¿por qué en las molestias que sufristeis en la noche pasada no os acordasteis de san José, y no implorasteis su auxilio, rezando a lo menos su conmemoración, para que os ayudase en aquella necesidad?” Turbado el religioso porque le había declarado su interior, quiso responderle, pero desapareció al momento, por lo que se persuadió que aquel hombre venerable era san José, quien se complace en que le invoquemos y confiemos en su protección, mayormente en estos casos en que peligran tanto la virtud.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día séptimo

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Templanza de san José

Composición de lugar. Contempla a san José adornado con la templanza y modestia de Cristo.

Petición. Alcanzadme, santo mío, ser templado y modesto en todas las cosas.

Punto primero. La templanza es una virtud que reprime la complacencia inmoderada del apetito sensitivo al gozar de los bienes sensibles. Es esta virtud como el ornato y elegancia de todas las demás; y así como la gallardía, gentileza y belleza en el cuerpo humano realzan y ennoblecen a una persona ilustre, atraen la atención y gánanse el afecto de todos, así en la parte moral la templanza hace amable al hombre en la sociedad. Hasta a la prudencia pone tasa y modo para que no decline en astucia sagaz e insidiosa, y a la fortaleza para que no se desmande a la arrogancia. San José fue perfectísimo en esta virtud. No le fue necesario para templar los ardores de la concupiscencia, porque no experimentó el Santo las rebeldías de su carne; al contrario, puesto por Dios por defensa y baluarte de la pureza y candor celestial de María, no sintió jamás los estímulos de la concupiscencia. Fue templado en la comida y bebida, por su pobreza voluntaria y su sobriedad y frugalidad en la mesa... Templado en su habla, pues fue tan mirado en sus palabras que ninguna salió de su boca que no fuese santa y buena, no ociosa ni de murmuración. Moderado fue san José en su trato con el prójimo, afabilísimo y dulcísimo en la conversación, grave y suave en su porte exterior.

Su templanza en acciones y palabras, y su aspecto que reverberaba una santidad y vida celestial, fue el imán suavísimo que cautivó los ánimos de los judíos, egipcios y de cuantos le trataban, de tal modo que pudo llevar a efecto los designios del Padre celestial al confiarle la obra de la redención del mundo en su Hijo. Mejor que Judit pudo el Santo andar por medio de los enemigos con seguridad, siendo amado y respetado de todos por aquel conjunto admirable de virtudes, de las cuales la templanza era la belleza y esplendor. Oigamos, por fin, el mejor elogio de la templanza del Santo de boca de su esposa la Santísima Virgen María. Dijo así a santa Brígida: “José jamás dijo palabra de chiste, de murmuración o de impaciencia. Era en su pobreza pacientísimo y pronto al trabajo. Si algunos le ofendían, lejos de vengarse, mostraba en sus agravios una admirable mansedumbre. Me servía con profundísimo respeto, y era juntamente un gran defensor de mi pureza virginal contra aquellos que la contradecían. Fue testigo muy fiel de las maravillas de Dios. Sus deseos siempre se dirigían a los bienes del cielo, de tal suerte que parecía estar muerto al mundo y a la carne. Creía tan firmemente lo que Dios le había prometido, que continuamente decía: “¡Ojalá me conceda vida el Señor para tener la dicha de ver cumplida su santísima voluntad!”. En las juntas y consejos de los hombres se halló rarísimas veces, porque todos sus deseos fueron tratar con Dios y hacer lo que sabía era de su agrado: por esto ahora grande es su gloria”. ¡Qué divinas enseñanzas!

Punto segundo. Si san José debía aparecer en el mundo adornado de todas las virtudes en grado heroico, y por lo mismo en la templanza, no podía faltarle la modestia, que es como la flor, ornato y belleza de todas. Cuando Dios elige a alguna persona para desempeñar algún cargo, dicen todos los doctores de la Iglesia, adórnale de las cualidades proporcionadas a la elevación de su cargo y a la ejecución de él. San José, escogido por Dios para jefe de la Sagrada Familia, para representante de Él en la tierra y hacer sus oficios cerca de Jesús y María, debía resplandecer en todas las virtudes, y de un modo especial en la modestia. Por esto fue san José dotado de un aspecto lleno de majestad y de belleza, superior al antiguo José, tan celebrado por su hermosura entre los egipcios. Era san José de una rara modestia, y de un talle en que brillaba una maravillosa disposición. Consorte de la más hermosa de las vírgenes, y juzgado padre de Jesús por los hombres, debía aparecer el Santo semejante a una y otro por las virtudes del alma, por la belleza, majestad y modestia de su exterior... ¡Qué apacibilidad en el aspecto!, ¡qué nobleza de corazón!, ¡qué concierto en todas las potencias de su ánimo!, ¡qué rasgos de cordura!, ¡qué modales!, ¡qué gallardía en toda su persona!, ¡qué atractivo!, ¡qué mansedumbre!. Dios que adornó a Saúl de cierto esplendor de majestad, ¿de qué virtudes y prendas de naturaleza y de gracia no enriquecería al ilustre descendiente de cien reyes, heredero del trono de Judea, y esposo de la Madre de Dios y Reina de los cielos? José, que debía pasar lo más florido de su vida entre las dos azucenas del paraíso, Jesús y María; José, que las debía cuidar, mandar, gobernar, y aspirar más de cerca que ningún otro mortal sus divinos aromas, debía aparecer entre ellas con la modestia de Cristo y de María, por no turbar el concierto y armonía divina de la familia de Nazaret, de la trinidad de la tierra. Solo con mirar a Jesús, la modestia por esencia, y a María, que la reverberaba en su exterior, debía el Santo empararse de esta virtud, copiarla en sí y aparecer como un dechado bellísimo de ella. Porque si en nosotros, inmodestos y desconcertados, la vista, presencia, comunicación y trato con una persona modesta nos inspira esta virtud y nos obliga a ella, ¿qué no

haría la divina modestia de Cristo en el ánimo justo y concertado de san José? ¡Oh!, ¡admiraremos en silencio tan hermosa virtud en el santo, y confundámonos e imitémosle!

EJEMPLO

Se lee en el legionario franciscano del día 21 de agosto, que viajando la venerable sor Juana Rodríguez con otra mujer, se puso nublado, lo que atemorizó a la compañera; pero se vieron consoladas inesperadamente de un personaje, quien se les ofreció cortésmente a acompañarlas en su viaje, asegurándolas que la lluvia no las molestaría. Llovió mucho, y no se mojaron. A la vista de este prodigio creyó Juana que aquel guía y compañero no era otro que san José, su carísimo protector, quien las acompañó hasta el punto deseado, y vieron que desaparecía. Feliz tú, si san José te acompaña hasta el término de tu camino. El diluvio de las tentaciones no te dañará, y llegarás a ser recibido en los tabernáculos eternos.

Pídase la gracia...; Oración final.

Día octavo

Por la señal, etc., y oraciones...

MEDITACIÓN

Pureza más que angelical de san José.

Composición de lugar. Contempla a san José con el lirio de la pureza en sus manos, que te dice: "Si no eres puro, no verás a Dios ni a mí en la gloria".

Petición. Dadnos, Santo mío, la pureza de alma y cuerpo.

Punto primero. Pureza más que angelical de san José. San José fue ayo y custodio del cordero sin mancha, lirio de los valles y que se apacienta entre azucenas, Cristo Jesús... San José fue verdadero esposo de la más pura y cándida azucena del paraíso de Dios, María Madre de Dios... San José fue siempre virgen en el alma y en el cuerpo; santificado en el seno materno, sin sentir el fómite del pecado, fue más que de ángel su pureza, porque el pudor virginal de María no teme ni se sobresalta con la compañía de san José en las soledades de Egipto, ni en el retiro de casa; y no obstante se turba con la presencia del ángel, y se alarma su pureza virginal al decirle que va a ser Madre de Dios. ¿Cómo he de ser madre si soy virgen, replica, pues yo no conozco ni conoceré varón...? Custodio de la pureza virginal de María, esposo de la Virgen María Reina de las vírgenes, con quien vivió treinta años en la más íntima familiaridad y trato, no podía menos de aumentar con esto su pureza el purísimo José... Dios en sus altísimos decretos tenía determinado, dice san Francisco de Sales, que Jesús naciera bajo la sombra del santo matrimonio que la Virgen contrajo con san José, porque solo de un matrimonio totalmente incomparable en la pureza podía nacer Jesucristo... San José, por su pureza angelical, mereció ser esposo de la más pura de las Vírgenes: este fue el premio de su angelical candor. Cristo fue digno fruto del matrimonio de María y José; porque solo este matrimonio apareció a los ojos de Dios adornado con tanta pureza, que pudo descansar en él Aquel que se apacienta entre lirios y azucenas... Los dos lirios

del campo, las dos azucenas de virginal fragancia son María y José, con quienes Jesús moró y conversó familiarmente como hijo por espacio de treinta años, y halló sus delicias al desposarse con la naturaleza humana y vivir en este destierro. ¡Qué ejemplo tan sublime de pureza y candor virginal! ¡Oh devoto josefino!, ¿no te animarás con este ejemplo a ser puro en pensamientos, palabras y obras?

Punto segundo. ¿Eres puro y casto, devoto josefino? Cualquiera que sea tu edad, estado y condición, no te eximen de tener esta virtud. Solo siendo puro y casto, serás admitido en el reino de los cielos y verás a Dios, abismo de pureza. Si pecaste, y por consiguiente manchaste tu alma, debes lavarla y devolverle su pureza por la penitencia y contrición. Ya seas soltero, ya casado, ya viudo, ya sacerdote o religioso o virgen consagrada a Dios, devoto josefino, todos debemos ser puros y castos en nuestro estado, poseer nuestro cuerpo y nuestra alma en honor, guardando pureza y castidad. Pero ¡ay dolor! qué pocos son los que conservaron la pureza bautismal, más pocos son los que conservaron la integridad o virginidad de su cuerpo, pues este pecado impuro lo invade todo, lo corrompe todo, lo marchita o empaña todo. Bien decía el sabio y experimentado misionero san Ligorio, que murió de más de noventa años, que no hay alma en el infierno que no esté allí por los pecados de impureza o con un pecado feo. ¿Quién se escapará de este diluvio de corrupción siempre creciente? ¡Ay de mí! Es tan delicada esta flor y tiene tantos enemigos, que sin una gracia especial del cielo es imposible conservarla. La vista, el oído, el tacto, el gusto, el olfato, la memoria, el pensamiento, el mundo, el demonio, la propia carne; los libros, periódicos, folletos, grabados, romances, canciones, diversiones, músicas, bailes, saraos, teatros, ... ¡Oh! Todo, todo está armado para perder a esta hermosa virtud, a esta angelical virtud. Diríase que este mundo no puede sufrir en su hediondez el celestial aroma de ella, y por eso la persigue y la quiere desterrar de él. ¡Oh mi inocencia y pureza perdidas! ¿Quién os podrá recobrar? Solo la penitencia puede hacerlo. Confiésate y no peques más. Pídelo al castísimo esposo de María, san José.

EJEMPLO

En la crónica de los padres capuchinos se lee, que viajando fray Jerónimo de Pistoya, misionero apostólico, con un compañero desde Roma a Gandía, por obediencia al sumo pontífice, equivocó de noche el camino cerca de Venecia. Hallándose los dos muy fatigados y afligidos, a causa de las molestias del viaje, recurrieron, puestos de rodillas, a Jesús, José y María, de quienes era muy devoto Fr. Jerónimo, suplicándoles su auxilio en aquel caso de tanta necesidad, y vieron al momento resplandecer cerca de ellos una luz. Se dirigieron hacia ella, y a poco trecho hallaron una casa, en la cual había un anciano, una mujer y un niño, los tres de singular hermosura, quienes los hospedaron con mucha complacencia. Por la mañana, habiéndose despertado los religiosos para emprender el camino, se hallaron en medio de un prado y mirando por todas partes no vieron ya la casa en que habían sido hospedados, y juzgaron que los que les habían recibido en ella eran Jesús, María y José, a quienes dieron infinitas gracias por tan singular favor o beneficio. ¡Cuánto, pues, podemos esperar de su extraordinaria protección! Invoquémosles con toda confianza, y siempre seremos socorridos por él en todo peligro y necesidad.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Día nono

Por la señal, etc. y oraciones...

MEDITACIÓN

Conformidad de san José con la voluntad de Dios.

Composición de lugar. Contempla a san José, que repite en todos los trabajos de su vida: Hágase, Señor, tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Petición. Dios mío, haced de mí y de mis cosas lo que sea conforme con vuestra santísima voluntad.

Punto primero. Todos tenemos absoluta necesidad de esta santa virtud, pues con ella este destierro hácese un anticipado cielo, y sin ella se vuelve un infierno. Contempla a san José, modelo acabado de todas las virtudes, y en especial de esta preciosa virtud en vida y en muerte. Toda la vida del Santo sembrada de dolores y gozos tan intensos y tan continuos y variados, es el cumplimiento de la divina voluntad. Escogido por Dios Padre para que hiciese sus veces con la Sagrada Familia, asociado a la suerte de Jesús y de María, experimentó más que ningún otro santo la necesidad de esta virtud, y la practicó fielmente. Toda la vida de san José está resumida en estas palabras: “Dios mío, quise tu voluntad en medio de mi corazón. Hágase siempre en mí, de mí y de todas mis cosas vuestra santísima voluntad”. Era voluntad de Dios; pues bastaba esto para el Santo, que no buscaba en todas las cosas más que hacer la divina voluntad, fuese dulce o amargo, fácil o difícil, doloroso o gozoso lo que se le mandase... Su muerte no fue otra cosa más que un acto de conformidad con la voluntad de Dios. Porque Dios lo quiso vivió, padeció, trabajó; porque Dios lo quiso murió. Dolorosísimo fue para el Santo morir, aunque fuese en los brazos de Jesús y María, porque con la muerte dejaba de gozar de su presencia corporal, que formaba todas sus delicias y felicidad... No obstante: “Quiero morir, dijo el santo, porque vos, Dios mío, lo queréis. En vida y en muerte no he de tener yo jamás propia voluntad, pues solo quiero hacer lo que es de vuestro agrado”. ¡Qué vida y muerte tan tranquila, tan pacífica, tan feliz, tan santa la del excelso patriarca! Aun en medio de sus amarguras amarguísimas gozaba de paz inalterable, porque en ellas hacía la voluntad de su Dios. ¿Cómo imitas tú tan santo ejemplo, devoto josefino? Pues sábetete que la causa de tus pecados e infelicidad es no estar conformado con la divina voluntad. Nadie resistió a Dios y tuvo paz. Enmiéndate y sé feliz haciendo en todas las cosas, como san José, la voluntad de Dios.

Punto segundo. Quieras que no, devoto josefino, tú y todos los del mundo y todas las criaturas hemos de hacer por fin la voluntad de Dios. “Mi consejo permanecerá, dice el Señor, y mi voluntad será hecha”. Solo hay la alternativa que está en tu mano, porque eres libre, o de hacer la voluntad de Dios glorificando su misericordia, o su justicia. Si cumples la voluntad de Dios, buena y perfecta, con tus buenas obras ajustando tu vida y tus acciones a su ley santa, experimentarás la misericordia de Dios en el tiempo y por toda la eternidad. Como siervo bueno y fiel entrarás en el gozo de tu Señor, después de haber vivido en abundancia de paz en este valle de quebrantos, morando bajo su providencia amorosa y paternal. Más ¡ay de ti, si te esfuerzas y te empeñas en resistir a su voluntad santísima! Andarás por senderos difíciles, y no conocerás el camino de la paz. Tendrás en verdad como dos infiernos: uno para siempre, siempre, siempre, y

otro acá mientras dure tu vida; porque la tribulación, el remordimiento y la desesperación es la herencia de los pecadores que no quieren servir a Dios y conformarse con su voluntad santísima. Y no obstante caerás por fin en manos del Dios vivo, ¡oh cosa la más horrenda! y después de una vida infelicitísima, morirás desesperado, lleno de rabia, despecho y furor, y serás despeñado a la sima de la condenación eterna: allí habrá llanto y crujir de dientes; allí habrá fuego y horrores sempiternos; allí habrá el lugar de todos los tormentos, sin mezcla alguna de lenitivo, de descanso, de consolación... Y el que no quiso glorificar a Dios conformando su vida, su voluntad con la voluntad santísima de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y le glorifiquen eternamente en la mansión de delicias del cielo, le glorificará a pesar suyo, experimentando los justos castigos de su maldad en los abismos de los infiernos. Porque la voluntad de Dios es justa, y así como premia al justo, ha de castigar al pecador.

Haz, devoto josefino, de la necesidad virtud; conforma en todas las cosas tu voluntad con la de Dios, y tu corazón morará en abundancia de paz, y reinará eternamente con Jesús, María y José en la gloria.

EJEMPLO

Refiere Boregio en el año 1581, que el siervo de Dios Fr. Alejo de Vejevano, capuchino lego, hallándose próximo a la muerte, instó a sus hermanos que encendiesen algunas hachas, y habiéndole preguntado a qué fin, respondió que debiendo bajar dentro de poco la soberana Reina del cielo con su esposo san José, era necesario recibirlos con toda la reverencia posible. Apenas dijo esto, cuando manifestó que había ya venido aquella visita gloriosa, exclamando lleno de júbilo: “He aquí la Reina del cielo, he aquí a san José: padres, postraos a su presencia y recibidles dignamente”. Pero él fue mejor recibido, pues que murió en el momento, en el día 19 de marzo, día de la fiesta de san José, su santo protector, quien en recompensa de su devoción, con la que se había mortificado en la vida, lo llevó consigo a la eterna gloria.

Pídase la gracia...; Oración final, etc.

Novena del Patrocinio de san José para conseguir una buena muerte¹

Advertencia

No te persuado con autoridades ni razones (por estar llenos los libros) lo sumamente provechosa que es a las almas la verdadera devoción al patriarca san José para el remedio y consuelo en todas las necesidades espirituales y corporales; solo con santa Teresa te remito a la experiencia. “A otros santos (dice la Santa) parece que les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender, que así como le fue sujeto en la tierra... así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios”. Así habla la Santa. Estando, pues, nosotros llenos de necesidades, ¿por qué no experimentaremos también los muchos y especiales favores y gracias que san José dispensa a sus devotos implorando su patrocinio?

¹ Damos esta Novena muy antigua, porque en ella campean el más acendrado cariño y confianza al glorioso patriarca. Es debida a un religioso devotísimo del Santo.

Pero hablando a nuestro intento, nuestras necesidades se reducen a librarnos de una mala muerte, y nuestras felicidades a conseguir una buena muerte: porque al fin la muerte es la que pone el sello a la reprobación o salvación eterna; y así, el morir en gracia de Dios, es aquel uno, necesario del Evangelio. Para este fin, pues, el patrocinio de san José no solo es poderoso, sino muy especial, por ser patrón de los que agonizan, y haberle Dios concedido el privilegio, dice la venerable sor María de Agreda, de conseguir buena muerte por su intercesión los que dignamente lo invocan, y la Santa Iglesia en el año 1726 mandó que en las preces de la recomendación del alma, para cuando el enfermo agoniza, se añadiese: *Sancte Joseph, ora pro eo*, para que con tan poderoso intercesor consiga el agonizante una buena muerte.

Muchos santos y personas celosas del mayor bien de las almas, considerando el poderoso patrocinio de san José, encargan mucho su devoción. Pero los españoles para invocarlo tenemos el particular motivo de haber sido nuestra santa Teresa la famosa promotora de su culto, y el de celebrar la festividad especial de su patrocinio, fiesta que no tenemos de ningún otro santo. Y quizá por esto se han esmerado tantos españoles en componer devocionarios al santo patriarca, para que grandes y pequeños se ejercitasen en tan útil y piadosa devoción. Y aunque en ellos se habla de la poderosa y especial intercesión del Santo para la hora de la muerte, no se limitan precisamente a la última enfermedad, agonía y preciosa muerte de san José, y a lo que en semejante lance debemos nosotros esperar conseguir y practicar con su patrocinio; y por esto a tantos otros añadimos este novenario, proponiendo con el ejemplo del Santo los pasos que comúnmente anteceden a la muerte, para que bien considerados con salud, nos dispongamos con su intercesión para lograr entonces una muerte dichosa.

Por fin, ordenándose este novenario a la consecución de una buena muerte, se suplica por las entrañas de nuestro Señor Jesucristo a todos los que lo vieren o hicieren, que si no han hecho alguna confesión general de su vida, la hagan antes de enfermar, por ser muy fácil tener necesidad de ella, y muy dificultoso que un enfermo la haga como conviene para asegurar su salvación. Y sí la tienen hecha, reflexionen si con fundamento pueden esperar que por ella se les hayan perdonado sus pecados; porque muchos pasan la vida en el círculo de pecar y confesar, volver a pecar y volver a confesar, sin que después de años de confesiones se les advierta ni enmienda de sus vicios ni reforma en sus malas costumbres. Y con todo, teniendo la vida de pecadores, se lisonjean diciendo con Balaán: “Muera mi alma con la muerte de los justos”. Viven viciosamente, y con loca temeridad presumen morir santamente; queriendo concordar la vida del rico avariento con la muerte del mendigo Lázaro. Se espera, pues, que considerando en este novenario la dulce agonía, preciosa muerte y feliz tránsito de san José, lo envidien santamente, y valiéndose de su patrocinio para imitar en vida sus virtudes, consigan con él en su agonía la buena muerte que desean. *Vale.*

Oración preparatoria para todos los días

Señor y Dios mío, uno en esencia y trino en personas, bendecido y alabado seáis en el patriarca san José, obra prodigiosa de vuestras manos, fiel depositario de vuestros secretos, ministro solícito de vuestra divina voluntad y obediente siervo de vuestros designios en los misterios de la humana redención; glorificado y adorado seáis en esta hermosa, pura e inocente criatura, que por vuestro amor con admirable providencia dispusisteis sufriera celos en su esposa, necesidades en Belén, penas en la circuncisión, traspasos en el templo, congojas en Egipto, temores en Judea y angustias en Jerusalén. Por estos dolores y trabajos del patriarca san José y los demás que con Jesús y María padeció en el decurso de su santa vida y agonía de su preciosa muerte, os suplico humilde me concedáis piadoso diga con todo mi corazón: Creo en Dios y en todo lo que cree la santa Madre Iglesia; espero, Señor, en vuestra infinita piedad que me habéis de perdonar, y os amo más que todo lo criado; me pesa de haberos ofendido, y quiero morir antes que pecar. Amén.

Oración al Santo para todos los días

Santísimo y dulcísimo padre mío san José, verdadero esposo de María, padre adoptivo de Jesús, bienhechor amoroso de los hombres, sagrado refugio de las almas, poderoso protector de los pecadores y compasivo abogado de los que agonizan. ¡Oh patriarca excelso! Mi fe se aviva, mi esperanza se alienta, mi caridad se enciende, mi espíritu se alegra y mi alma bendice a Dios al considerar en vuestro feliz tránsito, el dulce, tierno y cariñoso paso de vuestra agonía. ¡Oh justo privilegiado! Los ángeles os asisten, María Santísima os sirve, y nuestro amante redentor os hace compañía. ¡Oh santo mío! Sois sin segundo en esta gracia. Obsequiado de Jesús, sufrís la enfermedad, agonizáis entre sus brazos y entregáis vuestro espíritu en sus manos. Ea, pues, amado protector mío y dulce esperanza mía, por dicha tan singular consolad a los afligidos, amparad a los pecadores y acordaos de mi pobrecita alma en el peligroso trance de mi agonía. Y para aquel tiempo alcanzadme de mi dulce redentor, por vuestra amante esposa, paciencia en la enfermedad, dolor en la confesión, para el santo Viático pureza, y su gracia en la extremaunción. Conseguidme, padre mío, conformidad en la muerte, fortaleza en las tentaciones, consuelo en la agonía, misericordia en el juicio, y la gloria en vuestra compañía. Y ahora más particularmente, os suplico que, empleándome todo en la tierna y amorosa contemplación de vuestros dolores y gozos, imite vuestras virtudes, reciba con fruto los sacramentos, y por vuestro patrocinio consiga una muerte semejante a la vuestra, que es la gracia que os pido en esta novena, para gloria de Dios, honor vuestro y salvación de mi alma. Amén.

Ahora se dice la oración propia de cada día

DÍA PRIMERO

Enfermedad

Pacientísimo patriarca san José, modelo de paciencia en las enfermedades y dulce refrigerio en los desconsuelos. ¡Oh santo mío! Sufristeis muchos trabajos en la vida y largas dolencias en la muerte. Os quería el Señor para sublime gloria, y por eso ejercité tanto vuestra paciencia. Por mucho tiempo antes de morir, padecisteis con admirable sufrimiento agudos dolores, excediendo a todos los deliquios de amor divino de que adolecía vuestro enamorado corazón. Pero ¡qué dicha! Para consuelo y alivio en vuestras dolencias, os sirven de enfermeros vuestra amante esposa y el divino Salvador. Jamás hubo enfermo tan bien servido, regalado y asistido como vos. Por favores tan singulares os pido, protector mío y suave aliento de mi vida, me alcancéis de la bondad de Jesús y su santísima Madre, vuestra esposa, que os imite en mis dolencias, llevando con perfecta paciencia los dolores y molestias de mi última enfermedad para que, sufriendolas por su amor, sea consolado, y satisfaciendo con ellas por mis culpas, con vuestro patrocinio consiga la bienaventuranza. Amén.

Medítese un rato sobre lo dicho

Aquí se rezarán los siete principales Dolores y Gozos del glorioso san José.

Rezados los siete Dolores y Gozos se dirá el siguiente

Ofrecimiento

Poderosísimo Protector y amabilísimo abogado mío san José, dulce esperanza de los pobrecitos, amoroso hechizo de las voluntades, imán suavísimo de mis cariños, deliciosísimo maná de mi devoción y compasiva misericordia de mi alma, os ofrezco humilde mi complacencia amante de todas vuestras excelencias y gracias. Y me tomo los parabienes de que sois tan gran Santo y de tanto poder, que socorréis a vuestros devotos en todas sus necesidades. Recibid, piadoso, en amoroso tributo de mi cordial afecto y filial gratitud, todos los obsequios de amor, ternura y reverencia con que os honraron Jesús y María, y los que vos tributasteis a tan soberanas personas, con los dolores y gozos de vuestro enamorado corazón al ver a Dios encarnado, adorarlo nacido y llamarlo Jesús; al ver conocido al Mesías, libertado de Herodes, de Arquelao preservado, y al hallarlo perdido. Desde hoy para siempre os consagro mi alma, vida y corazón, con todas las alabanzas de culto, veneración y amor con que os han servido y servirán todos vuestros devotos. Y me ofrezco por perpetuo siervo, esclavo, hijo y devoto vuestro, para que con vuestro amparo, favor y patrocinio, viva en justicia, muera en gracia y consiga la gloria. Amén.

Jesús, José y María, etc.

Ahora se cantan los gozos y se concluye con el versículo y oración del Santo, que se hallarán al final.

Los días siguientes de la novena se hace y dice lo mismo que el primero, variando solamente en su lugar la oración propia de cada día.

DÍA SEGUNDO

Confesión

Dolorosísimo patriarca san José, hijo de David y angustiado esposo de María, mar de penas parece vuestro corazón en los dolores y sustos que por Jesús y María tolerasteis. ¡Oh santo mío! ¡Cuántos cuidados y temores os afligieron en el desempeño de vuestro ministerio, sufriendo en vuestra patria peligros, en el destierro congojas, y entre propios y extraños desconsuelos! ¡Oh varón de dolores! ¡Y cuán agudamente traspasó vuestra inocente alma el ver perdido al tesoro del cielo que el eterno Padre puso a vuestro cuidado! ¡Qué pena al veros sin el divino Niño, hermoso blanco de vuestros deseos y dulce imán de vuestros cariños! Vuestra amante esposa a su divino Hijo la manifestó, diciendo: “Hijo, tu padre y yo te buscábamos con dolor”. Ea, pues dulce protector mío y amorosa vida de mi espíritu, por todos estos dolores y los de vuestra agonía, alcanzadme de mi amado redentor y su divina Madre que busque a Dios por la penitencia, ya que lo he perdido por mi culpa. Y que en la última enfermedad confiese mis pecados con dolor, los llore con arrepentimiento, y con vos y vuestra santa esposa busque al amado de mi alma, y hallado, jamás le deje, hasta que con vuestro patrocinio le goce para siempre en la gloria. Amén.

DÍA TERCERO

Santo Viático

Purísimo patriarca san José, deliciosísimo maná de mi devoción y dulce huésped de mi alma. ¡Oh santo mío! ¡Qué complacencias tan suaves, qué cariños tan dulces y qué deleites tan amorosos tendría la Sabiduría encarnada en vuestro puro y humilde corazón! Jesús os deleitaba con su amor, y vos lo acariciabais con ternura llenando el divino Niño de celestiales dones vuestro casto espíritu, cuando, tierno Infante y dulce objeto de vuestras delicias, lo teníais en vuestras manos, lo estrechabais con vuestros brazos, y reclinado en vuestro amoroso pecho se unía con vuestra inocente alma por el ósculo tan apetecido de la santa esposa. Por dones tan singulares, y el de acompañaros en vuestra agonía, os ruego, protector mío y dulzura de mi espíritu, me alcancéis de mi amable Salvador y su inmaculada Madre, la pureza que en el alma y cuerpo necesito para recibirlo sacramentado. Y que en mi última enfermedad reciba en gracia el santo Viático, para que uniéndose mi alma con Dios, se deleite con su Amado, y fortalecida contra sus enemigos con tan divino alimento y compañía, camine sin temor hasta que con vuestra poderosa intercesión llegue al santo monte de la gloria. Amén.

DÍA CUARTO

Extremaunción

Piadosísimo patriarca san José, amoroso consuelo de afligidos y medicina celestial de los enfermos. ¡Oh santo mío! Desfallecíais de pena en los celos de vuestra casta esposa, cuando el ángel del Señor os consoló y alegró vuestro angustiado espíritu con el dulce nombre de Jesús. ¡Oh nombre de Jesús!, lenitivo suave en las dolencias, pero depositado en José, para manifestarlo en la circuncisión y consolar con él a los pecadores. Aceite derramado es este dulcísimo nombre; y por los sentidos se derrama su virtud con piadoso gozo de los afligidos enfermos en la extremaunción. ¡Oh divina medicina! Que dando la gracia, hinches el alma de alegría significada en el aceite santo con que se unge al moribundo enfermo en el nombre del Señor. Ea, pues, suavísimo protector mío y alegría de mi espíritu: por este divino nombre y el piadoso gozo que con él tuvisteis en vuestra agonía, conseguídelme del dulcísimo Jesús y de su soberana Madre, que en mi última enfermedad reciba con fruto este sacramento; y por esta santa unción, su piísima misericordia y vuestra intercesión, me perdone Dios cuanto le he ofendido con mi vista, oído, gusto, olfato y tacto, con mi lengua y con mis pies. Y empleando desde ahora todas mis potencias y sentidos en amarle y servirle en esta vida, por vuestro patrocinio consiga verle siempre en la gloria. Amén.

DÍA QUINTO

Conformidad

Obedientísimo patriarca san José, verdadero hijo de Abrahán y fidelísimo siervo en hacer la voluntad divina. ¡Oh santo mío! Creísteis contra todas las esperanzas naturales, obedeciendo al ángel del Señor en salvar de un hombre al Salvador de todos. ¡Oh Isaac obediente en sacrificar vuestra vida y aceptar con la más resignada conformidad el terrible golpe de la muerte, cuando dispuso Dios sacaros de este mundo! ¡Anuncio triste! y tan sensible, que estremeció el corazón del Salvador, y a vuestro natural sentimiento añadió la separación de Jesús y María, vuestra esposa. Pero vivía Cristo en vos, y quisisteis con su Majestad ser obediente hasta la muerte. Por vuestra conformidad en este trance os pido, protector mío y fortaleza de mi alma, me alcancéis de mi amable Redentor y su divina Madre, reciba con sumisión la noticia cierta, aunque terrible, de mi muerte, y obedeciendo en todo a la voluntad de Dios, le sacrifique mi vida muriendo por su gloria y por su amor, y a beneficio de vuestra protección, consiga morir en gracia, para gozar de Dios en la gloria. Amén.

DÍA SEXTO

Agonía

Humildísimo patriarca san José, verdadero israelita y prudente siervo en tratar con Dios el grande negocio de vuestra muerte. ¡Oh santo mío! Conocíais la osadía y astucias de Satanás, y os acogéis al Señor; humilde y fervoroso, le pedís la asistencia de los santos ángeles en vuestra agonía; el divino Salvador os conforta, os consuela vuestra esposa, y vos con ternura y cariño les decís: “Salvador mío y esposa mía, sois el centro de mi amor en esta vida; la muerte me separa de vosotros, pero hágase lo que Dios ordena”. Y pidiendo a Jesús su gracia, y ruegos a vuestra esposa, os entregáis en manos de la muerte con dulzura y alegría. Por vuestra agonía tan dichosa suplicoos, protector mío y mi consuelo amoroso, me alcancéis de mi amante Redentor, por vuestra dulce esposa, que en las agonías de mi muerte vea su divino rostro festivo y placentero y a vos en su compañía, para que a vuestra vista huyan mis enemigos, perezca entonces su poder, y suavizado el temor de mi muerte, diga con Jacob: “Yo moriré alegre, porque he visto la cara de José”, por cuyo favor espero perseverar y morir en gracia, para ver a Dios en la gloria. Amén.

DÍA SÉPTIMO

Muerte

Amorosísimo patriarca san José, felicísimo custodio de Jesús y fiel ecónomo de la casa de Dios. ¡Oh santo mío! Finó vuestra administración; venid a ser coronado, porque así que habló el Amado, vuestra alma desfalleció y el cuerpo se rindió no tanto a la enfermedad cuanto a la dulce violencia del amor. Los ángeles os esperan, y en el seno de Abrahán os recibirán con alegría. ¡Oh varón justo! Os despedís de vuestra esposa, dais gracias al Salvador, y asido de sus manos y reclinado en su divino pecho, suena su dulce voz en vuestros oídos, y con su bendición os dice: “Padre mío, descansad en paz, dad mis alegres nuevas en el limbo”. Y muriendo José en manos de la Vida, le cierra sus

ojos el Salvador. Ea, pues, amado protector mío y amparo piadosísimo de mi alma, por vuestra muerte tan preciosa alcanzadme de mi dulce Redentor y vuestra amante esposa, que imitando vuestras virtudes en esta vida, muera con la muerte de los santos. Y alegrándose mi corazón hasta expirar con los dulcísimos nombres de Jesús y de María, entregue mi espíritu en sus manos, para que en brazos de vuestra amorosa intercesión sea conducido a bendecir a Dios en la gloria. Amén.

DÍA OCTAVO

Juicio

Poderosísimo patriarca san José, abogado piadoso de los pecadores en el tribunal de Dios y sagrado asilo de las almas en el divino juicio. ¡Oh santo mío! No permitáis llore yo con los infelices aquel día, no haber conocido por mis pecados vuestro poderoso patrocinio, para granjearme en esta vida la amistad del justo juez. Por esto desde ahora, cierto de vuestro poder y confiando en vuestro patrocinio que detendréis la divina ira contra mis pecados, vengo a vos. ¿Y cómo he de perecer a vuestra vista? A vos vengo, benignísimo protector mío y mi refugio amoroso, y asido al áncora de vuestra dulce esperanza, os pido con todo mi corazón, os ruego con toda mi alma y os suplico con todo el afecto que me es posible, aboguéis por mi pobrecita alma. Y por la complacencia tan amorosa que tuvisteis presentando a Jesús en el templo, me presentéis en el divino tribunal en brazos de vuestra divina protección y la de vuestra santa esposa, para que en el momento de mi juicio tenga propicio a mi justo juez y amoroso Padre, y para que oyendo la sentencia de bendición, os acompañe a gozar de Dios en la gloria. Amén.

DÍA NONO

Gloria

Gloriosísimo san José, patriarca excelso, privado íntimo de nuestro Redentor, y su adoptivo padre. ¡Oh santo mío! Por última vez en esta novena me pongo a vuestros pies, implorando vuestro poderoso patrocinio. Recibidme amoroso y admitidme compasivo, pues lleno de júbilo y alegría os doy una y mil veces la enhorabuena de que sois tan gran santo, tan benemérito y privilegiado, que en cuerpo y alma glorioso sois morador de los cielos. ¡Oh padre mío! Miradme benigno desde el excelso trono de vuestra gloria, y volved esos ojos misericordiosos a este humilde esclavo, rendido siervo y amante hijo de vuestra devoción. Emplead vuestra protección amorosa y tiernísima misericordia en favorecer a este miserable pecador, que tiernamente os ama, cariñosamente os sirve y humildemente os invoca. Espero, santo mío, me alcancéis de Jesús mi Salvador la gracia, de María Santísima vuestra esposa la bendición, y que vos nos daréis a todos los cristianos la poderosa mano de vuestro favor. A José somos enviados, a José venimos. ¡Oh patriarca santo! Nuestra salud está en vuestra mano; miradnos tan solamente, y serviremos a Dios con alegría. Favorecednos, pues, con vuestra ayuda; para que siguiendo los hermosos pasos de

vuestras virtudes en esta vida, por la bondad de Dios y vuestro patrocinio consigamos acompañaros en alabarle por eternidades en la gloria. Amén.

Endechas

A manera de gozos al patriarca san José para conseguir una buena muerte con su patrocinio.

JOSÉ, cuando *agonizare*,
Y mi espíritu turbado,
Afligido y angustiado,
Quien le consuele no hallare,
Y a vos con fe os invocare,
Porque en vuestro amor confía: etc.

JOSÉ, cuando esté ya viendo
El instante de mi *muerte*,
Para que en él feliz suerte
Consiga, a Jesús diciendo:
En tus manos encomiendo
Mi espíritu en la agonía: etc.

JOSÉ, cuando me llegare
De ser juzgado el *momento*,
Y de pecados sin cuento
El demonio me acusare,
Para que en Jesús hallare
Misericordia aquel día: etc.

JOSÉ, cuando con anhelo
Tu santo nombre invocare,
Y de Dios necesitare
La gracia y dulce consuelo
Para *gozar en el cielo*
De su eterna compañía: etc.

JOSÉ, en fin, dadme acierto
En pensar, hablar y obrar,
Y para servir y amar
A Dios con todo concierto,
Y alabarle *vivo y muerto*,
En tristeza y alegría: etc.

JOSÉ, cuando la agonía
De la muerte me llegare:
Tu patrocinio me ampare,
Y el de Jesús y María.

V. Ora pro nobis sancte Joseph.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oratio. Deus, qui ineffabili providential Beatum Joseph, Sanctissimae Genitricis tuae Sponsum eligere dignatus es: praesta, quaesumus; ut quem protectorem veneramus in terris, intercessorem habere mereamur in coelis. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. Amen.

Consagración

Al patriarca san José implorando su patrocinio en la agonía a fin de conseguir la gracia de una buena muerte.

Poderosísimo protector y amantísimo padre mío san José, esposo de María Santísima, Madre de Dios y señora nuestra, custodio y adoptivo padre de Jesús, y especial patrón y abogado de los pecadores y agonizantes. Yo, N..., miserable pecador, e indigno de vuestra presencia, confiado en vuestra amorosa piedad, con el deseo de servirlos y alabarlos delante de Jesús, mi dulce Redentor, de María Santísima, vuestra immaculada esposa, y en presencia de toda la corte celestial, os elijo en este día por mi particular protector, abogado y defensor para todas las acciones de mi vida y agonías de mi muerte, y desde hoy para siempre me consagro por siervo, esclavo, hijo y devoto vuestro, y como tal me entrego a vos de todos los modos posibles con perfecta donación.

(Recibidme, dulcísimo protector, por perpetuo esclavo de vuestro amor y amante hijo de vuestro cariño; y encomendadme al continuo amparo de María Santísima, vuestra casta esposa, y a las eternas misericordias de mi salvador Jesús: y sobre todo, no me desamparéis en la hora de mi muerte, para la que desde ahora os invoco por mi especial abogado, cierto de conseguir de Dios con vuestro patrocinio las gracias que entonces necesito y que por mis obras no merezco. Porque, ¿quién os ha invocado santo mío, que no lo hayáis socorrido?

Y a vos, amabilísimo Dios mío, os doy cuantas gracias puedo por el inexplicable tesoro de dones que comunicasteis a Jesús, María y José. Os doy las gracias a vos, dulcísimo Jesús, y a vos, Santísima Virgen María, por todo el honor, amor y ternura que tributasteis a mi venerado padre san José; os doy las gracias a vos, santísimo José, por todos los servicios, dolores y trabajos que por Jesús y María padecisteis. Os doy las gracias a todos vosotros, santos y santas de Dios, que con especial culto habéis obsequiado a Jesús, María y José; sed todos mis defensores en la vida y protectores en la muerte.)

Y vos, soberano patriarca, padre mío dulcísimo y abogado mío poderosísimo, usad conmigo de misericordia en la tremenda hora y agonía de mi muerte. Y cuando me faltare el espíritu vital y mi lengua no os pueda invocar; cuando faltare la luz de mis ojos, y perdido el sentido del oído, no pueda recibir favor humano, acordaos, padre mío, de las súplicas que ahora presento a los oídos de vuestra compasiva piedad y tiernísima misericordia y amparadme en aquel último día y momento de mi extrema necesidad, para que a influjo de vuestro patrocinio muera en el ósculo del Señor, y libre de mis enemigos, sea colocado entre los amigos de Dios, a quien en vuestra compañía espero alabar por eternidades en la gloria. Amén.

Jesús, José y María, amparadme en la agonía.

El que quisiere abreviar esta fórmula, dirá solamente el primero y último apartado, omitiendo lo que media entre paréntesis.

Para alcanzar mejor una buena muerte, dígase la siguiente

Letanía de la muerte de san José

Señor, tened piedad de nosotros.
Jesucristo, tened piedad de nosotros.
Señor, tened piedad de nosotros.
Jesús, que por nuestra salud quisisteis expirar en una cruz, tened piedad de nosotros.
Santa María, que moristeis muerte de amor el más perfecto;
San José, que os considerasteis siempre como peregrino en este mundo;
San José, que comprendisteis bien que Dios nos da el tiempo para trabajar y salvar nuestra alma;
San José, que mirasteis este mundo como una sombra que pasa;
San José, que jamás tuvisteis pegado vuestro corazón a lo que un día se ha de acabar;
San José, que no suspirasteis sino por la eterna bienaventuranza;
San José, que por vuestras mortificaciones sin cesar moristeis a vos mismo;
San José, que fuisteis asistido en la hora de vuestra muerte por el Salvador del mundo y su tierna madre María;
San José, que en vuestra agonía fuisteis colmado de todas las bendiciones del Redentor;
San José, que en vuestros últimos instantes fuisteis consolado por las oraciones de la Madre de misericordia;
San José, que a vuestra muerte pronunciasteis los dulcísimos nombres de Jesús y María;
San José, que ofrecisteis vuestros últimos instantes por obtener una buena muerte a vuestros devotos;
San José, que moristeis dulcemente en los brazos de Jesús y de María;
San José, a quien Dios ha constituido protector de los agonizantes;
San José, que asistís a la muerte de las personas que os han honrado durante su vida;
San José, que jamás habéis permitido que ninguno de vuestros hijos haya tenido una mala muerte;
Por vuestra muerte muy dichosa;
Cuando nos acabe la enfermedad;
Cuando aparecieren nuestros últimos instantes;
Cuando nuestros ojos no verán las cosas de aquí abajo,
ni nuestros oídos oirán las palabras de los hombres,
y nuestro corazón oprimido latirá por última vez;
Cuando exhalemos el último suspiro;
Cuando nuestra alma comparezca delante de Dios;
Si es condenada al purgatorio;
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo;

ruega por nosotros.

socorrednos, San José.

V. Ruega por nosotros, san José, patrón de la buena muerte.

R. A fin de que seamos dignos de expirar en vuestros brazos.

Oración. Socorrednos, glorioso san José, todos los días de nuestra vida y en especial en nuestros últimos momentos: disponed entonces nuestra alma de manera que pueda recibir los santos sacramentos con una verdadera fe, viva esperanza y ardiente caridad; por vuestra poderosa protección libradnos de los ataques del demonio; haced que muramos en el seno de vuestro ardoroso corazón, a fin de que podamos bendeciros con Jesús y María por los siglos de los siglos. Amén.

Estas letanías han sido examinadas conforme a las decisiones de la S. C. de R. de 1880 y 1882, y han sido aprobadas por varios obispos.

Breve ejercicio para honrar todos los miércoles al glorioso san José

Oración a san José

Id a José, nos claman un día y otro día los vicarios de Jesucristo, los vicegerentes de Dios sobre la tierra; id a José, nos repiten una y mil veces al acudir a su trono en demanda de socorro en las grandes necesidades que en este valle de lágrimas nos cercan... A José somos enviados, y a José venimos llenos de confianza en su poderosa protección.

¡Oh patriarca santo! Nuestra salud está en vuestras manos; miradnos propicio tan solamente, y serviremos al Rey de la gloria con alegría y paz... Acordaos que jamás se ha oído decir que ni uno solo de los que han acudido a vuestra protección haya quedado sin consuelo... Alcanzadnos, pues, de Jesús, vuestro Hijo, y de María Santísima, vuestra esposa, remedio en todas nuestras necesidades. ¡Ay, que son grandísimos los trabajos que nos oprimen!... Estase ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, quieren poner su Iglesia por el suelo, quieren borrar hasta el nombre cristiano de la tierra..., y vos, oh excelso patriarca, que salvasteis un día a Jesús y María de una muerte cierta que les maquinaban sus perseguidores, ahora, en esta hora decisiva... ¿no nos ayudaréis? ¡oh! no es posible, santo mío. Alargadnos vuestro poderoso auxilio, y haced que, destruidas todas las adversidades y errores, vivamos en paz, muramos en gracia y alcancemos la gloria. Amén. Salvadnos, excelso patriarca; salvadnos, que perecemos.

Récense los siete Dolores y Gozos del segundo modo, luego la oración *Acordaos*, etc., después las jaculatorias *Jesús, José y María*, etc., y conclúyase con la siguiente

Oración final para cada miércoles de semana

Dulcísimo abogado y protector mío san José, yo os ofrezco todos los obsequios y servicios de amor, reverencia y cariño con que os honraron Jesús y María durante vuestra vida, y los que vos tributasteis a tan soberanas personas, con todos los dolores y gozos de vuestro paternal corazón, al ver a Dios encarnado, adorarlo nacido y llamarlo Jesús; al ver conocido al Mesías, libertado de Herodes, de Arquelao preservado, y hallarlo perdido. Yo os consagro desde hoy para siempre mi alma, vida y

corazón con todos los obsequios y alabanzas que os han tributado y tributarán los justos de cielo y tierra. Logre con vuestro favor y poderoso patrocinio, santo mío de mi corazón, vivir en justicia, morir en gracia y alcanzar la gloria. Amén.

El primer miércoles de cada mes consagrado a san José

Por la señal, etc. y oraciones.

MEDITACIÓN

(Escójase una del mes del Santo).

Pídase la gracia que se desea alcanzar por intercesión del Santo.

Después dígase la oración *Acordaos*, etc.

Para mejor merecer la protección del Santo rezaremos sus siete Dolores y Gozos (véase el cuarto modo, pág. 962).

Preces a san José

San José, padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios;
San José, esposo de la Virgen María, Madre de Dios;
San José, ministro fiel de Jesús y María;
San José, representante del Padre eterno;
San José, jefe de la Sagrada Familia;
San José, varón justo, colmado de todas las virtudes;
San José, primer creyente del cumplimiento del misterio de la Encarnación;
San José, primer adorador de Jesús recién nacido en Belén;
San José, primer defensor y conservador de la vida Hijo de Dios humanado;
San José, primer cristiano;
San José, primer santo canonizado;
San José, salvador del Salvador del mundo;
San José, varón según el corazón de Dios;
San José, amparo y custodio de la virginidad de María;
San José, compañero, ayuda y consuelo de María;
San José, ángel ejecutor del gran consejo;
San José, que tuvisteis sujetos a vuestra voluntad al Rey y Reina de los cielos;
San José, que vivisteis y moristeis acompañado de Jesús y de María;

protegednos y socorrednos, protegidos a la Iglesia y al sumo pontífice.

V. Ruega por nosotros, glorioso san José.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

Oración. Dios mío, que con tu inefable providencia te has dignado elegir a san José por esposo de tu Madre Santísima, concede, te rogamos, que tengamos por intercesor en el cielo al que veneramos por protector en la tierra. Amén.

Jesús, José, Teresa y María, etc.

Oración para cada primer miércoles de mes

Poderosísimo protector mío san José, escogido por Dios para ser su representante en la tierra en la grande obra de la Redención, yo os doy gracias muy rendidas por los inmensos dolores que padecisteis por nuestro bien al llevar a cabo esta divina obra; por los celos de vuestra esposa, necesidades en Belén, penas en la circuncisión, trasposos en el templo, congojas en Egipto, temores en Judea y angustias incomfortables en Jerusalén. Por todas estas amarguras de vuestro paternal corazón os suplico, padre mío san José, me alcancéis paciencia en todos mis trabajos, para tener con vos una santa vida y preciosa muerte. Amén.

Oración devotísima al bendito patriarca san José

Bendito sois entre todos los santos, glorioso padre y señor mío san José; bendito entre todos los justos en vuestra alma y cuerpo. Sí, santo mío, bendito sois en vuestra alma, pues fue santificada y justificada más que la de todos los otros justos para ser digno esposo de María Madre de Dios, y digno padre adoptivo de Jesús Hijo de Dios. ¡Bendito sois en vuestro virginal cuerpo, pues fue altar vivo de la Divinidad, en donde reposó la Hostia inmaculada que rescató al mundo! ¡Benditos vuestros ojos hermosísimos y amorosísimos, que vieron al Deseado de las gentes! ¡Benditos vuestros purísimos labios, que besaron con regalado amor el rostro del niño Dios, ante quien tiemblan los cielos y cubren su rostro los serafines! ¡Benditos vuestros santísimos oídos, que oyeron de la boca de Cristo el regalado nombre de Padre! ¡Bendita vuestra dulcísima lengua, que tantas veces conversó familiarmente con la Sabiduría eterna! ¡Benditas vuestras manos esforzadas, que tanto trabajaron por sustentar al Criador de cielos y tierra! ¡Bendito vuestro rostro agraciado que tantas veces se cubrió de sudor para alimentar al que alimenta a las avecillas del cielo! ¡Bendito vuestro esbelto cuello, al que tantas veces se colgó con sus manecitas y tocó y estrechó el niño Jesús con regalado cariño! ¡Benditos vuestros robustos brazos, que estrecharon y sostuvieron al que sustenta con tres dedos la mole del universo! ¡Bendito vuestro pecho florido y enamorado, en el que tantas veces reclinó la cabeza y descansó el Descanso de todos los hombres! ¡Benditos pies y benditos miembros santificados con tantos viajes y fatigas emprendidos por salvar al Salvador del mundo! ¡Oh santo mío de mi corazón! ¡Cuánto me alegro de vuestras excelencias y bendiciones! Mas acordaos, santo mío, que bendiciones y gracias tantas las debéis en gran parte a los pobrecitos pecadores, pues si no hubiésemos pecado, no se hubiera hecho Dios niño y padecido por nuestro amor, y por lo mismo no lo hubierais vos alimentado y conservado con tantos sudores y fatigas. No se diga de vos, ¡oh excelso patriarca!, que en la exaltación os olvidéis de vuestros hermanos y compañeros de infortunio. Dadnos, pues, una mirada compasiva desde ese excelso y encumbrado trono de gloria. Miradnos siempre con amorosos y piadosos ojos, ¡oh benditísimo san José! Contemplad y visitad a nuestras almas, tan rodeadas de enemigos y tan queridas de vos y de vuestro hijito Jesús, que murió por salvarlas: perfeccionadlas, amparadlas, bendecidlas, a fin de que todos vuestros devotos vivamos en justicia, muramos en gracia y gocemos de la gloria eterna en vuestra compañía. Amén.

Jesús, José, Teresa y María, os doy el corazón y el alma mía.

Las jornadas de la Virgen con san José desde Nazaret a Belén

Advertencia

Esta devoción, tan grata a Jesús, María y José, puede hacerse en todo tiempo del año, pero el tiempo más a propósito para empezarla es el día 17 o 18 de diciembre, como preparación al nacimiento del Hijo de Dios, ya que en aquellos días hicieron María y José dichas jornadas. Haz este ejercicio devoto josefino, con espíritu de oración y unión con Jesús, María y José, y para ello procura mucho recogimiento, silencio y quietud.

Hecha la señal de la cruz y arrodillado ante una imagen de san José, se dirán las siguientes oraciones todos los días:

Oración al niño Dios

Señor mío Jesucristo, Verbo eterno encarnado en las purísimas entrañas de la Virgen María, el amor que me tienes te ha hecho descender del seno del eterno Padre al seno de una Virgen, del seno de una Virgen a un pesebre, de un pesebre a una cruz, y de una cruz al sepulcro, para subirte otra vez al cielo. Ruégote por este tu infinito amor me perdones todos mis pecados que detesto con toda mi alma, y vengas a morar en mi pecho y reclinar tu cabeza y descansar en él. No repares, divino Niño, que mi pecho haya sido cueva de basiliscos, pues he pecado; sino mira a los deseos de mi corazón y a las lágrimas de mis ojos, que te aclaman por su salvador y pretenden consolarte y acompañarte en estas jornadas de dolor, para merecer que Tú me acompañes con tu gracia en las jornadas de este miserable destierro hasta llegar a la última jornada de la gloria. Amén.

Oración a la Virgen Santísima

Virgen María, que estando encinta emprendéis con vuestro castísimo esposo san José las jornadas de Nazaret a Belén con suma pobreza y en el rigor del invierno, por cumplir con el mandato del César; os ruego, Madre clemente, admitáis mi ruin compañía, pues me ofrezco a acompañaros como criado, siervo y esclavo vuestro en tan penoso viaje. Mandad y disponed de mí y de todas mis cosas como cosa y posesión vuestra, porque mi mayor gusto y mi más constante anhelo es vivir y morir en vuestro servicio, ser vuestro paje y esclavo con mi padre y señor san José. Amén.

Oración a san José

Pacientísimo san José, esposo, ayuda y consolador de la Virgen María, reina de los cielos y Madre de Dios, en todos sus grandes trabajos, y muy especialmente en estas ocho jornadas; ruégooos humilde me concedáis piadoso el asociarme a vuestra

compañía para regalar con vos a vuestra santísima esposa y Madre mía María. Mirad en qué puedo seros útil con mis servicios, pobres y cortos; pero no lo es el corazón, que desearía daros albergue en él por suplir el desamor y desvío de los hombres. Mandad, que vuestro siervo escucha... Tan solo os pido me alcancéis de Jesús y María el que sea feliz mi jornada del tiempo a la eternidad, y goce, por fin, de su compañía en la gloria. Amén.

PRIMERA JORNADA

De Nazaret al Monte Tabor

Composición de lugar. Contempla a María, tierna y delicada Virgen de diez y seis años, encinta del Hijo de Dios, montada sobre un jumentillo acompañada de san José, que le sirve de paje y guía, en lo más frío del invierno. Mira el camino, unas veces llano, otras montañoso, pero siempre escabroso y pesado por las nieves, lluvias, frío y viento. Contempla a san José cargado con el fardito de ropa del divino Infante, consolando a María y guiando el jumentillo del diestro por los pasos más seguros y veredas más suaves.

Petición. Hacedme digno de participar en estas jornadas de vuestras penas y alegrías, oh Jesús, José y María.

MEDITACIÓN

Medita, alma mía, cómo emprenden el viaje María y José de Nazaret a Belén, para empadronarse en cumplimiento de una orden del César... Contempla cuán pobres y humildes andan: un poco de pan y fruta, unos pececillos, un jumentillo y un fardito de ropa... He ahí todas sus riquezas, su mundo de viaje, sus provisiones... Míralos atravesando montes cubiertos de nieve... ¡Pobrecillos! ¡Cuánto debían padecer!... Mira cómo san José, llegados al monte Tabor, forma un pabellón con su pobre capa entre las ramas para resguardar a María de los aires fríos del riguroso invierno... Penetra con la consideración en los sentimientos del Niño y de la Madre, sobre todo del Niño, que se había de transfigurar en este monte, y pídeles para ti el subir al monte excelso de la gloria, después de llevar con paciencia los trabajos de esta triste peregrinación.

Coloquios y súplicas

¡Oh divino Niño, por mí encerrado nueve meses en el seno de María! Yo te adoro, te amo, te doy gracias y te pido tu bendición. ¡Oh tiernísima María, oh santísimo José, sagrados peregrinos en esta tierra de Israel! Yo os bendigo y doy gracias por lo que padecéis por mi amor. ¡Quién pudiera compartir estas penas y lograr un lugar en vuestra compañía! María, trono de gracia, Madre del Rey de los cielos, rogad por mí a Jesús, fruto bendito de vuestro vientre. San José, paje y guardia de la reina Madre de Dios, admitidme en el número de vuestros devotos, y viva y muera en compañía de Jesús, José y María. Amén.

Obsequio. Calla y padece alguna incomodidad del frío y de las criaturas, por Jesús, María y José.

Jaculatoria. Jesús, José y María morad ahora y siempre en el alma mía.

SEGUNDA JORNADA

Del monte Tabor a la ciudad de Naím

Composición de lugar, (como en el día 1º.)

MEDITACIÓN

Contempla, alma mía, cómo los santos peregrinos se dirigen del monte Tabor a la ciudad de Naím, donde el niño Jesús había de resucitar al hijo de la pobre viuda en los años de su predicación... ¡Cuántos trabajos de fríos y lluvias y viento! Y por fin de su jornada no hallan casa donde poder guarecerse, y se ven obligados, después del cansancio del camino, a quedarse en un rincón del portal... ¡Cuánto padecería san José por el desabrigo y penalidades de su esposa! ¡Cuánto se dolería de la dureza de aquellos corazones ingratos!... ¡Ah! ¡Si conocieseis el don de Dios! exclamaría en su corazón al oír los desprecios y burlas de aquellas gentes. ¡Pobre María! ¡Pobre José! No merecéis este trato; mas ya lo entiendo: veníais a darnos ejemplo, y por esto debíais padecer con Jesús y por Jesús. ¡Ojalá sepa yo imitaros dignamente!

Coloquios y súplicas

¡Cuántas veces, dulcísima María, no he querido abrir las puertas de mi corazón a Jesús, que me llamaba con su gracia! ¡Cuántas he contristado vuestro corazón maternal por despreciar los silbos amorosos del buen Pastor! ¡Cuántas!, ¡ay! le he despedido con burlas y desprecios del hogar de mi pecho, mesón público de todos los vicios! Perdón, Madre mía, perdón; no vuelva a pecar más, y sea mi pecho lecho florido donde descansa el buen Jesús. Santísimo patriarca, aposentador real de la reina de los cielos, rogad a Jesús y a María por mí, para que me perdonen y salven eternamente. Amén.

Obsequio. Haz una buena confesión y fervorosa Comunión en desagravio de las ofensas que has hecho a Jesús, María y José.

Jaculatoria. Jesús, José y María no desechéis al que en vosotros confía.

TERCERA JORNADA

De Naím a los campos de Samaría

Composición de lugar, (como en el día 1º.)

MEDITACIÓN

Contempla a los santos peregrinos que desde Naím se dirigen a los campos de Samaría, donde más tarde el Hijo de Dios había de curar a diez leprosos... Considera cómo siendo mucha la gente que cruzaba aquel camino para cumplimentar el edicto del César, insultaban a nuestros sagrados peregrinos por ser pobres... Unos les atropellaban, otros les apartaban de sí como desecho de la plebe, como gente ruin y miserable, ¡y eran la trinidad de la tierra! Y para colmo de trabajos, no hallaron siquiera una mala choza, y tuvieron que pasar la noche en despoblado todo cubierto de nieve..., sin más alfombra para las plantas de la emperatriz de los cielos y tierra que la pobrecita capa de san José. ¡Cuánto padecería san José con las penas de su esposa delicada! ¡Cuánto el tierno y divino Niño en las entrañas de María! Más es para sentirse y meditar en silencio que para hablarlo. Medítalo.

Coloquios y súplicas

Yo te adoro, niño Dios, en el seno de María, y te amo y te bendigo porque lo que padeces por mí, pecador. Sálvame, oh buen Jesús, pues soy tuyo... Y tú, Virgen Soberana, paraíso de las delicias del Eterno, limpia a mi alma de la lepra del pecado y de la fea ingratitud... Ven a mi pecho con tu gracia y descansa en él por amor. Pobrecillo es, ruin y miserable, pero será ardoroso si Tú le inflamas en el divino amor... Y vos, santo bendito, consuelo y apoyo de María en esta jornada, aceptad mi corazón y presentadlo a Jesús y a María, para que les sea lugar de descanso por mi gratitud y mi amor.

Obsequio. Viste al desnudo, o da limosna según puedas al pobre, por amor de Jesús, María y José. Haz una visita a Jesús sacramentado, orando por los ingratos.

Jaculatoria. Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

CUARTA JORNADA

De los campos de Samaría al pozo de Siquén

Composición de lugar, (como en el día 1º.)

MEDITACIÓN

Contempla, alma mía, los nuevos trabajos de esta jornada, teniendo la Virgen que andar a pie muchos ratos, y san José con los pies descalzos y maltratados del frío y por la escabrosidad del camino... Mira a la reina de los ángeles, hincada de rodillas, lavando la camisita y los pañales de su hijito Jesús en la fuente de Jacob, pues conoció se le acercaba la hora del parto... Considera el fuego que abrasaba su corazón maternal al hacer este buen oficio, en obsequio del Hijo de Dios e hijo suyo, y los deseos encendidísimos en que se abrasaba por ver entre sus brazos al Verbo hecho carne por nuestro amor... Ofrécete a ayudarle en esta labor, para que descanse mejor de las fatigas del viaje, y pídele te bendiga y a todo el mundo.

Coloquios y súplicas

Yo te adoro y te amo, te alabo y te bendigo con todo mi corazón, Jesús, Hijo de Dios, encerrado en el seno de María, y te pido me inflames en tu amor. Y vos, oh Virgen purísima, disponed a mi alma para que aprenda de vos a servir a mi Dios con pureza de conciencia. Lavad y purificad mi alma y las telas de mi corazón, que tantas veces reciben al Hijo de Dios en la comunión. Y vos, glorioso patriarca, por los trabajos que sufristeis en esta jornada, alcanzadme un verdadero dolor de mis pecados, que limpie mi alma de toda culpa. Amén.

Obsequio. Con los brazos extendidos orarás a Jesús un rato, y le pedirás la bendición. Lo mismo harás en obsequio de María y san José.

Jaculatoria. Jesús, José y María, amparad siempre al que en vosotros confía.

QUINTA JORNADA

Desde Siquén al lugar llamado Necmas

Composición de lugar, (como en el día 1º.)

MEDITACIÓN

Contempla el camino que los santos peregrinos hacen desde Siquén hasta llegar al lugar llamado Necmas. Muchas veces tuvieron que hospedarse en los corrales de las ovejas; y en esta ocasión, no hallando en aquel corto lugar posada, se van al monte y entran por las puertas de una cabaña para hospedarse allí... Mira a los alegres corderillos y mansas ovejas que con sus balidos les saludan, y retirándose todos a un rincón, les ofrecen su lugar, más agradecidos que los hombres, pues reconocen a su criador y Señor... Admira la humildad de la Virgen..., cómo anda a pie por aquellos matorrales, al apearse de su jumentillo... Pondera cuáles serían los sentimientos del Pastorcillo celestial encerrado en el seno de la Virgen... Considera el dolor de san José por verse en tales aprietos, sin poder obsequiar a su santísima y delicada esposa, y acompañales en su dolor.

Coloquios y súplicas

¡Oh mi amado san José! ¡Qué sentiría vuestro paternal corazón al ver a María entre irracionales, sin más abrigo que un corral deshecho!... Yo os contemplo, santo mío, mendigando lumbre y algún alimento de los pobres pastores para socorro de vuestra esposa. Por este acerbo dolor permitidme os ofrezca cuanto tengo y valgo: todo lo pongo a vuestra disposición, para que lo ofrezcáis a Jesús y María y en su alivio, y en cambio me deis su amor, que esto solo me basta, porque solo Dios basta.

Obsequio. Repite muchas veces el acto de contrición.

Jaculatoria. ¡Viva Jesús mi amor; muera el pecado!

SEXTA JORNADA

Desde Necmas al lugar donde advirtieron José y María la pérdida de Jesús

Composición de lugar, (como en el día 1º.)

MEDITACIÓN

Contempla a los sagrados peregrinos en la pesada jornada del lugarcillo de Necmas al lugar donde más tarde advirtieron la pérdida de su Hijo Jesús... Considera los trabajos de la Virgen Santísima y del casto Esposo al subir los montes altos cubiertos de nieve, y pasar la serranía en medio del más riguroso frío, sin tener lugar cómodo donde albergarse. Los aires helados, las lluvias incómodas, la ingratitud de los hombres, su pobreza extremada..., todo contribuye a hacerles más dolorosa esta jornada... Pondera el dolor que sentiría el niño Dios en aquella noche larga y pesada, encerrado en las entrañas de María, previendo lo que habían de padecer su santísima Madre y el castísimo José en aquel mismo lugar un día al observar su pérdida; y entrando en estos sentimientos, pídeles gracia de no perder jamás al buen Jesús por tu culpa.

Coloquios y súplicas

¡Oh María, lirio purísimo y trono de la majestad infinita! Yo adoro en tus purísimas entrañas al Hijo de Dios hecho Niño por mi amor; y por los trabajos de esta jornada yo te doy las gracias y te pido me unas por amor a la voluntad de Dios, de suerte que jamás le pierda por mi culpa. Os lo pido con vuestro santo esposo José, que tanto se afanó en este caso para haceros lo menos molesta posible la pena y desamparo de esta jornada, pues no podéis, ni vuestro hijo Jesús, negarle cosa que os pida el santo patriarca. ¡Oh bondadoso san José! Aparta siempre de mí lo que me aparta de Jesús, y viva y muera en su compañía. Amén.

Obsequio. Haz una penitencia por los que están en pecado mortal, para que se conviertan y hallen a Jesús. Reza, además, los siete dolores y gozos al santo patriarca con este fin.

Jaculatoria. Aparta, Jesús, de mí lo que me aparta de Ti.

SÉPTIMA JORNADA

Del lugar donde advirtieron María y José la pérdida de Jesús a Jerusalén

Composición de lugar, (como en el día 1º.)

MEDITACIÓN

Contempla, alma mía, a María y José haciendo la jornada desde el lugar donde advirtieron un día la pérdida de su hijo Jesús hasta Jerusalén. ¡Oh, cuánto habían de sufrir la Madre y el Hijo con el casto José en esta jornada! María repetía en su corazón, al ver la ciudad deicida: “He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo mío será en ella entregado a los judíos, azotado, burlado, coronado de espinas y muerto en cruz”. ¡Qué dolor para una madre!... “Jerusalén, Jerusalén, repetía ya llorando en el seno de María el divino Infante; Jerusalén que matas a los profetas y a los que el Señor te envía para tu salud, ¡cuántas veces he querido congrega a tus hijos, como la gallina sus polluelos bajo sus alas, y no lo has querido!... ¡Ay, que esta ciudad tan hermosa, llena de gentes, será destruida y tributaria de las naciones!...” Considera el dolor profundo de san José al ver a su santa esposa llorar a lágrima viva en el Calvario, sin que pudiera mitigar su llanto y suavizar su dolor. Compadece a tan santos esposos, y calma con tu santa vida su penar.

Coloquios y súplicas

¡Oh Jesús, María y José! Grande es como el mar nuestro quebranto al llegar a la ciudad santa de Jerusalén. Aquí se doblaron vuestras penas cuando parecía habían de tener término vuestros dolores. ¡Pobre Hijo! ¡Pobre Madre! ¡Pobre padre! Yo os suplico con todas las veras de mi corazón, por el trabajo mayor de esta jornada, me dispenséis la gracia de que me aproveche del beneficio de la Redención, para que eternamente cante en vuestra compañía con los ángeles en la gloria: “Gloria a Dios en las alturas, y paz a los hombres de buena voluntad”. Amén.

Obsequio. Reza el *Via Crucis*, y oye Misa por la remisión de todos tus pecados y los de todo el mundo.

Jaculatoria. Jesús, José y María, aprovechen vuestros dolores al alma mía.

OCTAVA Y ÚLTIMA JORNADA

De Jerusalén a Belén

Composición de lugar, (como en el día 1º.)

MEDITACIÓN

Contempla, alma mía, a los santos peregrinos María y José en su última jornada de Jerusalén a Belén. ¡Cuán gozosos estarían viendo el término de su trabajoso y largo viaje! Mas ¡qué dolor y desengaño! Llegaron a las cuatro de la tarde a Belén, y san José buscó posada entre sus deudos y parientes conocidos, ¡mas no la halló! Buscaba en los mesones, y tampoco la hubo *para ellos*. *Para ellos*, no había lugar en el mesón, dice el santo Evangelio... Pondera el dolor de san José en este paso, al verse así despreciado de aquellos en los que él más podía confiar. Este es el mundo que no conoce a Dios, que para todos tiene lugar menos para Él... Mira al santo patriarca atribulado en extremo al ver a María próxima al parto, sin tener en día tan frío un rincón donde pasar la noche. ¡Qué dolor! Míralos por fin, después de haber recorrido el Santo todos

los mesones y casas, míralos salir, a las nueve de la noche, tristes y desamparados, a buscar entre los animales la piadosa acogida que los hombres les niegan... Contempla a los sagrados peregrinos entrando en la cueva próxima al portal de Belén, albergue de brutos... Observa cómo san José la barre y aseá, desata el lío de la ropa con la que cubre el pesebre, enciende lumbre, comen un bocado y se retiran a un rincón de la cueva a descansar y orar. Llegada la media noche, María se hinca de rodillas, pone las manos sobre su pecho, levanta los ojos al cielo, y embargada en un éxtasis de amor, da a luz al Hijo Unigénito del Padre eterno y suyo, Cristo Jesús, Dios y hombre verdadero... Le adora, le recibe en sus brazos con humilde y profundísima reverencia, le envuelve en pobres pañales y le recuesta en un pesebre... Contempla a san José cómo lleno de gozo acude a adorar al niño Dios recién nacido, y le estrecha contra su corazón... Contempla cómo los ángeles, los pastores y hasta los animales le reconocen y adoran por su Dios, y cantan: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra a los hombres paz!..." Entra tú también en la cueva y adora a Dios hecho Niño por tu amor. Hoy todo es gozo y alegría y cumplida satisfacción; hasta los cielos manan miel en este día al ver a Dios Niño, al León de Judá hecho manso cordero. Ama, alma mía, al Niño hermosísimo de Belén, adórale y no te apartes de su pesebre, que te hará mucho bien.

Coloquios y súplicas

Bienvenido, bienvenido, niño Jesús, niño mío de mi corazón; bienvenido a nuestra tierra, Dios mío de mi corazón. Hosanna en las alturas, y a los hombres paz. Yo te alabo y te bendigo por tanta dignación. ¡Oh María y José! Recibid mi más cordial parabién, por la dicha que os embarga en la cueva de Belén al ver al Hijo de Dios recién nacido. Sí, parabienes a Ti, oh María Madre de Dios, porque nos diste al Hijo de Dios hecho hombre, sin detrimento de tu virginal entereza, para nuestra salud. Por aquel gozo inmenso que inundó tu alma purísima al ver nacido a Dios hijo de tus entrañas, te pido me des conocimiento y amor perfectos de la Bondad infinita, que me abrasen, consuman y derritan en su amor. Parabienes sin fin a vos, patriarca excelso y señor mío san José, por haber sido el primer adorador del niño Dios y por haberle estrechado en vuestros brazos en aquella dichosa noche, o mejor dicho, claro día, en que amaneció el Sol de justicia eterna para alumbrar a los que estábamos sentados en las tinieblas y sombras de la muerte. Pídoos me alcancéis de Jesús y María, que no saben ni pueden negaros cosa alguna, la gracia de vivir y morir de amor divino como vos, y después de celebrar con gozo su nacimiento temporal, celebre su pascua eterna en la gloria con Jesús, José y María, dulcísimo imán y suavísimos amores del alma mía. Amén. Jesús, María y José.

Obsequio. Comulga en este día, oye Misa y reza el santísimo Rosario, en obsequio del Nacimiento del Hijo de Dios.

Jaculatoria. Jesús, José y María, os ofrezco por morada eterna el corazón y el alma mía.

Felicitación al niño Jesús recién nacido

Yo os felicito y doy la enhorabuena y os doy gracias infinitas, oh mi niño Jesús, por haber venido al mundo a salvarnos del cautiverio del pecado, y a restablecer la paz entre Dios y los hombres. Yo os felicito, porque descendéis del cielo a un pesebre para

abrirnos las puertas del cielo, cerradas por la culpa. Yo os felicito, alabo, honro y os glorifico, porque bajáis del cielo a la tierra, como buen Pastor, para guiarnos, ovejas descarriadas, a vuestro celestial aprisco. Yo os amo y os adoro, niño Jesús mío, con todo mi corazón, y os doy cuanto tengo y valgo. ¿Qué más queréis de mí? ¡Oh! Yo sí quiero de vos, Niño adorado, que me deis como rico aguinaldo en vuestras Pascuas de Navidad una centella de aquel divino fuego que habéis venido a meter en la tierra, ya que no deseáis otra cosa sino que arda en vuestro amor.

¡Oh fuego que siempre ardes, abrásame!

¡Oh brasa de amor divino, enciéndeme!

¡Oh incendio e infierno de amor divino, consúmeme y mándame ir a Ti, vivir por Ti, suspirar por Ti y morir de amor por Ti! Amén, Jesús.

Letanía de san José

Señor, ten piedad de nosotros.

Cristo, ten piedad de nosotros.

Señor, ten piedad de nosotros.

Jesucristo, óyenos.

Jesucristo, escúchanos

Dios Padre celestial, ten piedad de nosotros.

Santa María, Madre de Dios, esposa de san José;

San José, imagen del Padre celestial y padre nutricio de su Hijo único;

San José, casto esposo de María;

San José, que durante treinta años habéis vivido bajo las miradas de Jesús, el divino modelo de toda perfección;

San José, varón justo, recto y según el corazón de Dios;

San José, modelo de obediencia las más pronta, simple y perfecta;

San José, menospreciado de los hombres, pero grande a los ojos de Dios, admirado y respetado de los ángeles;

San José, que llevasteis una vida sencilla, oscura y laboriosa en la pobreza;

San José, modelo perfecto de vida interior;

San José, cuya vida estuvo escondida en Dios con Jesucristo;

San José, que por largo tiempo habéis familiarmente contemplado con vuestros ojos y tocado con vuestras manos al Verbo divino Cristo Jesús;

San José, que por vuestra obediencia, vuestros sudores y vuestro trabajo, habéis salvado y conservado la vida del Criador y del Salvador de los hombres;

San José, que habéis sido dócil a la voz del Espíritu Santo y a todas las inspiraciones de su gracia;

San José, cuyas ocupaciones exteriores jamás interrumpieron el recogimiento ni la atención en la presencia de Dios;

San José, cuya vida fue una contemplación continua;

San José, unido a Jesús con el amor más puro, más fuerte y más tierno;

rueda por nosotros.

rueda por nosotros.

San José, que moristeis en los brazos de Jesús y de María;
San José, padre y protector de todos los cristianos, patrón de la Iglesia universal
y dispensador de los tesoros del Todopoderoso;
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; perdónanos, Señor.

V. Ruega por nosotros, san José.

R. A fin de que seamos dignos de las promesas de Cristo.

Oración. Gloriosísimo san José, casto esposo de María, Madre de Dios y padre nutricio de su adorable Hijo, animados de la más viva confianza en vuestra paternal bondad, y seguros de vuestro poder sobre los corazones de Jesús y de María recurrimos a vuestra amable protección, prometiéndoos ser siempre vuestros hijos, consagrándoos asimismo todos aquellos que nos son queridos, y depositamos en vuestras manos todos los intereses del tiempo y de la eternidad.

Sed, glorioso san José, nuestro padre, nuestro modelo y nuestro guía en el camino que conduce al cielo, a fin de que marchando por la senda que vos nos trazáis, tengamos la dicha de veros en la patria celestial. Amén.

Esta Letanía está aprobada por doce señores obispos.

Las Cuarenta Avemarías o benditos de Navidad en obsequio de san José²

Oración

Yo os ofrezco, santísimo José, estas cuarenta *Avemarías* y otras tantas bendiciones con que voy a saludaros. Haced, santo mío, que salgan de un corazón contrito y fervoroso, en memoria de haber sido elegido padre adoptivo de Jesús, de la alegría con que le visteis nacido, del gozo con que le estrechasteis en vuestros soberanos brazos y de la ternura con que le alimentasteis con vuestro sudor. Hacedme participante de aquellos vivos deseos con que esperabais su nacimiento, y de la disposición santa que tuvisteis, para que le reciba dignamente y le alabe con los ángeles en el pesebre y en la gloria. Amén.

1º. Bendita sea, oh José, la hora en que fuisteis elegido esposo de la Santísima Virgen María, Madre de Dios.

2º. Bendita sea, oh José, la hora en que fuisteis constituido padre adoptivo del niño Jesús, Hijo de Dios.

3º. Bendita sea, oh José, la hora en que visteis nacido y adorasteis al niño Jesús, Hijo de Dios.

² Esta devoción tiene concedidos cuarenta días de indulgencia por el Ilmo. Fr. Simón Guardiola, abad de Montserrat y después Obispo de la Seo de Urgel.

4º. Benditas sean, oh José, las horas que empelasteis en alimentar con vuestro trabajo a María, vuestra castísima esposa, y al niño Jesús, Hijo de Dios.

Oración final

Señor mío Jesucristo, por intercesión de María y san José, os rogamos por la exaltación de la santa fe católica, extirpación de la herejía, conversión de los pecadores, perseverancia de los justos y por las benditas ánimas del purgatorio. Oíd nuestras súplicas y concedednos a todos el adoraros en la gloria con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Retrato del patriarca san José

San José era de muy buena estatura y en su mocedad hermoso, y aun viejo parecía harto bien; de un aspecto venerable, lleno de belleza y majestad, de gallarda presencia, de rara modestia y de un talle en que brillaban una maravillosa disposición y fortaleza. La bondad y santidad resplandecían de tal suerte en el rostro del Santo, que no podía verse sin que el corazón se sintiese herido de sus maravillosos atractivos. Dotado de apacible trato, de noble y compasivo corazón, de cordura extremada, modales distinguidos y genio dulcísimo, jamás vio una necesidad que no la socorriese. Mansísimo, obediente en extremo y conformado siempre perfectamente con la voluntad de Dios en medio de sus inmensos dolores y trabajos, jamás de sus labios salió una palabra dura, de chiste, de murmuración, de queja o de impaciencia.

Por ser en su extremada pobreza pacientísimo, pronto siempre al trabajo, aventajado en su oficio de carpintero, y vivir contento con su humilde suerte, fue constituido como luz y guía de obreros y trabajadores y de todos los que ganan el pan con el sudor de su rostro.

Hijo de cien reyes y a quien tocaba de derecho ceñir la corona de Judá, es san José para todos, modelo y protector. Sí, san José es el mejor modelo para los padres de familia por su vigilancia y providencia paternas. San José es el mejor dechado para los esposos por su amor, concordia y fe conyugal. San José es el mejor maestro de los nobles que vinieron a menor fortuna, porque les enseña a conservar su dignidad en su infortunio. San José es el mejor guía de los ricos, porque les muestra el modo de usar de sus bienes, y cuáles son las riquezas que principalmente deben apetecer. San José es el mejor patrón y el más acabado modelo de los obreros, porque pasó su vida trabajando, y con el trabajo de sus manos y el ejercicio de su arte procuró honrosamente lo necesario para el sustento de la Sagrada Familia. Testigo de las maravillas de Dios, muerto al mundo y a la carne, de fe vivísima, santísimo en todo, amador de la vida oculta, santificado en el seno materno, sin la yesca del pecado, o sin sentir los estímulos de la carne, es san José la gloria y ornamento de todos los justos y bienaventurados, esperanza de nuestra vida, columna que sostiene el mundo. En todo, en una palabra, es san José semejante a Jesús y a María, que fueron dotados de la mejor y más peregrina belleza, gracia y santidad.

¡Oh padre adoptivo de Jesús, virginal esposo de María, patrón de la Iglesia universal, protector de los moribundos, tesorero y dispensador de todas las gracias del Rey de la gloria, jefe de la Sagrada Familia, provisor de la gran familia cristiana, el más amado y amante de Dios y de los hombres, socorredor en toda necesidad, salvador del Salvador del mundo! Id a José, nos claman Pío IX y León XIII al pedirles remedio en los grandes males que nos cercan. A José somos enviados; pues a ti, ¡oh excelso patriarca, señor y padre mío san José!, a ti venimos...; míranos tan solo con ojos amorosos, pues nuestra salud está en tus manos y... ¡sálvanos, que perecemos!

Catecismo breve de san José

¿Quién es el patriarca san José?

Esta pregunta me haces, devoto josefino, no porque no sepas muchas cosas ya y lo principal del Santo glorioso, pues, ¿cómo sin esto podrías amarlo? *Ignoti nulla cupido*. Sino porque le amas, y quien ama gusta oír hablar del amado y de sus cosas, y oírlas repetidas veces, porque el amor nunca dice basta. Voy, pues, a darte una breve suma de la vida de san José, sacada de autores los más probados, para que tengas como en un pequeño mapa lo que otros autores tratan, discuten y dilucidan con copia de razones y argumentos sacados de la Sagrada Escritura, santos Padres y otros autores graves y fidedignos, porque como nuestro fin principal es mover a amar al santo bendito, despertando o avivando su devoción con prácticas piadosas y obsequios de virtud, bástanos a nuestro propósito fundar bien esta devoción en los principios ciertos, verdaderos, los más gloriosos para el Santo, dejando para otros ingenios el ocuparse en tan peregrina y laudable tarea.

He ahí, pues, como un catecismo de mi padre y señor san José, que te podrá servir de mucho provecho.

1. *¿Quién es san José?* –San José es el padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios y el esposo verdadero de María, Madre de Dios. Santo sin igual, el más honrado de Dios, jefe de la Sagrada Familia, vicegerente del Padre eterno, patrón de la Iglesia universal, etc.

2. *¿De dónde dimanan toda la dignidad, gracia, santidad y gloria de san José?* –La dignidad, gracia, santidad y gloria de san José dimanen todas de haber sido esposo de María y padre adoptivo de Jesús. (*León XIII, Encíclica 15 de agosto de 1889*)

3. *¿Es muy grande la santidad, dignidad, gracia y gloria de san José?* –No hay otra que le iguale. Solo Dios y María le son superiores; todos los otros, ángeles y santos, le son en estas cosas inferiores.

4. *¿Merece, pues, san José ser honrado, invocado y ensalzado más que todos los otros santos?* –Sí, san José merece ser honrado con sumo honor y alabanzas. (*Pío IX, Decreto Urbi et orbi, 8 de diciembre de 1870*).

5. *¿Qué culto merece san José?* –El de *protodulia*, esto es, el mayor entre todos los santos, después del de su esposa.

6. *¿En qué fue superior san José a la Virgen María?* –San José fue superior a la Virgen en autoridad y representación dentro y fuera de la Sagrada Familia.

7. *¿Quiénes son los mejores modelos de la devoción a san José?* –Los mejores modelos de la devoción a san José son Jesús, que honró y amó a san José como hijo cariñoso obedeciéndole en todo, y María, que le honró y amó con afecto de amantísima esposa.

8. *¿Son dignos de imitar y seguir estos ejemplos?* –Sí, no los hay mejores ni mayores. Sirvamos a san José, honremos con todo el corazón a san José, amemos con toda nuestra alma a san José, a quien Jesús y María sirvieron, reverenciaron y amaron más que a ningún otro santo.

9. *¿Para qué crió Dios a san José?* –Crió Dios a san José para que fuese su representante en la tierra, jefe y cabeza de la Sagrada Familia, y perteneciera así a la familia del Hombre-Dios, a la trinidad augustísima de la tierra, Jesús, María, José.

10. *¿Fue san José santificado en el vientre de su madre?* –Sí, porque lo que se ha concedido a alguno de los siervos, como Jeremías, san Juan, etc., no se ha de negar al padre y señor del Rey de la gloria.

11. *¿Tuvo san José el fómite del pecado?* –No, san José estuvo exento de él por la misma razón que antes.

12. *¿Cuáles fueron los padres de san José?* –Jacob, por sobrenombre Panther, según la carne, y Helí, según la ley. Barpanther o Joaquín fue hermano mayor de san José, y aquel padre de la Virgen María, que era sobrina de san José, según costumbre de los judíos. (Núm. XXXVI, 8)

13. *¿Cuál fue su patria o dónde nació san José?* –Según la opinión más verosímil, Belén fue la patria de san José y de la Virgen, su esposa.

14. *¿De qué tribu era san José? ¿Cómo pasó su mocedad?* –San José era de la tribu de David, y pasó su mocedad ejercitándose en las virtudes y el trabajo.

15. *¿Qué oficio tenía san José?* –Sin duda alguna el de carpintero, pero que entendía en muchos otros oficios similares al suyo.

16. *¿Dónde vivió san José?* –San José vivió en su mocedad en Jerusalén, y después de desposarse con la Virgen y volver de Egipto vivió en Nazaret.

17. *¿Qué edad tenía san José al desposarse con la Virgen María?* –Según la opinión más verosímil, san José no pasaba de los treinta años y la Virgen de los dieciséis.

18. *¿Qué sucesos extraordinarios brillaron en los desposorios de san José?* –Floreció, según unos, la seca vara en manos de san José, y una paloma púsose sobre su cabeza, en señal de la elección del Santo para esposo de la Virgen María.

19. *¿Fue siempre virgen san José?* –Sí, san José fue siempre virgen, por ser digno esposo de la Virgen María Madre de Dios.

20. *¿Cuántos y cuáles fueron los dolores y gozos de san José?* –La vida del excelso patriarca, como la de todos los justos, es un tejido de dolores y gozos, pues el Señor, como dijo a santa Teresa de Jesús, a quien más ama da mayores trabajos; pero principalmente fueron siete: recelos por su esposa, necesidades en Belén, penas en la circuncisión, trasaso en el templo, congojas en Egipto, temores en Judea y angustias en Jerusalén.

21. *¿Cuál fue el mayor dolor y gozo de san José?* –El mayor dolor fue cuando perdió, por tres días, al niño Jesús, y el mayor gozo al hallarle.

22. *¿Quién enseñó la devoción de estos siete dolores y gozos?* –El mismo Santo a dos religiosos franciscanos que, viajando por las costas de Flandes, naufragaron, y el Santo los sacó salvos a tierra firme, indicándoles que con esta devoción le darían gusto.

23. *¿Quién puso a Jesús nombre?* –San José, según le predijo el ángel, puso el nombre de Jesús al Hijo de Dios en la circuncisión.

24. *¿Quién fue el primer adorador de Jesús?* –San José en el seno de María y en Belén.

25. *¿Cuántos años estuvo san José en Egipto?* –San José, estuvo con María y Jesús en Egipto unos siete años, según la opinión más verosímil.

26. *¿Cuántos años estuvo en Nazaret?* –Después de su regreso de Egipto, o sea unos veintitrés años, en compañía de Jesús y de María.

27. *¿De qué edad murió san José?* –Poco antes de salir a predicar Cristo Jesús, o sea a los sesenta años.

28. *¿Dónde murió?* –En Jerusalén.

29. *¿De qué murió?* –De amor divino.

30. *¿Cómo murió?* –En paz, en los brazos de Jesús y María, consolado por ellos y confortado.

31. *¿Dónde fue enterrado san José?* –En el valle de Josafat, para que se le cumpliese el deseo de ser enterrado, como era costumbre, en el sepulcro de sus mayores.

32. *¿Dónde está el cuerpo de san José?* –Sin duda está en el cielo, resucitado con Cristo y con María para nunca más morir.

33. *¿Dónde están sus reliquias principales?* –En Perusa, ciudad de Umbría (Italia), Joinville (Francia), y en Roma, en las iglesias de los santa Cecilia y Anastasio.

34. *¿Cuáles son?* –El anillo con que se desposó con María, su cingulo o ceñidor, y algunos trozos de su capa o manto.

35. *¿Qué gloria tiene san José en el cielo?* –La mayor después de Jesús y María, en un trono especial.

36. *¿Qué poder tiene san José en el cielo?* –El mayor después de Jesús y María, por razón de su dignidad, méritos, gracia y gloria.

37. *¿Qué santos han honrado más a san José?* –Santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales, san Bernardino de Sena, san Pedro de Alcántara y otros.

38. *¿Qué autores son los más notables que han escrito de san José?* –Después de los santos Padres, los que más y mejor han escrito en obsequio del Santo son: Gersón, célebre canciller de París; venerable Gracián, confesor de santa Teresa de Jesús; Isidoro de Isolani, Suárez, Vallejo, Patrignani, Barri, Cartagena, Trombelli, Tillemón, Papebroquio, Binet, Sandino, Cardenal Cameracense, Macabiau, Butiñá y otros.

39. *¿Qué obsequios agradan más al Santo?* –Todos los que más eficazmente coadyuvan a que viva Jesús por gracia en nuestras almas y muera el pecado, esto es, la oración cotidiana, la confesión y comunión frecuentes y bien hechas, y hacerlo todo por Jesús.

40. *¿Cuál es la primera y principal gracia que hemos de pedir siempre al Santo y que alcanza a todos sus devotos, gracia sin la cual todas las otras gracias son desgracias?* – La buena muerte.

Oh, san José, patrón de los moribundos, asistidnos en vida y en la hora de la muerte.

Misa oída en honor y compañía del glorioso patriarca san José

AL EMPEZAR LA MISA

Heme aquí, Dios mío y Padre mío, postrado en vuestra presencia para asistir al acto más sublime de mi santa religión, al incruento sacrificio del Calvario, renovado en este altar santo por vuestro ministro el sacerdote. Inspirad a mi alma sentimientos de adoración, humildad, reverencia, amor y gratitud para asistir con fruto a tan augusto sacrificio. Os lo pido por vuestro padre y señor mío san José, que fue el primer sacerdote que derramó la sangre de vuestro Hijo Jesucristo en la circuncisión, y os presentó y os ofreció esta Víctima en el templo de Jerusalén. Glorioso padre mío y señor san José, prestadme la devoción y amor que vos tuvisteis en estos pasos. Soy pecador, gran pecador, lo confieso, que he pecado grandemente por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa; mas, por lo mismo os ruego que con María, vuestra

inmaculada esposa, me alcancéis el perdón de mis pecados y la gracia que necesito para mi salvación. Venid, dulce protector mío san José, venid en mi ayuda, y con vuestra compañía y la de María, vuestra purísima esposa, oiga con atención y devoción la santa Misa, y merezca estar dignamente a la presencia de Cristo Jesús. Amén.

A LOS KYRIES

Padre eterno, inmenso Dios; tened piedad de nosotros.

Cristo Jesús, Hijo unigénito de Dios; tened piedad de nosotros.

Espíritu Santo, verdadero Dios; tened piedad de nosotros.

Jesús, José y María; perdonad al pobrecito pecador que en vosotros confía.

AL GLORIA IN EXCELSIS

Uniendo mi alegría con la que experimentasteis, santo mío, con María vuestra esposa, al ver al Hijo de Dios nacido y adorador de los ángeles, pastores y reyes, permitid repita con los coros angélicos: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos y te damos gracias, oh Padre eterno, por tu grande gloria con Jesucristo, tu único Hijo, que está sentado a tu diestra, Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Porque Tú sólo eres santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo, oh Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

A LAS ORACIONES Y EPÍSTOLA

Os ruego, Dios mío, por intercesión del glorioso san José, por las necesidades de la Iglesia, y de su vicario, por todos los ministros vuestros, por todos los pecadores, por las benditas almas del purgatorio y por todo el mundo. Oiga, santo mío, siempre con docilidad las enseñanzas divinas, y cumpla con fidelidad mis obligaciones, para que sea de los que oyen y practican la palabra de Dios, y por esto merezca el cielo.

AL EVANGELIO

Vos, santo mío, sois el primer adorador y el primer discípulo de Jesucristo. Vos sois con María quien más de cerca y por treinta años oyó las enseñanzas y vio los ejemplos divinos del Verbo hecho carne. Vos con María el primero que confería o rumiaba en su corazón el Evangelio de Cristo Jesús. Por estas gracias tan singulares alcanzadme que ajuste siempre mi vida y conducta, no a las falsas máximas y errores de los mundanos, sino a la purísima moral del santo Evangelio, para ser del número de los escogidos discípulos de Cristo. Amén.

AL CREDO

Creo, espero y amo a Dios. Oh excelso patriarca, aumentad mi fe, esperanza y caridad. Diga yo siempre con el corazón y los labios: Creo en un Dios, Padre todopoderoso,

Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro, que fue concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María; padeció debajo del poder de Poncio Pilatos; fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos, y al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso: desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, la santa Madre Iglesia católica, apostólica, romana, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne, la vida perdurable. Amén.

En fin, Señor, soy hijo de la Iglesia. Esta es mi mayor felicidad.

AL OFERTORIO

Recibid, oh Padre eterno, con agrado esta Hostia inmaculada que os ofrezco a vos, Dios mío, vivo y verdadero, por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias, y por todos los circunstantes y por todos los fieles vivos y difuntos, para que a mí y a ellos aproveche para la salud eterna. Oh Padre eterno, mirad el rostro de vuestro Hijo, y por sus méritos y los de su padre adoptivo san José y de su Madre María, oídnos. Os ofrezco este santo Sacrificio en unión de aquella divina intención con que os la ofrecieron María y san José en el templo de Jerusalén. Yo me ofrezco como víctima por mis pecados y los de todo el mundo.

A LAS ORACIONES DICHAS "SECRETA"

A Ti, Dios de infinita majestad, el himno que mejor te cuadra es el silencio: en silencio y esperanza está nuestra fortaleza. Mi silencio y adoración te hablan mejor que mis palabras. Recibe, pues, en unión de las oraciones que en secreto te dice el sacerdote, mis ruegos y los íntimos clamores en unión de san José. Solo con Dios, solo para Dios, solo mi Dios, solo Dios basta.

AL PREFACIO Y SANCTUS

Arriba los corazones en unión de Jesús, alma mía. Da gracias ahora y siempre a Dios, Padre omnipotente, por Jesucristo Señor nuestro, y asociándote en espíritu a los coros de los ángeles y arcángeles, de los querubines y serafines, repite a una voz y con celestial entusiasmo, como si a tu vista se rasgasen los cielos y vieses el trono de Dios: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Bendito el que viene en el nombre del Señor; hosanna en las alturas. Sí, glorioso san José, bendito el que viene en el nombre del Señor, el buen Jesús a quien vos bendijisteis, abrazasteis, besasteis, acariciasteis, adorasteis y regalasteis y llevasteis en vuestros brazos tantas veces. Bendito en su trono de gloria, Dios inmortal y de todos los siglos. Gloria, bendición y alabanza le sean dadas con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

AL CANON

Esta es la parte más augusta y más santa y esencial de la Misa, devoto josefino. Di, pues: Con profundo respeto os suplico y ruego, oh eterno Padre, que recibáis propicio

estas ofrendas sin mancha, de nuestra servidumbre, que es también la de toda vuestra familia, que en primer lugar os ofrecemos rogando por las necesidades de la Iglesia y prelados de ella, en especial por vuestro siervo, nuestro papa, y nuestro obispo y nuestro rey, y todos los fieles católicos; pero en especial acordaos, Señor, de vuestros siervos y siervas N.N. y de todos los que están aquí presentes, y por la intercesión y méritos de María y de san José, y de todos los santos, haced que gocemos de vuestra paz durante esta vida, nos libréis de la condenación eterna y nos contéis en el rebaño de vuestros escogidos.

A LA ELEVACIÓN

Transpórtate en espíritu al Cenáculo y mira allí al Hijo de Dios, que toma el pan en sus manos y levantando sus ojos al cielo lo bendice, diciendo: *Este es mi cuerpo*; y después que tomó el cáliz en sus santas y venerables manos dando gracias al Padre eterno, lo bendijo y lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomad y bebed todos de él, *porque este es el cáliz de mi sangre* del Nuevo Testamento, misterio de fe, que será derramada por vosotros y por muchos para el perdón de los pecados”.

“Todas las veces que hicieréis esto, lo haréis en memoria mía”.

Oh glorioso san José, yo adoro en unión de vos y de María, el Cuerpo y Sangre de mi Señor Jesucristo. Aumentad mi fe, mi adoración, mi respeto y mi amor.

DESPUÉS DE LA ELEVACIÓN

Avivad mi fe, santo patriarca, aumentad mi amor. Yo creo que Jesús, que ha descendido al altar, es el mismo que descendió al seno de María, y que vos cuidasteis, abrazasteis y adorasteis en la cueva de Belén. ¡Oh fuego que siempre ardes, abrázame! Mira con rostro sereno y propicio, ¡oh Padre eterno!, y acepta esta Hostia inmaculada, este Sacrificio santo, y todos participemos de sus frutos y seamos llenos de todas las bendiciones y gracias del cielo. Acuérdate también de tus siervos y siervas N.N., que nos han precedido con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz. Dadles, Señor, a estos y a todos los de mi obligación y de vuestro mayor agrado, el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Y a nosotros también, pobres pecadores, vuestros siervos, que esperamos en la abundancia de vuestras misericordias, dignaos hacer que tengamos parte y compañía con vuestra santísima Madre María y san José y con todos los santos, no por nuestros méritos, sino por un efecto de vuestra misericordia. Amén.

AL “PATER NOSTER”

Instruido por los preceptos saludables de mi salvador Jesús, me atrevo a decir, ¡oh glorioso san José!, en vuestra compañía, con la mayor devoción posible: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.

AL “PAX DOMINI” Y “AGNUS DEI”

¡Glorioso san José! vos que nos cuidasteis y guardasteis este Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, con vuestros sudores y trabajos, y le alimentasteis con María vuestra esposa, alcanzadnos la paz que vino a traer al mundo. Tengamos paz con Dios, con los hombres y con nosotros mismos, por la guarda de la divina ley. Libradnos de todo mal, y viviendo en justicia, muramos en gracia y le gocemos en la gloria eterna. Amén.

AL "DOMINE, NON SUM DIGNUS" Y A LA COMUNIÓN

Yo no soy digno, glorioso san José, de recibir en mi corazón al que es la misma pureza y santidad; pero rogadle que diga una sola palabra, y quedará sana y salva mi alma. Yo no soy digno de recibirle sacramentalmente; pero hacedme vos digno a lo menos de recibirle espiritualmente. Prestadme vuestra pureza, vuestra humildad, vuestra reverencia y vuestro amor. Decid conmigo, santísimo José: Yo creo, Dios y Señor mío, que estáis en ese Santísimo Sacramento: os amo y deseo vivamente recibirlos; venid a mi alma, dulcísimo Jesús mío, venid a mí, y ya que no puedo recibirlos sacramentalmente, os recibo espiritualmente. Quede siempre por amor unido a vos; aceptad mis deseos y dadme vuestro divino amor.

A LAS ÚLTIMAS ORACIONES Y EVANGELIO

Oíd, Padre eterno, los ruegos de vuestro Hijo amantísimo Jesucristo, que con la Virgen Santísima, san José y todos los santos, siempre viven intercediendo por nosotros. Alcanzadnos en nuestros días el triunfo de la Iglesia, la paz del mundo, la libertad de nuestro amantísimo padre León XIII y la prosperidad de nuestra católica España, a fin de que destruidas todas las adversidades y errores, no haya más que un solo redil y un solo Pastor. Oíd, santo mío, mi última oración en esta santa Misa, y es que me ayudéis a dar gracias dignamente al señor Dios, que se ha dignado admitirme en su presencia; me presentéis y ofrezcáis a Jesús y a María como perpetuo siervo y esclavo vuestro, y bendigáis todos mis pasos, mis pensamientos, palabras, obras y deseos. Todo por Jesús, con Jesús y para Jesús. Guardadme como a la niña de vuestros ojos, libradme de todo mal, y después de haber vivido en la tierra haciendo bien a todos, y haciéndolo todo bien, expire como vos en los brazos de Jesús y de María, repitiendo sin cesar:

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, recibid cuando yo muera el alma mía.

Modo de confesarse bien con la ayuda de san José

Como uno de los más gratos obsequios, o el más grato obsequio que los devotos josefinos pueden hacer a san José es el de un corazón puro, donde more por gracia Jesús su Hijo, y el medio a veces único y siempre el más eficaz para alcanzar esta pureza de corazón es la santa confesión, por esto creemos muy oportuno o conveniente ofrecer al amante josefino un método para confesarse bien, bajo la protección del Santo y así complacerle mejor y alcanzar la gracia que pida.

Instrucciones para confesarse bien

PENSAMIENTOS

1. Jesucristo dijo a sus apóstoles: "Recibid al Espíritu Santo: a los que perdonareis los pecados, perdonados les serán; y a los que los retuviereis, les serán retenidos". (*Joan., XX*)
2. La confesión es, pues, un Sacramento instituido por Jesucristo, en el cual se perdonan los pecados cometidos después del bautismo al hombre contrito y confeso por medio de la absolución del sacerdote.

ORACIÓN PARA ANTES DEL EXAMEN

Dios eterno e infinito en todas las perfecciones, a quien nada está oculto, sino todo está desnudo y patente a vuestros divinos ojos: vedme aquí, en vuestra presencia, miserable pecador, hijo pródigo, que tantas veces os ha abandonado para saciar sus apetitos desordenados. Dad luz a mi entendimiento y eficacia a mi memoria para recordar todos mis pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión desde la última confesión bien hecha. Dad valor a mi voluntad, para que los deteste sinceramente y conciba tan intenso dolor que los borre de mi alma. Concededme esta gracia por intercesión del glorioso san José, que siempre fue justo en vuestra presencia y no os ofendió jamás gravemente. ¡Oh santísimo José, padre amoroso de Jesús y virginal esposo de María, Madre de pecadores!, alcanzadme de sus bondades el examinar bien mi conciencia y dolerme de corazón de todos mis pecados para hacer una buena confesión. Amén.

ORACIÓN PARA ANTES DE LA CONFESIÓN

Señor mío Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de infinita clemencia. Ved en vuestra presencia a este miserable pecador, que tantas veces os ha ofendido, a pesar de haberos prometido enmienda y no volver a pecar. La confusión cubre mi rostro y el llanto mi corazón, al considerar vuestra inmensa bondad y mi incomprensible malicia. ¡Oh buen Jesús! ¿Qué mal me habéis hecho para que así yo me porte con vos? Pero ¡qué digo mal!, ¡si no me habéis hecho más que beneficios sin cuento, sin yo merecerlos! ¡Ah, Señor y Dios mío, Padre, Padre mío de mi corazón! Tened piedad de mí, pobrecillo pecador, que como el hijo pródigo vuelvo otra vez a vos, a los brazos de mi bondadoso Padre, en demanda de misericordia y perdón. Admitidme una vez más a vuestra amistad y gracia, y dadme verdadero dolor, arrepentimiento de todos mis pecados, con eficaz propósito de la enmienda y el hacer una buena confesión. Por aquel dolor intensísimo que vuestros padres María y José experimentaron en vuestra pérdida, sin culpa suya, concededme un verdadero dolor de contrición por haberos perdido yo tantas veces por mi culpa. ¡Oh María Inmaculada, oh José justísimo, que nunca ofendisteis al niño Jesús, vuestro Hijo! Dadme a sentir vuestro inmenso dolor, para que quebrante y desmenuce mi duro y culpable corazón, me confiese de todos mis pecados dignamente, y con esto alcance por vuestra intercesión la paz y gracia perdidas por el pecado. Amén.

Examen

PECADOS CONTRA DIOS

Examinad si sabéis los misterios principales de la fe y las cosas necesarias para salvaros.

Si hacéis frecuentemente y de corazón actos de fe, esperanza y caridad.

Si por mañana y tarde habéis acostumbrado hacer oración y ordenar vuestras acciones a la mayor gloria de Dios con recto fin e intención.

Si habéis creído en sueños y vanas observancias.

Si hicisteis cosas supersticiosas.

Si no creísteis verdades y artículos de fe, y habéis abrigado alguna duda con advertencia.

Si habéis caído en actos de desesperación y desconfianza de la misericordia divina o de presunción en la divina bondad, continuando en el pecar y diciendo: Dios me perdonará.

Si habéis dicho blasfemias, y de qué modo; si os quejasteis de la Providencia divina.

Si habéis violado los juramentos, no cumplido los votos, no impedido el mal pudiendo y si jurasteis en falso.

Si habéis leído o tenéis libros prohibidos o abiertamente deshonestos; periódicos, revistas, folletos, etc., malos.

Si no habéis cumplido la penitencia impuesta por el confesor o si la habéis cumplido mal.

Si habéis violado la santificación de las fiestas con juegos o trabajos; si oísteis mal la santa Misa; si en la oración os abandonasteis a distracciones voluntarias.

Si en la Iglesia habéis cometido irreverencias.

Si no habéis amado al prójimo por amor de Dios sino por otros fines torcidos o malos.

Si comisteis manjares vedados en días prohibidos.

Si habéis violado los ayunos mandados por la Iglesia.

Si os habéis vanagloriado de acciones malas.

Si no habéis observado el precepto de la confesión anual y de la comunión pascual.

Acusaos en todas las confesiones de la falta del santo amor de Dios, precepto harto violado.

PECADOS CONTRA EL PRÓJIMO

Examinaos si habéis desobedecido a vuestros superiores en cosa grave o si osasteis ridiculizar los preceptos o cosas de la Iglesia.

Si habéis ocasionado a vuestros parientes alguna aflicción grave o si les perdisteis el respeto en palabras u obras.

Si guardasteis odio al prójimo, si alimentasteis sentimientos de venganza; cuánto tiempo duraron y cuántas veces los habéis renovado.

Si habéis echado imprecaciones contra el prójimo, injuriándole de palabra o de obra, o deseándole mal.

Si formasteis juicios temerarios sobre la conducta de otro.

Si habéis estimulado a alguno a hacer mal y dado malos consejos.

Si habéis sentido el bien de otro o habéis experimentado placer por su mal.

Si murmurasteis gravemente de una o más personas; si escuchasteis la murmuración sin impedirla pudiendo, y si manifestasteis delitos ocultos, y a cuántos.

Si habéis revelado cosas confiadas en secreto, y si contasteis otras que ocasionaran discordias y daños.

Si al pesar, vender o comprar habéis robado, engañado y causado daño a otro.

Si en el juego, con mentiras y fraudes, habéis perjudicado a los compañeros.

Si con vuestros juegos habéis perjudicado a la familia.

Si no pagasteis las deudas ni restituisteis los bienes y la fama; si no pusisteis la diligencia debida para pagar lo que debíais.

Si habéis descuidado las obligaciones de vuestro propio estado.

Si habéis dado ocasión de murmuraciones o de escándalo con la inmodestia del vestido o con malas costumbres.

Si os descuidasteis en celar por la buena conducta de las personas sujetas a vuestra vigilancia.

PECADOS CONTRA UNO MISMO

Examinad si os habéis detenido con plena advertencia y complacencia en pensamientos deshonestos, deseos de ejecutar actos impuros y de incluir a otros a estas indignas acciones.

Si de intento habéis procurado movimientos sensuales o tocamientos indecentes, o habéis tenido familiaridad demasiado libre con personas de otro sexo.

Si os habéis dado o recibido ósculos no del todo inocentes; si secretamente habéis admitido alguna indigna correspondencia.

Si os pusisteis en ocasión de pecar contra la pureza del cuerpo y del corazón con palabras sucias, mirando objetos seductores y peligrosos y con vestidos inmodestos.

Si mal intencionadamente habéis asistido de máscara a los teatros, a las reuniones, a las comedias y si estas peligrosas diversiones os sirvieron de ocasión de pecar.

Examinaos sobre los excesos de comida y bebida, sobre la vanidad, envidia del bien ajeno, estima de vos mismo, pérdida de tiempo y ociosidad; como también si habéis buscado confesores demasiado indulgentes, yendo de uno a otro para alcanzar la absolución.

PECADOS DE OMISIÓN

Examinad si habéis dejado de hacer lo que debíais.

Los padres se examinarán sobre la educación de los hijos; si les han corregido, instruido y dado buen ejemplo; si han vigilado sus costumbres y cuidado de su inocencia, y que eviten malas compañías.

Los hijos, sobre las faltas de obediencia, respeto, amor y dependencia, especialmente en la elección de la persona con quien intentan contraer matrimonio.

Los casados, sobre la infracción de sus deberes de fidelidad, amor, auxilio y sumisión.

Los amos, de la diligencia en vigilar la conducta de aquellos que les están sujetos y encomendados a su cuidado.

Los criados, de las faltas de fidelidad, respeto, amor y celo por las cosas de sus señores; sobre la libertad de usar lo que no se les ha concedido.

Los súbditos, sobre la obediencia al soberano, a los magistrados y a las leyes.

En el examen de estos puntos ha de tenerse en cuenta el número de pecados, el tiempo que duró el hábito malo, y las circunstancias que acompañaron la culpa; por ejemplo: si se cometió en la Iglesia, si se emplearon malos medios para cometerla y si hubo escándalo. Reflexionad, al hacer el examen, que se nos exige una declaración humilde y sincera de todo aquello que podamos recordar después de un examen diligente; pero entended así mismo que esta ley es ley de misericordia y que la buena voluntad del penitente suple el defecto involuntario de la memoria.

Oración para después de la confesión

Bendice alma mía, al Señor, y no te olvides de sus misericordias. Yo cantaré nuevamente las misericordias del Señor, porque otra vez me ha perdonado. Alma mía, no vuelvas a pecar más, no te suceda algo peor. Porque Dios es bueno, paciente, misericordioso, no seas tú mala y ruin ni abuses de su bondad y paciencia, porque así como tiene contadas las gracias que te ha de hacer, también tiene contado el número de pecados que te ha de perdonar. No quieras pecar más, alma mía, y vive en paz con tu Dios, y dale gracias por su bondad. Gracias, Dios mío, gracias infinitas, porque me habéis concedido el confesarme de todos mis pecados. Reconozco que os soy más deudor de gratitud y de amor, porque más me habéis perdonado que no a otros que no os ofendieron tantas veces. Bondadoso san José, abogado y protector mío, ayudadme con vuestra santísima esposa la Virgen María a dar gracias al Señor, porque otra vez me ha perdonado, y alcanzadme la gracia de primero morir que volver a pecar. Amén.

Reza si te es posible, la penitencia antes de salirte de la iglesia, y vete en paz a tus quehaceres ordinarios y no peques más.

Ejercicio para antes de la Comunión en compañía de san José

No hay dicha mayor en este mundo que el comulgar dignamente. Prepárate con gran aparejo a lo menos desde el día anterior, oh devoto josefino, interesando al santo bendito para que te enseñe el modo de recibir dignamente en tu pecho a aquel niño Dios, o joven Jesús, que el Santo tantas veces besó, acarició, regaló, llevó en sus brazos y estrechó contra su pecho.

No puedes figurarte al Salvador Jesús en posición más amorosa que en el acto de comulgar. Como el profeta, se achica, se acomoda a nuestra pequeñez y condición, junta sus labios a nuestros labios, su

corazón a nuestro corazón, por comunicarnos la vida de su alma a nuestra alma. Bendito Señor y bendita su infinita bondad. Pide, pues al santo bendito, que te dé a su niño Jesús, y que lo quieras recibir de sus manos, y que te enseñe el mismo Santo a conversar con Él, a amarle, adorarle, acariciarle y regalarle.

Para esto te ayudará no poco la siguiente consideración y oraciones.

CONSIDERACIÓN PARA ANTES DE COMULGAR

1º. ¿Quién viene a mí en ese Sacramento de amor? –Jesús, Hijo de Dios vivo, hijo de María Inmaculada, hijo adoptivo de san José... Es el mismo Jesús, a quien san José adoró, besó, acarició, regaló, estrechó contra su pecho, llevó en sus brazos y gozó con dulcísimos regalos. –Es el mismo Jesús, a quien san José dio de comer, envolvió en su pobre manto, gozó de su presencia, conversación y trato por treinta años. Es el mismo Jesús, a quien san José mandó y Jesús obedeció, y estuvo sujeto como un hijo a su padre... Es Jesús, Rey inmortal de todos los siglos, que no sabe negar cosa a san José, porque le cuidó, sustentó, guardó y salvó en la tierra. ¿Qué no podrás esperar, pues, del buen Jesús, poniendo tú y teniendo por intercesor a san José? Oh devoto josefino, aviva la fe y confianza en el Santo, y lo que no obtiene tu posibilidad, se te dará por intercesión del santo bendito. No lo dudes.

¿A quién viene? –A mí, vil gusanillo, pecadorcillo, hombrecillo, miserable, traidor e ingrato. –A mí, que tantas veces le ofendí y le arrojé con descomedimiento de mi casa, de mi alma, de la posesión de mi amor. –A mí, a quien tantas veces ha perdonado y que tantas veces le he prometido fidelidad y enmienda. A mí, sentina de vicios y piélagos de maldades, venero de iniquidad y perfidia... vos, Jesús mío y Dios mío, ¿cómo siendo infinita Alteza venís a mí infinita bajeza? vos, Jesús mío y Dios mío, ¿cómo siendo infinita Majestad venís a mí infinita pequeñez? vos, Jesús mío y Dios mío, infinita bondad, santidad y pureza, ¿cómo venís a mi incomprensible maldad, iniquidad y vileza? ¿Qué es esto, Señor? Si no fuera porque lo sabéis todo, os diría con san Pedro: “Apartaos de mí, Señor, que soy hombrecillo pecador”. Mas ya que vos sabiéndolo todo os dignáis, empero, convidarme, diciéndome: “Venid a Mí todos los que estáis cargados y atribajados, y Yo os aliviaré”. Vengo a vos, mi Dios, y os pido lugar en vuestra mesa y sentarme a vuestro lado y comer de vuestro manjar, delicia de los ángeles. Pues me convidasteis, Señor, y me decís: “Ven a Mí”, sufridme y recibidme y tomadme cual soy, y hacedme lo que debo, para que merezca recibiros dignamente en este augusto Sacramento, y la gracia y bendición y fruto de él eternamente. Amén.

COLOQUIO AMOROSO

Dime, alma mía, si vieras entrar por la puerta de tu casa a la hermosísima reina de los cielos la Virgen María, con el respetable varón san José, con el niño Dios en los brazos, y te lo dejasen en tus brazos, y lo estrechases en tu pecho y lo guardases y acariciases, ¿qué sentirías, qué dirías, qué harías? Pues mira, alma mía, mayor es tu dicha al comulgar y alimentar tu alma con este Pan de los ángeles. Dime, alma mía, si te hallares con María y José en la cueva de Belén, después de nacido el niño Jesús, y te rogasen estuvieses con Él mientras se iban a descansar para que lo guardases y brizases y lo regalases y acariciases y acallases, y te dijiesen: Huélgate con Él, ¿qué sentirías, qué dirías, qué harías mientras estuvieses sola y a solas con el niño Jesús?

Pues mira, alma mía, más dichosa eres recibiendo a Jesús en la Comunión dentro de tu pecho.

Dime, alma mía, si como al anciano Simeón, María y José dejasen al niño Jesús en tus brazos para que lo ofrecieses al eterno Padre, ¿qué sentirías, qué dirías, que pensarías, qué harías? Pues mira, alma mía, más feliz eres al aplicar tu boca en la sagrada Comunión al costado de Cristo y beber su Sangre y comer de su santísimo Cuerpo.

¡Oh santo mío san José! Dadme licencia para deciros que soy más venturosa comulgando que vuestra merced, pues solo pudisteis guardarnos este Pan celestial, mirarlo, olerlo, tocarlo, mas no gustarlo como yo en la sagrada Comunión. ¡Ojalá le reciba y le guste con aquella pureza de ánima y claridad de espíritu con que vos le mirasteis y tocasteis en esta vida mortal! No me negará el buen Jesús este favor, si se lo pedís vos, santo mío, su ayo y su tutor, que nos conservasteis y cuidasteis este trigo que engendra pureza en las almas, y las nutre de vida y sabor eterno. Amén.

¡Oh María! ¡Oh José! Rogad a Jesús por mí, para que le reciba dignamente en la Sagrada Comunión. Amén.

EN EL ACTO DE COMULGAR

Haz cuenta que acompañado de la Virgen María y san José te acercas a comulgar, o bien que el sacerdote es el glorioso san José que te entrega a tu custodia, y para que le trates bien y no le maltrates, a su hijo Jesús, delicia de los cielos, claridad y belleza del Padre eterno. Trátale, pues, y recíbele con singular aparejo, modestia, acatamiento y limpieza y reverencia, pues es hijo de muy buenos padres, criado con singular cuidado y delicadeza, cual convenía a tal Hijo, venido del cielo, donde es adorado y servido por toda la corte angélica.

Acércate, pues, con los ojos bajos, con vestido modesto y decente, con la cabeza velada toda o cubierta, las manos juntas o cruzadas, y di con profunda humildad: Señor, yo no soy digno, etc.

Abre la boca y saca la lengua moderadamente, y con saltos de júbilo espiritual recibe y gusta del Pan de los ángeles, que amasó el Espíritu Santo en el seno virginal de María con su purísima sangre, y que san José te conservó y preparó en los treinta años que vivió en su compañía. ¡Qué felicidad! ¡Qué riqueza! Tengo en mi pecho al Dios de mi corazón y al Corazón de mi Dios Sacramentado.

DESPUÉS DE HABER COMULGADO

Alma mía, ¿qué sientes, qué piensas, qué dices, qué haces? Mira que en tu pecho está el Hijo de Dios... Multitud innumerable de ángeles le forman la corte y le adoran en tu pecho... María y José te contemplan y envidian tu dicha, y observan cómo tratas a su amadísimo hijo Jesús... ¡Oh, huélgate con Él!... Despacha el tropel de pensamientos y recuerdos importunos, y a solas con los ángeles y con María y José adora, ama, alaba, honra y glorifica al buen Jesús... ¡Oh María! ¡Oh José! Prestadme vuestros amores, vuestros encantos, vuestras gracias, delicadezas y cariños, para regalar debidamente a

nuestro Jesús. Trátale a nuestro Jesús con cariño, con respeto profundo y con el mayor amor que puedas, te dicen María y José, porque es hijo de muy buenos padres, criado con toda delicadeza, ternura, atención y amor. No seas descomedido saliéndote enseguida de la iglesia, o no acordándote que tienes en tu pecho a tal Señor y Majestad, o distrayéndote de conversar reverentemente con Él y pedirle... y amarle... y adorarle... Huélgate lo más que pudieras con Él... Por lo menos media hora, a lo menos un cuarto de hora, cierra los ojos y los oídos a todo lo criado, olvídate de todas las criaturas para acordarte tan solo de tu Criador que tienes cautivo, prisionero en tu pecho y por tu amor y con infinito amor. Adora..., ama..., ofrece..., pide..., ruega..., solicita..., acompañada de María y san José. No lo olvides: una comunión bien hecha, basta para hacernos santos... Aprovechate de estos momentos en que más eficazmente obra la gracia de Jesucristo.

Oración a san José con el niño Jesús dormidito en sus brazos

¡Oh bondadoso padre mío y señor san José! Yo no me canso de contemplaros con mi querido Jesús niño, dormidito en vuestros brazos... ¡Qué cuadro tan embelesador! Vuestra sagrada imagen con la de mi adorado niño Jesús me admira, atrae, encanta y extasía. ¡Ah! Mientras mi Jesús reposa tranquilo en vuestro seno paternal, adoradle vos en mi nombre... Estrechadle, padre mío, contra vuestro ardoroso corazón con un abrazo tiernísimo... En mi nombre besad suavemente su frente hermosa y agraciada..., acariciadle..., regaladle vos..., y al despertar, decidle que adolezco, peno y muero por su amor... Pedidle para mí, por fin, su bendición, que me conserve siempre puro de alma y cuerpo hasta darle un abrazo eterno y gozarle con vuestra compañía en el cielo. Amén.

Fórmulas de consagración de las familias cristianas a la Sagrada Familia

¡Oh Jesús, redentor nuestro amabilísimo, que vinisteis a iluminar el mundo con vuestra doctrina y ejemplo, y que la mayor parte de vuestra vida mortal quisisteis pasarla sometido humildemente en la casa de Nazaret a María y José, santificando aquella Familia que debía ser el modelo de todas las familias cristianas! Acoged benigno la nuestra que ahora se ofrece y consagra a vos; protegedla, custodiadla y haced que en ella reinen vuestro santo temor y la paz y concordia de la caridad cristiana, para que conformándose con el divino modelo de vuestra Sagrada Familia, pueda conseguir sin exclusión de ninguno de cuantos la componen, la eterna bienaventuranza.

María, Madre amorosa de Jesús y Madre nuestra, con vuestra piadosa intercesión haced agradable a Jesús este humilde ofrecimiento, y conseguidnos sus gracias y bendiciones.

¡Oh glorioso san José, custodio santísimo de Jesús y María, socorrednos con vuestra intercesión en toda necesidad espiritual y temporal, a fin de que con María y con vos podamos bendecir eternamente a nuestro divino redentor Jesús!

Oración que debe rezarse todos los días ante una imagen de la Sagrada Familia

¡Oh amantísimo Jesús, que con vuestras inefables virtudes y los ejemplos de vida doméstica santificasteis la Familia que elegisteis para vos acá en la tierra! Mirad piadoso a la nuestra, que ante vos postrada os invoca propicio. Acordaos de que es familia vuestra, porque a vos especialmente está ofrecida y consagrada. Asistidla benigno, defendedla en todo peligro, socorredla en sus necesidades, y concededle la gracia de mantenerse firme en la imitación de vuestra Sagrada Familia, para que sirviéndoos fielmente y amándoos en esta vida, pueda luego bendeciros eternamente en el paraíso.

María, Madre dulcísima, a vuestra intercesión recurrimos, con la seguridad de que vuestro divino Hijo escuchará vuestros ruegos.

Y vos también, gloriosísimo patriarca san José, socorrednos con vuestro poderoso patrocinio, y por manos de María presentad nuestras súplicas a Jesús.

Trescientos días de indulgencia, que podrán ganar una vez cada día, las personas que estén consagradas a la Sagrada Familia, según la fórmula publicada por la Sagrada Congregación de Ritos. *(León XIII)*

Jesús, María y José, iluminadnos, socorrednos, salvadnos. Amén.

Doscientos días de indulgencia una vez cada día. *(León XIII)*

Algunos modos de honrar al señor san José

Sacados de los padres Binet, Barri y Patrinañan

“Los que pretenden (concluimos con un entusiasta josefino) la protección del señor san José, podrían honrarlo con estas acciones de piedad. La primera será: mandar decir alguna Misa en el día 19 de cada mes, o en las festividades del santo patriarca. La segunda: dotar, cuando lo sufren las facultades, algunas misas que perpetuamente se digan en honra del santo patriarca, o cada día o cada mes o a lo menos en las solemnidades en que la Iglesia celebra su tránsito, sus desposorios y su patrocinio. La tercera: dotar a alguna niña pobre, para que tomando algún estado, viva más retirada de los peligros. La cuarta: meditar en sus siete gozos y dolores. La quinta: imitarle en su silencio, en su pureza, en su obediencia y conformidad con las órdenes y preceptos del cielo, en la constancia, en la virtud y en todos los ejercicios de piedad, en la paciencia, en las persecuciones, en los trabajos y los agravios, en la humildad y en aquella heroica resignación con que se mantuvo entre egipcios esperando la orden de su regreso. La sexta: dividir la semana en siete privilegios del señor san José y meditar uno en cada día. El domingo se podrá meditar como padre de Jesús. El lunes, como esposo de la Virgen María. El martes, como adornado de la pureza de Virgen. El miércoles, como patriarca, que quiere decir que fue padre de aquel Jesús que es la cabeza de los escogidos para gozar de las delicias del paraíso. El jueves, como tesorero o como ministro de nuestra redención y custodio de Cristo y su santísima Madre. El viernes, como tesorero de las gracias de la omnipotencia. El sábado, como asistente al solio de la Santísima Trinidad, después de Jesús y de María. La séptima: buscarle amantes y devotos que lo veneren y lo celebren, para hacerse digno de aquella felicidad que tuvo cierto predicador, de quien dice Binet que en la hora de su muerte fue asistido y consolado de la Santísima Virgen, porque en sus sermones tuvo la costumbre de referir alguna bella historia en honra suya y de su esposo san José. La octava: tener en la casa alguna imagen o en el rosario alguna medalla del santo patriarca, imitando a san Francisco de Sales, que sólo tenía una estampa del señor san José en su breviario, para mostrar su singularísimo afecto y devoción, y al insigne amante del señor san José, el P. Luis Lalemán, que pidió que a su cadáver le pusieran una

estampa del Santo para que lo acompañase en el sepulcro. La nona: meditar en estas expresiones que arrebatada en éxtasis profirió santa María Magdalena de Pazzis: “¡Oh, cuánto participa el glorioso José de la pasión de Jesús, por los obsequios que hizo a su humanidad!”. La pureza de José se mira en el cielo, como la de María, y en aquel hermoso esplendor que los dos hacen en el cielo, parece que la pureza de José da más brillo y más gloria a la pureza de María. José en medio de Jesús y de María es como una estrella resplandeciente que tiene bajo los influjos de su protección a todas las almas que militan bajo los estandartes de María. Ved, pues, que para que vuestra devoción sea completa debe comprender a la vez a Jesús, a María y a José, pues todos tres han estado tan estrechamente unidos por los vínculos de familia y por los afectos del corazón y la santidad. Unidos del mismo modo a ellos, consagrando todo vuestro corazón a la santa infancia de Jesús, a quien María y José consagraron todo su amor y todos sus servicios. Invocad frecuentemente estos tres nombres tan dulces, imitando al bienaventurado Gaspar de Bono, que vivió y murió con los sagrados nombres de Jesús, María y José en el corazón y en los labios. La décima: procurar tener alguna imagen, cuadro o lámina del santo patriarca, y recurrir con toda confianza a su poderoso valimiento, manifestándole todas las necesidades así del cuerpo como del alma, del mismo modo que se haría en la presencia de tan benigno y amable protector. Esta práctica es fácil, tierna y devota: pues es prueba de cariño y amor el tener el retrato de las personas que se aman, y prueba de confianza el acudir en nuestras necesidades a su protección para ser socorridos. Muchos son los motivos que tenemos para tener una confianza ilimitada en la protección del virginal esposo de María en todos nuestros apuros y necesidades, así espirituales como corporales. Después de la lectura de lo poco que hemos dicho, no obstante lo mucho que se puede decir, de las excelencias y virtudes heroicas del señor san José, y del amor inmenso que le tuvo y le tiene la beatísima Trinidad, parece que sus devotos habrán concebido una alta idea de lo mucho que puede ante el divino acatamiento. Si por otra parte recordamos la bondad y ternura de corazón de nuestro amado protector, y su ardiente caridad en socorrer a sus hermanos en sus necesidades espirituales y corporales, entonces nuestro corazón se dilata y sonrío la más dulce esperanza de ser socorridos cuando nos hallemos en alguna tribulación, siempre que acudamos con fe y confianza a su poderosa protección”.

Al despedirnos de nuestros benévolos lectores, no podemos menos de desear ardientemente y exhortarlos con todas veras, que sean muy devotos del santísimo Esposo de María, imitando sus heroicas virtudes y leyendo a menudo, como lo permitan sus ocupaciones, algún libro que trate de su vida, excelencias y prerrogativas, bien seguros de que en esta devoción hallarán una mina inagotable de tesoros espirituales para sí, para sus familias y para sus amigos; pues a todos cobija bajo su manto amoroso el cariño del señor san José, y su gratitud a los pequeños obsequios que en su honor le hacen sus devotos, no tiene límites.

Estatutos de la Hermandad Josefina

CON EL ACTO DE ADMISIÓN y otras oraciones propias de la misma

Como esta hermandad puede servir de modelo a otras que según las circunstancias locales convendrá fundarse en muchos pueblos, damos con gusto sus Estatutos aprobados e indulgenciados por el que fue sabio obispo de Tortosa y después arzobispo de Tarragona Dr. D. Benito Vilamitjana. Si en todos los pueblos se fundase como socorros mutuos entre los asociados, completaría el pensamiento y llenaría una de las necesidades más apremiantes de la época actual.

Motivo especial de nacer esta hermandad en Tortosa fue sin duda que el papa Adriano VI, fue seis años obispo de Tortosa, y recibió la dedicatoria del mejor libro que se ha escrito de san José del sabio y piadosísimo Isidoro de Isolania o de la Isla: *Suma de los dones de san José*.

VIVAN JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Ilmo. Sr.:

Dios nuestro Señor, amador de las almas, que todo lo dispone en número, peso y medida, y ordena a su gloria todas las cosas con suavidad y fortaleza, ha reservado a cada época, en sus admirables consejos y misericordia infinita, las gracias más adecuadas a sus especiales necesidades. Nuestro siglo, que parece ser el último de los tiempos, ha heredado de los demás todos los vicios y errores, y con un sistema infernal trata de hacer pasar el bien por el mal y el mal por el bien. Una sola ojeada será más que suficiente para descubrir con toda su repugnante fealdad entronizada y divinizada la triple concupiscencia de la ambición, del orgullo y de la sensualidad, y como resultado inmediato de ello, el desorden en todas las cosas, el vilipendio del trabajo honrado, el olvido de la dignidad de cristiano, la profanación del matrimonio, la disolución de la familia, el abandono, en fin, o persecución de la Iglesia de Jesucristo.

A un siglo, pues, heredero de todos los vicios y herejías de los siglos anteriores, convenía oponerle un remedio universal, un modelo, un santo ejemplar de todas las virtudes, y heredero de todas las gracias esparcidas entre los demás santos. En unos tiempos en los que el mal se practica, avanza y se propaga por sistema con una organización satánica, menester es aunarse todos los buenos, organizarse para practicar la virtud, adelantar y perseverar en ella, hacer bajo sistema el bien para contrarrestar y destruir el reinado del mal.

Y esta ha sido, ilustrísimo señor, la idea que ha precedido a la formación de la Hermandad Josefina.

Penetrados los recurrentes de la verdad que encierran las enseñanzas de nuestra seráfica Doctora, la heroína española santa Teresa de Jesús, de que el excelso patriarca y señor san José no es como los otros santos a quienes dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad, sino que este glorioso santo socorre en todas; hijos por otra parte sumisos de la Iglesia santa que oyen la voz de su amantísimo padre Pío IX, el cual fía a la devoción a san José la salvación del mundo actual, han escogido poner al abrigo de toda seducción su fe y vida cristiana y de toda fatal contingencia su muerte, eligiendo por su especial modelo, protector, señor y padre al incomparable patriarca san José.

Muéstrase este santo bendito cual luminoso faro en esta lóbrega y borrascosa noche, para guiarnos con toda seguridad a la eternidad feliz con la práctica de todas las virtudes, en especial la oración, el celo por los intereses de Jesús, la fuga de la ociosidad, la santificación de las obras ordinarias, y el valor en no avergonzarnos de ser y parecer cristianos en todas las cosas.

Tienen para sí los recurrentes, ilustrísimo señor, que san José, el pobre, el humilde, el casto, el hacendoso, el más abatido y ensalzado de los mortales, el divino jornalero, el esposo de la Virgen María Madre de Dios, el ayo y padre adoptivo de Jesús, Hijo de Dios, y su protector y guardián contra las asechanzas de Herodes, el abogado de los

moribundos, el patrón de la Iglesia universal, el más amado y amante de Dios y de los hombres, el *Santo de nuestro corazón*, por decirlo en una palabra, es el que está destinado por Dios a salvar la época presente.

Id a José, nos clama con su ejemplo y escritos inmortales Teresa de Jesús a todos los españoles. Id a José, nos repite un día y otro el magnánimo Pio IX a todos los católicos con su autorizada voz. –Vamos a san José, hemos contestado nosotros. –Vamos a san José, clamamos a todos nuestros hermanos españoles sin distinción de clases, edad ni condiciones, y agrupados bajo el manto paternal de este incomparable héroe de la religión cristiana, guiados por sus sublimes y modestos ejemplos de todas las virtudes, aunados en unos mismos afectos, fundidos nuestros corazones en unas mismas aspiraciones santas, salvaremos al mundo actual, salvando nuestras almas y las de nuestros hermanos los españoles. Porque ¿quién habrá que tema la vida ni la muerte, las persecuciones y peligros, los trabajos y tribulaciones, teniendo por guía, ayudador y padre a tan experimentado y poderoso patriarca? No podrá menos de tener término feliz la vida, emprendida bajo la salvaguardia de san José, y guiada y sostenida en todos los azares por la bondadosa y paternal mano del vigilante guardián de Jesús y de María. Pues si bien es triste verdad que muchos se apartan del recto camino en la época de las pasiones, calmadas éstas, tornan otra vez al punto de partida del círculo que en su vida describen. Y esto sucederá más y mejor si este ángel del gran consejo, el señor san José, toma por su cuenta la juventud y se educa y crece a su sombra, y se fía a sus amorosos cuidados y vigilancia paternal.

Por ello, ilustrísimo señor, la Hermandad Josefina es de hombres de toda clase, condición y edad, con tal que hayan hecho la primera Comunión y deseen llevar vida cristiana cumpliendo las promesas del santo Bautismo, como podrá V.S.I. mejor ver en los adjuntos Estatutos que elevamos a su aprobación.

En el caso de merecer tan sencilla hermandad la aprobación de V.S.I., esperan los recurrentes de su celo apostólico para promover los intereses de Jesús y mayor bien de las almas, que tomará bajo su protección la proyectada Hermandad Josefina, nombrará director de la misma, y enriquecerá con indulgencias las piadosas prácticas que prescribe.

Tortosa, 15 de marzo de 1876

Ilmo. Sr.

B. a S.S.I.E.A.

Felipe Tallada, procurador. –*Zacarías Albesa*, arquitecto. –*Martín Puertolas*, catedrático. –*Juan Balaguer*, carpintero. –*Ramón Cerveto*, escultor. *José Echevarría*, labrador. –*Manuel Balaguer*, estudiante. –*José Zaragoza*, estudiante. –*Vicente Besalduc*, albañil. –*Juan Ayec*, cerrajero (siguen las firmas).

Tortosa 16 de Marzo de 1876

Autorizamos la erección de la Hermandad de san José para hombres, y en cuanto procede la erigimos con el presente Decreto: aprobamos en todas sus partes el Reglamento que acompaña al recurso, y mandamos su puntual observancia:

nombramos director al Sr. D. Luis Sauquer, chantre de nuestra santa iglesia Catedral, y Vice-director al Pbro. D. Enrique de Ossó, catedrático de nuestro Seminario, con las facultades necesarias y oportunas para la dirección y gobierno de la hermandad; concedemos cuarenta días de indulgencia, en la forma acostumbrada, a los hermanos por el acto de ingresar, y por cada uno de los actos de piedad o caridad, que como tales ejecuten, extendiendo la gracia a los sacerdotes que los presidan, dirijan o tomen parte en ellos; y exhortamos a los mismos hermanos a que, recordando asiduamente los altos fines que se propone la hermandad, se muestren cada día más dignos de ellos.

(L. S.)

BENITO, obispo de Tortosa

Estatutos

I. Objeto de la Hermandad.- El objeto de esta hermandad es facilitar a los hombres su salvación eterna por medio del cumplimiento de sus deberes cristianos, tomando por modelo al excelso patriarca san José.

II. Junta de gobierno.- Formará la Junta de gobierno un director y un vicedirector sacerdotes; un presidente, un vicepresidente, dos vocales, un tesorero, un celador principal y un secretario.

El prelado de la Diócesis nombra al director; al vicedirector, el mismo director.

El nombramiento para los cargos en su instalación corresponde al director, oído el parecer del vicedirector.

Cada año se renovará la mitad de la junta: el presidente será renovado cada dos años.

El nombramiento para las vacantes corresponde al director, oído el parecer del vicedirector y de los salientes.

III. Del director y vicedirector.- Al director toca el promover los intereses de la hermandad, presidir las juntas y resolver las dudas que ocurran en los casos no previstos por los estatutos.

El vicedirector suple al director en su defecto.

IV. Del presidente y vicepresidente.- Corresponde al presidente, a más de las facultades que se le conceden en otros artículos, velar sobre el cumplimiento del reglamento, convocar las juntas, previo beneplácito del director y nombrar dos o más hermanos para que cuiden del arreglo del altar en todas las funciones. El vicepresidente suple en un todo al presidente en su defecto.

V. Del tesorero.- El tesorero recibirá y custodiará los fondos pertenecientes a la hermandad, como también los recolectados para socorro de los hermanos necesitados enfermos en el caso que hubiera algún sobrante, llevando cuenta separada de los dos,

no entregando cantidad alguna del fondo perteneciente a la hermandad sin el permiso del director, y de lo existente para socorros sin permiso del presidente.

VI. *De los vocales.*- De los dos vocales, el uno ejercerá el cargo de contador, y el otro de bibliotecario, a elección del presidente.

VII. *Del celador principal.*- El celador principal cuidará de la organización de los coros, llevando una nota o relación del día de la presentación de los aspirantes a la hermandad, y vigilará por medio de los demás celadores el cumplimiento exacto de los estatutos.

VIII. *Del secretario.*- El secretario llevará un libro en el que estén inscritos todos los hermanos josefinos con la fecha de su admisión, y otro en el que levantará acta de todas las sesiones.

IX. *De los celadores de coro.*- El nombramiento de los celadores de coro pertenece al director y presidente. Deben los celadores procurar que los de su coro cumplan los Estatutos de la Hermandad, yendo delante de sus hermanos con el ejemplo. Cuidará además de recoger las limosnas de los de su coro para atender a los gastos de la hermandad.

X. *De los hermanos.*- Pueden pertenecer a la Hermandad Josefina todos los hombres de cualquier edad, condición y estado, con tal que hayan hecho la primera Comunión y deseen ser cristianos de veras, cumpliendo los Estatutos de la Hermandad.

Las virtudes con que debe distinguirse el hermano josefino a imitación de su excelso protector san José, son: la oración, el celo por los intereses de Jesús y María, la fuga de la ociosidad, procurando santificarse con las obras ordinarias de su estado, y el no avergonzarse de ser y parecer cristiano, como prometió a Dios en el santo Bautismo.

Ningún socio será admitido a la hermandad, sin que pase un mes a lo menos desde el día en que el celador o cabeza de coro lo presente al director y presidente.

La admisión de socios corresponde al director y presidente, oído el parecer del celador de coro.

El día de la admisión, el nuevo hermano hará su consagración a san José, renovando las promesas del santo Bautismo, y se le entregará la medalla del Santo y la patente de admisión. En este día hará una limosna al Santo.

Los hermanos se dividirán en secciones o coros de siete, además del celador de coro.

Todo hermano al levantarse por la mañana ofrecerá los trabajos y obras al eterno Padre en unión de las intenciones que las ofrecía en la tierra la Sagrada Familia de Nazaret, y dirá: Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía. Jesús, José y María, no abandonéis jamás al que en vos confía. Jesús, José y María, asistidnos en vida y en la agonía.

La misma jaculatoria repetirá al acostarse.

Todos los días rezará un *Padre nuestro, Ave María y Gloria* en memoria del dolor y gozo de san José que cada año le tocará en suerte, pensando un ratito en el mismo.

Cada semana, el día que le tocare en suerte, rezará los siete dolores y gozos del santo patriarca, visitándole en alguna de sus imágenes si le es posible.

Si algún socio enfermase gravemente, se le nombrarán visitadores para consolarle en sus dolencias, y, si estuviere necesitado, procurarán los mismos excitar la caridad de los hermanos para aliviarlo con algún socorro temporal. Si pasare a mejor vida, se ofrecerá luego una misa en sufragio de su alma, y todos los hermanos ofrecerán a este mismo fin una Comunión o parte de Rosario.

XI. *Fiestas.*- El tercer domingo de mes, a las siete, se celebrará una misa para todos los hermanos, durante la cual se hará el ejercicio del día 19, consagrado a san José. Por la tarde, expuesto Jesús Sacramentado, se rezarán los dolores y gozos del Santo, habrá un rato de meditación, plática y reserva.

El día de la fiesta principal, que se celebrará el día de san José, o el de su patrocinio, la hermandad tendrá comunión general, y otra por la festividad de los desposorios, la que podrá trasladarse al domingo próximo, o al día de la Purísima Concepción de María.

Para disponerse mejor a celebrar dicha fiesta, podrá haber unos días de ejercicios espirituales.

XII. *Juntas.*- Además de las juntas ordinarias, que se celebrarán a juicio del presidente con el beneplácito del director, habrá una general en la dominica del mes anterior a la fiesta principal; en ella se dará cuenta de las fiestas celebradas, y de los ingresos y gastos, procediéndose al nombramiento o renovación de cargos de la mitad de la junta.

Acto de admisión a la Hermandad Josefina

Viva Jesús mi amor,
Y María mi esperanza,
Y san José mi protector.

Excelso patriarca san José, padre adoptivo de Cristo Jesús, verdadero esposo de la Virgen María, Madre de Dios, patrón de la Iglesia universal, tesorero y dispensador de las gracias del Rey de la gloria, reconociendo vuestro inmenso poder y bondad, yo N. N., en presencia de Jesús y de María os elijo en este día por mi padre y señor, para que me socorráis en todo peligro y necesidad en vida y en especial en la hora de la muerte, consagrándome a propagar vuestra devoción.

Aceptad, oh señor san José, v os que sois el Santo de mi corazón, las promesas que hago en este día para merecer vuestra protección, y alcanzadme gracias para perseverar en ellas. Amén.

El director. ¿Prometes obediencia y reverencia a la santa Iglesia católica, apostólica, romana, y al vicario de Cristo su cabeza visible?

El hermano. Prometo.

El director. ¿Prometes observar los mandamientos de Dios y de la santa Madre Iglesia, y no avergonzarte de tu profesión de cristiano?

El hermano. Prometo.

El director. ¿Renuncias para siempre a Satanás, sus pompas y obras?

El hermano. Renuncio.

El director. Quedas, pues, admitido a nuestra Hermandad Josefina, y si cumples tan nobles promesas, Jesús, María y José te lo premien en vida y en tu última hora.

Repiten todos

Amén.

Jesús, José y María, no abandonéis jamás al que en Vos confía.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidnos en vida y en la última agonía.

Alabados sean los dulcísimos corazones de Jesús, María, José y Teresa de Jesús. Amén.

Ofrecimiento de las obras del día

Omnipotente Dios y Padre mío amorosísimo, en quien creo y espero, a quien adoro y amo con todo mi corazón, y me pesa de haberos ofendido por ser bondad infinita, os ofrezco en unión de las intenciones de Jesús, María y José todos mis pensamientos, palabras, obras y trabajos de este día, a fin de merecer para mí y mis hermanos una santa vida y preciosa muerte. Amén.

Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, no abandonéis al que en vos confía.

Jesús, José y María, asistidnos en la última agonía.

Alabados sean los dulcísimos corazones de Jesús, María, José y Teresa de Jesús. Amén.

Entre día procure santificar las obras ordinarias elevando el corazón a Dios, acordándose de la Sagrada Familia de Nazaret, y repitiendo a menudo: Todo por Jesús, María y José. –Viva Jesús mi amor, María mi esperanza, y José mi protector.

Al hacer la visita cada semana, el día que se le designare, podrá rezar si es posible ante la imagen del santo patriarca los *Dolores y Gozos*.

Salutación a san José para empezar la función³

¡Oh José! benigno atiende
Nuestros férvidos clamores
Desde el trono de esplendores
En que reinas inmortal;
En nuestros pechos enciende
De tu devoción la llama,
Y salva al fiel que te aclama
Por patrón universal.

J. A. y A.

Canto a san José para niños

CORO

Cantemos amiguitos,
Un himno a san José,
Que es padre de Jesús
Y padre nuestro es.

Dichoso patriarca,
Tan grande es tu poder,
Que al mismo Dios le mandas,
Y te obedece Él.

Los ángeles envidian
Tu dicha sin igual;
Protege nuestra infancia,
Esposo virginal.

J. A. y A.

Himno a san José

CORO

³ La música de los cantos: *Salutación a san José, Canto a san José para los niños, Dolores y gozos, Himno, Despedida y Gozos del Santo*, debida a un aventajado compositor hartamente conocido en el mundo musical, se venden en un cuaderno aparte en esta administración, y en las principales librerías del reino, y casas editoriales de música religiosa.

Que resuene del templo en la nave,
Impregnado de amor y de fe,
Nuevo canto, que nunca se acabe,
En loor del excelso José.

I

De justicia y de gracia tesoro,
A los ojos del mundo escondido,
Resplandece José, escogido
Para gloria y grandeza sin fin.

Si la tierra no siente el perfume
De esta flor que se oculta en la grama,
Ya del cielo en la luz se derrama
Y es delicia del sacro confín.

II

En sus manos la vara florece,
Y en su pecho el consuelo rebosa,
Pues el cielo le da por esposa
A María, doncella sin par.

No hay alteza ¡oh José! que a la tuya
Inefable, se acerque de lejos;
De tu gloria los vivos reflejos
Ni aún al ángel le es dado mirar.

III

De los cielos la blanca paloma,
La más pura y gentil de las flores,
La que es tálamo de eternos amores,
“Dulce esposo” ya llama a José.

Y José, que asombrado conoce,
El tesoro que Dios le confía
En su Virgen esposa María
El sagrario de Dios solo ve.

IV

De la Virgen el seno da al mundo
Lo más rico que el cielo atesora,
Y José prosternándose adora
A su Dios, su alegría, su bien.

De María su esposa Él es Hijo,
Y si es ella purísima Madre,
Es José el castísimo padre
De la flor que brotara en Belén.

V

Cual dorado racimo en la cepa,
Jesús suelta suavísimos lazos
De dulzura y amor en los brazos
Del varón en virtud sin igual.

Este encuentra su gloria colmada
Su deleite y suprema delicia
En el Hijo a quien tierno acaricia
Con ternura y amor paternal.

VI

Providencia es divina, en la tierra,
De quien forma la gloria en el cielo,
José es luz y sostén en el suelo
Del que sabe los mundos regir.

A la voz de José lo más alto
De los cielos y tierra obedece;
Su poder que sin límites crece,
Ni hombre ni ángel lo pueden medir.

VII

Rendid, pueblos, ciudades, naciones,
Entusiasta y debido homenaje,
Prestad dulce y filial vasallaje
De la Iglesia al insigne patrón.

Al que fue de la Sacra Familia
Jefe augusto, levanten las manos
Con fervor los hogares cristianos,
Y obtendrán eficaz protección.

VIII

¡Oh José, cuyo nombre querido
Aún conmueve y de amor embelesa
A la patria de santa Teresa
Que tu apóstol más ínclito fue!

No deseches las lágrimas tristes
Con que ungimos las preces filiales:
¡Salva a España de todos sus males!
¡Salva a España, señor san José!

J. A. y A.

Despedida a san José

A Dios, José santísimo,

mi amable protector;
libradme del pecado
con vuestra bendición.

¡Cuán deleitoso tiempo
el que con vos se pasa,
en fervidos coloquios
y en amorosas pláticas!

Mentar vuestras virtudes
y hablar de vuestras gracias,
es como oler las flores
de célica guirnalda.

Con su aroma divino
mi espíritu se inflama,
se enardece mi celo
y mi fe se agiganta.

Avivad, José amado,
ese fuego en mi alma,
y hallará vuestro Hijo
en mi pecho morada.

Allá el mundo me espera,
y con risa sarcástica
delicias mil me brinda,
asaz tristes y amargas.

Libradme de sus lazos
con vuestra bendición;
a Dios, José santísimo,
mi amable protector.

J. M. y M.

Gozos del glorioso patriarca san José

Pues sois santo sin igual,
y de Dios el más honrado:
*sed, Josef, nuestro abogado
en esta vida mortal.*

Antes que hubieseis nacido
ya fuisteis santificado,
y *ab aeterno* destinado
para ser favorecido:
nacisteis de esclarecido
linaje y sangre real: etc.

Vuestra vida fue tan pura,
que en todo sois sin segundo;
después de María el mundo
no vio más santa criatura;
y así fue vuestra ventura
entre todos sin igual: etc.

Vuestra santidad declara
aquel caso soberano,
cuando en vuestra santa mano
floreció la seca vara,
y porque nadie dudara,
hizo el cielo esta señal: etc.

A vista de este portento,
todo el mundo os respetaba,
y parabienes os daba
con alegría y contento;
publicando el casamiento
con la Reina celestial: etc.

Con júbilo recibisteis
a María por esposa,
Virgen pura, santa, hermosa,
con la cual feliz vivisteis;
y por Ella conseguisteis
dones y luz celestial: etc.

Oficio de carpintero
ejercitasteis en vida,
para ganar la comida
a Jesús, Dios verdadero,
y a vuestra Esposa y lucero,
compañera virginal: etc.

Vos y Dios con tierno amor
daba el uno al otro vida;
vos a Él con la comida
y Él a vos con su sabor;
vos le disteis el sudor,
y Él os dio vida inmortal: etc.

Vos fuisteis la concha fina,
en donde con entereza
se conservó la pureza
de aquella perla divina;
vuestra esposa y madre digna,
la que nos sacó de mal: etc.

Cuando la visteis preñada,
fue grande vuestra tristeza;
sin condenar su pureza,
tratabais vuestra jornada;
estorbola la embajada
de aquel Nuncio celestial: etc.

No tengáis, oh José, espanto,
el paraninfo decía,
lo que ha nacido en María
es del Espíritu Santo.
Vuestro consuelo fue tanto,
cual pedía caso tal: etc.

Vos sois el hombre primero

que visteis a Dios nacido;
en vuestros brazos dormido
tuvisteis aquel lucero:
siendo Vos el tesorero
de aquel inmenso caudal: etc.

Por treinta años nos guardasteis
aquel Tesoro infinito
en Judea y en Egipto
a donde le retirasteis;
entero nos conservasteis
aquel rico mineral: etc.

Cuidado, cuando perdido,
os causó y gran sentimiento,
que se os volvió en contento
del cielo restituido;
de quien siempre obedecido
sois con amor filial: etc.

A vuestra muerte dichosa
estuvo siempre con vos
el mismo humanado Dios
con María, vuestra esposa;
y para ser muy gloriosa
vino un coro angelical: etc.

Con Cristo resucitasteis,
en cuerpo y alma glorioso
y a los cielos victorioso
vuestro Rey acompañasteis;
a su derecha os sentasteis,
haciendo coro especial: etc.

Allá estáis como abogado
de todos los pecadores,
alcanzando mil favores
al que os llama, atribulado;
ninguno desconsolado
salió de este tribunal: etc.

Los avisos que leemos
de Teresa nuestra madre,
por abogado y por padre
nos exhortan que os tomemos:
el alma y cuerpo sabemos
que libráis de todo mal: etc.

Pues sois santo sin igual,
y de Dios el más honrado:
*sed, José, nuestro abogado
en esta vida mortal.*

V. Ora pro nobis, sancte Joseph.
R. Ut dimittantur nobis peccata nostra.

Oremus. Sanctissimae Genitricis tuae Sponsi, quaesumus, Domine, meritis adjuvemur; ut quod possibilitas nostra non obtinet, ejus nobis intercessione donetur. Qui vivis et regnas in saecula saeculorum. R. Amen.

ÍNDICE

Súplica a Jesús y María.

Dedicatoria.

Advertencia.

Reglamento de vida josefina.

Ejercicio de los siete Dolores y Gozos de san José. –Pensamientos

Primer modo de rezarlos.

Segundo modo.

Tercer modo.

Cuarto modo.

Mes de san José. –Pensamientos

Ejercicios del mes de san José.

Día de preparación. –Honremos a san José. Amemos a san José. Confiemos en san José.

PRIMERA SEMANA: *San José honrado en la tierra sobre todos los otros santos. Su devoción y culto universal.*

Día I. –Cristo Jesús, modelo de devoción a san José.

Día II. –María Inmaculada, modelo de devoción a san José.

Día III. –La Iglesia católica, modelo de devoción a san José.

Día IV. –Los santos, modelos de devoción a san José.

Día V. –Santa Teresa de Jesús, modelo de devoción a san José.

Día VI. –El pueblo cristiano, modelo de devoción a san José.

Día VII. –Los niños, modelo de devoción a san José.

SEGUNDA SEMANA: *San José, maestro y modelo de todas las virtudes. Su santidad y magisterio universal.*

Día VIII. –San José, maestro y modelo de toda justicia.

Día IX. –San José, maestro y modelo de oración.

Día X. –San José, maestro y modelo de humildad.

Día XI. –San José, maestro y modelo de obediencia.

Día XII. –San José, maestro y modelo de fe viva.

Día XIII. –San José, maestro y modelo de esperanza.

Día XIV. –San José, maestro y modelo de caridad.

TERCERA SEMANA: *San José, patrón de todos los estados y condiciones. Su patrocinio universal.*

Día XV. –San José, puede y debe socorrer a sus devotos en todo peligro y necesidad.

Día XVI. –San José, patrón de la infancia.

Día XVII. –San José, patrón de la juventud. –Elección de estado.

Día XVIII. –San José, patrón de los sacerdotes, de las vírgenes y de los casados.

Día XIX. –San José, patrón especial de los maestros, ayos o pedagogos de la niñez y juventud.

Día XX. –San José, patrón especial de los obreros.

Día XXI. –San José, patrón especial de los moribundos.

CUARTA SEMANA: *San José, consolador de todos los atribulados. Sus dolores y gozos.*

Día XXII. –Sentimientos del corazón de san José en el misterio de la Encarnación.

Día XXIII. –Sentimientos del corazón de san José en el nacimiento de Jesús.

Día XXIV. –Sentimientos del corazón de san José en la circuncisión.

Día XXV. –Sentimientos del corazón de san José en el misterio de la profecía de Simeón.

Día XXVI. –Sentimientos del corazón de san José en la huida a Egipto.

Día XXVII. –Sentimientos del corazón de san José en la vuelta de Egipto.

Día XXVIII. –Sentimientos del corazón de san José en la pérdida de Jesús.

ÚLTIMA SEMANA: *San José, glorificado sobre todos los santos y justos. Su gloria universal, incomparable.*

Día XXIX. –Gloria de san José en el cielo.

Día XXX. –Nuestra gloria josefina en la tierra, o sea un día o toda la vida pasada en la casita de Nazaret.

Día XXXI. –Gloria que san José ha de tener en los últimos tiempos.

Día último. –Himno de nacimiento de gracias y alabanzas a san José.

Meditación supernumeraria. –San José glorificado por la Compañía de Santa Teresa de Jesús, benjamina y secretaria del Santo.

Devoción de los siete domingos. –Pensamientos.

Primer domingo. –Dolor y gozo de san José al ver a María encinta.

Segundo domingo. –Dolor y gozo de san José en el nacimiento del niño Dios.

Tercer domingo. –Dolor y gozo de san José en la circuncisión del niño Jesús.

Cuarto domingo. –Dolor y gozo de san José en la presentación del niño Jesús en el templo.

Quinto domingo. –Dolor y gozo de san José en la huida a Egipto.

Sexto domingo. –Dolor y gozo de san José a su vuelta de Egipto.

Séptimo domingo. –Dolor y gozo de san José en la pérdida de Jesús.

El día 19 de cada mes. –Instrucción

Práctica.

Meditación de este día. –San José, patrón de las almas interiores y perfectas.

Felicitaciones a san José por siete de sus principales privilegios y felicidades.

Preces en forma de letanías.

Oración compuesta y prescrita por su santidad León XIII

Culto perpetuo en honor de san José.

Novena al Santo: Al devoto josefino.

Día I. –Amor de san José al prójimo.

Día II. –Fervor de san José, o devoción con que hacía las cosas.

Día III. –Prudencia de san José.

Día IV. –Fortaleza de san José.

Día V. –Paciencia de san José.

Día VI. –Pobreza de san José.

Día VII. –Templanza de san José.

Día VIII. –Pureza más que angelical de san José.

Día IX. –Conformidad de san José con la voluntad de Dios.

Novena del patrocinio de san José.

Endechas a manera de gozos al patriarca san José.

Consagración a san José implorando su patrocinio en la agonía.

Letanía de la muerte de san José.

Breve ejercicio para honrar todos los miércoles a san José.

El primer miércoles de cada mes consagrado a san José.

Oración devotísima.

Las jornadas de la Virgen con san José desde Nazaret a Belén.

Letanías de san José, aprobadas por doce señores obispos.

Las cuarenta Ave Marías en obsequio de san José.

Retrato del patriarca san José.

Catecismo breve de san José.

Misa oída en honor y compañía de san José.

Modo de confesarse bien con la ayuda de san José.

La santa Comunión en compañía de san José.

Oración a san José con el niño Jesús dormidito en sus brazos.

Fórmula de consagración de las familias cristianas a la Sagrada Familia.

Algunos modos de honrar al señor san José.

Estatutos de la Hermandad Josefina.

Cánticos: Salutación a san José.

Canto a san José para niños.

Himno.

Despedida.

Gozos.